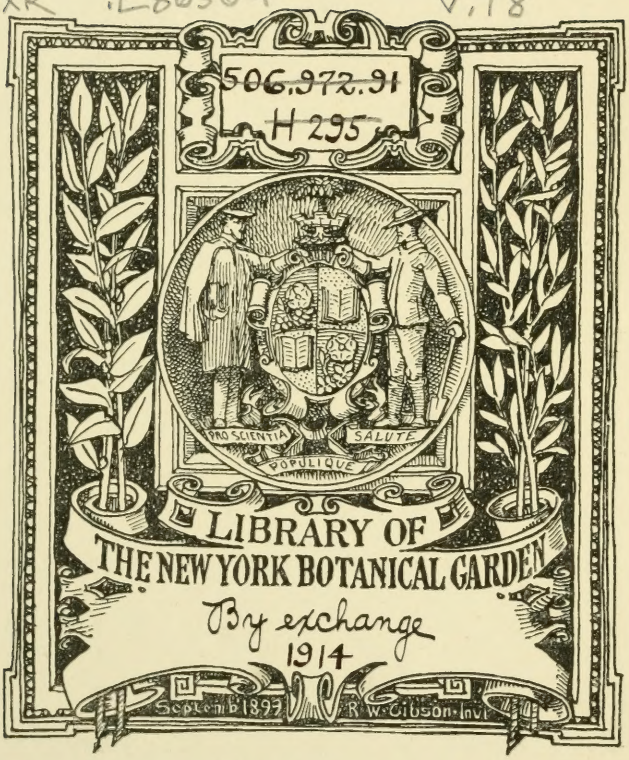
XR .E6564 V.18

506.972.91
H295



REVISTA DE LA FACULTAD DE LETRAS Y CIENCIAS

UNIVERSIDAD DE LA HABANA

REVISTA

DE LA

FACULTAD DE LETRAS Y CIENCIAS

VOLUMEN XVIII, 1914

DIRECTOR:

Dr. EVELIO RODRIGUEZ LENDIAN.

REDACTORES JEFES:

Dr. ARISTIDES MESTRE. Dr. JUAN MIGUEL DIHIGO.

COMITÉ DE REDACCION:

Dres. GUILLERMO DOMINGUEZ ROLDAN, SERGIO CUEVAS ZEQUEIRA, CARLOS DE LA TORRE, CARLOS THEYE, ALFREDO M. AGUAYO, LUIS PADRO, ALEJANDRO RUIZ CADALSO, ANTONIO ESPINAL, FRANCISCO HENARES Y BUENAVENTURA RUEDA.

LIBRARY
NEW YORK
BOTANICAL
GARDEN.

IMPRENTA "EL SIGLO XX"
DE AURELIO MIRANDA
TENIENTE REY 27
HABANA

XR
.E86564
V.18

INDICE

DE LAS MATERIAS DEL DECIMO OCTAVO VOLUMEN

NUMERO 1, ENERO

BOTANICAL GARDEN.

		Páginas
Elogio del Profesor Sr. José María Cuervo ...	*Dr. Claudio Mimó*	1
Elogio del Profesor Sr. Juan Orús.....	*Dr. A. Ruiz Cadalso*....	15
Psicologia de la Sugestión.....	*Dr. Mateo I. Fiol*.....	25
Romances tradicionales en Cuba	*Dr. José M. Chacón*.....	45
BIBLIOGRAFÍA		122
I La Science de la vie par Félix Le Dantec.....		
II Le transformisme et l'Expérience par Etienne Rabau...		
III Outlines of Evolutionary Biology by Arthur Dendy.....	*Dr. Arístides Mestre*.....	122
IV Anales del Museo Nacional de Historia Natural de Buenos Aires.....		
V Bulletin du Muséum National d'Histoire Naturelle.....		

Páginas

Miscelánea 125

Necrología 125

Homenajes a sabios 125

Congresos de Geología y de Zoología 126

Universidad de Beyrouth 126

NUMERO 2, MARZO

Gertrudis G. de Avellaneda, como poetisa lírica y dramática. ..... *Dr. Emilio Blanchet*..... 129

El Romance en Cuba ..... *Dra. Carolina Poncet*.... 180

Bibliografía 261

I Bulletin of the American Museum of Natural History .....
II Memoirs of the American Museum of Natural History .....
III Anthropological Papers of the American Museum of Natural History ....
IV Peabody Museum of American Archœology and Ethnology. Harvard Papers.
V The Journal of Animal Behavior.....
VI Anales del Museo Nacional de Buenos Aires.. .....
VII Principios de Psicología Biológica por J. Inghenieros .....
Dr. Arístides Mestre..... 261

Miscelánea 264

El Profesor Soms 264

Estudiantes extranjeros en las Universidades Alemanas 264

Nuevo observatorio solar 264

Escuela de Antropología de París 264

Páginas

NUMERO 3, MAYO

Alfred Russel Wallace en la historia de la filosofía biológica	*Dr. Arístides Mestre*	265
El Romance en Cuba	*Dra. Carolina Poncet*	278
La Décima Serie de Conferencias. Discurso terminal	*Dr. E. Rodríguez Lendián*	322
Psicología y educación de los niños anormales	*Dra. Carmen Grave de Peralta*	328
Bibliografía		354
I A textbook of General Embriology by William E. Kellicot II Mendel's Principles of Heredity by W. Bateson III Heredity and Eugenics by W. E. Castle, J. M. Coutler, Ch. B. Davenport, E. M. East, W. L. Tower IV Heredity in relations to Eugenics by Charles B. Davenport V Problems of geneties by W. Bateson	*Dr. Arístides Mestre*	354
Miscelánea		358
El Centenario de Vesalio		358
Exploración del Mediterráneo		358
Protección internacional de la naturaleza		358
La Memoria Anuario de la Universidad		358
Sociedad Cubana de Historia Natural «Felipe Poey»		359
Julio Cejador y Frauca		360

Vol. XVIII UNIVERSIDAD DE LA HABANA. Núm. 1.

REVISTA

DE LA

FACULTAD DE LETRAS Y CIENCIAS

DIRECTOR:

Dr. EVELIO RODRIGUEZ LENDIAN.

REDACTORES JEFES:

Dr. ARISTIDES MESTRE. Dr. JUAN MIGUEL DIHIGO.

COMITÉ DE REDACCION:

Dres. GUILLERMO DOMINGUEZ ROLDAN, SERGIO CUEVAS ZEQUEIRA, CARLOS DE LA TORRE, CARLOS THEYE, ALFREDO M. AGUAYO, LUIS PADRO, ALEJANDRO RUIZ CADALSO, ANTONIO ESPINAL, FRANCISCO HENARES Y BUENAVENTURA RUEDA.

ENERO DE 1914

SUMARIO:

—Elogio del Profesor Sr. José María Cuervo..... *Dr. Claudio Mimó.*
—Elogio del Profesor Sr. Juan Orús..... *Dr. A. Ruiz Cadalso.*
—Psicología de la Sugestión..... *Dr. Mateo I. Fiol.*
—Romances Tradicionales en Cuba..... *Dr. José M. Chacón.*
—Bibliografía.—I. La Science de la Vie, par Felix Le Dantec.—II. Le transformisme et l'Expérience, par Etienne Rabau.—III Outlines of Evolutionary Biology, by Arthur Dendy.—IV Anales del Museo Nacional de Historia Natural de Buenos Aires.—V Bulletin du Muséum National d'Histoire Naturelle..... *Dr. Arístides Mestre.*
—Miscelánea.—Necrología.—Homenajes a sabios.—Congresos de Geología y de Zoología.—Universidad de Beyrouth.
—Noticias Oficiales.—Acuerdos de la Facultad de Letras y Ciencias.—Decretos de la Secretaría de Instrucción Pública.

Imprenta "El Siglo XX"
de Aurelio Miranda
Teniente Rey 27
Habana

ENSFÑANZA DE LA FACULTAD DE LETRAS Y CIENCIAS.

Decano: Dr. Evelio Rodríguez Lendián.
Secretario: Dr. Juan Miguel Dihigo.

1. ESCUELA DE LETRAS Y FILOSOFIA.

Lengua y Literatura Latinas (3 cursos).....	Profesor Dr. Adolfo Aragón.
Lengua y Literatura Griegas (3 cursos).....	,, Dr. Juan F. de Albear.
Lingüística (1 curso).....	,, Dr. Juan Miguel Dihigo.
Filología (1 curso).....	
Historia de la Literatura Española (1 curso)...	,, Dr. Guillermo Domínguez y Roldán.
Historia de las literaturas modernas extranjeras (2 cursos).....	
Historia de América (1 curso).....	,, Dr. Evelio Rodríguez Lendián.
Historia moderna del resto del mundo (2 cursos)	
Psicología (1 curso).....	,, Dr. Sergio Cuevas Zequeira (Aux.)
Filosofía Moral (1 curso).....	
Sociología (1 curso).....	

Los profesores auxiliares de esta Escuela son: Dr. Sergio Cuevas Zequeira para el grupo de Historia y Ciencias Filosóficas; Dr. Ezequiel García y Enseñat para el grupo de Literaturas y Dr. Sixto López Miranda para el grupo de estudios de Lenguas, los cuales dan conferencias sobre sus respectivas materias.

El Laboratorio de Fonética Experimental tiene por Director al Profesor titular de Lingüística.

2. ESCUELA DE CIENCIAS.

[a] Sección de Ciencias Físico-Matemáticas.

Análisis matemático (Algebra Superior) 1 curso. Análisis matemático (Cálculo diferencial é integral) 1 curso.....	Profesor Dr. Pablo Miquel (Aux.)
Geometría superior y analítica (1 curso).....	,, Dr. Claudio Mimó.
Geometría descriptiva (1 curso).....	
Trigonometría (1 curso).....	
Física Superior (1er. curso).....	,, Dr. Plácido Biosca.
Física Superior (2º curso).....	
Química general (1 curso).....	,, Sr. Carlos Theye.
Biología (1 curso).....	,, Dr. Carlos de la Torre.
Zoología (1 curso).....	
Dibujo Lineal (1 curso).....	,, Sr. Pedro Córdova.
Dibujo Natural (1 curso).....	
Cosmología (1 curso).....	,, Dr. Victorino Trelles.
Mecánica Racional (1 curso).....	
Astronomía (1 curso).....	
Geodesia (1 curso).....	,, Dr. Alejandro Ruiz Cadalso.
Mineralogía y Cristalografía (1 curso).....	,, Dr. Santiago de la Huerta.
Botánica general (1 curso).....	,, Dr. Manuel Gómez de la Maza.

[b] Sección de Ciencias Físico-Químicas.

Análisis matemático (Algebra Superior).....	Profesor Dr. Pablo Miquel (Aux.)
Geometría Superior (sin la Analítica).....	,, Dr. Claudio Mimó.
Trigonometría (plana y esférica).....	
Física Superior (1er. curso).....	,, Dr. Plácido Biosca.
Física Superior (2º curso).....	
Química Inorgánica y Analítica (1 curso).....	,, Sr. Carlos Theye.
Química Orgánica (1 curso).....	
Dibujo Lineal (1 curso).....	,, Sr. Pedro Córdova.
Dibujo Natural (1 curso).....	
Mineralogía y Cristalografía (1 curso).....	,, Dr. Santiago de la Huerta.
Biología (1 curso).....	,, Dr. Carlos de la Torre.
Zoología (1 curso).....	
Botánica general (1 curso).....	,, Dr. Manuel Gómez de la Maza.
Cosmología (1 curso).....	,, Dr. Victorino Trelles.

[c] Sección de Ciencias Naturales.

Análisis matemático (Algebra Superior) 1 curso	Profesor Dr. Pablo Miquel (Aux.)
Geometría Superior (sin la Analítica).....	,, Dr. Claudio Mimó.
Trigonometría (plana y esférica).....	
Química general (1 curso).....	,, Sr. Carlos Theye.
Dibujo Lineal (1 curso).....	,, Sr. Pedro Córdova.
Dibujo Natural (1 curso).....	
Física general (1 curso).....	,, Dr. Plácido Biosca.
Mineralogía y Cristalografía (1 curso).....	,, Dr. Santiago de la Huerta.
Geología (1 curso).....	
Botánica general (1 curso).....	,, Dr. Manuel Gómez de la Maza.
Fitografía y Herborización (1 curso).....	

Vol. XVIII . ENERO DE 1914 Núm. 1

LIBRARY
NEW YORK
BOTANICAL
GARDEN

REVISTA

DE LA

FACULTAD DE LETRAS Y CIENCIAS

ELOGIO DEL PROFESOR SR. JOSE MARIA CUERVO [1]

POR EL DR. CLAUDIO MIMÓ

Profesor de Geometría Descriptiva

Señor Rector; señores Profesores; señoras y señores:

La Facultad de Letras y Ciencias, cumpliendo un piadoso deber, se congrega en este día para consagrar un recuerdo de afecto y consideración a los que tuvo el honor de contar entre sus profesores distinguidos. Y este modo de pensar que pone bien de relieve el espíritu de solidaridad que ha sabido siempre ella mantener con los que integran su Claustro, la lleva a realizar en esta sesión solemne un homenaje a la memoria de los que con tanto afán contribuyeron a su mayor esplendor, haciendo saber por labios de sus compañeros, las virtudes que caracterizaron a los desaparecidos, las excelsas dotes mentales que tanto cooperaron al mayor lustre de sus enseñanzas. Porque no ha de ser la muerte causa bastante para que echemos al olvido a los que nos han abandonado, ya que si la materia corruptible de por sí convierte en nada la naturaleza humana, mantiénese firme la obra del espíritu que es donde se reflejan las excelencias del que fué, dejando tras sí luminosa estela que alumbre el campo vasto de las pesquisas científicas. Y cuando se trata, como en el presente caso, de un joven sobresa-

1 Leído en la sesión fúnebre, dedicada a su memoria, que tuvo lugar en la Universidad el día 6 de Diciembre de 1913.

APR 20 1914

liente, que cayendo en la primavera de la vida ha privado a la ciencia y a la patria de sus benéficos esfuerzos, ya que los actos efectuados por él fueron bastantes para comprender cuánto podría esperarse de una inteligencia tan superior, mayor sin duda habrá de ser la pena que nos embargue, más intenso habrá de ser nuestro dolor al ver cómo desapareció quien tanto derecho tenía a la vida, porque al disfrutar de ella habría de derramar a raudales beneficios notables en la esfera de sus investigaciones.

Todos los que le conocimos y tratamos pudimos aquilatar sin exageración sus méritos; todos pudimos apreciar las grandezas de su carácter, todos admirar la modestia de su manara de ser, todos advertir el brillo intenso de su inteligencia y todos pensar que al apagarse en él la vida apagábase a su vez un haz de luz que alimentaba los cerebros con la verdad científica. Y ese joven correcto, de porte simpático, de trato afable, fué nuestro compañero José María Cuervo, aquel cuya muerte acaeció en el año de 1907 y desde cuya fecha la Universidad acordó la celebración del acto que en estos momentos realiza. Más de seis años han transcurrido desde que tuvo lugar suceso tan sensible en los Estados Unidos y a pesar del tiempo pasado sin haber podido dar cumplimiento a la difícil misión que la Facultad nos confiara para honrar su memoria, su recuerdo es tan vivo—ya que los que mueren haciendo el bien, son muertos que viven y vivirán eternamente en la mente y en el corazón de los que bien le quisieron—que este acto se realiza como si la desaparición hubiera tenido lugar en el día de ayer.

Sólo es de lamentarse, señores, el poco acierto que ha tenido la Facultad al elegirnos para cumplir este cometido, porque desprovistos de aquellas dotes necesarias para que la forma aparezca en consonancia con el fondo, dedicados siempre a los estudios científicos y no acostumbrados a manejar la pluma—siendo el aspecto literario del todo indispensable en trabajos de esta índole,—hubiera sido mejor confiar a otro tan delicado encargo en la seguridad del más completo éxito, si no fuera porque apreciadas ciertas circunstancias que en nosotros concurrían y no en los demás, ellas siempre habrían de explicar la causa de la elección, y la imposibilidad por parte nuestra de rehúir el nombramiento, ya que buena e intensa amistad unían os con el desaparecido. Las deficiencias literarias podrían suplirse con la exteriorización del sentimiento, dejando a un lado, en este caso, la

galanura del estilo que tanto contribuye al éxito de la obra para permitir al corazón expresar sin cortapisas sus afectos.

Pasó como un relámpago por la Universidad el inolvidable Cuervo; contaba, cuando murió, solamente 35 años, ¡pero qué 35 años tan aprovechados!; qué modo de haber escudriñado la ciencia de su predilección en los albores de la vida; qué facilidad para la asimilación y qué manera de devolver en forma provechosa la labor efectuada sin tregua!; qué modo de revelar las condiciones del profesor, y qué concepto del método para la exposición del punto matemático!

Hijo del Licenciado José Faustino Cuervo y de Francisca Noriega, nació en esta ciudad en primero de Mayo de 1872, ingresando, como interno, en el Real Colegio de Belén cuando apenas contaba 10 años. Realizados en dicho plantel todos sus estudios hasta alcanzar el grado de Bachiller, abandonó la casa que le diera las primeras bases para sus pesquisas posteriores, dejando allí, en esas aulas que son testigo mudo de sus triunfos académicos, una huella de la laboriosidad e inteligencia excepcionales, como lo demuestran la multitud de premios que alcanzó en dicho establecimiento. Y esas horas de solaz para el espíritu en un medio altamente edificante, cuyo recuerdo habría de proporcionarle intenso placer, fué un lugar al que en circunstancias distintas, acudiera más tarde, no ya para recibir de labios del maestro la enseñanza que nutriera su mente, sino para realizar una hermosa labor docente, que aquellos que le conocieron y los que obtuvieron excelente referencia de él, pudieron aquilatar contemplando cómo se había elevado, como el águila lo hace, a altura envidiable, a aquella que denunciaba la superioridad de su saber, la seguridad de su forma de investigación, la claridad de su modo de exponer en las abstrusas regiones de la ciencia del número.

Durante este corto período de tiempo, pues apenas contaba 15 años, habíase especialmente señalado por su afición decidida por los estudios científicos, en especial como hemos dicho, por el estudio de las matemáticas, ciencia que fué para él un verdadero culto y que por lo mismo llegó a dominar como más adelante se ha de ver. Y es singular coincidencia la que a menudo se advierte en aquellos que tienen una bien determinada inclinación, que si por causa mayor apártanse de la línea que se trazaran, no es más que un breve paréntesis dentro de la propia actividad. Así fué

que dado el acendrado afecto que consagrara a la autora de sus días, deseoso siempre de no ofrecerle contrariedad de ningún género, huérfano en aquel entonces de padre, ingresó en la Universidad empezando la carrera de Derecho, famosa por sus grandes principios, pero por la que no hubo de sentir vocación alguna, ya que aprobados los dos primeros años pudo cerciorarse del error en que incurriera ejercitando sus facultades en esta dirección de la que no habría de derivar provecho alguno; y llevando al ánimo de su buena madre el convencimiento de la imperiosa necesidad de abandonar el estudio de las leyes humanas y mutables, por el de las leyes de la naturaleza, que con ser inmutables, aveníanse mejor con su carácter y con su manera de sentir.

Tal resolución llevóle a trasladarse a los Estados Unidos de la América del Norte para ingresar, como lo hizo, en el Park Avenue Institute de Bridgeport con objeto de aprender la lengua inglesa y de prepararse para comenzar su carrera de Ingeniero en la Universidad de Cornell, en Ithaca, New York, lo que efectuó en el año de 1892. Y para nadie es desconocido la magna influencia de Centros como éste en la formación del carácter y en la sólida cultura de sus estudiantes. El alto concepto pedagógico de la Institución se manifiesta en los éxitos extraordinarios de sus graduados, formado el espíritu, mejor dicho, templado éste para su desenvolvimiento posterior y ofrecida la ciencia en cada rama por boca de sus más conspicuos cultivadores, ese notable establecimiento realiza beneficios en grande escala ya que ofrece a su país, así como al de los jóvenes que allí se forman, ciudadanos dignos y útiles. Seis años pasó en esa Universidad que tanto amara y que tanto le complaciera ponderar; de esa Alma Mater guardó siempre el más elevado y el más dulce de los recuerdos, y al abandonar sus aulas, al disponer su mente para poner en práctica su profesión no se separó de aquellos laboratorios como hacen muchos—ya que las Universidades son centros de selección y en ellas deben quedar los más aptos y más preparados en el orden intelectual,—sin sentir junto a la alegría del grado alcanzado, la tristeza de aquello que tanto debía de hablar a su espíritu, sino con la satisfacción del deber cumplido y cumplido de qué modo, dejando tras sí buen nombre, como alumno estudioso e inteligente, al recibir el título de Ingeniero Mecánico en 1898, al igual que hiciera en el Colegio Preparatorio de Bridgeport...

Los conocimientos generales adquiridos en el estudio de una

carrera permiten al educando apreciar cuál de ellos conviene mejor a sus aficiones y de ahí el que no contento Cuervo con los estudios que efectuara para obtener la carrera de su preferencia, hubiera de dedicarse a las especialidades de la misma, ahondando aquel terreno que antes había removido superficialmente para conocer mejor determinada rama de la ciencia; de ahí lo que después contribuyera a realzar su personalidad; de ahí el que le veamos sobresalir de modo extraordinario en algunos estudios, y de manera muy principal en la esfera de las matemáticas puras, que llegó a dominar, permitiéndole exponer, cual si fuera maestro con experiencia alcanzada al través de muchos años de labor, puntos de vista en forma magistral en tratados que redactara y que salieran a luz cuando su vida se había terminado...

Al concluir sus estudios, creyéndose en condiciones de formar un hogar, en que unido a compañera dignísima, le fuera posible gozar de los encantos de la vida de familia y consagrarse con más ardor a sus lucubraciones científicas, casóse en 1895, en Ithaca, con Miss Elisabeth Yvoy, la que fué su excelente compañera, la cual supo ser su mejor copartícipe en sus alegrías y en sus penas, madre amantísima de sus hijos y, como el pobre Cuervo, desaparecida también en plena juventud. Nosotros que la conocimos y tratamos por las estrechas relaciones que nos ligaban al compañero, pudimos aquilatar como ninguno las bellezas de aquella alma angelical, de aquel ser que consagróse a endulzar los últimos tiempos de la vida de Cuervo; que supo templar su alma para resistir preparada a las luchas que sobrevendrían cuando desapareciese su compañero, que llenó su cometido luchando contra miles contrariedades de una modesta posición, en el mismo Ithaca, para contribuir con su meritorio esfuerzo a la educación de sus hijos. Fué el hogar de Cuervo un santuario, dábase en él solo culto al trabajo honrado, edificábase siempre con el ejemplo; trabajo honrado, a la vez que rudo, para poder llenar los deberes de padre celoso y amante de sus tiernos niños, más endulzado en todos los momentos por el valioso auxilio de su buena compañera, por la que sentía gran respeto y veneración, realizando su vida de matrimonio en armonía inalterable y ejemplar.

En 1899 regresó a Cuba, su patria querida, en momentos de reorganización de los estudios universitarios, en circunstancias en que se preocupaba el Gobierno Interventor por la creación de

la Escuela de Ingenieros, que había de surgir poco después de esta fecha tal como la aconsejara aquella famosa Comisión universitaria que en el año de 1858 supo señalar al Gobierno de la Metrópoli las deficiencias del entonces vigente plan de estudios, así como las nuevas enseñanzas que debían establecerse si España pretendía que el desenvolvimiento de su superior Centro de Instrucción respondiera a las necesidades sentidas y a mantenerse en este orden al unísono con el progreso pedagógico advertido en las universidades europeas.

Llegó, pues, Cuervo a la Habana en ocasión realmente propicia, magnífica coyuntura que le permitiera poner de manifiesto su sólido saber, ya que por la creación de la Escuela de Ingenieros, surgirían nuevas Cátedras, cuyos conocimientos poseía, y sacadas éstas a oposición—entre ellas las de Maquinaria y Electricidad,—podría legítimamente ser, como lo fué, un aspirante a las mismas. Nadie tenía noticias entonces de Cuervo, era para todos un sujeto desconocido, uno de tantos, como suele suceder, que acuden a rendir sus ejercicios de oposición, a veces con miras de alcanzar la cátedra, a veces con el único deseo de obtener un mérito que hacer valer más tarde; pero uno de tantos que causan a las pocas palabras salidas de sus labios extraordinario asombro! Esto aconteció aquí con Cuervo; pronto se hizo conocer; pues sus ejercicios fueron brillantísimos, habiendo demostrado en ellos, no sólo profundos conocimientos en las materias respectivas, sino singulares aptitudes para el profesorado, por lo que ocupó el segundo lugar en la lista de los opositores aprobados, que el Reglamento de las oposiciones para proveer Cátedras en la Universidad, exige que haga el Tribunal Calificador.

Tras las oposiciones de Maquinaria, vinieron las de la plaza de Auxiliar de la Cátedra de Electricidad, plaza que ya nadie podía disputarle después de las oposiciones hecha como aspirante a una cátedra de numerario y en estos actos, y como corroboración de lo ya dicho acerca de los beneficios grandes que proporciona una especialización sólida, en buena lid, y tras ejercicios tan brillantes como los primeros, en que demostró su competencia indiscutible, el exacto concepto que había alcanzado de la materia y el modo mejor de darla a conocer a los alumnos para que derivasen excelente provecho, fué nombrado Profesor Auxiliar de la Escuela de Ingenieros de nuestra Universidad.

Era tal su competencia en asuntos de electricidad, que pronto,

muy pronto, se pudieron apreciar esas brillantes condiciones que le hicieron sobresalir y por las que solicitado por Compañías tan importantes como la de Gas y Electricidad, establecidas en la Habana, ocupó el puesto de Ingeniero, que desempeñó a completa satisfacción de la Compañía, por cuyos intereses velaba con celo ejemplar y con el beneplácito del público, pues su afable carácter y su afán de servir dentro de sus atribuciones a todo el que acudía a él con alguna reclamación, contribuyeron a la general simpatía que hubo de disfrutar y al natural respeto que despierta la solidez de conocimientos, el criterio firme de no apartarse en absoluto de lo dispuesto en las leyes y reglamentos...

Su estrecha condición pecuniaria prodújole no pocas cavilaciones, pues las necesidades de su familia por un lado y las propias de su anciana madre, constituyeron, dado el concepto que siempre tuvo del deber, inquietudes que no sabía cómo hacer cesar. De ahí la imperiosa necesidad de dar lecciones particulares de matemáticas puras, empleando horas de la noche, para aumentar los ingresos mensuales. Tal es, señores, la dura vida del profesorado, satisfacciones para el espíritu en la conquista de la verdad científica, amarguras infinitas ante las exigencias del deber cumplido; hondas preocupaciones cuando no pensándose en el presente discurre uno sobre el porvenir de una clase tan meritoria y tan digna, que parece destinada no a reposar tranquila cuando las fuerzas de los años impidan rendir la diaria y dura labor, como justísimo pago a una vida ejemplar y meritoria; ni a que sus familias alcancen por consecuencia de su honrado trabajo medios para evitar ser víctima de la miseria, sino a tener como fruto del cumplimiento del deber las puertas cerradas, que de no ser así, llevarían la tranquilidad a sus espíritus y que se han abierto para el Ejército, dignísimo defensor de la Patria, como deben abrirse para el Magisterio y para el Profesorado en general; él que sabe, tanto como aquél, ser buen salvaguardia de sus instituciones, ya que, dentro de infinitas amarguras y decepciones diarias, afánase siempre el profesor por formar la mente de los ciudadanos del mañana, enriqueciéndola con sanas y elevadas ideas, mientras graba en su corazón los más nobles principios de moral. A nuestro Congreso corresponde, como tenemos entendido que de ello se preocupa, el salvar de la miseria a una clase tan meritoria. Si tal cosa se hubiera hecho, no pensaríamos los amigos de Cuervo en la suerte de sus hijos, infelices niños que en

el comienzo de sus vidas pierden sus protectores bienamados...

El recuerdo de Cuervo será imborrable en esta Universidad; pocos serán los alumnos que no conserven de él una grata impresión, pocos, muy pocos, los que no sientan su desaparición del mundo de los vivos, pues supo siempre hacerse querer y respetar, no sólo por su saber, sino por su desinterés y por su trato cariñoso y afable. Sabía cumplir con todos y con todos con cariño, muy especialmente con sus compañeros de Facultad, a la que quiso muy de veras, procurando en todas ocasiones su mayor auge, su más absoluto prestigio. Y prueba de ello es, que al ser designado para que consumiera un turno en la serie de 1905 a 1906, en esas conferencias que tan acertadamente se han establecido para la difusión de los conocimientos, para hacer sentir la benéfica influencia de nuestro primer Centro Docente y que es obra en alto grado meritoria y digna de aplauso por lo que significa la consagración que cada profesor realiza para el mejor éxito del pensamiento de la Facultad, aceptó gustoso el encargo, no por vanagloria, que los que así pensasen, desconocerían la psicología del inolvidable Cuervo, hombre excesivamente modesto, sino porque consideraba el encargo como obligación inherente al puesto que desempeñaba y él tenía como un deber, más que como un deber, como un mandato, una simple indicación de nuestro ilustre Decano o de la Facultad. Aceptó, pues, el encargo, y la conferencia resultó interesante, espléndida. ¿Quién de los que tuvieron la suerte de asistir a ella no la recuerda con placer? ¿Quién ha olvidado que aquel tema "Telegrafía sin hilos", de actualidad y tan importante, nos tuvo más de una hora, que nos pareció un minuto, pendiente de sus labios? Fué sin duda aquella conferencia una de las mejores que se han dado en esta Universidad, no sólo por la significación del tema que desarrolló, materia nueva y original en el campo de la ciencia, sino por la forma brillante de exposición, por aquella palabra tan fácil como rápida, tan sencilla como clara en la formación de la frase para la más exacta expresión del pensamiento.

Oigamos por unos momentos las impresiones que recogiera la Prensa de aquel acto inolvidable en su interesanto sección "Las fiestas de la inteligencia", y que diera a conocer *La Discusión* en el número del día siguiente: "¡Un éxito! Tal es la exclamación que se escapa de nuestra pluma de cronista al reseñar la hermosísima fiesta celebrada ayer en nuestra

Universidad. Y un éxito colosal! La interesante del tema anunciado, su atractivo y su actualidad, y nuestras excitaciones, llevaron al primer Centro Docente de la República, un público numerosísimo y selecto, como pocas veces hemos visto. Fué tal la aglomeración de personas, que muchas, que llegaron un poco después de la hora marcada—las cuatro—no encontraron asiento y tuvieron que permanecer de pie. Todas, completamente todas las butacas fueron ocupadas, y todos, absolutamente todos los sillones del estrado fueron ocupados también. Veíase allí a la más alta representación de nuestro mundo intelectual y social, a las autoridades de Instrucción Pública, al Profesorado, al Magisterio, a la Prensa... Imposible nos sería citar nombres, por dos razones: primero porque ocuparía varias columnas, y después porque nuestra memoria no nos sería del todo fiel. El extenso salón de conferencias, profusamente iluminado con multitud de bombillos eléctricos, presentaba un soberbio golpe de vista. A las cuatro en punto, el digno Rector de la Universidad, Doctor Berriel, que presidía el acto, abrió la sesión y concedió la palabra al conferenciante Sr. José María Cuervo. Una salva de aplausos saludó al competente Profesor Auxiliar de Electricidad de la Facultad de Letras y Ciencias. Joven todavía, de aspecto atrayente y adornado de gran inteligencia, el conferenciante subyugó bien pronto con su palabra al auditorio. Amenísimo, elocuente e instructivo fué su discurso. Poseedor de verdaderas dotes oratorias y conocedor profundo de los secretos de la electricidad, el Sr. Cuervo deleitó, instruyendo, a la escogida concurrencia. Después de un brillante exordio explicó de manera clara y sugestiva las diversas clases de corrientes eléctricas, como base de la telegrafía con hilos, base a su vez de la telegrafía sin hilos, objeto esta última de la conferencia. Ya dentro del tema, interesante de suyo, explicó la transmisión de las corrientes a través de las ondas del éter, sin necesidad de alambre conductor alguno, describiendo el mecanismo y composición de los aparatos transmisor y receptor; y el fundamento del maravilloso descubrimiento, que, según manifestó, había profetizado un eminente sabio español—Salvat—cuando pretendió comunicar a Mallorca y Alicante, sin necesidad de cable submarino, sino simplemente sirviéndose de la superficie del mar, como buen conductor y de dos estaciones electrizadas opuestamente. Por último realizó tres sorprendentes experimentos. En el espacio que separa el estrado del público, se hallaban colocados dos aparatos

curiosísimos. El uno era un transmisor, el otro un receptor de telegrafía sin hilos. Sin que ambos estuviesen unidos por alambre alguno, fué transmitido primero, un despacho; después fué encendida una lámpara eléctrica, y por último, fué un hecho sonar un timbre. Cuando se hacía funcionar el aparato transmisor, despedía una luz especial y hacía un ruido extraño. El público aplaudía entusiasmado. El competente profesor descendió de la tribuna en medio de una tempestad de aplausos...''

He ahí, señores, lo que de modo espontáneo consignaba en sus columnas el periódico antes citado; he ahí, poco más o menos lo que en igual sentido dijeron los otros diarios de la capital. Todos supieron darse cuenta de lo que dicho acto significaba, por el interés que en sí tuviera, todos supieron aquilatar la mentalidad superior de nuestro infortunado compañero. Lástima que joven de tanto mérito, que hubiera dado días de gloria a su patria, en el terreno de la Ciencia, nos haya abandonado para siempre, quedándonos tan sólo de él, el más grato de los recuerdos, como si al desaparecer, dadas sus relevantes cualidades, cumpliérase fatídicamente aquella frase tan conocida de que aquel a quien quieren los dioses se muere joven.

Ligónos a Cuervo una amistad íntima; le quisimos desde el primer día que tuvimos el gusto de conocerle, porque no obstante la sequedad de su carácter, había en él algo que no sólo atraía, sino que rápidamente conquistaba voluntades. Su amor al trabajo era tan incansable, que no obstante la grave dolencia que minaba su vida, lo que él ignoraba del todo, dedicóse a escribir una obra de matemáticas (*Algebra Elemental*) con destino a la enseñanza de esta Ciencia en los estudios secundarios, y de verdadera preparación para las posteriores investigaciones que se efectuasen en el campo de las matemáticas dentro de nuestra Universidad; obra que escribió con grandes dificultades económicas, con escasez de tiempo y con falta de salud: tal era el temple de su alma, tal su voluntad de hierro. Ya en cama y sin espíritu para darle cima, suplicónos que le hiciéramos la última revisión; encargo que gustoso aceptamos ya que con ello se nos honraba y se nos daba una nueva prueba de afecto, a la que correspondimos en la forma que merecía. De este libro dijimos que ''muchas obras de matemáticas elementales se han escrito en castellano, pero muy pocas o quizás ninguna ha sabido hermanar, como ésta, el estudio

teórico con el práctico y hacer que adquieran gusto por esta clase de conocimientos, aun aquellos que no se dedican a carreras científicas. En todas ellas abunda la teoría, que por ser a veces bastante difusa, cansan y alejan de estos estudios hasta a los que tienen aptitudes para ellos. Existen entre nosotros muchas obras de esta clase, escritas en inglés, algunas de mérito indiscutible, pero por estar expuesta la materia en idioma que no es el nuestro, por sacrificar demasiado la parte teórica, resultan poco adecuadas, a nuestro juicio, para ponerlas en manos de la juventud. Se hacía, pues, necesario una obra que reuniera todos los conocimientos que considera hoy la ciencia matemática como elementales y que expuestos con toda claridad resultase completada cada teoría con una serie de ejercicios prácticos que despierten la afición a la juventud, hasta aquélla que por dedicarse a carrera ajena a las matemáticas, estima que no debe cultivar esta clase de conocimientos. Y esta necesidad hacíase sentir tanto más cuanto que la afición de la juventud por las carreras de Ingeniero y de Arquitecto exige una sólida preparación matemática, por lo que resultamos partidarios del examen de ingreso hasta para aquellos que son Bachilleres.

"Este vacío—agregábamos—ha venido a llenarlo por completo la obra de que nos ocupamos, escrita por el Catedrático de la Escuela de Ingenieros, Sr. José María Cuervo y de la que hacemos la siguiente síntesis: Hállase la obra dividida en once capítulos, en cada uno de los cuales están explicadas las materias que por su índole y carácter deben estar agrupadas. El primero trata de las cuatro operaciones algebraicas, aprovechando que la potencia es un caso particular de la multiplicación, para desarrollar la de cualquier binomio facilitando de este modo el trabajo para cuando trate del binomio de Newton. El capítulo segundo, merece una atención especial, atención de tal índole como que su materia no la hemos visto tratada con la extensión que su importancia requiere en ninguna obra española ni francesa. Es un capítulo al que dan gran importancia las obras americanas y en realidad la tiene, pues a parte de la práctica y facilidad que adquiere el alumno para resolver cualquier cálculo algebraico, facilita las operaciones del M.C.D. y M.C.M., así como las ecuaciones de segundo grado. Está esta materia tan bien desarrollada en la obra que analizamos, con un método tan excelente, y una exposición tan clara de todos los casos que puedan ocurrir, que el alumno, sin darse cuenta, fá-

cilmente se familiariza con la materia. Su conocimiento permite que sea breve y sucinta la explicación del máximo común divisor y mínimo común múltiplo, terminando dicho estudio con el de los factores indeterminados que explica en este lugar por la importancia que tienen en el Algebra Superior. El tercer capítulo trata con bastante extensión de las fracciones algebraicas, cerrándolo con el análisis de las expresiones distintas que se reducen a 0 ∞ $\frac{0}{0}$. Notable por su exposición es el capítulo cuarto exponiendo las ecuaciones de primer grado, los sistemas de ecuaciones, y las ecuaciones homogéneas, todo ilustrado con una buena colección de problemas.

"Muy importante es el capítulo quinto; mejor hubiera sido dividirlo en dos. Trata en primer término de todo lo referente al cálculo de los exponentes negativos y fraccionarios, explica el Binomio de Newton y sus consecuencias, así como la raíz cuadrada y cúbica de los polinomios. En segundo lugar, se ocupa del cálculo de los radicales, de sus operaciones, terminando dicho capítulo con la teoría de la Racionalización, importante teoría que constituye un gran escollo para los que se dedican a esta clase de estudios y que he visto tratada en forma muy deficiente en otras obras. Dale el autor a esta teoría toda la importancia que tiene y desarrolla cada caso de modo tan admirable que bien pudiéramos afirmar, sin temor a equivocarnos, que tanto este capítulo como el segundo, son suficientes para acreditar la excelencia de la obra.

"La teoría de la combinatoria, las ecuaciones de segundo grado, máximos y mínimos y ecuaciones indeterminadas, desenvuélvense en los capítulos siguientes, como asimismo las series que comprenden las progresiones aritméticas y geométricas y las pilas de bala. Toda la teoría de los logaritmos en la que expone como aplicación de ellos el interés compuesto y las anualidades, hállase desenvuelta con perfecto dominio de la materia; desarrollando en el capítulo décimo la teoría de las inecuaciones comprendiendo las razones y proporciones, teoría que a nuestro juicio hubiera debido exponerse al principio de las series y como preliminar de las progresiones... El último y onceno capítulo lo dedica a explicar sucintamente, pero con claridad, y con la extensión necesaria a fin de que puedan aplicarse la teoría de los determinantes, la cual, aun siendo una parte de las Formas en el Algebra Superior, está bien

comprendida en unos elementos por su índole misma y por la mucha aplicación que de ellos se hace.

"La obra que nos ocupa es, sin duda, la primera de su clase que, escrita por un cubano, se edita en Cuba, lo que dice mucho en favor de la intelectualidad del país y de la labor industrial del mismo. Esta obra está llamada a ocupar un lugar preferente en nuestros Institutos y aun en los de aquellos países en donde se hable la lengua castellana, porque al indiscutible mérito intrínseco, no sólo por su exposición, sino por sus muchas aplicaciones, reúne la de estar escrita en estilo claro y sencillo, sin perder de vista su autor que es obra para la enseñanza y que por lo mismo debe estar siempre inspirada en las necesarias condiciones pedagógicas. Es en fin un libro que honra al autor, a la Escuela, y a la Facultad a que hubo de pertenecer...

Con el deseo de vivir, decidióse Cuervo a ir a los Estados Unidos, a fin de que médicos expertos le practicaran una operación quirúrgica; para lo cual se embarcó el día 3 de Agosto. Creyendo que—en medio de esas horas de angustias, luchando con un estado físico que se desplomaba, y que quería combatir a todo trance,—habría de serle altamente satisfactorio ver terminada la obra que le embargara días y días de incesante labor, le entregamos un ejemplar de su libro completamente terminado, y con lágrimas en los ojos, como si presintiese su próximo final y que en esas páginas dejaba huellas de su hermoso esfuerzo mental, recibiólo con singular placer y besólo con amor, plenamente satisfecho de su ruda labor, pero en la cual veía un buen auxilio para su pobre familia, si como resultado del último esfuerzo que realizara para combatir su terrible enfermedad caía para siempre saliendo del mundo de los vivos. Esa obra, a la que ya nos hemos referido, fué acogida con aplauso, aceptada por todos los centros docentes, no restando un año después ni un solo ejemplar; satisfacción de que no pudo gozar, pues los pocos compañeros que le despedimos al ver la necesidad que tenía de dos personas para dar los pasos necesarios hasta llegar al barco, pensamos a una que aquélla sería la última vez que le estrecharíamos en nuestros brazos. Y así pasó, ya que después de llegar a los Estados Unidos, e ingresar en el *Eye and Ear Infirmary* de la Ciudad de New York y de cumplir con los preceptos de la religión que él profesaba, entregóse en manos de un sabio Doctor para que le hiciera la delicada opera-

ción que le habían de realizar, no sin pensar en parte que era un esfuerzo estéril, pues se sentía herido de muerte; y como lo pensaba así resultó, pues de la labor del notable cirujano no se obtuvo éxito alguno, entregando su alma al Creador sobre las dos de la tarde del 8 de Agosto de 1907, terminada que fué la operación, dejando sumidos en el más profundo dolor a su buena esposa, hoy también desaparecida como hemos indicado, a sus tiernos hijos y a sus muchos y buenos amigos.

Al respetar los designios de la Providencia, permítasenos consignar que no debieran desaparecer aquellos hombres que apenas han tenido tiempo bastante para darse a conocer y quienes por su inteligencia superior hubieran podido dar días de gloria a la patria siendo útiles a sus conciudadanos. En este caso se hallaba nuestro malogrado compañero que sólo convivió con nosotros ocho años, dejando tras sí grabados con caracteres indebles sus excelsas virtudes.

Tal fué, señores, José María Cuervo, el brillante Profesor de la Escuela de Ingenieros. Conservemos siempre vivo el recuerdo de su personalidad; sirvan sus méritos y su brillante intelecto de fuente de inspiración de nuestros actos y su incansable labor, de ejemplo vivo que imitar; y al decirle, movidos por el más hondo de los afectos, *avete socius carissimus,* agreguemos a su vez *nostri memento,* acuérdate también de los que bien te quisieron, que ellos, sabiendo apreciar lo que tú eras, te han consagrado preferente lugar en sus corazones, como expresión evidente de espontánea y sincera simpatía.

ELOGIO DEL PROFESOR JUAN ORUS [1]

POR EL DR. ALEJANDRO RUIZ CADALSO

Profesor de Geodesia y Topografía

Sr. Secretario de Instrucción Pública:

Sr. Rector:

Señoras y señores:

Designado por la Facultad para pronunciar el elogio de uno de los desaparecidos Profesores que más prestigio poseía y comunicaba a nuestra querida Universidad, quien al mismo tiempo había sido para mí uno de los mejores maestros y luego un amigo insuperable, recordado siempre con ternura y gratitud, vengo hoy a cumplir este deber, con el penoso sentimiento de la irreparable pérdida que su muerte constituye para nosotros, mas al par con la satisfacción de hacer justicia a la memoria del que realmente elogios merecía.

Es éste, en efecto, uno de los pocos y melancólicos consuelos que restan a los supervivientes, testigos que fueron de los hechos, de las virtudes o de las excelencias de aquellos que hace poco acabaron de recorrer el áspero y oscuro sendero de la vida; y es ciertamente consuelo que tanto menos debe desdeñarse, cuanto que ofrece sobre cualquier otro la innegable ventaja de servir de enseñanza, de estímulo y de guía a los que vienen detrás, ocupando presurosos los huecos dejados en la fila ilimitada de esta interminable peregrinación.

Harto necesitada de esta clase de ejemplos y de la renovación de recuerdos semejantes se encuentra, por otra parte, la generación que ahora surge a la vida pública en todas sus esferas de actividad. En el actual período de nuestra accidentada historia, cuando la juventud ha visto una verdadera creciente de pasiones rastreras y de mezquinos apetitos; cuando ella misma tiene que sufrir las consecuencias de que intereses efímeros, bastardos e insignificantes hayan podido sobreponerse a los grandes, permanentes y legítimos derechos de la colectividad; cuando parte al

1 Leído en la sesión fúnebre dedicada a su memoria y celebrada en la Universidad el día 6 de Diciembre de 1913.

menos de esa juventud, ante tales hechos, ha llegado quizás a imaginar que ellos pueden repetirse y aun erigirse en norma de conducta sin que sobrevenga un desastre, se hace claramente necesario insistir en que no sólo nuestra existencia como pueblo libre, sino todo lo bueno que dentro de ella pueda encontrarse, se debe a hombres que pusieron por encima de su conveniencia particular el cumplimiento de sus deberes para con las conveniencias públicas, a hombres que trabajaron esforzadamente por elevar el nivel intelectual y moral de los demás, a hombres que supieron vivir modesta pero íntegramente y esperar la muerte con estoicismo.

Nació Juan Orús y Presno en la Habana, el día 2 de Diciembre de 1849. Fué su padre un jefe del ejército español, y por la línea materna, estaba emparentado con los Poey, apellido de gloriosa recordación para esta Universidad. En temprana edad, y obedeciendo seguramente los deseos de su padre, marchó a Segovia para seguir allí la carrera de Artillería, que por la índole científica de sus estudios, se avendría bien indudablemente con las tendencias y disposiciones intelectuales del joven alumno, pero que por su naturaleza militar y exigencias de rigurosa obediencia y disciplina no podía encajar en el carácter independiente de Orús, quien a causa de esto hubo de abandonarla.

Trasladóse luego a Barcelona para estudiar, dentro de la esfera civil, la carrera más análoga a la anterior, o sea la de Ingeniero industrial. Moviéndose ya allí en campo de mayor libertad, prosiguió sus estudios con gran aprovechamiento, contribuyendo a la ejecución de los trabajos que la Escuela de Ingenieros de Barcelona envió a la Exposición de Viena y que fueron premiados en ésta; y el 5 de Septiembre de 1873 realizó los ejercicios del grado de Ingeniero industrial en la especialidad mecánica. Trabajó después como ingeniero de una fábrica de maquinaria y probablemente data de esta época una memoria que escribió sobre "Motores empleados en la industria y ventajas que han reportado a la misma".

De regreso a Cuba, fué por tres años ingeniero de la Compañía de Gas de la Habana, habiendo desempeñado antes cargo análogo en Cienfuegos. Durante otro período, auxilió a su tío D. Juan Poey en trabajos de agricultura y de fabricación de azúcar, pu-

blicando en 1878 un escrito sobre la influencia de las sales en la cristalización del azúcar. Realizó asimismo diversos trabajos de agrimensura y otros de carácter profesional, entre los que merece sobre todo citarse su estudio de las inundaciones del Roque y de sus causas; fué en efecto Orús el primero que levantó un plano topográfico, por curvas de nivel, de la región con frecuencia inundada y que trató de determinar científicamente el origen y remedio de este perjudicial fenómeno, habiendo sido aprovechadas sus investigaciones por los propietarios de aquella zona dentro de lo que les permitían sus recursos.

El movimiento intelectual que, terminada la guerra de los diez años, sostuvieron en pro de la cultura cubana hombres como Varona, Cortina, Mestre y algunos otros, encontró en Orús uno de sus más ardorosos paladines. No obstante los trabajos prácticos que se acaban de mencionar, no había él perdido el tiempo desde el punto de vista de la ciencia pura en el período transcurrido desde que abandonó las aulas. Lector asiduo, verdadero amante de la adquisición de toda clase de conocimientos y con una inteligencia abierta igualmente a la especulación teórica que a la aplicación práctica, pudo ocupar inmediatamente su puesto de honor en aquel despertar de las tendencias intelectuales del país. Le vemos por esa época tomar parte activa en las tareas de numerosas sociedades científicas, literarias y artísticas, dando conferencias siempre aplaudidas y terciando en los debates que surgían de las ideas expuestas por otros conferencistas. Para este género de trabajos poseía indudablemente dotes especiales; lo variado de sus conocimientos, la amenidad de sus descripciones, que esmaltaba con imágenes poéticas y observaciones ingeniosas, su palabra fluida y castiza, el vigor de su dialéctica, el entusiasmo que animaba sus peroraciones y con el que contagiaba a sus oyentes, hacían de él un orador científico tan en alto grado instructivo como eminentemente simpático y que siempre sabía poner sus ideas al nivel de cualquier clase de auditorio.

Así se le encontraba terciando en las discusiones de la Sociedad Antropológica, de la que fué socio fundador, como en las controversias filosóficas que cultas personalidades sostuvieron en el Liceo de Guanabacoa, y en 1879 pronunció en el Ateneo notable conferencia que mereció de D. J. F. Arango una detenida y encomiástica reseña publicada en la *Revista de Cuba;* tenía por tema "La evolución del agua en la formación de la Tierra y su

influencia sobre la configuración actual de ésta'', y el orador se revelaba partidario de la doctrina evolucionista al mismo tiempo que manifestaba los extensos conocimientos de Astronomía y Geografía Física propios de quien más tarde había de ser Catedrático de Cosmografía y Física del Globo en nuestra antigua Facultad de Ciencias.

Poco después, en medio de esta brillante fase de actividad intelectual, presentósele magnífica oportunidad de ingresar en la hermosa carrera del Profesorado, a la que todas sus aptitudes le llamaban, obteniendo por oposición—tras reñidos ejercicios que fueron muy elogiados y en los que venció al Profesor que la venía desempeñando—la Cátedra de Física y Mecánica aplicada a las máquinas en la Escuela Profesional, de la cual tomó posesión en 19 de Abril de 1880, y quedando a su cargo igualmente el Observatorio Físico-Meteorológico anexo a la Escuela. También explicó allí, durante dos años, la asignatura de Química industrial.

Este éxito parece haber estimulado aún más su actividad. Terminó los estudios de las carreras de Agrimensor Perito tasador de tierras y de Maestro de Obras, y al propio tiempo que ingresasaba en nuevas Corporaciones distinguidas, no abandonaba sus trabajos de vulgarización científica.

Electo miembro numerario de la Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de la Habana en 9 de Mayo de 1880, tomó parte desde entonces en las tareas de ese alto cuerpo científico, ya emitiendo informes técnicos, ya interviniendo en las discusiones, como la referente a la enfermedad de los cocoteros, por cuyo motivo fué agregado por la Academia a la Comisión para el estudio de ese asunto. Más adelante pronunció su discurso de ingreso acerca de ''El barómetro durante las lluvias tropicales'', en el que trata de explicar la marcha de la presión atmosférica bajo la influencia de las turbonadas basándose en la ley de la conservación de la energía y en los principios de la Termodinámica. En diversos bienios fué uno de los Conservadores del Museo de la Academia en la sección de Mineralogía y Geología. Pasó a Académico honorario el 26 de noviembre de 1899.

En el propio año que en la Academia, ingresó también en la Sociedad Económica de Amigos del País, donde luego fué Secretario de la sección de Agricultura. Y más adelante fué nombrado por el Gobierno Caballero de la Orden de Carlos III.

Continuaba a la vez, como antes indiqué, aprovechando todas

las oportunidades de propagar conocimientos fuera de los círculos académicos; ya con motivo de la inesperada aparición del bello cometa de 1881, o en ocasión del paso de Venus de 6 de Diciembre de 1882, escribía artículos en que con galana frase y felices comparaciones se esforzaba por explicar a los profanos los problemas y procedimientos de la ciencia; y durante varios años siguió ocupando con frecuencia la tribuna en las veladas de "La Caridad" del Cerro, y otras sociedades análogas, ganando siempre la voluntad y los aplausos del auditorio por su erudición y pintorescas descripciones; merecen citarse entre sus conferencias de esta época una sobre "El renacimiento y destrucción de Alejandría" y otra titulada "Evolución y progreso"; por cierto que las ideas avanzadas de Orús, expuestas con su franqueza y valentía acostumbradas, le valieron acerbos ataques de los que en aquellos tiempos de la Colonia defendían con gran empuje las tendencias contrarias. También publicó un bonito *Cuento astronómico* bajo el título "Las estrellas vigilan".

Entre tanto, la suerte y sus merecimientos le brindaron nueva y excelente ocasión de ascender en el Profesorado, pasando a la Universidad mediante brillantes oposiciones en que ganó la Cátedra de Mecánica racional de la Facultad de Ciencias, de la cual tomó posesión en 19 de Febrero de 1883. Pocos días después le encargaban además la explicación de la asignatura de Cosmografía y Física del Globo, que siguió desempeñando hasta la desaparición de dicho curso por reforma del Plan de Estudios bajo la primera intervención americana. Asimismo se encargó, durante períodos no tan largos, de otras varias asignaturas, como Mineralogía, Química general, Química Orgánica, Cálculo diferencial e integral, y también de la Dirección del Observatorio Meteorológico. Después del famoso incidente de la supresión del Doctorado en esta Universidad por el Gobierno español, con el arreglo que le siguió, se encargó además permanentemente de la Cátedra de Astronomía (asignatura del Doctorado) desde 1893.

Como es bien sabido, Orús fué en nuestra antigua Facultad de Ciencias uno de los profesores de mayor prestigio e influencia. El rigor y extensión con que enseñaba la Mecánica racional, por la que tenía verdadera pasión, constituía una de las principales dificultades de la carrera de Ciencias físico-matemáticas, en la que pocos llegaron a graduarse durante esa época, siendo de notar que la mayor parte de esos graduados han llegado a ser más

tarde Catedráticos; y debe en justicia reconocerse que también algunos otros Profesores, como el Dr. Mimó, y posteriormente el malogrado Dr. Múzquiz en su asignatura de Análisis, contribuían a que se siguiera allí un verdadero curso de altas Matemáticas. En tales condiciones, Orús dió ya rienda suelta a su gran afición a estas ciencias, en algunas de cuyas ramas profundizó verdaderamente; poco antes de la guerra comenzó a escribir un curso de su asignatura principal, la Mecánica, que fué interrumpido por los sucesos posteriores; y no descuidaba por eso otros estudios, pues en 1886 hizo los ejercicios de grado de Licenciado en Ciencias Físico-químicas, comenzó luego los estudios de la carrera de Derecho, que no terminó, y algunos años más tarde se consagraba asiduamente a la Optica. Interesábale grandemente además todo lo que afectar pudiera a la Instrucción Pública; y uno de sus ideales era la creación de la Escuela de Ingenieros, en cuya organización esperaba tomar algún día parte activa e importante.

Así vió llegar la hora de la emancipación de Cuba, lleno de ilusiones y entusiasmos, propios tanto de su carácter alegre y optimista cuanto de la índole de aquel período, que turbulento por lo revolucionario fué sin embargo risueño como una aurora para los cubanos. Al comenzar la primera intervención, fué nombrado por el Gobierno Concejal del Ayuntamiento de la Habana, con otras personas de reconocida competencia y rectitud. Y en esos momentos de expectación y a la vez de confianza en el porvenir, cuando se preparaba a contribuir con sus conocimientos y sus bríos a la reforma y mejoramiento de nuestras enseñanzas universitarias, volvióse contra él la suerte, por vez primera, pero en forma que había de ser definitiva. Un ataque al cerebro, con la consiguiente hemiplejia, le quitó la palabra y el movimiento, que sólo lenta y parcialmente recobró más tarde. "*¡A la hora de la batalla...!*", repetía balbuceante, de modo casi ininteligible, embargado de tristeza, cuando pudo pretender hablar de nuevo.

A partir de aquel aciago día—9 de Enero de 1899,—muchas amarguras le esperaban! Inutilizados los miembros del lado derecho, empezó a aprender a escribir con la mano izquierda y solo andaba con gran dificultad, auxiliado por otro y expuesto a frecuentes caídas. Para colmo de sus males, incapacitado para intervenir en las cuestiones que por entonces se resolvían, y quizás como consecuencia de su triste situación, al hacerse la reforma de la Universidad vióse privado por el Gobierno de la Cátedra que ha-

bía conquistado en buena lid y a la que tenía pleno derecho, recibiendo con ello un rudo golpe. La Facultad de Ciencias obtuvo, sin embargo, del propio Gobierno, poco después, la reparación de esta injusticia y la rectificación del error cometido, con la creación de una Cátedra de Mecánica racional, Astronomía y Cosmología, que fué asignada a Orús, quien pudo así continuar enseñando las mismas asignaturas que durante tantos años había profesado.

Apenas comenzó a reponerse, con su energía característica, tomó parte importante en la constitución de los Tribunales de oposición a otras Cátedras que recientemente habían sido creadas, y luego emprendió con nuevos bríos sus tareas de profesor y su activa intervención en la reorganización de las enseñanzas que en esos momentos realizaba la nueva Facultad de Letras y Ciencias para amoldarse al Plan de Estudios implantado en 1900. Cambió de textos y de métodos de enseñanza, a fin de simplificarlos y adecuarlos a las necesidades de los alumnos de la Escuela de Ingenieros y Arquitectos, que desde entonces habían de constituir la casi totalidad de los que cursaran las asignaturas de su Cátedra; comenzó la formación del Gabinete de Astronomía; y todos recordamos la decisión y perseverancia con que defendía en las sesiones de la Facultad los puntos de vista que consideraba beneficiosos para la enseñanza o los intereses universitarios, cualquiera que fuera la Escuela a que afectaran o la materia de que se tratara.

Pero no tardó mucho, desgraciadamente, en sufrir un nuevo amago de su mal, que le obligó a restringir considerablemente su actividad. Limitado a ir de su casa a la Universidad y de ésta a aquélla, consagróse cada vez más al estudio, que llegó a ser su única distracción, y durante algunos años cultivó la Fotografía, alcanzando verdadera habilidad en este delicado arte, que aplicaba principalmente a la ejecución de vistas para proyecciones luminosas, con fines didácticos.

Al organizar la Facultad sus trabajos de extensión universitaria, abriendo una serie de conferencias para los maestros de instrucción primaria, fué Orús uno de los que con más entusiasmo secundaron la idea y laboraron por llevarla a la práctica, consagrando largo tiempo a la preparación de excelentes proyecciones, no sólo para sí, sino también para otros compañeros (por él estaban hechas varias de las que yo presenté en mis conferen-

cias de aquella época); y brilló desde luego, nuevamente, el sugestivo conferencista de siempre, que a pesar de las dificultades con que tropezaba a ratos su palabra, sabía encontrar invariablemente mil maneras de cautivar a su auditorio, y tan pronto profundizaba un punto entrando en detalles interesantes para el más instruído, como se extendía en nociones generales tan claramente expuestas que el profano le seguía gustoso con no interrumpida atención. Verdaderos modelos de este género fueron una disertación sobre "El agua como agente modificador del relieve terrestre", en la que explicó los hechos culminantes y los principios fundamentales de la Geografía Física en lo que respecta a los constantes cambios que bajo la poderosa acción del agua experimentan las formas de los elementos superficiales de la Tierra, a la formación de los valles, las alteraciones del curso de los ríos, etc., y aun las modificaciones que aprovechando el conocimiento de aquellas leyes consigue introducir el ingeniero en esos que pudiéramos llamar órganos exteriores de nuestro planeta; y otra conferencia sobre "Roma", en la que hizo desfilar el panorama de la histórica ciudad a través de las edades, con sus tesoros arqueológicos y artísticos, sus habitantes y sus costumbres, y hasta el genio de las diversas creencias que en ella han imperado; y presentaba tan distintos temas en forma de amenos viajes, que realmente deleitaban al par que instruían, según la antigua y conocida frase.

También tomó parte en la constitución del Tribunal para el ingreso en el Cuerpo de Artillería, a raíz de su creación.

Pero mientras tanto, su terrible enfermedad avanzaba inexorablemente. Otro ataque, de forma más ligera en apariencia, pero de consecuencias más graves, le dificultó nuevamente de un modo gradual y progresivo los movimientos y la palabra, impidiéndole con frecuencia concurrir a las clases. Vióse precisado a pedir largas licencias y por último a vivir recluído casi constantemente en su habitación.

Y ni aun así le abandonó su voluntad tenaz ni disminuyó su amor al estudio. Rodeado de libros, periódicos, atlas y diccionarios le vimos hasta el fin los pocos amigos que continuaba recibiendo. Obstinóse en seguir profundizando las ciencias exactas, para asegurarse de que sus facultades intelectuales se hallaban incólumes, y ya en el postrer año de su vida estudió una reciente y abstrusa teoría de Análisis matemático. Tampoco flaqueó su

envidiable memoria; una de las últimas veces que le vi me hizo una descripción geográfica e histórica, con detalles minuciosos, de un puerto del Mediterráneo que incidentalmente había yo mencionado en la conversación. Y continuó como siempre leyendo la prensa científica y hallándose al corriente de las investigaciones más modernas en las ramas que le interesaban.

Sólo quince días antes de morir dijo consternado a su fiel esposa, que desde hacía tanto tiempo venía siendo su auxiliar infatigable: "*¡Ya no puedo leer!*" Entonces, una bronco-pneumonía, con las complicaciones consiguientes a la gravedad de su estado general, le libertó de peores y más prolongados sufrimientos, el 25 de Agosto de 1911.

Durante este último tristísimo período de reclusión, manifestó una paciencia resignada admirable para quien conocía su temperamento impetuoso; sin exhalar una queja, esperó la muerte con la verdadera serenidad del justo.

El carácter de Orús ofrecía contrastes interesantes. Desde el punto de vista intelectual, ya ha podido verse que era verdaderamente complejo. Tan aficionado a las teorías, como interesado por las aplicaciones prácticas, combinaba en sus enseñanzas—y con él resultaba enseñanza cualquier conversación—los conceptos más abstractos con los más prolijos detalles materiales. Su horizonte mental era muy amplio: a más de su incesante dedicación a las Matemáticas, tanto puras como aplicadas, era apasionado por la Geografía, incluyendo la histórica; en Física, Meteorología y Astronomía llegó á alcanzar gran competencia; cultivaba también como aficionado otras ciencias y multitud de conocimientos de muy diversos géneros; y manifestó siempre un gusto decidido por las Bellas Artes, especialmente la Pintura, cuya historia estudiaba con deleite. Poseía en consecuencia una erudición especial, a veces profunda y casi siempre amena. Sus altas dotes de conferencista han quedado ya suficientemente indicadas; y como profesor, evidente resulta su excelencia por esa reunión de condiciones tan variadas y a la vez tan necesarias para la enseñanza universitaria.

Moralmente, tenía por el contrario, como tantos otros hombres de talento, la simplicidad del niño. Sus cualidades más simpáticas, su jovialidad, su devoción al que estimaba como amigo, su entusiasmo por las causas que abrazaba, presentaban los caracteres

y la intensidad con que se ven en la niñez; y sus mismos defectos, que a veces le perjudicaron aun en la esfera intelectual, su vehemencia, la precipitación con que solía llegar a conclusiones y hasta cierta ingenua vanidad que alguna vez ostentaba, eran completamente infantiles. Puede que sea uno de los privilegios conferidos a tales hombres por su pristino exuberante vigor moral y mental, el conservar hasta la vejez ciertos rasgos propios de la primera edad.

Como dice Schopenhauer, "el profundo dolor que nos produce la muerte de todo ser amigo, procede de que sentimos que en cada individuo hay algo inexpresable, propio sólo de él, y que por lo tanto no hemos de volver a encontrar. *Omne individuum ineffabile*". [1] ¡Y cuánto más cierta resulta esta observación, cuando se trata de aquellos que así por la rara combinación de cualidades poco comunes, como por las condiciones intrínsecas de su carácter moral e intelectual, han pasado por la vida dejando en los que les conocieron, a más del recuerdo de sus méritos, de su bondad y de su obra beneficiosa, esa impresión de algo inexplicablemente original a que alude el colosal filósofo de la Voluntad y la Inteligencia!

1 «Parerga und Paralipomena». Zweiter Band., Kapitel XXVI: «Psychologische Bemerkungen». § 311.

PSICOLOGIA DE LA SUGESTION

POR MATEO I. FIOL

Profesor del Instituto de Matanzas

(*Concluye.*) [1]

VI

SUGESTIBILIDAD TOTAL

Comparación de las condiciones de las dos clases de sugestibilidad.—Papel de la conciencia selectiva y de la refleja.—Relaciones entre la sugestibilidad y la conciencia refleja.—Comparación de las leyes de la sugestibilidad normal y anormal.—Ley general de la sugestibilidad total.—Observaciones.

Si comparamos las condiciones de la sugestibilidad normal con las de la anormal encontraremos que son esencialmente las mismas, con la sola diferencia de que en la segunda no existen las de "distracción del objeto de la experiencia" y "ejecución inmediata". Ahora bien, esa semejanza en las condiciones de las dos clases de sugestibilidad, indica que ambas proceden de un común origen, que el carácter o naturaleza de la una es igual al de la otra, y que, por tanto, deben reconocer las dos similares causas y tener ambas la misma explicación.

Se ha dicho ya que lo que caracteriza la sugestibilidad anormal es la disgregación de la conciencia, una como rotura o herida mental más o menos extensa y profunda, disgregación que separa más o menos totalmente la conciencia selectiva de la refleja, destruyendo en mayor o menor grado la síntesis de la armonía psíquica normal. Pues bien, la sugestibilidad normal es de idéntica naturaleza, es también un choque, una herida mental, una disgregación o separación psíquica, sólo que no es tan inten-

1 Véase Vol. XVII, núm. 3, pág. 329.—La Redacción de la REVISTA advierte a sus lectores que algunos términos contenidos en este estudio se han dejado como están, respetando la opinión de su autor, como acostumbra hacer siempre con los trabajos que publica.

sa ni perdurable como en la hipnosis Su acción es momentánea, evanecente: desaparece en el instante mismo en que se produce; mejor dicho, se desvanece instantáneamente a la acción del elemento inhibitorio de la voluntad consciente. Precisamente de esa momentaneidad depende el requisito de la ejecución inmediata como una de las condiciones indispensables para que la sugestión se realice en los estados de la vida normal. Debemos vigilar el momento preciso de la disgregación, y antes de que vuelva la conciencia selectiva a ejercer su función inhibitoria, provocar la ejecución del acto sugerido a la conciencia refleja. Al propio tiempo, es necesario contrarrestar el funcionamiento de la conciencia voluntaria proporcionándole ocasión y motivo para que se distraiga del objeto de la sugestión y no tenga oportunidad de ejercer su función inhibitoria. Hay que tener presente que en el estado normal la conciencia selectiva está constantemente vigilando, y cuando alcanzamos burlar esa vigilancia, cuando engañada, o distraída, no ejerce la conciencia voluntaria su acción inhibitoria y permite la entrada de ideas o imágenes extrañas, es sólo por un instante, momento que es necesario aprovechar si se quiere que la sugestión no sea un fracaso.

Si ahora comparamos las leyes expuestas en los capítulos precedentes, veremos que la una es el reverso de la otra y que descubren la presencia del elemento inhibitorio en una clase de sugestibilidad y la ausencia en la otra. En el estado normal debemos prevenir la resistencia de la conciencia selectiva, y por lo tanto, las sugestiones deben hacerse lo más indirectamente posible. En el estado anormal, por el contrario, no hay necesidad de ninguna prevención, porque la conciencia voluntaria, el elemento inhibitorio de la voluntad, está más o menos ausente, y entonces la conciencia refleja responde necesariamente al estímulo de las sugestiones. Por eso en dicho estado la sugestión es tanto más efectiva cuanto más clara, precisa y directa.

Resulta, pues, que la ley general de la sugestibilidad puede expresarse con la siguiente proposición: La Sugestibilidad está en razón directa de la disgregación de la conciencia selectiva y refleja, y en razón inversa de la unificación de dichas conciencias.

He dado ya un paso bastante avanzado en el terreno escabroso de la sugestibilidad; pero, no es suficiente, y el interés del asunto exige no me detenga en el punto a que he llegado. No he hecho

más que levantar un poco el velo que encubre con los caracteres del misterio las maravillas de la vida psíquica, y es necesario que, por lo menos, intente aclarar más las sombras que circundan un particular tan interesante como todavía obscuro. Mucho se ha logrado al poder penetrar la naturaleza de la sugestibilidad y el mecanismo de la sugestión; pero, con ello todavía hay algo obscuro en cuanto a la finalidad y razón de la sugestibilidad, todavía el misterio sigue velando esa esfera de la vida mental. Porque, efectivamente, parece inexplicable que el ser humano pueda estar expuesto al rompimiento de su equilibrio mental; parece una paradoja que la conciencia selectiva tenga como función primordial la conservación y el sostenimiento de la vida individual y específica, y, sin embargo, esté el individuo expuesto a cada instante a la acción incontrastable de las sugestiones.

Para aclarar el misterio, para dar una explicación satisfactoria, tenemos necesidad de ahondar un poco en la constitución del ser psíquico. El análisis de sus elementos y facultades, la investigación metódica de sus manifestaciones, desde el punto de vista de la vida anormal, podrá quizás darnos la luz que necesitamos, permitiéndonos construir la teoría real y positiva de la sugestibilidad. Y yo espero que este estudio haga desaparecer todas las sombras del espíritu, presentando la sugestibilidad precisamente como el proceso necesario de *asimilación psíquica,* es decir, como el proceso que determina el crecimiento y la evolución progresiva de la entidad psíquica personal.

Los primeros fenómenos que me propongo analizar con el intento indicado son las manifestaciones de distintas personalidades en el mismo individuo, estudio que será el objeto del siguiente capítulo.

VII

FENÓMENOS DE MULTIPLICIDAD PERSONAL

Dificultad para el estudio de estos fenómenos por la falta de precisión de las observaciones hechas.—Manifestaciones espontáneas de personalidades completas.—Caso típico de estas manifestaciones.—Relato del Dr. Osgood Mason.

El estudio de las manifestaciones de distintas personalidades en un mismo individuo no resulta cosa muy fácil, por mucho que

esos fenómenos de la vida psíquica anormal hayan sido recogidos en gran número por la investigación psicológica después que el Dr. Azam los dió a conocer en su obra *Hypnotisme et double conscience*. La dificultad estriba en que los casos que generalmente se citan han sido imperfectamente descritos y la observación de los mismos ha resultado deficiente. Aun las mismas observaciones del Dr. Azam, que son las más preciosas y completas, carecen de la precisión debida. Se encuentra en ellas verdadero lujo de hipótesis y comparaciones, pero en vano se buscan detalles analíticos cuya importancia sería capital; en vano se busca la descripción precisa, en cada una de las personalidades que se manifiestan, de cada sentido, de cada facultad física o psíquica; la pesquisa, en una palabra, de los conocimientos y sentimientos del sujeto en el uno y en el otro de sus estados.

Después de leer las diversas observaciones clasificadas como fenómenos de multiplicidad personal, se nota una lamentable confusión de hechos bien diferentes. En efecto, se han agrupado en una misma clase todas las alteraciones de la personalidad, ya sean espontáneas, ya reconozcan un origen hipnótico o una causa patológica, no obstante de que esas diversas alteraciones tienen más caracteres diferenciales que rasgos comunes.

Procuraré en mi investigación corregir en lo posible ese defecto analizando las manifestaciones espontáneas de las personalidades completas, es decir, las manifestaciones que no dependen necesariamente de alguna influencia patológica y que conservan todas las capacidades sensoriales y psíquicas de los seres en su estado normal.

Examinemos el caso típico de estas manifestaciones, el caso de Félida X... referido por el Dr. Azam, para poder determinar con vista del examen sus principales caracteres.

Félida X... era una joven de 15 años a la que sus padres suponían loca. He aquí el informe que acerca de esta joven da el Dr. Azam:

"Casi todos los días, sin causa conocida, o bajo el imperio de "la menor emoción, es presa de lo que ella denomina *su crisis*. De "hecho, ella entra en un segundo estado. Véase cómo: Está sen- "tada con su labor de costura en la mano. De repente se ve ata- "cada por un intenso dolor en las sienes y queda dormida con un "sueño profundo del cual nada puede sacarla y que dura dos o "tres minutos. Al despertar se manifiesta bien diferente de lo

"que era antes de dormir: de carácter jovial, sonriente (su ca-
"rácter normal es serio y un tanto triste), continúa la labor que
"tiene en las manos, tarareando una canción: su inteligencia es
"más viva y no sufre durante este nuevo estado los dolores neu-
"rálgicos que la molestan en su estado normal. En este estado,
"que yo he denominado *condición segunda,* Félida tiene el cono-
"cimiento de toda su vida; se acuerda no sólo de su existencia
"ordinaria, sino de los estados semejantes al estado en que se en-
"cuentra ahora. En 1858 esta condición segunda duraba de una
"a tres horas cada día, y algunas veces menos. Después de este
"tiempo, nueva pérdida del conocimiento, y Félida se despertaba
"en su estado ordinario, sombría, morosa y con la conciencia de
"su malestar. Lo que más la entristecía era la ignorancia completa
"en que estaba acerca de todo lo que le había pasado durante el
"período precedente, cualquiera que fuese su duración. Daré un
"solo ejemplo de esta laguna de su memoria: Estando en condi-
"ción segunda se entregó al joven que debía ser su marido, y un
"día, en su estado normal, me consultó sobre los fenómenos sin-
"gulares que experimentaba en su seno. El embarazo era eviden-
"te, pero yo me guardé de decirlo. Un momento después sobre-
"vino la condición segunda, y Félida me dijo riéndose: "Os he
"contado toda clase de historias: yo sé muy bien que estoy em-
"barazada." Durante los años siguientes, los períodos de condi-
"ción segunda acrecieron, llegando a igualar a los del estado nor-
"mal. Entonces Félida presentaba este fenómeno singular: duran-
"te una semana, la semana del estado normal, ignoraba absoluta-
"mente lo que había hecho y cuanto había pasado durante la
"semana precedente, pero en la semana siguiente, en la condi-
"ción segunda, conocía toda su vida. Después de cierto tiempo
"sucedió que los períodos normales apenas tenían la duración de
"tres o cuatro días, mientras que los otros duraban de tres a
"cuatro meses. En los tres o cuatro día de sus períodos normales,
"la vida de Félida era intolerable, porque ignoraba completamen-
"te casi toda su vida... Sus facultades intelectuales y morales,
"aunque bien diferentes, están completas: ninguna idea deliran-
"te, ninguna apreciación falsa, ninguna alucinación... En este
"segundo estado, en esta condición segunda, todas sus faculta-
"des parecen más desarrolladas y más completas. Esta segunda
"vida, en la que el dolor físico no se hace sentir, *es mucho supe-*
"rior a la otra."

El Dr. Osgood Mason (*The Journal of Nervous and Mental Diseases,* de Septiembre de 1893) refiere el siguiente caso: "Alma "Z... estuvo bajo mi observación durante los diez años pasados. "En su niñez era notable por su inteligencia. A los diez y ocho "años, su salud era excelente, y sobresalía entre sus compañeras, "no sólo desde el punto de vista moral, sino también desde el "físico. En esta época, seguramente por causa del exceso del tra- "bajo escolar, perdió la salud, demostrando peculiares condicio- "nes psíquicas. En lugar de la enferma y triste personalidad de "la señorita apareció la ligera y alegre personalidad de una niña, "cuyo vocabulario era muy limitado. Hablaba un dialecto pecu- "liar, poco gramatical y de carácter evidentemente indio... Esta "personalidad se daba el nombre de *Twocy,* y cuando se refería "a la personalidad normal la nombraba siempre *N.º 1*... Las "dos personalidades eran perfectamente independientes y cada "una tenía su respectiva y distinta conciencia, pensamiento y "memoria. La personalidad primera desconocía por completo a "la segunda. Si *Twocy* aparecía en la tarde del martes permane- "ciendo hasta la tarde del jueves, cuando desaparecía y *N.º 1* em- "pezaba de nuevo su vida, esta personalidad comenzaba a vivir "precisamente en la tarde del martes, en el punto mismo en que "se verificó la interrupción de *Twocy.* El tiempo intermedio entre "esa tarde y la del jueves no había transcurrido para *N.º 1.* En "cambio, la personalidad segunda, es decir, *Twocy,* demostraba "conocer perfectamente la vida de *N.º 1,* pero como una persona "distinta, completamente separada de ella... *Twocy* parecía tener "el poder de irse y venir a voluntad. A cada instante dejaba co- "municaciones escritas para *N.º 1,* haciendo advertencias y dando "consejos y avisos que fueron siempre saludables y exactos... "Después de cierto tiempo, una noche, *Twocy* anunció que iba "a irse para no volver más, y que en su lugar vendría otro visi- "tante. Inmediatamente Alma Z... cayó en un alarmante ataque "de síncope que duró algunas horas, y al volver en sí, su concien- "cia estaba representada por una tercera personalidad completa- "mente nueva y diversa de las dos anteriores. Esta nueva perso- "na se anunció con el nombre de *El muchacho* (*The boy*)... Los "incidentes peculiares e interesantes que diversificaban estos di- "ferentes estados de conciencia podrían llenar un volumen... "Cuando la persona *N.º 3* persistía por un período largo, varias "semanas, por ejemplo" era curioso observar la vuelta tempora-

"ria de la personalidad primera bajo la influencia de algún sen-
"timiento o emoción placentera y suave. Una vez presencié esta
"transformación mientras la acompañaba en un palco del teatro
"*Metropolitan Opera House,* oyendo la música admirable de
"Beethoven. A la mitad de la función me fijé en la expresión de
"su cara, y comprendí el cambio de personalidades verificado. Le
"hablé unas cuantas palabras, y me contestó con el tono suave y
"triste que le era peculiar en su condición normal: reconocí la
"presencia de la persona *N.º 1.* Pocos momentos más tarde sus
"ojos se cerraron, dió dos o tres cortas y rápidas respiraciones,
"su faz cambió, y la personalidad *N.º 3* volvió otra vez. Entonces
"se dirigió hacia mí y dijo: *¿También N.º 1 vino a oir su con-*
"*cierto favorito? Sí,* contesté; *pero, cómo lo has sabido? Oh, yo*
"*estaba aquí,* respondió, *en frente del palco: ví cuándo usted*
"*hablaba con ella: ¡cuánto ha gozado con la música!,* y siguió
"oyendo el concierto y comentando el programa, en la forma que
"era característica de esta personalidad."

Veremos en el capítulo siguiente los caracteres que descubre el análisis de los casos referidos.

VIII

CARACTERES Y EXPLICACIÓN DE LAS PERSONALIDADES MÚLTIPLES

Inferencia a que da lugar el examen de los casos de alteraciones de la personalidad.—Datos previos para comprender el fenómeno del desdoblamiento de la personalidad.—Hipótesis de la Psicología experimental moderna.—Comprobación de las relaciones entre el fenómeno exteriorización *y el fenómeno* subconciencia. *Fórmula de la hipótesis de la* Subconciencia exte*riorizable.*

El examen analítico de los casos de alteración de la personalidad, expuestos en el capítulo precedente, nos autoriza a afirmar que la vida consciente del individuo está constituída por varias series de estados psíquicos, cada una de las que tiene caracteres propios y diferenciales, representando *personalidades bien diferentes y autónomas.*

Cada personalidad se manifiesta en fases diversas de duración variable, marcándose el paso de una a otra por un estado de *in-*

conciencia completa que dura más o menos tiempo. Las personalidades pueden ser totalmente diferentes desde los puntos de vista del carácter general, de las facultades y de los conocimientos; pero, lo más frecuente es que todas posean en común cierto número de nociones generales. Unas a otras se ignoran completa o incompletamente. Pueden desconocer en lo absoluto todo cuanto sucede fuera de sus fases de manifestación respectiva, pero, en cambio, tienen el completo recuerdo de sus propias fases, aun las distanciadas por los más largos intervalos de tiempo. Algunas veces una de estas sucesivas personalidades, y siempre la misma, tiene la conciencia y el recuerdo de todas las manifestaciones de las otras personalidades.

Ahora bien: ¿cómo explicar racionalmente estos hechos? ¿Cuál será la naturaleza de un fenómeno tan sorprendente? De qué manera podremos dar una explicación satisfactoria de esas manifestaciones anormales de la vida psíquica? Cuál será, en una palabra, la razón de las alteraciones de la personalidad?

Bien difícil es por ahora satisfacer las anteriores preguntas. Ese desdoblamiento de la personalidad no podrá explicarse hasta tanto la Psicología no nos dé todos los elementos constitutivos de la entidad psíquica. Entonces, y sólo entonces, tendremos la razón de esas alteraciones, al propio tiempo que la interpretación de los misterios de la sugestibilidad.

Desgraciadamente, en este punto, la investigación psicológica deja mucho que desear, porque, como hizo notar el docto profesor de la Universidad de Harvard, W. James, "la Psicología está aún en la misma situación en que estaba la Química antes de Lavoisier y la Física antes de Newton. Sin embargo, los esfuerzos hechos por la psicología experimental en estos últimos años ha traído una nueva y potente luz que desvanece casi por completo las sombras del misterio, haciendo nacer la legítima esperanza de una teoría psíquica segura y completa. Me refiero a la modernísima hipótesis de la *Subconciencia* y *Exteriorización,* cuya hipótesis examinaré con la brevedad que exige el objeto primordial de este trabajo. La hipótesis descansa en las relaciones entre un fenómeno perfectamente comprobado, la exteriorización psíquica, y otro de igual manera comprobado, la existencia de una actividad, llamada *subconciencia,* porque está fuera de la esfera de la voluntad y de la conciencia normal. Las principales comprobaciones relativas a las indicadas relaciones son:

Fenómeno general exteriorización.—Una parte de la *fuerza,* de la *inteligencia* (en su sentido más vasto) y de la *materia,* puede ser exteriorizada por el organismo humano y *actuar, percibir, pensar, organizar,* sin necesidad de *órganos, músculos, sentidos* ni *cerebro.* La exteriorización se verifica bajo especiales condiciones psíquicas (estados hipnóticos, sonambúlicos, los llamados mediúmnicos, y quizás también durante el sueño natural). La parte de la *fuerza-inteligencia* que se exterioriza escapa a la voluntad y al conocimiento normales, sometiéndose a la dirección de la *subconciencia.*"

Fenómeno general subconciencia.—Existe en cada individuo un conjunto de facultades y de conocimientos llamados subconscientes porque escapan a la voluntad y a la conciencia normales. Este conjunto constituye la *subconciencia* o el *ser subconsciente,* apreciable bajo especiales condiciones psíquicas (sueño hipnótico, sonambúlico, mediúmnico y natural) y sobre todo, por los fenómenos de exteriorización que dirige.

Estas comprobaciones demostraron que la *exteriorización* y la *subconciencia* son dos aspectos inseparables de la misma manifestación psíquica, imponiendo con perfecta lógica la siguiente fórmula expresiva de la hipótesis:

Una parte de la fuerza, de la inteligencia y de la materia puede exteriorizarse y manifestarse fuera y aparte de los músculos, sentidos y cerebro. Dicha parte no es otra que el elemento subconsciente del ser. Constituye realmente un "ser subconsciente" exteriorizable que coexiste en el yo con el ser consciente normal.

En los capítulos subsecuentes examinaré los principales caracteres de esa subconciencia exteriorizable al efecto de determinar su origen, hacer las inferencias del caso y, por último, ver si la hipótesis puede explicar satisfactoriamente las alteraciones de la personalidad y me permite aclarar las sombras de la sugestibilidad descubriéndome su naturaleza esencial; con lo cual habré llenado el propósito de este trabajo, facilitando al propio tiempo el camino para un estudio más detenido de la actividad subconsciente en el trabajo que me propongo hacer más adelante acerca de *La nueva teoría psicológica.*

IX

COMPROBACIONES DE LA PSICOLOGÍA EXPERIMENTAL ACERCA DEL SER SUBCONSCIENTE

Caracteres orgánicos, facultades y conocimientos del ser subconsciente.—Investigación del origen de la subconsciencia exteriorizable.

Al efecto de determinar el origen y naturaleza del ser subconsciente exteriorizable, me propongo exponer en este capítulo un resumen del resultado de las investigaciones de la psicología experimental acerca de los caracteres orgánicos, facultades y conocimientos de la subconsciencia.

Caracteres orgánicos.—La investigación psicológica experimental ha comprobado la existencia de un *substratum* de substancia fluídica que sirve de vehículo a la fuerza, sensibilidad e inteligencia subconscientes. Esta substancia es homogénea, inaccesible a los sentidos normales, imponderable, susceptible de ser proyectada fuera del organismo corpóreo del sujeto, y capaz de penetrar y pasar al través de los obstáculos materiales. Es visible a los sujetos en estado de hipnosis y accesible a las investigaciones del hipnotizador mediante la observación metódica de la sensibilidad exteriorizada. Esta sensibilidad parece repartida en toda la superficie del *substratum* fluídico exteriorizado, y *condensa en un sentido único* los diversos sentidos del sujeto. Bajo la influencia de la voluntad subconsciente, la substancia fluídica puede tomar las formas más variadas. En su exteriorización arrastra consigo algunas veces moléculas orgánicas, pudiendo en esos casos afectar los sentidos normales de cualquiera persona. Las moléculas arrastradas en la proyección exterior de la substancia fluídica son, como esta substancias, moldeables por la inteligencia subconsciente. Por último, en el estado normal, la substancia fluídica exteriorizable irradia más o menos lejos de la periferia del organismo corpóreo, pero la exteriorización no se manifiesta completa, ni siquiera se hace notar, sino en los estados hipno-mediúmnicos.

Facultades.—Por lo que respecta a las facultades del ser subconsciente, hay necesidad de distinguir dos grandes categorías. La primera comprende las capacidades psíquicas análogas a las cons-

cientes, de las que sólo se diferencian por su mayor grado de poder y por su sumisión a una voluntad que no es la voluntad del sujeto normal. La segunda categoría comprende ciertas capacidades trascendentales que pueden clasificarse del siguiente modo:

Facultad de acción a distancia (sensibilidad y motricidad).

Facultad de acción de pensamiento a pensamiento.

Facultad organizadora y desorganizadora de la materia.

Facultad de lucidez. (Esta es una capacidad de acción sensorial que escapa en parte a las condiciones de espacio y tiempo.)

Conocimientos.—Los conocimientos que la subconciencia manifiesta se dividen en los dos grupos siguientes:

1.° Conocimientos adquiridos por las vías sensoriales normales.

2.° Conocimientos que no se han adquirido por las vías sensibles normales.

El primer grupo se subdivide en:

(a) Conocimientos adquiridos conscientemente, pero que se han olvidado y han pasado a la subconciencia.

(b) Conocimientos adquiridos sin que el sujeto haya tenido conciencia de su adquisición.

Teniendo en cuenta las indicadas comprobaciones me propongo ahora investigar cuál es la esencia íntima y el origen del ser subconsciente exteriorizable. En este estudio es necesario hacer abstracción del inmenso interés que presenta, dejar a un lado toda opinión preconcebida y seguir paso a paso los consejos y procedimientos de un método perfectamente lógico. A este efecto, procediendo de lo ya conocido a lo desconocido, empezaré por ver si puede adaptarse a la interpretación de la subconciencia la explicación fisiológica aceptada generalmente para la conciencia normal. En otros términos, mi propósito ahora es resolver la siguiente cuestión: ¿El funcionamiento de los centros nerviosos, del cual dependen las manifestaciones de la conciencia normal, puede igualmente explicar las manifestaciones de la subconciencia exteriorizable?

Para que una hipótesis pueda ser aceptada es necesario que cumpla con estas tres condiciones: 1.ª, ser una deducción lógica de las comprobaciones positivas; 2.ª, ser suficiente, es decir, explicar suficientemente los hechos; y 3.ª, no estar en contradicción con ningún hecho.

Ahora bien, examinando separadamente y dentro de cada una

de las condiciones indicadas la cuestión que me he propuesto, me hago las siguientes preguntas:

1.ª ¿La hipótesis de que la subconciencia es una función de los centros nerviosos está lógicamente deducida de las comprobaciones positivas?

2.ª ¿Explica esa hipótesis todos los hechos de manifestaciones subconscientes?

3.ª ¿No está en contradicción con ningún hecho?

En cuanto a la primera pregunta nos encontramos con que las manifestaciones de la subconciencia son inversas a las de la conciencia; es decir, en tanto que las manifestaciones de la conciencia normal guardan correlacción estrecha con la fisiología cerebral, las de la subconciencia aparecen desligadas del funcionamiento nervioso. Mientras la actividad psíquica, en los estados normales de conciencia, es proporcional e inseparable de la actividad funcional orgánica, la actividad subconsciente está en razón inversa de la funcional orgánica, y es *separable* del organismo corpóreo. Por consiguiente, si las comprobaciones positivas demuestran la separabilidad de la subconciencia; si los fenómenos de exteriorización son tanto más definidos y precisos cuanto menor sea la actividad cerebral; si las manifestaciones subconscientes están en razón directa del reposo orgánico, claro es entonces que la identificación de la subconciencia con el funcionamiento nervioso será una hipótesis insostenible por no ser una deducción lógica de los hechos comprobados.

Claramente se ve también que la segunda pregunta debe ser contestada en sentido negativo. En efecto, quedan fuera de la hipótesis los hechos de exteriorización, así como las manifestaciones de facultades trascendentales y de conocimientos subconscientes.

Y por lo que respecta a la tercera pregunta, tenemos que la hipótesis está en contradicción con determinados hechos mediúmnicos, tales como la comprobación de facultades y conocimientos subconscientes en criaturas, cuyo cerebro apenas si empieza a formarse, y sobre todo, con los casos de conocimientos que no han podido adquirirse por las vías sensibles actuales. (Véase la obra de Aksakof, *Animismo y Espiritismo.*)

En cuanto a esta última clase de conocimientos, claro está que si la subconciencia fuera función cerebral, se podría encontrar el origen sensacional de todos esos conocimientos; y eso no es posible, porque al lado del grupo de conocimientos adquiridos por las

vías sensoriales (consciente ó inconscientemente), existe otra categoría de conocimientos *que no provienen, ni pueden provenir,* de esas vías. Y no se trata de conocimientos vagos y poco precisos, conocimientos que pueden dejar lugar a dudas en lo que respecta a su origen, sino de conocimientos complejos, exactos y extensos, conocimientos artísticos, científicos y profesionales; se trata de adquisiones psíquicas que no pueden ser de, ni han estado nunca en la conciencia normal, y que, en ciertos y determinados casos, se manifiestan también en los niños de algunos meses de nacidos.

Si, pues, la subconciencia no es una función de los centros nerviosos, cuál será su origen?, cuál su esencia íntima? Esta pregunta será el objeto del capítulo siguiente.

X

ORIGEN Y NATURALEZA DE LA SUBCONCIENCIA

Pesquisa de los elementos constitutivos de la subconciencia.—El ser subconsciente es una síntesis de conciencias sucesivas.—Racionalidad de esta hipótesis.—Carácter complejo de la entidad psíquica.—Relaciones entre la conciencia y la subconciencia.

Según se dijo en el capítulo anterior, la psicología experimental ha comprobado la existencia de dos grupos de conocimientos subconscientes; a saber:

1.° Conocimientos adquiridos por las vías sensoriales, ya conscientes, ya inconscientemente, pero que en todo caso, han sido conservados por el ser subconsciente, se encuentran como almacenados en la subconciencia.

2.° Conocimientos que no pueden deber su origen a las vías sensoriales del organismo físico actual.

El primer grupo de conocimientos comprueba evidentemente que la subconciencia está constituída en parte por las adquisiciones totales de la conciencia, o en otros términos, *que una parte de los elementos psíquicos de la subconciencia han sido primeramente elementos psíquicos de la conciencia.*

Ahora bien: paréceme que por medio de una simple generalización puedo llegar a inferir con perfecta lógica una hipótesis racional que explique los conocimientos del segundo grupo, y, por consiguiente, el origen total de la subconciencia. He aquí mi razo-

namiento: se ha comprobado que una parte de los elementos psíquicos subconscientes han sido primeramente elementos conscientes. Puedo, pues, suponer que *todos* los elementos psíquicos subconscientes han sido elementos conscientes.

Esta suposición implica el siguiente corolario: "Los atributos de la subconciencia que no provienen de las vías sensoriales y de la conciencia actual, provienen de vías sensoriales y de conciencias anteriores a la conciencia actual". En otros términos más claros: *El ser subconsciente exteriorizable es el producto sintético de una serie de conciencias sucesivas que se han fundido en él, constituyéndolo poco a poco.*

La crítica más exigente no podrá rechazar esta hipótesis. En efecto, nadie se atreverá a negar la perfecta lógica de mi inferencia, ya que mantengo el antiguo aforismo *nihil est in intelectu quod prius non fuerit in sensu* al sostener que todos los conocimientos se adquieren por las vías sensoriales; ni nadie tampoco podrá racionalmente contradecir la afirmación de que la superioridad del ser subconsciente depende de su mayor desarrollo. (Será superior porque contendrá todas las adquisiciones de la conciencia actual más las de las conciencias anteriores.) Las facultades trascendentales serán entonces simplemente el producto de adquisiciones complejas, que sintetizan facultades diversas y constituyen capacidades superiores, facultades de facultades. Y nada es más racional que suponer que esta evolución se efectúa lenta y progresivamente en existencias sucesivas, sin que el caso pueda estimarse como misterioso.

Esta hipótesis, la única inferencia lógica posible dentro de las comprobaciones positivas aportadas por la psicología experimental, nos demuestra que la entidad psíquica, el *yo,* comprende una extraordinaria complejidad de elementos psíquicos, que el alma humana no es un elemento espiritual tan simple y sencillo como por muchos años se ha afirmado, que el *nosce te ipsum* es un aforismo mucho más importante y difícil de lo que se le suponía. Por lo pronto, el ser psíquico, el *yo,* aparece como una síntesis de dos elementos esenciales: 1.º, el *yo* consciente, con su doble conciencia, la selectiva y la refleja, y 2.º, el *yo* subconsciente, con sus facultades trascendentales. El primero depende del funcionamiento orgánico, del que es inseparable; el segundo, en su mayor parte, inaccesible al conocimiento y a la voluntad directa e inmediata del ser en la

vida normal, es exteriorizable e independiente del funcionamiento orgánico actual del sujeto.

Examinemos ahora las relaciones entre la conciencia y la subconciencia, al efecto de comprender la naturaleza y formas diversas de la sugestibilidad.

La subconciencia se constituye y enriquece con los elementos aportados por la conciencia. Almacena, por así decirlo, todas las adquisiciones y experiencias sensibles, aun las impresiones que no llegan a percibirse conscientemente, y sintetiza estas adquisiciones en capacidades nuevas, en facultades transcendentales. La misión, pues, de la conciencia es enriquecer a la subconciencia proporcionándole elementos para su perfeccionamiento y evolución progresiva.

En cuanto a la acción de la subconsciencia en las manifestaciones actuales de la conciencia, es bien difícil precisar dónde empieza y dónde acaba, porque la subconciencia escapa en su mayor parte a la voluntad y al conocimiento normal. Pero, teniendo en cuenta los fenómenos de *automatismo psicológico* en la vida regular y la importancia del trabajo subconsciente, podemos afirmar que lo más probable es que la subconciencia ejerza una función de dirección general en las manifestaciones de la conciencia, cuya función será mejor o peor cumplida conforme las condiciones orgánicas hagan del cerebro (órgano de la conciencia) un instrumento más o menos dócil. Sin embargo, debemos observar que no es la influencia subconsciente la única que puede actuar sobre la conciencia, sino que, además, ésta puede hasta cierto límite recibir la acción de influencias exteriores (educación, ejemplos, sugestiones del medio, etc). De la acción directiva general de la subconciencia se infiere lógicamente su influencia en cuanto al origen, desarrollo y conservación de la conciencia. No será, pues, una atrevida hipótesis el suponer que las llamadas predisposiciones y capacidades innatas son el resultado de esa acción directiva, el esfuerzo de la subconciencia para adaptar sus adquisiciones y capacidades al funcionamiento orgánico y favorecer así de la mejor manera posible el ulterior desarrollo del ser consciente. Asimismo parece lógica la probabilidad de que el organismo físico reciba también la influencia de la acción subconsciente, y esta suposición, que se ve confirmada a cada paso con las comprobaciones de la investigación experimental, no ha de extrañar a quienes conozcan los hechos que

demuestran en el ser subconsciente una facultad organizadora de la materia. [1]

XI

LA SUGESTIBILIDAD Y LA HIPÓTESIS DE LA SUBCONCIENCIA

Importancia de la hipótesis de la subconciencia exteriorizable.—Explicación de los casos de múltiple personalidad.—Característica de la hipnosis.—Relaciones entre la sugestibilidad y la voluntad consciente.—La conciencia con respecto a la subconciencia.—Dirección general de la subconciencia.—La sugestibilidad como facultad de adaptación.—Restricción natural de la sugestibilidad.—Equilibrio entre la voluntad y la sugestibilidad.—Intervención de una voluntad distinta de la voluntad del sujeto.—Susceptibilidad de los neuróticos y de los niños.—La sugestibilidad en el sueño y en los estados de hipnosis y mediúmnicos.

Con la hipótesis de la subconciencia exteriorizable no existe ya dificultad para comprender y explicar la naturaleza íntima y las diversas formas en que se manifiesta la sugestibilidad. A la brillante luz que irradia desaparecen las sombras que obscurecían el fenómeno de las alteraciones de la personalidad, y la mente descubre la razón de esa y otras manifestaciones anormales de la actividad psíquica, pudiendo interpretar satisfactoriamente los hasta hoy inexplicados e inexplicables hechos de la psicología anormal. En cuanto a los casos de personalidades múltiples en un mismo individuo, el misterio desaparece con la realidad de una subconciencia constituída precisamente por la síntesis de las múltiples y sucesivas personalidades (conciencias constituyentes de la subconciencia).

La subconciencia es a veces impotente para ejercer en determinados organismos (los histéricos) su función directiva perfecta y totalmente. De aquí una verdadera *incoordinación psíquica,* que puede llegar a producir la manifestación aislada de un grupo de los elementos psíquicos que contiene la síntesis de la conciencia individual o subconciencia. [1] Y es probable que ese grupo de elementos psíquicos sea simplemente la representación, más o menos com-

1 Véanse los «Annales des sciences physiques», 1896, 1897, Paris.

1 La subconciencia, como síntesis de conciencias personales constitutivas de la individualidad, puede llamarse *conciencia individual.*

pleta, o más o menos deformada, de una de las conciencias (personalidades) anteriores y constitutivas del ser subconsciente (conciencia individual). Una de esas anteriores personalidades predominará sobre la personalidad normal, es decir, sobre la conciencia personal actual, con olvido más o menos completo de esta última.

La organización del cerebro es tal que no permite la manifestación simultánea de muchas personalidades conscientes. Cada una de las que constituyen la síntesis individual del ser—la totalidad del *yo*,—sólo puede manifestarse aislada y sucesivamente, pasando el sujeto de una a otra por medio de una especie de letargia, una verdadera *pequeña muerte*, como la llamó el Dr. Azam.

Al estudiar las condiciones y la ley de la sugestibilidad anormal se dijo que la hipnosis estaba caracterizada por la disgregación de los elementos que constituyen la conciencia normal del sujeto en la integridad de su *yo* personal, cuyos elementos son la conciencia refleja y la selectiva; que el proceso de la hipnotización consistía en separar el funcionamiento inhibitorio de las células nerviosas corticales—órgano de la conciencia selectiva—del funcionamiento del resto del sistema nervioso con su respectiva conciencia refleja; que en los estados normales era necesario sorprender, por así decirlo, a la conciencia selectiva para que las sugestiones dieran resultado; en una palabra, que la sugestibilidad estaba en razón directa de la disminución de la actividad funcional de los centros corticales, o lo que es lo mismo, de la desaparición de la voluntad consciente (conciencia selectiva).

Si ahora tenemos en cuenta las relaciones recíprocas de la conciencia personal (síntesis de la conciencia refleja y de la selectiva en la personalidad normal) y de la subconciencia, podremos completar la teoría de la hipnosis y de la sugestibilidad.

El papel de la conciencia [1] con respecto a la subconciencia, según se ha dicho, es el de suministrarle las adquisiciones mentales que ésta ha de sintetizar en capacidades nuevas. El de la subconciencia puede considerarse desde los siguientes puntos de vista: 1.°, manifestaciones o estados de conciencia actuales, y 2.°, origen, desarrollo y conservación de la conciencia.

Desde el primer punto de vista es evidente la influencia subconsciente en las manifestaciones actuales de la conciencia, por mucho que sea difícil precisar dónde empieza y dónde acaba. Los

1 Al emplear la palabra conciencia sin calificativo alguno, me refiero a la síntesis personal de las conciencias refleja y selectiva, a la voluntad consciente del sujeto.

casos llamados de *automatismo psicológico* en la vida regular y las observaciones de la acción subconsciente en un número considerable de individuos, [1] prueban suficientemente que la subconciencia ejerce una acción general directiva en las manifestaciones de la conciencia.

Esa dirección general de la subconciencia nos aclara el papel que ha de ejercer desde el segundo punto de vista, porque de ella se desprende el corolario de que "el desarrollo ulterior del ser consciente dependerá en gran parte de la actividad del ser subconsciente." (El ser consciente es la personalidad transitoria, y el ser subconsciente, la individualidad permanente, y por tanto, la verdadera entidad psíquica.)

La extensión y desarrollo de la subconciencia directriz (dependiente del grado evolutivo del ser subconsciente) determinan en parte la mayor o menor elevación de conciencia. Y digo en parte, porque el organismo físico ejerce naturalmente una acción importante en las manifestaciones conscientes que dependen directamente del funcionamiento cerebral. El cerebro, *más o menos perfecto,* será *más o menos capaz de sufrir la dirección de la individualidad subconsciente.* El mal funcionamiento del órgano cerebral puede anular más o menos total y considerablemente la acción general directiva de la subconciencia. Así, pues, si bien es cierto que una *personalidad* consciente superior implica una *individualidad* subconsciente avanzada, no se puede, en cambio, afirmar que una conciencia inferior revela una *individualidad* subconsciente elementaria.

Veamos ahora si podemos darnos cuenta de la sugestibilidad, considerada no simplemente como la posibilidad de recibir o sufrir la acción de diversas influencias extrañas a la voluntad consciente del sujeto, sino como la posibilidad de *adaptar a la conciencia personal* todo lo que pueden influir a su progreso evolutivo.

Considerada de esta manera la sugestibilidad será *la facultad de adaptación del ser psíquico al medio y a las influencias externas, al propio tiempo que la adaptación de estas influencias al ser psíquico.* Es, pues, la condición primera del proceso de asimilación psíquica, proceso que permite al *yo* la adquisición de nuevos elementos de conciencia.

Se ve claro que la sugestibilidad así comprendida tiene necesi-

1 Janet.—«Automatisme psychologique». Dr. Chabaneix. «Le subconscient chez les artistes, les savants el les écrivains».

dad de reconocer una conveniente restricción, porque, si esa capacidad de adaptación no tuviera límites, podría suceder que aglomerara en la conciencia las adquisiciones más diversas, un verdadero caos, bajo el cual la personalidad correría el riesgo de desaparecer. Esa restricción está en la necesidad de una *selección* que facilite la conveniente asimilación psíquica, y de aquí precisamente la función de la *conciencia selectiva* o voluntaria.

El freno, pues, de la sugestibilidad está en la voluntad. Esta lucha por la conservación de la personalidad psíquica, cuya existencia se vería comprometida con la afluencia de elementos extraños numerosos y diferentes a sus propios elementos. Por eso es hostil instintivamente a las adquisiciones mentales que no concuerdan con los rasgos principales de la característica personal.

Siendo la voluntad el contrapeso de la sugestibilidad, claro está que debe haber un equilibrio entre una y otra para que la función de adaptación psíquica se realice de un modo natural y conveniente. Si el equilibrio se rompe, entonces la sugestibilidad será o muy fuerte o muy débil. Y en este punto debemos tener en cuenta la intervención de un factor importantísimo: la influencia de una voluntad distinta de la voluntad del sujeto. Esta voluntad puede ser, ya la voluntad interna del ser subconciente, ya una voluntad *exterior*. Pero, cualquiera que sea, subconsciente o exterior, puede esa voluntad influir la sugestibilidad del ser. Si está de acuerdo con la voluntad consciente, doblará su influencia; mas, si es divergente, la voluntad más fuerte será la que triunfe. Lo más común es que la voluntad subconsciente sea la más fuerte, y, por tanto, la que dirige la sugestibilidad del ser, porque la voluntad consciente no es más que el reflejo de la subconsciente, salvo excepciones accidentales de importancia y frecuencia muy variables.

Si la voluntad subconsciente es débil o se ejerce mal por la impotencia de la subconciencia para ejercitar su acción directiva —como sucede en los casos de neurosis,—entonces la voluntad consciente, mal dirigida, podrá sufrir la influencia de una voluntad exterior que, substituyéndose a ella, dominará y guiará la sugestibilidad del sujeto. Por esta razón los neuróticos, sobre todo los histéricos, son tan accesibles a la sugestión exterior, aun en los estados de vigilia normal. Por esa razón también los niños y adolescentes son tan susceptibles a las sugestiones externas, susceptibilidad que reconoce por causa la insuficiencia de la voluntad consciente (que se encuentra en esbozo) y la impotencia de la subconsciente (que

sólo puede actuar cuando el desarrollo orgánico es completo).

De aquí los graves peligros para la infancia de una educación mal comprendida o sistemáticamente falsa, cuyas erróneas y dañosas sugestiones pueden persistir la vida entera comprometiendo y anulando la influencia favorable y regular de la voluntad subconsciente. De aquí, también, la necesidad de que el sistema de educación evite no sólo la imposición directa, sino al propio tiempo y sobre todo la indirecta, menos aparente, pero más dañosa, de las sugestiones sistemáticas.

Durante el sueño, la voluntad consciente del ser se encuentra extraordinariamente aminorada, pudiendo llegar a estar completamente anulada (hipnosis completa.) En tal caso la sugestibilidad es accesible a la influencia de la voluntad subconsciente o a la de una voluntad exterior. En el sueño natural la voluntad subconsciente libra al ser de las influencias de las sugestiones exteriores, y asimismo sucede en el sueño de la ligera hipnosis. Pero, en los estados de hipnosis completa, en el sonambulismo hipnótico o mediúmnico, la subconciencia está exteriorizada y no puede preservar al ser contra la influencia de las sugestiones exteriores.

ROMANCES TRADICIONALES EN CUBA

CONTRIBUCIÓN AL ESTUDIO DEL "FOLK-LORE" CUBANO

POR EL DR. JOSÉ MARÍA CHACÓN Y CALVO

INTRODUCCIÓN

§ 1.—*Vitalidad del Romance.*

Goza la poesía heroico-popular castellana, del privilegio no concedido a la de los otros pueblos, de vivir varias y diversas vidas, conservándose casi íntegra en medio de las edades más refinadas y cultas. Desde la antigua canción de gesta hasta el teatro histórico-nacional, tan opulento y vario, parece ser una misma la corriente de inspiración. Lo épico, lo ampliamente objetivo, no muere al extinguirse el eco de los últimos juglares; la tradición de los grandes hechos de la reconquista, tenaz en la memoria del pueblo, sigue manifestándose, ya en el *Romance*, radiante corona de la musa popular, ya en las leyendas dramáticas de Lope, verdaderos y magníficos fragmentos de una epopeya siempre viva. Esa serena concepción de la vida, ese predominio del elemento histórico sobre el fabuloso, ese sano y vigoroso realismo, caracteres indisputables de la epopeya castellana, pasan íntegros al romance, al genuino romance viejo, haciéndole participar del espíritu imperecedero de aquélla. Y lo mismo ocurre con el teatro histórico de Lope.

La vitalidad del romance en nuestros días, es hecho que atestiguan las investigaciones modernas. En las regiones más diversas, en España, sin exceptuar una sola provincia; [1] en Portugal y sus posesiones africanas; entre los judíos españoles de Levante y Oriente; en las Américas española y portuguesa; en fin, en dondequiera que el pueblo Ibero ha dominado, surge este castizo y

1 En las provincias castellanas (de cuya poesía *viva* tradicional, dudaban críticos sapientísimos), el Sr. N. Alonso Cortés, benemérito de la erudición española, ha recogido un precioso romancerillo (*Romances Populares de Castilla*, Valladolid, 1906). En cuanto al discutido romancero Gallego, sabido es de todos con cuánto empeño viene trabajando en él, el Sr. V. Said de Armesto. Su existencia ha quedado probada; solamente falta sistematizar sus elementos. Esto lo harán seguramente los hermanos Pidal, Armesto, o cualquiera de los continuadores de la escuela Menéndez y Pelayo.

espontáneo producto de la poesía popular, conservado por la viva tradición del pueblo. Los temas parecen multiplicarse y la tradición oral, prolífica como pocas, parece no acabarse nunca. Cada día se reciben nuevas sorpresas: era ayer cuando en rústicos labios la señora de Menéndez Pidal descubría la existencia de un verdadero ciclo de romances históricos, [2] y al poco tiempo se sucedían, en aquella región que muchos creían sin importancia tradicional alguna, nuevos y riquísimos romances, que cuando no llevaban en sí ningún elemento completamente original, modificaban, ampliaban con interesantes variantes los ya conocidos. En 1900, el gran maestro de la crítica histórico-comparativa, al dar a luz su *Romancero Tradicional*, apéndice inapreciable a la *Primavera* de Wolf, [3] se limitaba, al hablar de América, a dos meras citas, una de Vergara (de la *Historia de la Literatura de Nueva Granada*) y otra de Cuervo (del *Anuario de la Academia Colombiana*), y a dar la hipótesis de la existencia de auténticos romances viejos en el Nuevo Mundo, aunque éstos anduviesen muy adulterados. Hoy, ¿qué *romancero* tradicional, siempre que no sea de carácter local, puede dejar en blanco la parte de los romances de América? Adulterados, sin ese carácter eminentemente épico de los Castellanos, como quiera que estén, no cabe duda respecto a cuánta importancia tienen estos cantos tradicionales, conservados en su mayoría por juegos infantiles, para el cabal estudio del romancero tradicional ibérico.

§ 2.—*Las investigaciones recientes.*

La investigación promovida en 1905 [4] por D. Ramón Menéndez Pidal, ha dado fecundos resultados. El mismo Sr. Pidal, en una obra reciente [5] los ha expuesto, y queda uno maravillado ante tanto hallazgo curioso y peregrino. En la América del Sur, sobre todo, se ha trabajado con tesón, y ya son de dominio público recopilaciones como la del Ciro Bayo, *El Romancerillo del Plata*. Otros eruditos, Julio Vicuña, J. B. Ambrosseti, etc., han formado interesantes colecciones que van publicando parcialmente.

En las Antillas se ha iniciado también el trabajo de recopila-

2 El de la muerte del príncipe don Juan. (*Bulletin Hispanique*, VI, 1904.)

3 Es el tomo 10 de la *Antología de Poetas Líricos Castellanos*.

4 Ya en 1902, en la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, de Madrid, (número de Enero), daba el Sr. Ciro Bayo noticias sobre el romance en América.

5 *El Romancero Español*. Conferencias dadas ante la Hispanic Society of America (1910).

ción. La revista *Cuba Contemporánea,* ha publicado, hace apenas un mes, un elegante y erudito estudio del Sr. Pedro H. Ureña, sobre los romances tradicionales de Santo Domingo, aunque el título que lleva (*Romances de América*) hace esperar una investigación más amplia, y que su autor, uno de los jóvenes de más doctrina y sólidos estudios y que más honran la erudición americana, puede realizar cumplidamente. En esa misma revista, dí una ligera noticia acerca del Romance de Santa Catalina, según lo conserva nuestra tradición oral, [6] y dentro de poco, la Srta. Carolina Poncet publicará un volumen dedicado exclusivamente al estudio del romance cubano.

A pesar de todas estas investigaciones, se observa cierta pobreza de elementos tradicionales en los Romances de América. Muy pocos publica Ciro Bayo en el *Romancerillo del Plata,* que sean genuinamente viejos. Esto, quizá se deba a que los romances tradicionales se encuentran casi siempre en *contaminación* con otros, bien de carácter vulgar, bien inspirados en asuntos indígenas o coloniales. Por eso, en vez de disminuir nuestro entusiasmo, debe acrecentarse. La investigación no debe reducirse a los temas tradicionales conocidos; deben recopilarse cuantas lecciones sea posible de un mismo asunto; sea todo lo que hagamos rigurosamente científico; no sacrifiquemos al placer estético la verdadera redacción de los cantares del pueblo. Unicamente así, lograremos salvar estas preciosas reliquias.

§ 3.—*Necesidad de sociedades* folk-líricas.

La obra que hay que realizar es tan vasta, que a mí se me antojan insuficientes las iniciativas individuales. No sé si la idea encontrará calor, pero afirmo la imprescindible necesidad de crear una sociedad *folk-lórica,* con representaciones en todo el continente, para llegar a la formación definitiva del romancero tradicional de América. En cada aldea, en cada pueblo, en cada ciudad—he podido comprobarlo en Cuba—hay elementos, antiguos o modernos, importantes o no, de poesía popular. El esfuerzo del individuo no puede alcanzar a recogerlos por completo. Su labor, siempre quedará limitada a determinada región. Por desgracia, la raza de los Proteos se ha extinguido.

6 Número de Septiembre de 1913. Es el apéndice 1.o de mi ensayo *Los Orígenes de la Poesía en Cuba.* Creo que ha sido ésta la primera vez en que se publica la versión cubana de un romance español.

Si se creara una sociedad *folk-lórica*, no de carácter local, sino con un fin tan amplio que fuese eminentemente americana, que tuviera, por tanto, ramificaciones en todos los pueblos del Continente, las dificultades de la empresa disminuirían y los resultados serían más positivos. Una versión, por perfecta que sea, no es suficiente para fijar la lección definitiva de un romance. Es menester recoger muchas y muy diversas para llegar a ello. Es menester un estudio comparativo minucioso, de infinitos detalles, sometidos a varias disciplinas, para poder restaurar un texto perdido. Esto puede hacerse, y no siempre, con un tema, pero ¿cómo intentarlo con algo que quiere ser más importante, con algo que quiere llegar a un verdadero romancero?

En una publicación semanal de esta capital [7] lanzaba esta idea, pero con respecto a Cuba únicamente. Proponía la creación de un organismo central en la Habana y la de sociedades *correspondientes* en los pueblos del interior. El *Folk-lore* americano, por ser empresa mucho más compleja, requiere una organización distinta. Atendiendo a las analogías tradicionales deben crearse diversas sociedades centrales con sus respectivas entidades correspondientes. Así cabe, por ejemplo, la institución de un organismo central en las Antillas, otro en Centro-América, etc., etc. Siempre debe atenderse a las afinidades étnicas, a la fuente común de tradiciones. Ahora bien, debe haber estrecha relación entre los organismos centrales. Son entidades autónomas, pero, por su fin común, sujetas a ciertos principios de mutua dependencia. Es, no ya una empresa nacional, sino continental, esencialmente americanista la que quiere realizarse.

Así, con más conciencia de nuestro pasado tradicional, habiendo una verdadera compenetración de ideales, dándonos cuenta de la solidaridad que debe existir entre los pueblos américo-hispanos, haremos una labor profundamente nacionalista, afianzaremos nuestra personalidad como pueblos independientes, acentuaremos nuestro tipo propio de cultura, vigorizaremos, en fin, el alma de la unidad étnica [8] de América!

7 *Universal*, número de 4 de Enero de 1914. Artículo *El Folk-lore Cubano*.

8 Empleamos este término en la acepción profunda que le da el profesor Burgess. Es éste un criterio espiritual que no debe olvidarse nunca, para no llegar a decir, como un estimable escritor en el juicio de un opúsculo mío que eso de la raza es una ficción romántica.

§ 4.—*Caracteres.—Formas de Transmisión.—Cronología.*

¿Cuáles son los caracteres de los romances que conserva la tradición oral en Cuba? ¿Cómo se encuentran en boca de nuestro pueblo? ¿Qué sabemos de su antigüedad?

Aunque me sea enojoso, tengo que referirme a mi estudio sobre el *Romance de Santa Catalina,* para satisfacer estas preguntas. Allí intenté señalar provisionalmente los caracteres de los romances viejos en Cuba. Esperaba que nuevas investigaciones me hicieran rectificar. No ha sido así. Los distintivos principales de nuestros romances siguen siendo:

A) La ausencia de los elementos épico e histórico en los mismos. [9]

B) Su tendencia novelesca.

El único romance histórico que he encontrado, la canción de Alfonso XII, no es sino una *modernización* de un tema tradicional antiguo, ajeno, por completo, a la epopeya y a la historia. En el mencionado opúsculo, intentaba explicar estos caracteres refiriéndolos a la índole de nuestra poesía popular. Lo indígena de nuestro *Folk-lore* es eminentemente lírico. El amor, es el centro de nuestras canciones. Hasta las narraciones en prosa, que a veces tienen su origen en una fuente heroica, se revisten de este tinte lírico. Gráficamente lo dijo D. Ramón de Palma en un estudio que, a pesar de la época, en que fué escrito, no ha envejecido en todas sus partes: "El amor es el tema universal de esta poesía engendrada bajo un sol de fuego... Y aunque la poesía parece naturalmente hermanada con la música, ninguno de los cantos que van citados (se refiere a varios de Grecia, entre los antiguos, y a los de Irlanda y otros pueblos, entre los modernos) sabemos que se ajustaban tanto al aire y compás del baile... Aquí parece que danzan los palmares, que los ríos cantan y que vierten inspiración las estrellas y las flores." [10] Esta tendencia de nuestro pueblo hacia los asuntos líricos, explica la persistencia en nuestra tradición oral de los romances novelescos. Los temas se amplifican, se borran los rastros de poesía histórica, el realismo va siendo menos puro, el estilo pierde en sobriedad, y la opulencia y reto-

9 Por no conocer el estudio de M. y Pidal acerca de los *Romances en América,* sino por ajenas referencias, incurrí en un grave error al afirmar que el insigne medioevalista demostraba el carácter épico-histórico de los romances americanos: precisamente es ésa, la ausencia de lo histórico, la principal diferencia que entre la tradición antigua y la moderna señala el Sr. Pidal en su obra citada sobre el Romance español.

10 *Cantares Cubanos, Revista de la Habana,* 1856, tomo III, págs. 244-245.

ricismo de los cantares típicamente indígenas, pugnan, aunque en vano, por inficionar estas francas y espontáneas manifestaciones de la poesía del pueblo.

Compárese un tema tradicional tal como se conserva en cualquiera región española y según se encuentra en Cuba. Sea por ejemplo el popularísimo de la esposa infiel.

La nuestra tiene su más próximo antecedente en la versión andaluza. Como ésta, empieza:

Mañanita, mañanita,
mañanita de San Simón.

El desenvolvimiento es idéntico: la maldición lanzada al caballero, la llegada de éste, las preguntas y respuestas entre el marido y su traidora mujer, etc. Mas vemos un elemento nuevo, un episodio secundario, que revela cierta tendencia a lo fabuloso en nuestro pueblo: la llegada del caballero con un león, con un león vivo de la cacería:

Estando en estas razones
el marido ya llegó:
—Abreme la puerta, luna;
ábreme la puerta, sol,
que aquí traigo un león vivo
de las sierras de Aragón.

La parte de la versión andaluza correspondiente a estos versos, dice así:

A eso de benir er día,—er marido que yamó:
—Abreme la puerta, luna;—ábreme la puerta, sol,
que te *traigo un pajarito*—de los montes de León. [11]

Vemos la clara transformación verificada por nuestro pueblo. Aun suponiendo que exista otra versión española que trajese el verso del león, la elección de este ya implica la tendencia a que me vengo refiriendo. A pesar de conservarse entre nosotros en bocas infantiles los romances españoles, no obstante la ausencia casi absoluta de *indigenismos,* el carácter distintivo de nuestra poesía popular ha tenido que revelarse de alguna manera en estos viejos cantos.

No se crea por lo dicho, que sostengo la existencia de ciertas notas originales en nuestros romances. No añaden, al menos los

11 Recogido por *Micrófilo* y reproducido por Menéndez y Pelayo en el *Rom. Trad.* pág. 180.

que he recogido hasta ahora, un solo elemento importante al Romancero Tradicional. Unicamente revelan, ya en la elección de asuntos, ya en algunas leves alteraciones, como la indicada, la índole lírica y la tendencia novelesca de nuestra poesía popular. Hoy, lo mismo que ayer, [12] no vacilo en afirmar que el carácter esencial de los Romances castellanos, lo que pudiéramos llamar *realismo histórico,* no existe en los que conserva nuestra tradición.

Es menester una exploración metódica, realizada por toda la isla para poder señalar con precisión cómo se conservan estos Romances entre nosotros. Hasta ahora, dos son las principales formas de transmisión que hemos encontrado: los corros de los niños y las canciones de cuna. Quizá esto explique la extraordinaria vitalidad del Romance. Completamente apartado de la poesía artística, va viviendo el Romance en boca de los niños, que lo olvidarán mañana. A veces, el juego abandona su monotonía y, compenetrándose con el espíritu del Romance que se canta, adquiere cierta animación dramática. El de

Hilito, hilito de oro, etc.

puede servir de ejemplo. He aquí la descripción de uno de esos juegos (Santa Catalina): Varias niñas, sujetas de las manos, forman un cerco y dan vueltas alrededor de una que permanece arrodillada, y es Catalina. El Romance no se canta dialogadamente, como podía presumirse por la escena del Marinero, sino que preguntas y respuestas son dichas por las del corro y Catalina. Catalina se mantiene en el centro arrodillada hasta que elige una de las del corro, mediante esta fórmula:

Cojo ésta por linda y hermosa,
que es una rosa
acabadita de nacer.

Entonces la elegida pasa a desempeñar el papel de Catalina. [13]

En las *canciones de cuna,* en las *nanas,* las versiones son menos extensas y abundan más en ellas los *indigenismos* que en los juegos de niños. Son manifiestamente incoherentes, y muy pocas tienen un desenlace. Tengo vagos recuerdos, de haber oído en mi primera niñez, a una anciana sirviente de mi casa, mezclar versos del popularísimo Romance de *Hilo de Oro,* con otros de una

12 Véase mi citado ensayo sobre *Los Orígenes de la Poesía en Cuba,* pág. 48.

13 Concuerdan con esta descripción las que han enviado, de Camagüey, el Sr. Felipe Pichardo, y de Matanzas (Bolondrón), D. Benigno Rodríguez Sánchez.

canción moderna. Creo que ella decía así, destruyendo la rima del Romance:

Al vapor se fué
la niña del caballero:
No se la dan por el oro,
no se la dan por dinero.

Mezclaba, como se ve, uno de los versos (adulterado ciertamente) de *Hilo de Oro,* con la canción siguiente:

El vapor se fué,
Almendares se va
a traerle juguetes
al nené de mamá.

Estas formas de conservarse los Romances entre nosotros, de transmitirse así a través de las gentes, hace en extremo difícil fijar la antigüedad de los mismos. Con la conquista debió venir a nuestras tierras el Romance, ya que, como dice con sobria elocuencia un eminente erudito español, "cada conquistador y cada mercader que se hacía a la mar, llevaba entre los más tenaces recuerdos de la infancia, un girón del Romancero, que allá en la expatriación evocaba en cualquier trance de la vida nueva, renovando soledades de la tierra natal. [14] Pero ¿qué clase de romances vino? No hay duda que los de carácter épico, y hay en los cronistas de Indias algunas citas curiosas que prueban la boga que iban alcanzando en estas nuevas tierras los romances del ciclo Carolingio. En efecto, en la *Verdadera Historia de los Sucesos de la Conquista de la Nueva España,* la obra clásica de Bernal Díaz del Castillo, hallamos el siguiente pasaje que, aunque algo extenso, no vacilo en transcribir por su manifiesta importancia: "... Y con buen viaje navegamos e fuimos la via de San Juán de Ulúa, y siempre muy juntos a la tierra; e yendo navegando con buen tiempo, decíamos a Cortés los soldados que veníamos con Grijalba, como sabíamos aquella derrota: "Señor, allí queda la Rambla, que en lengua de indios se dice *Aguayaluco.*" Y luego llegamos al paraje de Tonala, que se dice San Antón, y se lo señalábamos, mas adelante le mostramos el gran rio de Guayacualco, e vió las muy altas sierras nevadas y luego las sierras de San Martín, e mas adelante le mostramos la roca partida..." Y ante tantos re-

14 Ramón Menéndez Pidal. *El Romancero Español,* Conferencias dadas ante la Sociedad Hispánica de América. Pág. 92.

cuerdos de aquella desgraciada ruta, añade Díaz del Castillo, que "llegó un caballero que se decía Alonso Hernández Puertocarrero, e dijo a Cortés: "Pareceme, Señor, que os han venido diciendo estos caballeros que han venido otras dos veces a esta tierra:

Cata Francia, Montesinos;
cata París, la ciudad,
cata las aguas del Duero,
do van a dar a la mar.

Yo digo que mireis las tierras ricas, y sabeos bién gobernar". Luego Cortés bien entendió a que fin fueron aquellas palabras dichas, y respondió:

Dénos Dios ventura en armas
como al paladín Roldán,

que en lo demás, teniendo a vuestra merced y a otros caballeros por señores, bien me sabré entender." [15]

A pesar de estas citas de auténticos romances carolingios, que muestran con evidencia cuán vivos estaban en la memoria de los descubridores, no he encontrado uno solo en nuestra tradición oral. Quizá vinieron también a nuestras costas, pero duraron tan breve tiempo, que no dejaron un solo rastro en nuestra poesía. Y los novelescos, por su mismo carácter, por vivir vida menos fija y estable que la de la tradición escrita, escapan a toda conjetura cronológica. Para mayor dificultad, ni una sola mención de esos juegos infantiles que conservan los romances tradicionales entre nosotros, he hallado, ni en nuestros escritores de costumbres, ni en los eruditos que, como Bachiller y La Torre, se han ocupado en nuestras antiguallas. [15 bis] En estas condiciones, toda conjetura era muy fácil, pero a mí se me antoja caprichosa en extremo. Hay casos en que puede decirse: en tal fecha se cantaba este romance, pero nunca la época que se fije puede hacernos ver que antes no se cantara. De algunas versiones sé, que hace 80, 100 o más años, vivían en nuestra tradición oral: básteme para afirmarlo el testimonio de personas ancianas, que a su vez las oyeron de labios de sus mayores. Pero esto ¿nos permitirá decir que no llega más allá la antigüedad de las mismas? En modo alguno.

15 *Verdadera Historia*, etc., pág. 31, columna 2.a en la edición Rivadeneyra. (Es el tomo II de los *Historiadores Primitivos de Indias*.) El pasaje de Díaz del Castillo ha sido ya citado, entre otros, por M. Pidal en su obra sobre el Romancero.

15 bis He consultado especialmente la interesante obra de La Torre *La Habana antigua y moderna* (reimpresa en estos días por el erudito Ortiz), y a pesar de su riqueza no he hallado nada sobre el particular.

§ V.—*Clasificación.—Plan de este trabajo.*

A pesar del pequeño número de romances que ven ahora la luz, que parece hacer, por tanto, innecesaria toda clasificación, he creído conveniente dividir este trabajo en dos secciones fundamentales:

1.° Romances con antecedentes concretos en el Romancero Tradicional.

2.° Romances sin dichos antecedentes.

He escogido como tipo de los Romanceros Tradicionales el del Sr. Menéndez y Pelayo, que, no obstante lo mucho que se ha trabajado sobre estas materias, en conjunto no ha sido superado por ninguno.

La primera sección la dividiré en los siguientes apartados:

Romances de reconocimientos.

Romances que refieren tragedias domésticas.

Romances hagiográficos y de sucesos maravillosos.

Romances líricos.

Diré ahora, para finalizar esta introducción, breves palabras acerca del plan de este trabajo. Me he propuesto, en primer término, reproducir tan sólo aquellos romances genuinamente tradicionales. Quizás hubiera sido más conveniente para la vulgarización de nuestro caudal *folk-lórico,* transcribir otros que, formados sobre asuntos modernos o teniendo sus modelos en canciones españolas relativamente antiguas pero sin valor tradicional alguno, caen de lleno en el grupo de los romances vulgares. Así me ha sucedido con el del *Señor don Gato,* con el *Casamiento de doña Catalina* y otros del género burlesco. Pero ¿puede haber un criterio único, inmutable para la distinción perfecta entre los romances viejos y los que no lo son? ¿Cuáles son los límites de la poesía popular? ¿Dónde conmienza lo vulgar? Bueno es que traslade aquí algunos conceptos del egregio autor del *Tratado de los Romances Viejos,* para no decir mal lo que ya está dicho magistralmente:

"Nuestra colección (habla de la *Primavera* y del *Romancero Tradicional*) se contrae a los romances *viejos,* entendiéndose por tales:

1.° Aquellos cuya existencia en el siglo XV consta de un modo positivo.

2.° Todos aquellos que, impresos en la primera mitad del siglo XVI, ya en el Cancionero General de 1511, ya en el Cancio-

nero de Romances de Amberes, ya en las tres partes de la Silva de Zaragoza, ya en pliegos sueltos góticos, ya en cualquier otro libro, presentan los caracteres de la plena objetividad épica o del lirismo popular...

3.º Los romances que, recogidos modernamente de la tradición oral, en mejor o peor estado de conservación, pueden considerarse como variante de los viejos o presentan un tipo análogo a ellos. En esta parte *hay que proceder con cautela, para no confundir lo popular con lo vulgar,* ni tampoco con las reminiscencias literarias que han llegado al pueblo más de lo que se piensa.'' [16]

Creo que los romances que ahora publico reúnen estas condiciones. Todos, exceptuando el de *Hilo de Oro,* y otros dos que doy en forma hipotética tan sólo, tienen sus antecedentes, ya en tradición escrita, ya en la tradición oral. En cuanto al de *Hilo de Oro,* si no bastara una cita de Lope de Vega para demostrarlo, presenta todos los caracteres de viejo y, como tal, no han vacilado en considerarlo críticos tan sagaces como D. Ramón Menéndez Pidal. El romance religioso y el fragmento que publico, también presentan algunos de estos caracteres. Podrá pecar, pues, esta modesta recopilación por *defecto,* pero nunca por *exceso.* Faltarán algunos de los romances tradicionales que conserva nuestro pueblo, pero creo que ninguno deja de pertenecer al grupo de los *viejos.*

Intenté recoger de los temas que doy a la publicidad una variante de cada provincia de Cuba. Así, esperaba reunir algunas versiones que añadieran algún nuevo elemento al romancero tradicional español. Sin embargo, las personas a quienes en solicitud de datos, a excepción de algunas de las que se hablará aquí expresamente, o respondieron mal a mis preguntas, confundiendo unos temas con otros, o contestaron con evasivas, dando a entender que lo que indagaba era demasiado trivial, o no contestaron, simplemente. Esta dificultad, es lo que me ha hecho ver de cerca la necesidad imperiosa de fundar una institución *folk-lórica* hispano-americana.

La Habana, ha sido la provincia que he investigado por mí mismo. En la capital, con sorpresa al principio de mi parte, hallé los primeros romances tradicionales, hecho que viene a desmentir cierta teoría de Ciro Bayo, respecto a que es únicamente en las

16 *Tratado de los Romances Viejos,* tomo II, págs. 129-130. (Es el tomo 11 de la *Antología de Líricos Castellanos* que publica la Biblioteca clásica.)

poblaciones rurales donde pueden éstos encontrarse. A mí me ha sucedido lo contrario: residí dos años en Santa María del Rosario (población que, aunque ostenta el título de ciudad, no tiene más de 1,000 habitantes) y no pude encontrar sino tres o cuatro versiones, no hallando, a pesar de mis interrogatorios a casi todos los vecinos del término, una sola del tema de la *Esposa Infiel*, que era el que indagaba entonces; en la Habana, en cambio, hallé, al poco tiempo de comenzar mis pesquisas, como tres versiones de dicho tema, aunque sin ofrecer ninguna variante las unas respecto de las otras. [17] La provincia de Camagüey, la más rica de todas en tradiciones indígenas y que conserva más que otra alguna el sello de lo tradicional, me ha suministrado hasta siete versiones distintas, que, aunque menos extensas que las de la Habana, son de más castizo sabor, distinguiéndose principalmente por lo rápido y poético de los desenlaces. A la distinguida familia del Sr. José A. Pichardo, ilustre Presidente de nuestro Tribunal Supremo, debo el conocimiento de estas versiones, y me place sobremanera consignar aquí el testimonio de mi gratitud hacia ella.

En la Habana he encontrado también colaboradores. Mi buen amigo y compañero el Sr. Ramiro Capablanca, me ha suministrado interesantes versiones, aunque su generoso envío llega demasiado tarde para aprovecharlo como debiera en este trabajo.

Estas son las únicas personas que han satisfecho mis preguntas entre las muchísimas a quienes acudí en demanda de datos que, por egoísmo, incuria o ignorancia, me negaron de plano. [18]

De cada romance publicaré las versiones que posea, salvo el caso de una identidad perfecta entre las mismas. Se hará constar después sus antecedentes españoles, y cuando sea necesario, las concordancias sur-americanas. Al final, y como indispensable apéndice, doy el acompañamiento musical de varias de estas versiones.

Sólo me resta enviar las más cumplidas gracias a los que me han ayudado en esta empresa, ya suministrándome datos, ya faciltándome algunos libros y publicaciones que me hubieran sido

17 Sobre la errónea teoría del libro de Ciro Bayo, véase una interesante noticia crítica publicada por Antonio G. Castro en la revista *Nosotros* (México), Octubre de 1913, págs. 124 y siguientes.

18 Desde México me ha remitido curiosas noticias el joven erudito D. Antonio Castro Leal.

En la parte musical de esta recopilación me reconozco muy obligado hacia mi querido maestro el Dr. Maza y Ledesma y mi fraternal amigo Luis A. Baralt y Zacharie. Ya que hablaba en el texto de generosas colaboraciones, pecaría de ingrato si no mencionara aquí estos inapreciables auxilios que me han sido de suma utilidad.

de difícil adquisición, y suplicar a los eruditos cubanos y extranjeros cuantas rectificaciones amerite esta contribución *folk-lórica,* en el sentido de que se atenderán como se debe y serán profundamente agradecidas. La obra que hoy inicio, requiere una diaria rectificación.

SECCIÓN PRIMERA

Romances con antecedentes concretos en el Romancero Tradicional.

A) De reconocimientos: *Las Señas del Esposo.*

a) Versión de Camagüey:

—Buenos días, señor soldado.
—¿Qué se le ha ofrecido a usted?
—¿Que si ha visto a mi marido
en la guerra alguna vez?
—Su marido no lo he visto,
déme usted las señas de él.
—Mi marido es alto y rubio
y de tipo aragonés;
en la punta de la lanza
un pañuelo lleva él,
cuando niña lo bordaba,
cuando niña lo bordé.
—Por las señas que me ha dado,
su marido muerto es,
y dejó en su testamento
que me case con usted.
—Siete años lo he esperado
y otros siete esperaré,
y si a los siete no viene,
con usted me casaré.
—No te cases, mujer mía;
no te cases, Isabel,
que aquí tienes a quien buscas
que aquí está tu esposo Andrés.

b) Versión de la Habana:

Este es el *Mambrú,* señores,
que lo cantan al revés.
—¿Ha visto usted a mi marido
en la guerra alguna vez?
—Si lo he visto no me acuerdo,
déme usted las señas de él.

—Mi marido es alto y rubio
vestido de aragonés,
en la punta de la lanza
lleva un pañuelo *bordés,*
que lo bordé cuando niña,
cuando niña lo bordé.
—Por las señas que me ha dado,
su marido muerto es,
que en la mesa de los dados
lo ha matado un genovés.
—Siete años lo he esperado
como una buena mujer,
y si a los ocho no viene,
a monja me meteré,
y a las tres hijas que tengo
yo las colocaré.
Una en casa de doña Juana,
otra en casa de doña Inés,
y la más chiquiritita,
con ella me quedaré
para que me friegue y barra
y me haga de comer.
Y los tres hijos que tengo,
a frailes los meteré.
Y si no quieren ser frailes,
vayan a servir al rey,
que donde murió su padre,
que mueran ellos también.
—No hagas eso, mujer mía;
no lo hagas, Isabel,
que aquí tienes a quien buscas,
que aquí está tu esposo Andrés.

1.° *Antecedentes en la tradición escrita.*—En la tradición escrita, tanto como en la tradición oral de España, encontramos antecedentes claros y concretos de estas versiones. El hecho que las sirve de argumento es tan general que se encuentra en los más diversos pueblos, en las más distintas razas. Menéndez y Pelayo dice a este respecto:

"Se encuentra este tema en los cantos de la Grecia moderna, en baladas alemanas e inglesas, en las canciones francesas *Germaine* o *Germine* y *Le Retour du Mari,* de las cuales se conocen muchas versiones, en *La Esposa del Cruzado,* canción bretona, y en una canción italiana, *La Prora,* más o menos íntegra, en el Piamonte, en Génova, en Lombardía, en Venecia, en la Marca de Ancona, en Ferrara y en otras partes... En rigor, el asunto es

humano, y su expresión más poética y más antigua está ya en la *Odisea;* pero es tal la semejanza que tienen estas canciones en algunos pormenores, especialmente en lo que toca a las señas del marido, que hacen pensar en la transmisión directa de un tema original, nacido no se sabe dónde.'' [19]

Para proceder con método, trataré primero de los romances conservados por la tradición escrita.

En la *Primavera* de Wolf (núms. 155 y 156), y es referencia dada ya por Menéndez y Pelayo, encuentro dos romances, de los que copio, del primero, su comienzo y otros versos que importan a mi propósito; y del segundo, todo él, porque la semejanza con la segunda de las versiones cubanas es pasmosa:

—Caballero, si a Francia ides,—por mi señor preguntad,
y por que le conozcáis—con poca dificultad,
daros he las señas dél—sin ninguna falsedad:
él es dispuesto de cuerpo,—y de mucha gravedad,
blanco, rubio y colorado,—mancebo de poca edad,
el cual por ser hermoso,—temo de su lealtad; etc.

(Códice del siglo XVI, en el *Rom. gen.* de Durán. Nota de Wolf, *Prim.* 147.)

—Caballero de lejas tierras,—llegaos acá, y paréis...
hinquedes la lanza en tierra,—vuestro caballo arrendéis,
preguntaros he por nuevas—si a mi esposo conocéis.
—Vuestro marido, señora,—decid, ¿de qué señas es?
—Mi marido es *mozo y blanco,—gentil hombre y bien cortés,*
muy gran jugador de tablas—y también del ajedrez.
En el pomo de su espada—armas trae de un marqués,
y un ropón de brocado—y de carmesí al envés.
Cabe el fierro de lanza—*trae un pendón portugués,*
que ganó en unas justas—a un valiente francés.
—Por esas señas, señora,—su marido muerto es:
en Valencia lo mataron—*en casa de un ginovés;*
sobre el juego de las tablas—lo matara un milanés.
Muchas damas lo lloraban,—caballeros con arnés,
sobre todo lo lloraba—la hija del ginovés;
todos dicen a una voz—que su enamorada es;
si habéis de tomar amores,—por otro a mí no dejéis.
—No me lo mandéis, señora,—señor, no lo mandéis,
que antes que eso hiciese,—señor, monja me veréis.
—No os metáis monja, señora,—pues que hacello no podéis,
que vuestro marido amado,—delante de vos lo tenéis.

En este romance encontramos los elementos esenciales de nues-

19 *Tratado de los Romances Viejos*, tomo II, pág. 501. (Es el tomo XII de la *Ant. de Lír. Castellanos.*)

tras versiones: 1.º, la soledad de la esposa, sus congojas por el esposo ausente; 2.º, la descripción del marido, *Las señas del esposo;* 3.º, la noticia de su muerte; 4.º, el reconocimiento. Hasta en los detalles tiene relaciones con la segunda de las versiones cubanas. Pero este romance, que en el Romancero de Durán lleva la firma de Juan de Ribera, pertenece al grupo de los artísticos popularizados, y tiene, por tanto, antecedentes en otras canciones más antiguas. Wolf señala (*Prim*, tomo I, pág. 276) como fuentes los romances de Gaiferos y de Valdovinos.

El romance de Gaifero es sumamente largo (tiene más de 600 versos si se cuenta por el sistema de transcripción de Wolf, y unos 300 si se sigue el del *verso épico largo* de J. Grimm), y parece obra de un juglar verboso, aunque no ajeno a los encantos de la poesía popular. Cuenta el Romance cómo don Gaiferos, incitado por Roldán, va a libertar a su esposa Melisenda, llevando por armas las maravillosas del héroe francés. Llega Gaiferos a Sasueña el viernes, cuando los *moros hacen solemnidad,* rescata a Melisenda y tiene una gran victoria sobre los moros de Almanzor.

El pasaje que se relaciona con el tema de las *Señas del Esposo,* es el siguiente:

Caballero, si Francia ides,—por Gaiferos preguntad,
decidle que la su esposa—se la envía a encomendar,
que ya me parece tiempo—que la debía sacar.
Si no me deja por miedo—de con los moros pelear,
debe tener otros amores,—de mí no lo dejan recordar:
¡los ausentes por los presentes—ligeros son de olvidar!
Aun le diréis, caballero,—por darle la mayor señal,
que sus justas y torneos—bien los supimos acá;
y si estas encomiendas—no recibe con solaz,
darlas heis a Oliveros,—darlas heis a don Roldán,
darlas heis a mi señor—al emperador mi padre:
diréis cómo estoy en Sansueña,—en Sansueña, esa ciudad;
que si presto no me sacan,—moro me quiero tornar:
casarme he con el rey moro—que está allende la mar:
de *siete* reyes de moros,—reina me hacen coronar;
según los reyes que me traen—mora me harán tornar,
mas amores de Gaiferos—no los puedo yo olvidar.—
Gaiferos, que esto oyera,—tal respuesta le fué a dar:
—No lloréis vos, mi señora,—no queráis así llorar,
porque esas encomiendas—vos mesma las podéis dar,
que a mí allá dentro de Francia—Gaiferos me suelen nombrar.
Yo soy el infante Gaiferos,—señor de París, la Grande,

primo hermano de Oliveros,—sobrino de don Roldán,
amores de Melisenda—son los que acá me traen.—

(*Prim*, núm. 173.)

Elementos de este pasaje concordantes con *Las Señas del Esposa*: *La Soledad de Melisenda*.—Su fidelidad.—Las preguntas por las nuevas de don Gaiferos.—El reconocimiento.

El romance de Valdovinos dice así:

—Nuño Vero, Nuño Vero,—buen caballero probado,
hinquedes la lanza en tierra—y arrendedes el caballo;
preguntaros he por nuevas—de Valdovinos el franco.—
—Aquesas nuevas, señora,—yo vos la diré de grado.
Esta noche, a media noche,—entramos en cabalgada,
y los muchos a los pocos—lleváronnos de arrancada:
hirieron a Valdovinos—de una mala lanzada;
la lanza tenía dentro—de fuera la tiembla el asta:
o esta noche morirá,—o de buena madrugada.
Si te plugiese, Sebilla,—fueses tú mi enamorada.—
—Nuño Vero, Nuño Vero,—mal caballero probado,
yo te pregunto por nuevas,—tú respóndeme al contrario,
que aquesta noche pasada—conmigo durmiera el franco:
el me diera una sortija,—y yo le dí un pendón labrado.

Elementos concordantes: Las preguntas por Valdovinos.—La falsa noticia de su muerte.—La proposición de casamiento.

A este romance puso la siguiente nota D. Agustín Durán: "En este, como en algunos romances, se observa la interrupción del asonante y su vuelta a él, lo cual es un indicio de su mayor antigüedad comparada con la de aquellos que siguen constantemente la regla de la asonancia, como hechos por personas más ejercitadas en la versificación. Los juglares y los poetas cultos han glosado con frecuencia este romance o sus fragmentos, y la situación que supone, se halla repetida en algunos otros también viejos." (*Romancero General*, tomo I, pág. 218.)

Tenemos, por consiguiente, que dos romances carolingios, de los más viejos y populares, intervienen en el de Ribera. Nuestras versiones, ¿proceden de los mismos? ¿Bastan ellos para explicar su genealogía? Entiendo que hay entre unos y otros un fondo de identidad, una comunidad de asuntos, pero nunca puede decirse que la fuente única de las versiones tradicionales de *Las Señas del Esposo* sea estos romances carolingios. Las situaciones comunes en los temas más diversos, es hecho muy frecuente en la poesía popular. Ya Menéndez y Pelayo hace constar que puede ha-

ber un tema originario de todas, quizá hoy perdido y nacido no se sabe dónde. Independiente de los carolingios, debió haberse popularizado en España un romance cuyo asunto capital fuera las *Señas del Esposo,* que no pasa, en los de Gaiferos o Valdovinos, [20] de ser un episodio secundario. La vulgarización enorme de este tema por medio de la tradición oral parece comprobarlo.

2.º *Antecedentes en la tradición oral.*—La versión conservada por este medio que alcanzó primero que ninguna la publicidad, es la que trae Durán en la nota al romance de Ribera (tomo I, pág. 175 de su *Rom.*). Es manifiestamente vulgar y es sin duda el antecedente más próximo de nuestras versiones:

Oiga, oiga, buen soldado,
si sois lo que parecéis,
¿a mi marido habéis visto
en la guerra alguna vez?
—No lo sé, señora mía,
dadme algunas señas dél.
—Mi marido es gentil hombre,
gentil hombre y muy cortés;
monta un potro pelicano
más ligero que uno inglés
y en el arzón de la silla
lleva las armas del rey,
con la su espada ceñida
con cinturón de morlés.
—Ese hombre que decís
habrá ya que murió un més,
y manda en el testamento
que conmigo vos caséis.
—No permita Dios del cielo.
ni madre santa Inés,
que fembra de mi linaje
se case más de una vez:
de tres hijas que me deja,
la primeracasaré,

20 En el romance referente a la batalla de Roncesvalles: *Por la matanza va el viejo,* hay un episodio análogo al que nos ocupa, siendo otro antecedente importantísimo del romance, cuyas fuentes se investiga. Trasladaré este pasaje:

—Caballero de armas blancas—¿si los viste acá pasar?...
—Ese caballero, amigo,—dime tú, qué señas ha?
—*Armas blancas son las suyas—y el caballo es alazán,*
y en el carrillo derecho—él tenía una señal
que siendo niño pequeño—se la hizo un gavilán.
—*Ese caballero, amigo,—muerto está en aquel pradal,*
dentro del agúa los pies,—y el cuerpo en un arenal:
siete lanzadas tenía—pasándole de parte a parte.

(*Primavera,* núm. 185.)

la mediana será monja,
la tercerá guardaré,
que me cuide y me acompañe,
que me guise de comer,
y me lleve de la mano
en casa del coronel.
—No vos acuitéis, señora,
señora, no os acuitéis,
miradme, miradme el rostro
por ver si me conocéis.
—Vos sois Mambrú, dulce esposo,
que sois mi dueño y querer,
vos sois...— Cayó desmayada
en los brazos de su bien
la dama desfallecida
de tanto gusto y placer.
Después que hubo vuelto en sí,
fuéronse juntos al rey,
que los recibió en sus brazos
al ir a echarse a sus pies.
Este es el Mambrú, señores,
que se canta del revés,
y una gitana lo canta
en la plaza de Aranjuez.

En este romance, que tiene a veces los caracteres de los llamados de *fabla*, [21] se observa una curiosísima *contaminación*: la del romance de las *Señas del Esposo* y la canción francesa de *Mambrú*. La acción se encuentra muy recargada y abunda mucho el prosaísmo. La versión habanera presenta los mismos caracteres. Indiscutiblemente tiene ahí su más próximo modelo. Este, ¿dónde lo tiene? ¿Procede directamente del romance de Ribera? Hay que pensar en una fuente más popular. Compararé brevemente los elementos de uno y otro: en el romance de Ribera se describe minuciosamente la supuesta muerte del esposo ausente y se le imputan a éste amores que nunca tuvo. En el romance que insertó Durán no se hace mención de nada parecido. El olvido parecerá poco importante, pero a mí se me antoja decisivo para excluir de este romance la intervención del de Ribera. Los elementos que se pierden son esencialmente novelescos:

En Valencia lo mataron—en casa de un ginovés;
sobre el juego de las tablas—lo matara un milanés; etc.

21 Véanse estos versos:
... que fembra de mi linaje—se case más de una vez.
... No vos acuitéis, señora,—señora, no os acuitéis, etc.

y la musa popular, en los tiempos modernos, tiene especial predilección por estos asuntos. En cambio, nada se dice en el de Ribera sobre el porvenir de las hijas, que viene a constituir como la tercera parte del de Durán. Creo, en una palabra, que Ribera aprovechó un romance tradicional, amplificó aquí, suprimió allá y adulteró en todas partes, y que este romance, el aprovechado por Ribera, sufriendo elaboraciones continuas, viene a ser el modelo común de todos los tradicionales. Hay, sin embargo, un hecho muy curioso: mientras el romance de Durán y otros tradicionales (entre ellos el de la Argentina, publicado por Ciro Bayo en la *Revue Hispanique,* tomo XV, 1906, [22] no se describe la falsa muerte del esposo, en la segunda de las versiones cubanas que publico encontramos narrado el hecho tan en sus detalles, que repite algunos versos del romance de Ribera. Esto puede explicar-

22 Voy a publicarlo íntegro en esta nota, para que haga el cotejo quien tenga ánimo:

¿Ha visto usté mi marido
en la guerra alguna vez?
Si acaso lo hubiese visto
déme usté las señas dél.
Mi marido es un buen mozo.
alto, rubio, aragonés,
con los pobres obsequioso
y con las damas cortés:
en la punta de la lanza
lleva un pañuelo bordés,
que cuando yo era *cholita*
en la escuela lo bordé.
Mi marido fué a la guerra
con Cañete, el viso rey,
tres años lo he esperado
y otros tres esperaré..
Si a los tres años no viene
monjita me meteré
en las monjitas del Carmen
o en las de Santa Inés.
Tres hijitas que me han quedado,
dos las repartiré,
una en casa doña Juana,
otra en casa doña Inés,
y la más chiquita,
conmigo la quedaré;
para que me barra y friegue
y me guise de comer.
Mi marido es un buen mozo,
alto, rubio, aragonés,
a quien dél nuevas me traiga,
en albricias le haré,
si por vívos, cien ducados,
si por muerto, ¡ay he de me!

Esta versión es muy incompleta, faltando el desenlace.

se, suponiendo una *contaminación*: versos y episodios del romance de Ribera, van a mezclarse con los conservados por la tradición oral. También es posible que, a pesar de la vulgaridad que caracteriza a esta versión, ésta conserve mejor que los otros el tema del primitivo romance. [23]

Cotejando las dos versiones cubanas, se observan gandes diferencias. La de Camagüey es mucho más sencilla: falta el episodio de la muerte del esposo y todo lo referente al porvenir de los hijos. Es, sin duda, menos vulgar, por esta sencillez misma, que la versión habanera. *Las Señas del Esposo* y el *Reconocimiento* son iguales en una y otra versión. El elemento tradicional que representa el número siete, aparece en ambas. La versión de la Habana, añade a las que conozco de España lo referente al porvenir de los hijos, pues aquéllas se limitan a hablar de las hijas, y cuando de los hijos, lo hacen sin particularizar. Algunos de estos versos, que se encuentran también en las versiones asturianas (V. la 27 de M. y P.), son de efecto poético indudable:

Y si no quieren ser frailes,
vayan a servir al rey,
que donde murió su padre,
que mueran ellos también.

Resumiendo: [24] *Las Señas del Esposo,* es un tema de la poesía

23 De las otras versiones tradicionales no se habla por brevedad, y por ofrecer pocas variantes. Es sumamente poética la de Asturias. (M. y P., núm. 28.)

24 Después de escrito este estudio llega a mi noticia una versión mexicana, que ha recogido y conserva inédita mi amigo D. Antonio Castro Leal, joven que honra la erudición de su país. Con su venia, voy a reproducirla aquí:

Yo soy una pobre viuda
que nadie me gozará.
me abandonó mi marido
por amar la libertad.
. . . . . .
—Pues, oígame usted, señor:
¿no ha visto usted a mi marido?
—Señora, no lo conozco,
déme las señas que pido.
—Mi marido es blanco y rojo
y tiene algo de cortés,
en el puño de su daga
tiene un letrero francés.
. . . . . .
—Señora, si usted quisiera
nos casaríamos los dos,
su personita y la mía
y la voluntad de Dios.
. . . . . .

popular de casi todos los países. La semejanza del episodio de las *Señas* ha hecho pensar a algunos en la existencia de un tema común, nacido no se sabe dónde y quizás perdido. Los romances carolingios de Gaiferos, Valdovinos, Batalla de Roncesvalles..., son los más antiguos antecedentes *escritos* de las versiones tradicionales. Estas son independientes de aquéllos: las semejanzas se explican por la generalidad del episodio de las *Señas*. El romance de Ribera aprovecha un romance tradicional, y luego interviene, por *contaminación* muchas veces, en otros. La versión habanera responde principalmente a este último tipo y presenta ciertas variantes; la de Camagüey, mucho más sencilla, se concreta exclusivamente al episodio de las *Señas*. A pesar de las variantes, en ninguna de las versiones se descubren elementos indígenas. [25]

—Tres años que lo he esperado
y cuatro lo esperaré,
y si a los siete no viene
¿qué he de hacer?, me casaré.

Otra versión termina de este modo:

Con mi túnico negro
y mi tápalo café
me miraba en el espejo:
¡qué buena viuda quedé!

Adviérteme mi amigo que este final está arreglado con versos del himno mexicano. Otras versiones hacen mención al sitio de Puebla:

Y en ese sitio de Puebla,
lo mató un traidor francés.

Nota el Sr. Castro Leal una particularidad de estas versiones: las frecuentes consonancias que hay en las mismas:

marido-pido; esperaré-casaré; café-quedé; etc.

Cree mi erudito amigo que estas alteraciones métricas son ajenas, a diferencia de lo que ocurre en Argentina, a los artificios de la poesía artística.

25 Como sucede en el argentino, cuando se habla del "visorrey Cañete".

Tanto en la versión habanera como en la camagüeyana, se observan en sus últimos versos reminiscencias del rom. del *Rapto de Isabel*, por la introducción de este nombre en las mismas:

No hagas eso, mujer mía,,
no lo hagas, Isabel.

En la de la Habana hay, como en la madrileña, una *contaminación* evidente en la canción de *Mambrú*, hecho que no ocurre en la de Camagüey. He recogido varias versiones de este cantar francés, de las que publicaré ahora, como muestra, la más completa. Tiene aquí, como debió tener en las primeras versiones, todos los caracteres de una dolorosa elegía:

En Francia nació un niño,
¡qué dolor, qué dolor, qué pena!,
en Francia nació un niño
de padre natural,
do re mi, do re fa,
de padre natural.
Por no tener padrino,

B) Romances que refieren tragedias domésticas:

1.—*La Esposa infiel.*

Mañanita, mañanita,
mañanita de San Simón,
estaba una señorita...

¡qué dolor, qué dolor, qué pena!,
por no tener padrino,
Mambrú se ha de llamar,
do re mi, do re fa,
Mambrú se ha de llamar.
Mambrú se fué a la guerra,
no sé si volverá,
do re mi, do re fa,
no sé si volverá.
Si vendrá para Pascua,
¡qué dolor, qué dolor, qué pena!,
si vendrá para Pascuas
o para Trinidad,
do re mi, do re fa,
o para Trinidad.
Por allí viene un paje,
¡qué dolor, qué dolor, qué pena!,
por allí viene un paje,
¿qué noticias traerá?
do re mi, do re fa,
¿qué noticias traerá?
La noticia que trae,
¡qué dolor, qué dolor, qué pena!,
la noticia que trae
es que Mambrú ha muerto ya,
do re mi, do re fa,
que Mambrú ha muerto ya.
La caja que llevaba,
¡qué dolor, qué dolor, qué pena!,
la caja que llevaba
es de terciopelo azul,
do re mi, do re fa,
de terciopelo azul.
Encima de la caja,
¡qué dolor, qué dolor, qué pena!,
encima de la caja
un ramillete va,
do re mi, do re fa,
un ramillete va.
Encima del ramillete,
¡qué dolor, qué dolor, qué pena!,
encima del ramillete
un pajarito va,
do re mi, do re fa,
un pajarito va.
Cantando el pío, pío,
¡qué dolor, qué dolor, qué pena!,
cantando el pío, pío,
el pío, pío, pa,
do re mi, do re fa,
el pío, pío pa.

sentadita en su balcón.
Ha pasado un caballero
hijo del emperador
y cuando llegó hasta ella
le ha cantado esta canción:
—Abreme la puerta niña,
ábreme la puerta sol,
que vengo muy cansadito
de tocar el acordeón.—
... ...
La niña se levantó
... ...
y la puerta le abrió.
—Entra mi dueño y mi amado
que mi marido salió...
... ...
a los montes de León.—
Estando en estas razones,
el caballero llegó:
—Abréme la puerta luna,
ábreme la puerta, sol,
que aquí traigo un león vivo
de los montes de Aragón.—
La niña se ha levantado
blanca, muda y sin color:
—O tú tienes calentura,
o tú tienes nuevo amor.
—Yo no tengo calentura,
ni tampoco nuevo amor,
sino que se me han perdido
las llaves del tocador.
—Si las tuyas eran de plata,
de oro te las traigo yo.
... ...
Estando en estas razones,
el caballero tosió.
—¿De quién es este sombrero
que en mi mesa veo yo?
—Es el tuyo, esposo mío,
que mi padre te mandó,
pa que fueses a las bodas
de mi hermana la mayor.
—¿De quién es ese bastón,
que en mi percha vey yo?
—Es el tuyo, esposo mío,
que mi padre te mandó
pa que fueses a las bodas
de mi hermana la mayor.

—¿De quién es esta escopeta
que en la mesa veo yo?
Es *el tuyo*, esposo mío,
que mi padre te mandó,
pa que fueses a cazar
a los montes de León.—
Estando en estas razones
el caballero tosió.
—Mátame, marido mío,
que te he jugado traición.
La ha cogido de las manos
... ...
y al campo se la llevó.
Tres puñaladas le ha dado
traspasando el corazón:
la niña murió a la una, ,
a las dos su nuevo amor.

1.° Antecedentes en la tradición escrita.

También éste es un tema muy generalizado y en ambas tradiciones hay antecedentes indubitables del mismo. [26]

26 Los romances de la *Esposa Infiel*, no son solamente antiguos sino que alcanzaron gran popularidad durante todo el siglo XVI y primera mitad del XVII. Lope de Vega, en su auto *La Locura por la Honra* y en la comedia del mismo título, trae versos íntegro de los mismos, que dan gran eficacia poética a la composición. No he logrado ver la comedia (*a*), pero sí el auto. Transcribiré el pasaje que desenvuelve el tema del romance:

(*a*) No está en ninguno de los trece tomos de la edición académica de Lope, ni mucho menos en Rivadeneyra. Menéndez y Pelayo (Tomo II, ed. académica, página LXXXV) habla de esta particularidad de la comedia, y bajo su gran autoridad es que me he atrevido a afirmar dicha noticia.

BLANCA. Yo me levantara un lunes,
un lunes de la Ascensión...
Hallo mi puerta enramada,
no de verbenas en flor,
de rosas alejandrinas
de blanco azahar de limón...
No me la enramó escudero,
ni hijo de labrador
que este galán no desciende
del que la tierra labró...
Cantaron luego canciones
tan dulces, que de su voz,
como sirenas dejaron
mis oídos en prisión...
Díjele al príncipe mío:
mira, dije, tuya soy:
no importa que venga a verme
luego que se ponga el sol.
... ...
El sol es puesto y no viene.
PRÍNCIPE. Sí viene, Blanca, aquí estoy...

Los romances 136 y 136a de la *Primavera* de Wolf, desenvuelven poéticamente dicho asuto. Dice así:

(DE BLANCA NIÑA)

Blanca sois, señora mía,—más que el rayo del sol:
¿si la dormiré esta noche—desarmado y sin pavor?
que siete años, había, siete,—que no me desarmo, no.
Más negras tengo mis carnes—que un tiznado carbón.
—Dormidla, señor, dormidla.—Desarmado sin temor.
que el conde es ido a la caza—a los montes de León.
—Rabia le mate los perros,—y águila el su halcón,
y del monte hasta casa—a él arrastre el morón.—
Ellos en aquesto estando,—su marido que llegó:
—¿Qué hacéis, la Blanca niña,—hija del padre traidor?
—Señor, peino mis cabellos,—péinolos con gran dolor,
que me dejéis a mí sola—y a los montes os vais vos.
—Esa palabra, la niña,—no era sino traición:
¿cuyo es aquel caballo—que allá abajo relinchó?
—Señor, era de mi padre,—y envióslo para vos.
—¿Cuyas son aquellas armas—que están en el corredor?
—Señor, eran de mi hermano,—y hoy os las envió.
—Cuya es aquella lanza,—desde aquí la veo yo?
—Tomadla, conde, tomadla,—matadme con ella vos,
que aquesta muerte, buen conde,—bien que la merezco yo.—

(Procede del Can. de Rom. de 1550.—*Primavera*, tomo I, 8.º de la *Ant. de Lír. Cast.*, pág. 252.)

ROMANCE DEL CONDE LOMBARDO

—¡Ay, cuán linda que eres, Alba,—más linda que no la flor!
¡Quién contigo la durmiese—una noche sin temor!

como soy noche, entré yo.
. . . ¿Podré pasarla
contigo?
BLANCA. Esta noche y dos;
que el sosiego es ido a caza,
a los montes de Sión. . . .
Los perros de su cuidado
mate el famoso león. . .
Las águilas de rapiña
maten el querido azor; etc.

Tiene principal correspondencia con la versión castellana que aun se canta en Cataluña (núm. 254 en Milá, y 20 en M. Pelayo):

Un día por la mañana,—mañanita de l'*Ascensión*,
traba la puerta enramada—de linda flor de limón.

Las versiones de este tipo no aparecen en las otras secciones del romancero tradicional de Menéndez y Pelayo. Entre los judíos españoles se conserva en forma parecida:

Yo me levantara un lunes,—un lunes antes de albor,
hallé mi puerta enramada—de rosas y nuevo amor.
(M. y Pidal, núm. 78 de su Catálogo.)

Que no lo supiese Albertos,—ese tu primer amor.
—A caza es ido, a caza,—a los montes de León.
—Si a caza es ido, señora,—cárgale mi maldición,
rabia le mate los perros,—aguilillas el falcón,
lanzada de moro izquierdo—le traspase el corazón.
—Apead, conde don Grifos,—porque hace gran calor.
¡Lindas manos tenéis, conde!—¡Ay, cuán flaco estáis, señor!
—No os maravilléis, mi vida,—que muero por vuestro amor,
y por bien que pena y muera—no alcanzo ningún favor.—
En aquesto estando, Albertos—toca a la puerta mayor.
—¿Dónde os pondré yo, don Grifos,—por hacer salvo mi honor?
Tomáralo de la mano—y subióle a un mirador,
y bajóse a abrir a Albertos, muy de presto y sin sabor.
—¿Qué es lo que tenéis, señora?—¡Mudada estáis de color!
¡O habéis bebido del vino,—o tenéis celado amor!
—En verdad, amigo Albertos,—no tengo de eso pavor,
sino que perdí las llaves,—las llaves del mirador.
—No toméis enojo, Alba,—de eso no toméis rencor,
que si de plata eran ellas—de oro las haré mejor.

(*Romancero general,* tomo I, pág. 161, colum. 1.ª y 2.ª Es el tomo X de Rivadeneyra.)

—¿Cuyas son aquellas armas—que tienen tal resplandor?
—Vuestras, que hoy, señor Albertos,—las limpié de ese tenor.
—¿De quién es aquel caballo—que siento relinchador?—
Cuando Alba aquesto oyera—cayó muerta de temor.

(*Canc. Flor de Enamorados.* Tim. *Rosa de Amores, Primavera,* Tomo I, págs. 25-254.)

No sólo el asunto, sino situaciones y episodios idénticos se repiten en las versiones orales, españolas y cubanas. D. Agustín Durán, que supo conocer como pocos y amar como ninguno la poesía popular española, dice de estos romances que "al leerlos parece que uno se traslada al hogar doméstico, cual era en los siglos medios". El estilo "es seductor e interesante. En él se pintan con vivos colores las costumbres y el pundonor castellanos, y su fin trágico es una muestra de hasta qué punto se llevaba entre nosotros. [27] Los rasgos son enérgicos y sobrios, y el diálogo entre la dama y el burlado marido ofrece en algunos puntos los caracteres de lo patético. La escena de galantería entre la bella Alba y el conde don Grifos, es tan viva y llena de tal ingenuidad y gracia poéticas, que no parece tener igual en los cancioneros líricos de la época:

¡Ay cuán linda que eres, Alba—más linda que no la flor!

27 *Romancero General,* tomo I, pág. 161, columnas 1.a y 2.a. Es el tomo X de Rivadeneyra.

Como dije antes, es un tema muy difundido en todas partes. Wolf habla en una nota de su *Primavera* de los trabajos de Du Merill sobre este punto en su *Histoire de poésie scandinave. Prolégomènes.* El sabio francés traduce a su lengua natal el Romance del Conde Lombardo y lo compara luego con sus similares de Suecia, Dinamarca y Escocia. La obra de Du Merill se publicó nada menos que en 1839. Nada entonces se sabía de las versiones puramente tradicionales. Pasma la cantidad de las mismas, si bien en todas parece notarse que la ingenuidad y gracia del tema primitivo, en virtud de amplificaciones constantes, se van perdiendo, acercándose cada vez más el romance a la poesía vulgar, que no es poesía del pueblo sino degeneración evidente de la misma. [28]

2.º Concordancias y antecedentes en la tradición oral.

Este estudio se haría desmesuradamente largo, si fuera a transcribir las versiones tradicionales, ya de España, ya de Portugal, ya de la América española, las cuales están al alcance de todo el mundo, merced a tantas excelentes recopilaciones. [29] Me concretaré a señalar la versión andaluza que creo es la más parecida con la que conserva nuestra tradición oral:

Mañanita, mañanita,—mañanita de San Simón,
estaba una señorita—sentadita en su balcón,
muy peinada y muy lavada,—los ojitos de arrebol.
Ha pasad'un cabayero,—hijo del emperador,
con la guitarra en la mano,—tocándol'el estrebol.
—¡Quién durmiera con ti, luna,—quién durmiera con ti, sol!
—Mi marido no está en casa,—que está en montes de León:
y para que no biniere——le echaré una mardisión.—
A eso de benir er día,—er marío que yamó:

28 Menéndez y Pelayo (*Tratado de los Romances Viejos,* tomo II, págs. 501 y siguientes) señala otras concordancias escritas:

Rosa fresca, rosa fresca,—tan garrida y con amor,
cuando vos tuve en mi brazos,—no vos supe servir, no;
y agora que os serviría,—no vos puedo haber, no.

Núm. 115 de la *Primavera.*)

y el nutridísimo grupo de canciones, que pudiéramos llamar *ciclo de la bella mal-maridada.*

29 Menéndez y Pelayo, en su *Romance Tradicional* (tomo X de la *Ant. de Lír.*) trae las siguientes versiones: una de Asturias, tres de Andalucía, dos de Cataluña (muy modificadas), y dos también de los judíos españoles. Sobre las versiones portuguesas, *Cantos populares do Archipiélago Acoriano* (D. Alberto, *Flor de Marilia*). Sobre las americanas, Los *Romances Tradicionales en América,* por D. Ramón Menéndez Pidal (Válgame la Virgen pura—válgame el señor San Gil, pág. 81 en *Cultura Española* número 1). En las que publicó Ciro Bayo en la *Revue Hispanique* no encuentro nada sobre este tema. (He consultado hasta 1911.)

—Abreme la puerta, luna,—ábreme la puerta, sol,
que te traigo un pajarito—de los montes de León.—
Se ha levantado la niña—mudadita la color:
—¿Has tenido calentura—o has tenido mal de amor?
—Ni he tenido calentura—ni he tenido mal de amor;
me s'ha perdío la yabe—de tu hermoso tocador.
—Si la yabe era de jierro,—de plata te l'haré yo;
qu'er jerrero esta'n la fragua—y er platero en er mesón.—
Estando en estas razones,—er cabayo relinchó:
—¡De quién es ese cabayo—que en la cuadra relinchó?
—Tuyo, tuyo, cabayero,—mi padre te lo compró.
Biba tu padre mir años—qu'en bida lo heredo yo.
—¿De quién es esa escopeta—qu'en un rincón beo yo?
—Tuya, tuya, cabayero,—que mi padre te la dió,
pa que cases los sirgueros—de los montes de León.
—¿De quién es ese capote—qu'está ensima ese siyón?
—Tuyo, tuyo, cabayero—que mi padre te lo dió.
—¿Y las botas que debajo—que desd'aquí beo yo?
—Tuyas, tuyas, cabayero—mi padre te las compró.—
Y la agarra de la mano—y en la alcoba la metió.
—¿Quién es aquer cabayero—qu'en la cama veo yo?
—Es er novio de mi hermana,—de mi hermana la mayor.—
Y la coge de la mano—y a su padre se la yebó.
. . . . . .
. . . . . .
La niña murió a la una—y er cabayero a las dos. [30]

Las concordancias son fáciles de indicar. [31] La variante principal de la versión cubana, está, para mí, con el estribillo:

estando en estas razones
el caballero tosió;

que hace que ella misma, la esposa infiel, descubra la traición a su marido.

En el final difiere también la nuestra de la andaluza, ganando la poesía, a pesar de una fea asonancia, en el cambio:

La niña murió a la una,
a las dos su nuevo amor,

decimos en Cuba, con más sentido poético, mientras que en tradición andaluza se dice más prosaicamente:

La niña murió a la una
y er cabayero a las dos.

30 Micrófilo, *Folk-lore Guadalcanalense*, 75-78. Rep. por M. y P. en el *Rom. Trad.*, pág. 180.

31 Véase lo que se dice en la introducción respecto al episodio del león.

Conviene notar que de todas las versiones que aquí se publican, esta de *La Esposa infiel* es la más rara, perdiéndose cada vez más de la memoria de las gentes. Entre los niños no la he oído cantar una sola vez, costándome un trabajo inmenso recoger su música, sabida de muy pocos. Sin embargo, sé que si hoy no se canta en los juegos infantiles, lo fué hace años, según me aseguran personas de edad provecta, que la recitaban en corros cuando mozos. Viendo este olvido casi general, he acudido en solicitud de datos a algunos vecinos de Trinidad (Santa Clara), ciudad que por su apartamiento, es la más rica, más que Camagüey, en elementos tradicionales. Quiero ver si allí se canta, y si es así, cómo y con qué música. Hasta ahora, no he obtenido sino promesas, pero espero un resultado feliz de una próxima investigación personal. Hay que hacer grandes esfuerzos, para conservar estas reliquias, pues día por día aumentan las influencias extrañas, contradictorias a veces con el genio de la raza, y ellas, las tradicciones, son grande parte en la personalidad de un pueblo. Amémoslas como algo de nuestro mismo espíritu, y conservaremos así nuestra propia vida nacional.

2.º Romance de Isabel:

a) Versión recogida en Camagüey:

En Madrid hay un palacio
que le dicen de Oropel,
y allí vive una muchacha
que la llaman Isabel.
Un día estando jugando
al juego del ajedrez,
viene un conde y se la lleva
a la pobre de Isabel.
... ...
—¿Por qué lloras, hija mía?
¿Por qué lloras, Isabel?
Si lloras por padre y madre
no los volverás a ver;
si lloras por tus hermanos,
prisioneros han de ser.
—No lloro por nada de eso,
ni por cosa de interés,
sino por el cuchillo de oro
que tú llevas al revés.
—Si me dices para qué
... ...

—Para partir esta pera,
que vengo muerta de sed.

b) Versión recogida en la Habana:

En el monte hay un palacio
que le dicen de Oruzbel,
y allí vive una muchacha
que la llaman Isabel.
Un día estando jugando
lindo juego de alfiler,
viene un duque y se la lleva
a la pobre de Isabel.
... ...
—¿Por qué lloras, hija mía?
¿Por qué lloras Isabel?
Si lloras por padre y madre,
en la guerras los maté,
si lloras por tus hermanos,
prisioneros han de ser.
Yo no lloro por mis padres
ni por mis hermanos tres;
yo no lloro por nada de eso
ni por ningún interés.
Lloro por el puñal de oro.
—Si me dices para qué
... ...
Apenas se lo hubo dado,
con el puñal le mató.

1.º Antecedentes y concordancias en la tradición escrita:

Este tema, común como los otros a la poesía de los pueblos más diversos, tiene su expresión escrita más antigua y de mayor valor estético en el conocidísimo romance viejo que empieza:

A caza iban, a caza, etc.

impreso por primera vez en el *Cancionero de Romances* (s. a.) y que Wolf publica en su *Primavera* entre los del grupo caballeresco (núm. 119). Lleno de reminiscencias feudales, reflejando ese género especial de *caballerismo* ajeno a la pura poesía castellana, presenta tales caracteres que hace aceptar por buena la hipótesis que lanzó D. Marcelino Menéndez y Pelayo respecto al primitivo origen forastero de este admirable romance. [32] ¿Dónde nació?

32 Cf. su *Tratado de los Romances Viejos*, tomo II, cap. XIII, pág. 507. Es el tomo XII de la *Ant. de Lír. Cast.*

Imposible parece contestar a esta pregunta. Recórranse una a una las casi innumerables colecciones de poesías y leyendas populares de Dinamarca, de Suecia, de Alemania, de varias regiones de Italia, etc., y en donde quiera veremos surgir este tema, unas veces acercándose mucho a nuestro romance, otras, no teniendo sino un punto solo de contacto—el de la venganza femenina,—pero siendo siempre, con mayor o menor viveza, un trasunto de las costumbres feudales. Sea cual fuere el origen de este romance, no cabe duda de que es uno de los más arraigados en la viva tradición del pueblo. En Asturias, entre los judíos de Levante, etc., se han recogido versiones orales muy poéticas, que ofreciendo variantes de consideración, coinciden siempre en la venganza de la mujer ultrajada. Y sorprende aun más, que en estas tierras del Nuevo Mundo, al través de los siglos, versos enteros del célebre romance viejo—no ya sólo el asunto—se repitan por nuestros niños, haciendo sus delicias.

Transcribiré el romance 158 de la *Primavera* para que se vea la innegable semejanza que ofrece con la canción de Isabel:

A caza iban, a caza—los cazadores del rey,
ni fallaban ellos caza—ni fallaban qué traer.
Perdido habían los halcones,—¡mal los amenaza el re!
Arrimáranse a un castillo—que se llamaba Maynés. [33]
Dentro estaba una doncella—muy fermosa y muy cortés;
siete condes la demanda—y así facían tres reyes.
Robárala Rico Franco,—Rico Franco aragonés:
Llorando iba la doncella—de sus ojos tan cortés.
Halágala Rico Franco,—Rico Franco aragonés.
—Si lloras tu padre o madre,—nunca más vos los veréis;
si lloras los tus hermanos,—yo los maté todos tres.
—Ni lloro padre ni madre,—ni hermano todos tres;
mas lloro mi ventura,—que no sé cual ha de ser.
Prestédesme, Rico Franco,—vuestro cuchillo vigués,
cortaré fitas al manto,—que no son para traer.—
Rico Franco, de cortese,—por las cachas lo fué tender;
la doncella, que era artera,—por los pechos se fué a meter:
así vengó padre y madre,—y aun hermanos todos tres.

Como se ve, la semejanza es mayor con la segunda de las versiones cubana.

Otros romances hay en la *Primavera* que desenvuelven asunto

33 ¿No hace pensar esta palabra que el *Oropel* de nuestras versiones sea una corruptela de *Maynes?*

parecido al de Rico Franco. Así, el bellísimo de *Marquillo,* [34] en cierto modo; el ciclo de los de Moriana y otros varios. Los versos siguientes de uno de los de Moriana, ofrece no muy remota semejanza con otros de nuestra tradición oral:

—¿Qué es esto la mi señora?—¿Quién vos ha hecho pesar?
Si os enojaron mis moros,—luego los faré matar,,
o si las vuesas doncellas,—farélas bien castigar;
y si pesar los cristianos,—yo los iré conquistar:
. . . . . .
Non me enojaron los moros,—ni los mandedes matar,
ni menos las mis doncellas—por mí reciban pesar;
ni tampoco a los cristianos—vos cumple de conquistar; etc.

(*Primavera,* núm. 121.)

2.º Antecedentes y concordancias en la tradición oral.

Los cinco romances recogidos en Asturias y que publica M. y Pelayo en su *Rom. Trad.* bajo el título común de *Venganza de Honor* los cuatro primeros, y de *La Hija de la Viudina* el último y más bello de todos, no presentan con nuestro tema sino las relaciones de un mismo fundamento común. El desarrollo es distinto, y los episodios, diversos. El más largo y el más pintoresco, *La Hija de la Viudina,* refiere cómo una doncella defiende su honra de dos caballeros, que la llevan de su propia casa a lo más solitario del vecino monte, lugar donde hiere la fiera guardadora de su honor a uno de los caballeros, con el cual—admirado éste de su condición—se casa más tarde. Hay versos de soberana belleza:

Fuéronse por unos montes,—fuéronse por una montiña;
en un robledal fincaban—al pie de una fuente fría.
En un robledal fincaban—e de amor la requerían;
e magüer que estaba sola,—su honor defiende la niña.
. . . . . .
—Perdón a los cielos pido,—e a vos mi perdón pedía;
porque perdonarme quiere—la Virgen Santa María.
Con el agua de la fuente—decíale perdón la niña;
con el agua de las fuentes—sus pecados lavaría.

Las versiones tradicionales que mayores analogías presentan con las de Cuba, son la infantil recogida por Sergio Hernández de Soto y las varias que se conservan entre los judíos de Levante.

34 Marquillo, por Dios te ruego,—que me otorgases un don:
que no durmieses conmigo—hasta que saliese el sol.
Levantóse muy ligera—la hermosa Blanca-Flor;
tomara cuchillo en manos—y a Marquillo degolló.

Empezaré por estas últimas, que son las más importantes desde el punto de vista tradicional.

Menéndez y Pelayo publica una de las mismas y juzga probable que procedan del de Rico Franco. Menéndez Pidal, años después, logró adquirir—creo que por conducto de J. Benoliel, poeta y erudito judío—una variante preciosa que empieza de igual modo que el famoso romance. [35]

La versión de M. y Pelayo (recogida por Danón) es ésta:

Ya se asentaron los dos reyes,—y el moro blanco tres,
y la blanca niña con ellos.
Ya se asentan al juego,—y al juego del ajedreo.
Juga el uno, juga el otro,—jugan todos los tres. [36]
Ya le gana el moro blanco,—de una vez hasta tres.
—¿De qué lloráis, blanca niña?—¿De qué lloráis, blanca flor? [37]
Si lloráis por vuestro padre,—carcelero mío es.
Si lloráis por vuestra madre,—guisandera mía es.
Si lloráis por los tres hermanos,—yo los maté a los tres.
—Yo no lloro por mi padre, ni por mi madre,—ni por mis hermanos tres,
sino que yo lloro—por mi ventura cuala es.
—Vuestra ventura, mi dama,—al lado la tenéis.
—Una vez que sois mi ventura,—dadme el cuchillico de ciprés!
lo mandaré a mi madre—que se gaste de mi bien.
El moro blanco se le dió derecho,—la blanca niña lo tomó a través,
se lo encajó por el *bel*. [38]

(*Rom. Trad.* Págs. 322-323.)

La interesantísima variante de Menéndez Pidal dice así:

A caza iban, a caza,—caballeros con el rey,
que nin hallaban la caza—nin hallaban qué traer.
Arrimáronse a un castillo—enforrado de *oropel*,
dentro estaba una doncella,—hija era de un mercader...
ganóla un Rico Fraile,—Rico Fraile aragonés.
Allá lloraba la infanta—lágrimas de cuatro en tres.
—Si lloras por el tu padre,—él mi carcelero es;

35 Es el núm. 85 de su Catálogo publicado en *Cultura Española*, 1907.

36 Otra variante recogida por el propio Danón, dice así, en vez de estos versos:

Tres palomas van volando—en el palacio del rey..
Adentro una muchacha—que era la hija del rey.
La jugó el rey su padre—al juego del ajedréz.

(Vid. *Rom. Judeo-Español*, de R. Gil. Madrid, 1911, pág. XXXVI)

37 Repite los versos del tema de la *Esposa Infiel*, tal como se conserva entre ellos:

¿De qué lloras, blanca niña?—¿De qué lloras, blanca flor?
Lloro que perdí las llaves,—las llaves de mi cajón; etc.

38 *Bel*, palabra turca que quiere decir los riñones o los lomos, según A. Danón. (Nota de Menéndez y Pelayo.)

si lloras por tus hermanos,—yo los maté a todos tres.
—Lloraba mi desventura,—de tan negra que me fué.

(Recogido en Andrinópolis y Tánger. núm. 85, en M. Pidal, XXXVI bis en el *Romancero Judeo Español,* pág. LXXXV, de R. Gil.)

Hallazgo peregrino el de esta versión—como tantas otras que vienen a demostrar, cuando menos, la maravillosa vitalidad del romance viejo—explica perfectamente la genealogía de las versiones cubanas. Como en éstas, encontramos el curioso cambio del nombre *Maynes, por Oropel;* como en éstas, el *Juego del ajedrez* (en la versión de M. y Pelayo), que no aparece en la tradición escrita, interviene también aquí; como en éstas, en fin, el desenlace de las versiones judías lo constituye la venganza de la *blanca niña* (*nuestra Isabel*), matando a su raptor con su propio puñal de oro, después de un ingenioso engaño.

Conviene advertir que este final, no exento de gracia poética, es casi un lugar común en el Romancero. Dejando a un lado los romances del mismo o parecido asunto, le vemos también en los picarescos de *Melisenda,* en los de *Galiarda* (aunque en sentido inverso) y otros que ahora escapan a mi memoria.

En la versión de la *Primavera* (Rico-Franco) y en las judías tradicionales que he transcripto, no aparece el nombre de Isabel. ¿De dónde nos ha llegado? ¿Será una ligera reminescencia de los patéticos romances de doña Isabel de Liar, inspirados quizás en la famosa leyenda de doña Inés de Castro, inmortalizada en la epopeya por Camoens? Nada de extraño tiene, aunque afirmarlo fuera temerario. Lo que puede afirmarse, sí, es que esto no es particularidad de nuestra versión; en uno de los cantos infantiles que inserta Sergio Hernández de Soto en su colección de Juegos etc., de Extremadura (tomo III de la *Biblioteca de las Tradiciones Españolas*), encuéntrase uno muy semejante a la nuestra y que debió servirnos de modelo. Se parece principalmente a la primera que publico:

LA RUEDA DE ISABEL

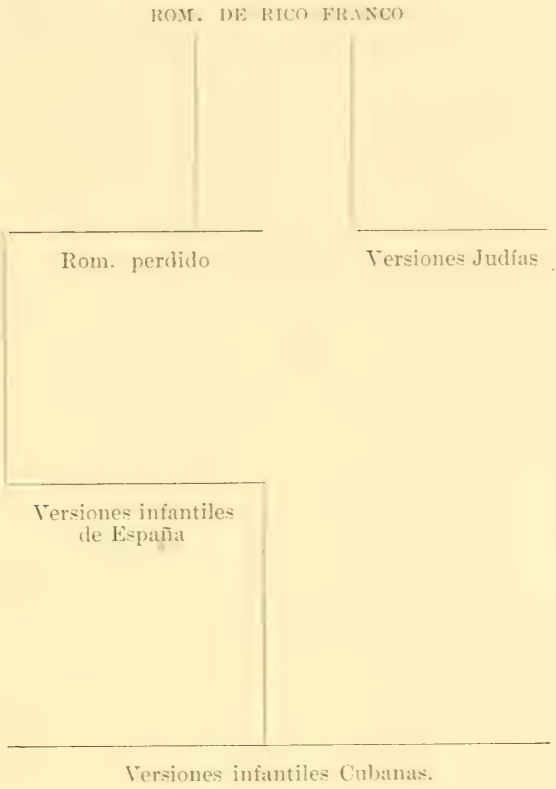
En Madrid hay un palacio
que le llaman de Oropel,
donde vive una señora
que la llaman Isabel.
Su padre no quería darla
ni *pa* el conde ni el marqués,
ni por el oro que valga

la corona de Isabel.
Estando un día jugando
un juego del alfiler,
ha pasado un chico mozo,
chico mozo aragonés,
la ha cogido de la mano
y la ha llevado al cuartel;
En el medio del camino
llora la triste Isabel.
—¿Por qué lloras, hija mía?
¿Por qué lloras Isabel?
Si lloras por tus hermanos,
no lo volverás a ver.
Y si lloras por tu padre,
prisionero lo has de ver.
—No lloro por nada de eso,
ni por ningún interés,
lloro por un puñal de oro.
—¿Puñal de oro para qué?
—Para partir esta pera
que vengo muerta de sed.
El se lo ha dado al derecho,
y ella lo toma al revés.
(Versión recogida en Zafra. [39])

En las colecciones *folk-lóricas* que he registrado, no hallo ningún cantar infantil que presente más contacto con la versión cubana del rapto de Isabel, que este de Extremadura, recogido por S. Hernández de Soto. En éste, que debe remontarse a otro romance tradicional antiguo, derivado a su vez del de Rico-Franco, tiene su más próximo antecedente nuestro cantar. La existencia de un romance intermedio entre el de Rico-Franco y la versión que me ocupa, es menester afirmarla para explicar ciertos particulares. Si entre los judíos de Levante abundan estas versiones en tal grado, y conservando con tanta fidelidad el tema del primitivo romance, ¿cómo hemos de reducir en España a un simple canto infantil lo que la tradición oral conserva del mismo? ¿Cómo explicar, entonces, la repetición de algunos versos típicamente tradicionales (que se encuentran también en las versiones judías) por el cantar infantil, vulgar en otras partes?

Por eso, no vacilo un momento, en representar en la siguiente forma *schematica,* la genealogía de nuestro cantar, que servirá al mismo tiempo de resumen de lo que aquí se ha dicho:

39 *Juegos infantiles de Extremadura.* Tercera serie, pág. 99. (Tomo III de la *Biblioteca de Tradiciones Españolas.*)



3.—*Delgadina* (*Angarina* en Cuba).

a) Versión de la Habana:

Pues señor, este era un rey,
que tenía tres hijitas,
y la más chiriquitica,
Angarina se llamaba.
Un día estando comiendo
que su padre la miraba:
—Papaïto, estoy delgada
porque estoy enamorada.
—Corran, corran mis criados
y enciérrenla en un cuarto.:
de beber, agua salada;
de comer, migas de pan.
—Hermanitas, hermanitas,

demen un vaso de agua,
que mi pecho ya se abrasa
de la sed que me arrebata.
—No podemos, Angarina,
que mi padre nos matará.
—Mi madre...
... ...
que allá cerca está la fuente
que me alivia de la sed.
Su padre que así la oyera,
a libertarla mandó;
la niña ya se había muerto
y el padre pronto murió.
Angarina fué a la gloria,,
los ángeles la llevaban.
El rey se fué a los infiernos,
los demonios la acompañan.

b) Versión de Camagüey: [40]

Pues señor, éste era un rey
que tenía tres hijitas,
y la más chiriquitica,
Angarina se llamaba.
Cuando su madre iba a misa,
su padre la enamoraba,
y cuando su madre volvía,
todito se lo contaba.
—Corran, corran mis criados
y enciérrenme a Angarina
en el cuarto más obscuro
que da para la cocina.
No le den de comer...
ni tampoco de beber...
... ...
—Hermanita, si eres mi hermana,
me darás un vasito de agua,
que este pecho se me abrasa
y este corazón se inflama.
—Hermanita yo te lo diera,
pero padre el rey no quiere (bis).
—Mamaita, si eres mi madre,
me darás un vasito de agua,
que este pecho se me abrasa
y este corazón se me inflama.
—Hija mía, yo te lo diera,

40 Lo he obtenido por una antigua criada de mi casa, nacida en esa región. Allá lo cantaba de niña, pero aquí también le he oído varias veces.

pero tu padre, el rey, no quiere (bis).
... ...
A los cuatro días siguientes,
Angarina muerta estaba,
y los ángeles del cielo
repicaban las campanas.
En el cuarto del reicito,
los diablos con los diablitos;
en el cuarto de Angarina,
los ángeles y serafines.

Este romance, no muy limpio, aunque sí poético, es de los más popularizados en España. La versión primera que publicamos, presenta con menos brutalidad la horrible pasión del padre de Delgadina. En todas las notas comunes son: el amor incestuoso del rey moro (unas veces expresado sin retoques algunos, otras con cierta ambigüedad de mejor efecto, moral y poéticamente hablando); la prisión de Delgadina y sus horribles tormentos y, por último, la triunfante apoteosis de Delgadina, conducida al cielo por los ángeles, y el eterno castigo de su padre:

Las campanas de la gloria,
por Delgadina tocaban; etc.

El tema de Delgadina no tiene antecedentes en la tradición escrita del romance, pero sí algunos muy curiosos en varias narraciones en prosa, de las que da noticia Menéndez y Pelayo en su clásico *Tratado de los Romances Viejos.* [41] Dejando a un lado la novela de *Apolonio* de Tiro y el poema castellano de mester de clerecía, [42] inspirado en ella, que por su carácter erudito no debe

41 Tomo II, págs. 513 y siguientes.

42 Como el libro de Apolonio no anda en manos de todos, creo interesante citar el pasaje concordante con el asunto capital de estos romances:

9. En el Rey Antioco vos quiero comencar
... ...
13. Ca muriósele la muger con qui casado era,
Dexole huna fija genta de grant manera:
Nol sabían en el mundo de beltat compayera,
Non sabían en su cuerpo de senyal reprendedera.
17. Muchos fijos de reyes la uinieron pedir,
Mas non pudo en ella ninguno abenir:
Quo en este comedio tal cosa ha contir,
Ques para conceio verguenca de decir.
21. El pecado que nunca en paz suele seyer,
Tanto pudo el malo boluer e reboluer,
Que fico ha Antiocho en ella entender
Tanto que se quería por su amor perder.
25. Quo a la peyor la cosa ha de venir,

haber penetrado poco ni mucho en la tradición popular, considera M. y Pelayo los siguientes elementos literarios, como factores probables en la elaboración de dichos romances:

1.º La leyenda de *La Doncella de las manos cortadas,* común a varios pueblos; de la que se derivan:

La versión castellana de Gutiérrez Díaz de Games, en su *Victorial,* recogida en Francia o Inglaterra.

La catalana, contenida en la *Historia de la filla del rey de*

Que ouo esu voluntat en ella ha de complir;
Pero sin grado lo houo ella de consentir
Que veydía que tal cosa non era de sofrir.
29. La duenya por este fecho fué tan enuergoncada,
Que por tal que muriese non quería comer nada;
Mas huna ama vieja que la ouo criada,
Ficol creyer que non era culpada.
. . . . . .
41. Ama, dixo la duenya, jamas por mal pecado
Non deno de mi padre seyer el amado,
Por llamar-me el fija tengolo por pesado,
Es el nombre derechero en amos enfozado.

Este es el pasaje que guarda más relaciones con el tema en que me ocupo. Narra después el poema como Antioco, por no perder a su hija y amada,, propone un enigma a todos sus pretendientes, "al que lo adeuinase que ge la daría de grado, el que no lo adeuinase sería descabecado". El enigma era éste y hacía relación a los amores que abrasaban a Antioco:

"La verdura del ramo es come la rayz
De carne de mi madre engruesso mi ceruiz."

El rey Apolonio lo resuelve, y comienzan sus tribulaciones y aventuras. Todo el resto del poema se refiere a estas cosas. Naufragios, llegadas a reinos desconocidos y hospitalarios, casamientos imprevistos, reconocimientos, en fin, todos los elementos de la novela bizantina, son los que vienen a dar asunto a las posteriores páginas del poema. De los amores de Antioco y de su hija no se vuelve a decir palabra, exceptuando estos versos, que dice un marinero al rey Apolonio:

989. Dil que es Antioco muerto e soterrado,
990. Con el murió la fija que dió el pecado,
991. Destruyolos ha amos hun rayo del diablo.
992. A él (a Apolonio) esperan todos por darle el reynado (*a*).

Se ve como nota diferencial entre este episodio del poema y los romances de *Delgadina* ,que en éstos la horrible pasión del rey no pasa de insano deseo, mientras en el poema aquélla llega a realizarse. Los tormentos de Delgadina tampoco aparecen en el *Libre de Appollonio.*

Aunque Menéndez y Pelayo afirma que por su carácter erudito el poema que me ocupa debió mantenerse apartado de la pura tradición popular, no hay duda de que la leyenda que le sirve de asunto es casi una nota común en la *novelística* de varios pueblos.

En la literatura española tenemos el ejemplo famoso de Juan de Timoneda, que en la Patraña 11 de su *Patroñuelo,* refiere paso a paso las aventuras de Apolonio. Las fuentes del *Patrañuelo* han sido fijadas ya por la erudición moderna. Así sabemos que intervienen en la Patraña 11 los siguientes elementos:

(*a*) Citamos por la edición paleográfica de James que contiene rectificaciones importantes a la príncipe de Pidal (Pedro J.), si bien requiere otras. (*Bib. de Ant. Esp.* Tomo LVII, págs. 283 y 291.)

Hungría, que aun se conserva como cuento en la tradición oral. Estas versiones españolas, prueban la difusión en España de la leyenda.

2.º "El Recontamiento de la donzella Carcayona, hija del rrey Nachrab con la paloma."

a) Cap. 153 de la *Gesta Romanorum,* famosísima compilación de la Edad Media. Este capítulo se incorporó tardíamente a la *Gesta,* siendo en la misma una verdadera novela aislada. No puede haber aquí sino una influencia mediata.

b) Los varios *novellieri* italianos que refieren asunto análogo. Influencia directa, "puesto que de Italia proceden todos sus cuentos". (*b*).

En rigor científico, éstos son los probables orígenes de la Patraña 11 de Timoneda, pero, a mí se me antoja que pudo muy bien aprovechar alguna tradición conservada viva por el pueblo y trasladarla a su prosa tan familiar y cándida. No debe olvidarse que Juan de Timoneda, era un espíritu esencialmente *folk-lorista,* viniendo a ser el más corto e ingenuo de sus libros, animado repertorio de dichos y sentencias del vulgo. He insistido en Timoneda, alejándome quizá demasiado de mi asunto, porque quiero apuntar una hipótesis acerca de la genealogía del romance de *Delgadina.* Por su mismo carácter, y aunque hoy se conozcan pocas ediciones del mismo, el libro de Timoneda, debió ser muy popular. El estilo llano, ajeno siempre a los artificios retóricos, la mezcla del verso con la prosa, el empleo de formas métricas tan caras al pueblo como la del romance, hicieron que se vulgarizara muchísimo el *Patrañuelo.* Desdeñado de las clases cultas, no aprovechado por lo menos, hizo las delicias de las gentes "de baja e servil condición". Pues bien, ¿qué extraño sería entonces que se mezclase su recuerdo con los versos de la tradición de *Delgadina?* No creo que haya influído en lo capital de la leyenda, pero no alcanzo a explicarme la existencia del nombre *Silvana* (común a los romances asturianos y portugueses de este asunto) sin recurrir a la Patraña 11 de Timoneda. El nombre más generalizado en la tradición oral es el de Delgadina; el de Silvana es mucho más raro y no tiene que ver nada con el anterior, ni hay asomos de corruptela de otro más antiguo que se pareciere a Delgadina. Aquí tuvo su intervención Timoneda. Este nombre de Silvana, parece ser un vago recuerdo de su libro más popular. Leemos, en efecto en Timoneda: "En esta confabulación entró por la sala la infanta *Silvania,* hija del rey, hermosísima en extremo grado" (*c*). Para lo que me propongo basta la cita: La Silvania de Timoneda es la futura mujer de Apolonio, desempeñando papel bien distinto a la desventurada Silvana de los romances de Asturias. A pesar de que la semejanza es leve, no creo que se pueda explicar como mera coincidencia. ¡Quién sabe si Timoneda aprovechara una tradición popular donde apareciera tal nombre, que después, con el andar del tiempo, volvió a ser incorporada a la tradición oral!

Si así fuera; si se admitiera esta pequeñísima intervención del libro de Timoneda, en dichos romances no se desvirtuarían las afirmaciones de M. y Pelayo respecto a que el poema de Apolonio no intervino para nada en la elaboración popular. Timoneda, es cierto, sigue paso a paso las aventuras del poema, pero esto se debe a la identidad de asuntos, no a una imitación directa. El antiguo poema, dice el gran maestro de la erudición, estaba entonces completamente olvidado de todos, y no iba a inspirarse Timoneda en el solitario códice del mismo, no dado a la publicidad sino hasta el siglo XIV, merced a las iniciativas de D. Pedro José Pidal.

(*b*) Vid. principalmente a Menéndez y Pelayo: *Orígenes de la Novela,* tomo II, págs. XLVIII-LVIII. Para las fuentes de Timoneda en Bocaccio, nada hay superior al estudio de Carolina Brown Bourland: *Bocaccio and the Decameron in Castilian and catalan literature.* Tesis presentada por la autora para el doctorado de filosofía en Bryn Mawr College, y publicada en la *Revue Hispanique,* tomo XII.

(*c*) *Bibl. de Aut. Esp.* Novelistas anteriores a Cervantes, pág. 146, columna 2.a Es muy significativo que Francisco M. de Melo, en su farsa del *Fidalgo Aprendiz,* se cite este romance con el nombre de Sylvana y no el de Delgadina:

Paseábase Silvana—por un corredor un día.

Este es el elemento a que más importancia concede Menéndez y Pelayo en su *Tratado.* Consérvase de esta tradición, que no es sino la de la *Doncella de las manos cortadas,* dos versiones aljamiadas, ambas publicadas por el arabista Guillén Robles en sus *Leyenda Moriscas,* [43] la primera en el prólogo, y como curiosa variante, la segunda en el texto (pp. 181-225). Menéndez y Pelayo no expone aquí el contenido total de estas versiones, sino que transcribe de la más corta algunos párrafos que guardan cierta analogía con el tema los romances de *Delgadina.* En cambio, en otra obra suya, en los *Orígenes de la Novela,* [44] con su concisión habitual, da el argumento de esta narración al tratar de la novela entre los moriscos, de aquella amena literatura en la cual creía encontrar, en todo momento, el castizo ingenio de don Serafín Estévanez Calderón, "fuentes inagotables de ideas nuevas, de pensamientos peregrinos y de maravillas y portentos".

El argumento es éste: "Un rey gentil de la India, llamado Aljafre, que adoraba *una ídola de oro,* se enamora brutalmente de su hija... La doncella Arcayona se resiste a sus incestuosos deseos, y el rey manda cortarla las manos y abandonarla en un monte fragoso, donde se le aparece una hermosa y blanca cierva que la guía a su cueva y la regala y conforta... El príncipe de Antioquía, andando un día de caza, persigue a la cierva, que se refugia en la cueva, y se arroja a los pies de la doncella. Enamórase de ella el príncipe y se casa con ella. La aborrece su madrastra, y aprovechando una ausencia del príncipe, la hace exponer en un monte juntamente con su hijo recién nacido. La desvalida princesa hace un acto de fe musulmana pronunciando las sacramentales palabras *leyhala y la alla,* y al despertar del dulce sueño que Allah infunde en ella, se encuentra otra vez con las lindas manos que la habían cortado y es recogida amorosamente por el príncipe su esposo, que la conduce en triunfo a la ciudad."

Como se ve, es en la primera parte de la narración donde se encuentra la concordancia entre esta leyenda y el ciclo de Delgadina. Hay una analogía mayor que con la novela y el poema de *Apolonio.* En éstos triunfa la pasión de Antíoco; en la leyenda de la *Doncella de las manos cortadas,* en todas sus diversas versiones, del mismo modo que en los romances, la firme virtud de la

43 Tres volúmenes en la *Colección de Escritores Castellanos.* Madrid, 1885-86.
44 Tomo I, pág. LVII.

heroína triunfa de todos los obstáculos y, si no domina, vence a los más atroces y desenfrenados apetitos.

No puede afirmarse, sin embargo, que la semejanza sea tal, que baste esta leyenda a explicar el origen de los romances de *Delgadina*. Lo que da nombre a la leyenda, el martirio de la doncella, la pérdida de sus blancas manos, no parece haber dejado vestigios siquiera en este ciclo de romances. Quizás la leyenda sufriría tales evoluciones en la tradición viva del pueblo, que se fué desfigurando el primitivo cuadro, y el episodio del martirio, sufrió aquí mutilaciones, allá retoques que la ampliaban para venir a parar, al cabo, en la bárbara escena de la muerte de Delgadina, producida en las soledades de su torre, por el hambre y la sed.

Voy a transcribir de la segunda de las versiones arábigas de la leyenda, el episodio que nos interesa:

"Después vino a verla (a Carcayona, que había estado siete años con su nodriza) su padre con los grandes de su rreyno, y traxole brocados, y sedas y joyas, con todos los deleites que pudo traer.

"Y entró a donde estaba y miró a su hermosura, y *enamoróse* della, y comió y bebió con ella". Viene después una larga disquisición religiosa (pués esta leyenda estaba destinada, como tantas otras, a fortalecer la fe de los hijos del Islam), y la idolatría de la doncella, que ella y el rey rendían culto a una ídola de oro, comienza a decaer ante hechos maravillosos y a influjos de palabras ultraterrenas. Este proceso de la fe de la doncella se refiere de un modo muy poético. El episodio que me ocupa, sigue refiriéndose así:

"Después vino su padre a verla un día, y traxole muchas joyas y comeres, y comió con ella, y miróle a su hermosura, y rreposó un rrato, y levantóse a ella, y besóla y demandóla su cuerpo.

—Pues, ¡oh padre!, ¿por qué quieres tu innovar cosa que te avergüenzen por ello los días de tu vida y empués de tu muerte? ¿has oido dezir de algún rrey que hiziese eso con su hija?

"Pues al punto el rrey tubo grande vergüenza de su hija, y salióse de allí, y dexola en sus plazeres como solía."

El tormento, dado que la leyenda se adaptaba a un fin de edificación, se cuenta de este modo:

"Y publicóse el hecho (el de la destrucción de la *ídola* por la doncella) y hablaban de ello las gentes y inculpaban al rrey diziéndole:

"—Si dexas tu hija así como se está, perderás tu rreino.

"Y tomó el rrey muy grande cuidado, y fuese a ella, y dixole:

"—¡Oh hiya! tórnate de lo que estás, y no me eches a perder mi rreino, ni te apartes de nuestro señor.

"Dixole su hiya:

"—¡Oh padre! yo te llamo al servicio de Allah, y tú llámasme al servicio de las ídolas; ¡oh padre! obedece a Allah, y di, como digo yo,, que no hay señor sino Allah, solo, que no hay aparcero con el, y darte ha Allah el paraiso, y salvarte ha del fuego del infierno.

"—¡Oh hiya! si tu (no) te desvias de lo que estás, cortarte he las manos y sacarte (he) de mi rreyno.

"... y dixole la doncella:

"—¡Oh padre! aunque me cortases las manos y me quemes con con fuego, no cesaré sino en servir a Allah, mi señor, ¡oh padre! dexa el servicio de las ídolas, que yo soy desengañante a ti; di, como yo digo, que no hay señor sino Allah, solo, sin esparcero.

"... Cuando vió aquello su padre, mandó venir un sayón para cortarle las manos; y cuando la donzella lo vió estrechósele el corazón, y levantó su cabeza al cielo llorando; y ella quien dezía:

"—¡Oh quien creó los cielos y la tierra! afirma mi corazón y pon paciencia en mí, no te aires contra mí...

"... y los ángeles lloraban por ella y rrogaban Allah por ella, y las huries del paraiso que se asomaban a (verla a) ella.

"... Pues en el momento mandó su padre cortarla las manos, y ella que dezía:

"—*Bismillahi*—en el nombre de Dios,—señor de los cielos; *bismillahi,* señor de las tierras; *bismillahi,* el eterno en el señorío; ¡oh señor! dame paciencia, y afírmame en tu obediencia, y consuela mi corazón.

"Y lloraban todos los de los cielos y de las tierras..." [45]

El elemento religioso que interviene en esta versión de un modo tan activo; mucho más, por cierto, que en la transcripta en parte por M. y Pelayo, da a esta narración aljamiada cierta semejanza, no ya con el romance de *Delgadina,* sino con otro tan viejo como éste aunque tenemos popular: el de *Santa Catalina.* La leyenda hagiográfica de este romance tiene sin duda relaciones evidentes con la de Carcayona. Ambas heroínas son hijas de reyes, ambas profesan una religión distinta a la de sus padres, ambas sufren

45 *Leyendas Moriscas,* tomo I, págs.183, 186, 209, 213.

martirio por no renegar de ella. Apunto este detalle a modo de curioso antecedente de dicho romance.

Más de lo que debiera me he detenido en estos pormenores, y para ahorrar cansancio al lector, indicaré tan sólo con meras citas las concordancias en el romancero español. En el *Romancero Tradicional,* tantas veces citado, corresponden a las versiones nuestras los núms. 50, 51, 52 (Asturias), 6, 12 (Andalucía), 2 (fragmentos recogidos en la Montaña, por R. Ortiz), 2 y 3 (Cataluña) y 26 (entre los judíos de Levante). De las versiones ibero-americanas que conozco, una de las más completas y poéticas es las que da el Sr. Henríquez Ureña (Pedro) en su estudio sobre los Romances de América. La Sra. de Menéndez Pidal, en su inapreciable catálogo de *Romances que deben buscarse en la Tradición Oral* (*Rev. de Arch.,* 1906, Dbre., 1907, Enero), ha publicado una interesantísima variante, donde la heroína aparece con el nombre de Silvana.

En todas estas versiones, no sólo aparecen los mismos elementos, sino que se repiten las mismas situaciones. En todas los tormentos son los del hambre y la sed. En todas hay las mismas invocaciones a la madre y a los hermanos, y en todas, por último, el rey interviene cuando ya es demasiado tarde para salvar a la desventurda doncella. Estas concordancias, hasta en los detalles, sólo se explican aceptando la existencia de una fuente tradicional común.

4.—*El Marido Traidor.*

EL MARIDO TRAIDOR

Me casó mi madre,
chiquita y bonita,
con un sevillano
que yo no quería.
A los primeros días,
caricias me hacía,
y juraba quererme
por toda la vida.
. . . . . .
A la media noche,
el pícaro se iba,
me dejaba sola
por una querida.
Le seguí los pasos
por ver qué le decía;

me puse a escuchar
y oí que decía:
—Para tí yo traigo
pañuelos de seda,
y a mí mujer le diera
pañolones negros.—
Me volví a mi casa,
triste y afligida,
y cerré la puerta
como yo quería.
Me puse a coser,
coser no podía;
me puse a bordar,
bordar no sabía.
Me asomé al balcón
a ver si venía.
. . . . . .
A los pocos momentos
oí que me decía:
—Abreme la puerta,
mujer de mi vida,
que vengo cansado
de ganar la vida.
—Tú vienes cansado
de andar con queridas:
toda la noche estabas
hasta ser de día.
—Mujer de los diablos,
quién te lo diría.
—Hombre de los demonios,
yo que lo sabía,
te seguí los pasos
y te perseguía.
Me ha dado de golpes,
me dejó tendida.

Esta versión no es de las que más abundan en España. En la única sección del *Romancero Tradicional* de Menéndez y Pelayo, donde se han encontrado antecedentes, es en la de los romances conservados por los judíos españoles de Oriente. Es una modernización mal hecha: el fondo sigue siendo el mismo, pero la nota pintoresca del romance se ha perdido. Sin embargo, conservan ciertos rasgos típicos y aun versos enteros de tema primitivo. Publicando las versiones judías se comprobará la certeza de estas afirmaciones:

VERSIÓN DE ANDRINÓPOLIS

Horicas de tarde—el *Chelebi* venía,
toma el pico y la chapa,—a cavar se iría.
Ella se sabía,—detrás se le iría,
via que se entraba—donde la nueva amiga.
Entró más adentro—por ver lo que había,
vido mesas puestas—con ricas comidas.
Pesquin de Holanda,—salero de plata,
sal de Valaquia.—El vaso le daba,
... saludar se saludaba.
—De hija que os nazca—con la nueva amiga.
Entró más adentro—por ver lo que había,
vide camaretas—con ricas cortinas.
El en camisica,—ella en jaquetica,
leoí que le dice:—Mi alma y mi vida.
(Tornóse a su casa—triste y amarga.)
Cerra a su puerta—con siete aldabias,
toma la cuna delante—al que más quería:
—Dormite, mi alma,—dormite mi vista,
que tu padre estaba—donde la blanca niña.
(Allá en media noche—la puerta le batía):
—Abridme, mi alma;—abridme, vida,
que vengo cansado de cavar las viñas.
—No venís cansado—de cavar las viñas,
sino que veníaos—de la nueva amiga.
No es más hermosa—ni más colorida,
carica encalada,—cejica teñida.
—Si es por cadenas—os haré manillas.
—No quiero cadenas—ni quiero manillas,
donde estuvisteis de prima—estados hasta el día.

(M. y Pelayo, 43.)

Ese sevillano—que no adormecía
tomó espada en mano,—fué a rondar la villa.
Fuíme detrás de él—por ver dónde iba.
Yo le vide entrare—en ca de su amiga,
por entre la puerta—vide lo que había,
mesas vide puestas—con ricas comidas...
Volvíme a mi casa—triste y desvalida,
cerrara mi puerta—como ver solía
con siete cerrojos—y una tranca encima.
A la media noche—el traidor venía:
—Abrisme, mi alma;—abrisme, mi vida,
que vengo cansado—de rondar la villa.—

(Núm. 74 en el Catálogo de M. y Pidal.)

Si se comparan estas versiones con la nuestra, se observará:
1.º Que ha desaparecido en Cuba la descripción de la estan-

cia de la *nueva amiga,* llena de rasgos pintorescos, muy propios de la poesía popular.

Vido mesas puestas—con ricas comidas,
sal de Valaquia...

2.º Que la escena final se modifica suprimiendo el episodio del niño, la nota más poética del romance:

Toma la cuna delante—al que más quería:
—Dormite, mi alma;—dormite, mi vista,
que tu padre estaba—donde la blanca niña.

Consérvanse, en cambio, en nuestra versión, dejando a un lado el argumento, versos enteros del romance tradicional:

Volvíme a mi casa—triste y afligida. (*Versión judía.*)

Me volví a mi casa
triste y afligida.
(*Versión de Cuba.*)

Otros están levemente alterados:

Cerra a su puerta—con siete aldabas. (*Versión judía.*)

Y cerré la puerta
como yo quería.
(*Versión cubana.*)

A la media noche,—el traidor venía. (*Versión judía.*)

A la media noche
el pícaro se iba.
(*Versión cubana.*)

Con estas semejanzas, a pesar de ser evidentes, no se explica por completo la genealogía del cantar cubano. Hay que recurrir, como tantas otras veces, a las rimas infantiles españolas. Ellas son su más próximo antecedente.

VERSIÓN DE RODRÍGUEZ MARÍN

Me casó mi madre (*Bis.*)
chiquita y bonita,
ay, ay, ay,
chiquita y bonita,
con unos amores
que yo no quería
... ...
Me fuí detrás d'él
por ver dónde iba
y veo que entra

en ca e la querida:
y le oigo que dice:
—Abre, vida mía,
que vengo a comprarte
sayas y mantillas,
y a la otra mujer
palo y mala vida.—
Yo me fuí a mi casa
triste y afligida
y atranqué la puerta
con mesas y sillas.
Me puse a leé,
leé no podía;
me puse a escribí,
escribí no podía.
Y oigo que llaman
a la puerta mía,
y oigo que dicen:
—Abre, vida mía,
que vengo cansado
de buscar la vida.
—Tú vienes cansado
d'en cá e la querida.
—Picara mujé,
¿quién te lo decía?
—Hombre del demonio,
yo que lo sabía. 46

Versión de Olavarría y Huarte.

VERSIÓN DE OLAVARRÍA Y HUARTE

Me casó mi madre
chiquita y bonita;
con un muchachito
que yo no quería.
A la media noche
el pícaro se iba.
Le seguí los pasos
por ver dónde iba.
Ya le vi entrar
en ca e la querida;
me puse a escuchar
por ver qué decía,
y le oí decir:
—Tú eres mi querida
y te he de comprar
sayas y mantillas,

46 *Cantos Populares Españoles*, tomo I, págs. 81, 83.

y a la otra mujer
palo y mala vida.—
Me volví a mi casa
triste y afligida;
me puse a cenar,
me puse al balcón
por ver si venía,
y le vi venir
por la calle arriba
con capa terciada
y espada tendida.
—Abreme, mujer;
ábreme, María,
que vengo cansado
de ganar la vida.
—Tú vienes cansado
de en ca e la querida.—
Del primer cachete
me dejó tendida.
Yo llamé al alcalde
y al corregidor:
—Perdóname, María,
boquita de piñón,
que por ti me llevan
a la inquisición.

Es un hecho muy significativo que en las versiones judías se encuentren versos de seis silabas, aunque este metro no sea el predominante—a veces el único—como en las rimas infantiles españolas y cubanas.

Desaparece también en las canciones españolas la descripción de la casa de la *nueva amiga*: en la recogida por el Sr. Huarte hay versos que parecen simples adulteraciones de otros de las variantes de Menéndez Pidal. La animada pintura del galán no parece sino admirable perífrasis de los primeros versos del romance recogido por M. Pidal:

Y le vi venir
por la calle arriba
con capa terciada,
y espada tendida.

En las dos versiones españolas transcriptas no se llama de ninguna manera al marido traidor. En la nuestra se dice:

Me casó mi madre
con un *sevillano;* [47]

y trae en seguida a la memoria los versos:

Ese sevillano—que no adormecía

C) Romances hagiográficos y de sucesos maravillosos.

1.—Romances de *Santa Catalina* y el *Marinerito.* .

En el ensayo que va como apéndice primero a mi monografía sobre *Los orígenes de la Poesía en Cuba,* he estudiado con alguna extensión este tema, y como no quiero repetirme, me limitaré ahora a transcribir una de las versiones de estos romances no incluída en dicho opúsculo junto a las conclusiones a que había llegado en el mencionado trabajo.

Santa Catalina.

SANTA CATALINA

En Galicia hay una niña
que Catalina se llama,
sí, sí,
que Catalina se llama. [48]

Todos los días de fiesta
su padre la regañaba
porque no quería hacer
lo que su madre mandaba (*Bis.*)
Mandó hacer una rueda
de cuchillos y navajas (*Bis.*)
Ya la rueda está hecha
y Catalina arrodillada. (*Bis.*)
Bajó un ángel del cielo
con su corona y su palma.
—Catalina: toma tu corona y palma
que allá en el cielo te llaman.
—¿Para qué me querrán en el cielo
que tan aprisa me llaman?
—Para pagarte la cuenta
de la semana pasada.
—Ya la cuenta está arreglada,

47 Tiene muchas variantes este verso. Lo he oído cantar así muchas veces:

con un asturiano; etc.
con un hombre infame...

Y en ocasiones como en España:

con un lindo mozo.

48 El estribillo *sí, sí,* se repite hasta el fin. El verso que le precede se duplica siempre.

que la arreglé esta mañana
con la virgen soberana.
... ...
Al subir Catalina (*Bis.*)
cae un marinero en el agua (*Bis.*)
—¿Cuánto me das marinero
por que te saque del agua?
—Te doy todos mis navíos,
todo mi oro y mi plata, (*Bis.*)
a mi mujer que te sirva,
a mis hijos por esclavos
y a mis hermanos también,
todo lo mío y lo ajeno,
todo, todo lo daré.
—Yo no quiero tus navíos,
ni tu oro ni tu plata, (*Bis.*)
ni a tu mujer que me sirva,
ni a tus hijos esclavos.
... ...
Yo lo que quiero es que tú
me entregues el alma a mí.
—El alma a la mar salada,
y el corazón a la virgen soberana. [49]

Conclusiones:

1.ª En ésta, como en otras versiones (españolas y cubanas), se observa el hecho singular de la reunión de dos romances. Uno es el romance *La Nao Catherinetta,* portugués de origen, según las apariencias, y el otro el llamado de *Santa Catalina,* de origen castellano. Se comprueba que esto es así:

a) Por cantarse el romance *La Nao Catherinetta,* perteneciente a un ciclo geográfico y de marcado carácter maravilloso, en Portugal, sus posesiones de Africa y antiguas colonias de América.

b) Por conservarse en la tradición oral de Cataluña (34, en el Romancerillo de Milá) un romance bilingüe—aunque los catalanismos sean pocos—perteneciente a un ciclo hagiográfico, y que *sólo refiere* la leyenda de *Santa Catalina.*

Es, por tanto, este caso, una curiosísima contaminación.

2.ª La versión transcripta es uno de los pocos romances maravillosos de la tradición española. En ambas leyendas (la de *Santa Catalina* y la de *El Marinerito* (naufragio de *La Nao*), este elemento es el predominante. En las versiones cubanas se acentúa

49 Es muy de notarse en esta versión cómo se modifican las asonancias impares. Quien primero publicó una versión española de este romance, creo que fué D. Agustín Durán. (*Romancero General,* tomo I, introducción, pág. XLVI.)

esta tendencia. Hay algunas en la que vemos al mismo Dios hablar:

Dios la dice: —Toma tu corona y palma. [50]

3.ª El antecedente más próximo de la versión cubana es el romance andaluz, recogido por Rodríguez Marín y publicado por M. y Pelayo en su *Romancero Tradicional* (núm. 31). Los versos finales de nuestra versión no los encuentro en las españolas. Parecen una fórmula general de juegos infantiles:

Cojo ésta—por linda y hermosa,
que parece una rosa
acabadita de nacer.

4.ª La leyenda de la *Doncella Carcayona* (de la que ya se ha hablado al tratar del tema de *Delgadina*) ofrece puntos de contacto con esta tradición hagiográfica. Ya expuse cuáles eran estas semejanzas.

Tales son, brevemente enumeradas, las principales conclusiones que un estudio comparativo sugiere acerca del romance de *Santa Catalina,* que en la tradición actual vive contaminado con *El Marinerito.*

2. Romance de *Alfonso XII.*

—¿Dónde vas Alfonso Doce,
dónde vas triste de ti?
—Voy en busca de mi esposa
que ayer tarde no la vi.
—Ya Mercedes ya está muerta,
que ayer tarde yo la vi,
cuatro duques la llevaban
por las calles de Madrid.
Los zapatos que llevaba
eran de rico charol,
regalo del rey Alfonso
el día que se casó.
El vestido que llevaba
era color carmesí,
lo regaló don Alfonso
el día que le dió el sí.
Al subir las escaleras,
Alfonso se desmayó,

50 Véase en *Los Orígenes de la Poesía en Cuba,* pág. 53. En este trabajo comparo las diversas versiones de este tema.

los soldados le decían:
—Don Alfonso tened valor.— (*Bis.*)
Las campanas de la iglesia
ya no quieren repicar
porque la reina se ha muerto
y luto quiere guardar.
Los jardines de palacio
ya no quieren florecer,
porque Mercedes se ha muerto
y luto quieren guardar.
Ya murió la flor de Mayo,
ya murió la flor de Abril,
ya murió la blanca rosa,
rosa de todo Madrid.

Parecerá extraño que incluya un romance formado sobre un asunto histórico contemporáneo (la muerte de la reina Mercedes, primera mujer de Alfonso XII), entre los maravillosos y considerándole como genuinamente tradicional. Es que el romance que acaba de leerse no es sino una *modernización* de un tema antiguo.

1) Ant. en la tradición escrita.

En el apéndice a su *Romancero Tradicional* (tomo X de la *Ant. de Líricos*), publica Menéndez y Pelayo varios interesantes romances contenidos en un pliego suelto de la Biblioteca Nacional de Madrid, por el descubierto, los cuales, casi siempre son preciosas variantes de carácter popular. Entre ellos, publica el que ahora va a leerse:

En los tiempos que me vi—mas alegre y plazentero,
yo me partiera de Burgos—para yr a Valladolid,
encontré con un palmero—él me fabló y dixo assí:
—¿Dónde vas tú el desdichado?—¿Dónde vas triste de ti?
¡Oh persona desdichada,—en mal punto te conocí,
muerta es tu enamorada,—muerta es que yo la vi,
las andas en que la llevan,—de negro las vi cubrir,
los responsos que la dizen—yo los ayudé a dezir,
siete condes la llevaban,—caballeros más de mil,
lloraban las sus donzellas,—llorando dicen así:
—Triste de aquel caballero que tal pérdida perdí.—
De que aquesto oyera mezquino,—en tierra muerto *cayó* (sic);
desde aquellas dos horas—no tomara triste en mí,
des que me hube retornado—a la sepultura fuí,
con lágrimas de mis ojos—llorando dezía assí:
—Acoge me, mi señora,—acoge me a par de ti.—
Al cabo de la sepultura—una triste voz oí:
—Vive, vive, enamorado,—vive, pues que yo morí,

Dios te dé ventura en armas—y en amores assí,
que el cuerpo como la tierra—y el alma pena por ti.

Muchos años antes que D. Marcelino, Fernando Wolf, en una preciosa recopilación (*Ueber eine Sammlung spanischer Romanzen in fliegenden Blättern*), reproducida en parte, por el mismo Menéndez y Pelayo en el primer apéndice a la *Primavera* (tomo IX de *Líricos*) había dado a luz una versión más incompleta y pobre del mismo asunto, y que por escrúpulos no incluyó en su admirable colección de romances viejos:

En el tiempo en que me vi—más alegre y placentero,
encontré con un palmero—que me habló y dijo así:
—¿Dónde vas el caballero?—¿Dónde vas triste de ti?
Muerta es tu linda amiga,—muerta es que yo la vi;
las andas en que ella iba—de luto las vi cubrir,
duques, condes la lloraban,—todos por amor de ti;
dueñas, damas y doncellas,—llorando dicen así:
—¡Oh triste del caballero—que tal dama pierde aquí!

El romance que publica Menéndez y Pelayo corresponde exactamente al que inserta Durán en la pág. 158 del primer tomo de su *Romancero General* (*Bib. de Rivadeneyra,* tomo X), y al cual puso la siguiente nota: "Semialegórico parece este romance, y de aquellos que en el siglo XV, empezaron a imitar la poesía de los provenzales. Pertenece a la clase de los amorosos también como a los caballerescos." La persistencia del romance en la tradición oral, prueba que el asombroso sentido crítico de Durán, no anduvo enteramente acertado en esta ocasión.

Estas citas son suficientes para considerar un romance *maravilloso,* la canción infantil de Alfonso XII. Menéndez Pidal, en las lecciones ya citadas sobre el *Romancero Español* (págs. 114-16), dice que acaso ése sea el único ejemplo de la refundición moderna de un romance viejo. Esta refundición vive de tal modo en la boca del pueblo, que en 1905, cuando el atentado anarquista de la calle Mayor, los niños de Madrid la aplicaron a todas de Alfonso XIII con Victoria Eugenia. [51]

Estos romances, de efecto tan poético, fueron ya utilizados

51 En América esto es más frecuente. Ya vimos el caso de las *Señas del Esposo* en la Argentina. En México, según me escribe en erudita carta D. Antonio Castro Leal, ese mismo romance se canta mezclado con versos del himno patrio y con alusiones al sitio de Puebla de 1862:

Y en ese sitio de Puebla
lo mató un traidor francés.

por varios dramáticos de la edad de oro. El licenciado Mexía de la Cerda, en su "Tragedia famosa de *Doña Inés de Castro*", en el acto tercero hace cantar a Tirseo, bajando por una cuesta llena de ramos, un romance de 25 versos, del que damos los primeros, por ser los que más analogía guardan con el tema que me ocupa:

¿Dónde vas, el caballero?
Dónde vas triste de ti?
Que ya tu querida esposa
muerta es, que yo la vi.
Las señas que ella tenía
bien te las sabré decir:
Los ojos son dos estrellas,
mejillas, nieve y carmín.

Sigue una enfadosa descripción de la desventurada mujer, cuya trágica historia a tantos ingenios ha inspirado, entre ellos al mayor poeta de Portugal.

Luis Velez de Guevara, desenvolviendo igual tema y aprovechando varios romances, no todos populares, en medio de los agüeros que anuncian al príncipe la muerte de doña Inés, hace que una voz misteriosa, salida de no se sabe dónde, diga a don Pedro:

¿Dónde vas el caballero?
¿Dónde vas el triste de ti?
que la tu querida esposa,
muerta es que yo la vi.
Las señas que ella tenía
bien te las sabré decir:
su garganta es de alabastro,
y su mano de marfil.

Y ningún romance produciría tal efecto de vaguedad lírica y doloroso presentimiento como este de la *Aparición,* que en su existencia secular, tenaz en la memoria de las gentes, va a sevir a la musa del pueblo en todos los momentos en que necesite de una elegía honda y misteriosa.

2) Antecedentes en la tradición oral:

En Asturias, en Andalucía, en Cataluña, y en América, este romance ha dejado huellas más o menos profundas, como si fuera producto predilecto del espíritu popular. Hasta llegar a la modernización de Alfonso XII, el romance ha evolucionado mucho, observándose a cada momento de este proceso una intervención más fuerte de lo maravilloso: Los romances conservados por la tradición escrita son, probablemente más antiguos que estos de la

tradición oral. Pues bien, ninguno nos parece tan infiltrado de este elemento, extraño a la verdadera epopeya española, como este bellísimo que se canta aún en Asturias.

LA APARICIÓN

En la ermita de San Jorge—una sombra obscura vi: [52]
el caballo se paraba,—ella se acercaba a mí.
¿Adónde va el soldadito—a estas horas por aquí?
—Voy a ver a la mi esposa—que ha tiempo que non la vi.
—La tu esposa ya se ha muerto:—su figura verla aquí.
Si ella fuera la mi esposa,—ella me abrazara a mí.
—¡Brazos con que te abrazaba,—la desgraciada de mí,
ya me los comió la tierra,—su figura vesla aquí!
—Yo venderé mis caballos—y diré misas por ti.
—Non vendas los tus caballos—nin digas misas por mí,
que por tus malos amores—agora peno por ti.
La mujer con quien casares,—non se llama Beatriz;
cuantas más veces la llames,—tantas me llames a mí.
¡Si llegas a tener hijas,—tenlas siempre junto a ti,
non te las engaño nadie—como me engañaste a mí.

La versión escrita difiere bastante de la versión citada de M. y Pelayo. El diálogo es desde un principio entre el caballero y su esposa muerta. No quedan rastros del personaje del *palmero.*

Mucho más se acerca a la tradición escrita un romance que vive en boca de los judíos españoles de Levante. La semejanza, sobre todo en los primeros versos, es muy grande, probando una vez más cómo arraigó en ese pueblo la poesía popular de España:

LA APARICIÓN (*Recogido en Tánger.*)

Yo me partiera de Burgos,—de Burgos para París,
y en la mitad del camino—un palmero vi venir.
—¿Dónde vas, triste del rey,—dónde vas, triste de ti?
—Voy a ver a la mi esposa,—siete años que no la vi...
—Tu esposica doña Albricia—muerta es que yo la vi;
condes y duques la lloran—todos por amor de ti...
La mortaja que la ponen—era un fino calequí;
la caja donde la llevan—era de fino marfil.
Como eso oyera el buen rey—en un desmayo cayó;
y en mitad de aquel desmayo—una sombra osó venir.
—Vive tú, triste del rey,—vive tú, que yo morí!
Los ojos que te miraban—en la tierra yo los vi..

52 Le preceden ocho versos, que desentonan del cuadro general de la composición, y que fueron añadidos a la misma, como introducción "por un juglar mal avisado" (M. y Pelayo). Por eso transcribo tan sólo la parte que desenvuelve el tema de *La Aparición.* (Vid. Pág. 132 del *Rom. Tradicional.*)

la boca que te besaba—de gusanos la llené...
Ya murió la flor de mayo,—ya murió la flor de abril,
ya se murió la que fuera—reina después de morir. [53]

El poético final de esta versión es un recuerdo evidente de la leyenda de doña Inés de Castro. No afirmaré que este ciclo de romances tenga su origen en esta leyenda, pero la persistencia de ciertos rasgos característicos de la misma, hace pensar en algo más que en coincidencias casuales. La leyenda de doña Inés de Castro, ha pasado en el *Romancero Español* por los más curiosas transformaciones. La obra magistral de Menéndez y Pelayo, estudia este interesante fenómeno, y a ella me remito. Se cambia, en primer término, el nombre de la desventurada princesa; desaparece de la escena el rey, padre del príncipe don Pedro: éste le vemos convertido en un rey don Juan, señor de Ceuta y Tánger, los asesinos de doña Inés son otros, los lugares donde se desenvuelve la tragedia son distintos, en una palabra, "todas las huellas de la historia están cuidadosamente borradas". ¿Pudo esta tendencia modificativa producir esta serie de romances maravillosos? Otro, con más autoridad que yo, se encargará de resolver la duda, aceptándola o rechazándola.

En América, [54] coexistiendo con las refundiciones infantiles, vive el tipo primitivo del romance. Menéndez Pidal recogió versiones más o menos completas en Buenos Aires y Montevideo. En mis pesquisas por la provincia de la Habana, no he encontrado nada parecido. [55]

En Montevideo la aparición se refiere así:

...Al llegar al camposanto,
una sombra se acercó:
—No te asustes, caballero,
no te asustes tú de mí;

53 Catálogo del Romancero Judío-Español, por M. Pidal, *Cultura Española*, 1907, I, pág. 164.

54 Además de las versiones tradicionales citadas, merecen consultarse la andaluza recogida por R. Marín en Osuna ("¿Dónde ba usté, cabayero?—¿Dónde ba usté por ahí?" Núm. 24 en M. y P.) y la catalana publicada por Mila y Fontanals en su *Romancillo* (núm. 227).

55 Después de escrito este estudio, recibo una carta de Trinidad, donde se me habla de varios romances viejos conservados en la tradición infantil de esa ciudad. Mi comunicante,, que guarda su nombre para mayores cosas, menciona los primeros versos de los mismos. Algunos de ellos dicen así:

La luna clara alumbraba—las calles de la ciudad.
Se ha acercado a mí una sombra—toda blanca, toda blanca.

¿Se referirá a este tema?

que soy tu querida esposa
que hace tiempo no te vi. [56]

La versión parcial que desde México me envía mi amigo el Sr. Castro y Leal, tampoco refiere dicho episodio. Es análoga a la nuestra:

—¿Dónde vas Alfonso Doce;—dónde vas, triste de ti!
—Voy en busca de la Reina—que ayer tarde la perdí.
—Ya la reina ya está muerta,—muerta está que yo la vi:
cuatro duques la llevaban—por las calles de Madrid.

Termina así:

Los candiles del palacio—ya no quieren alumbrar,
porque se ha muerto la reina—y luto quieren guardar.

Aunque en esta y otras versiones falte el mencionado episodio, el fondo tradicional se descubre sin esfuerzo. Las preguntas al rey, la descripción del entierro de la reina (episodio que pudiéramos llamar de *las señas*), el inmenso dolor de Alfonso, todos estos elementos no faltan nunca en el Romance del Palmero y en sus diversas variantes. Al través de los siglos el sentido fundamental del romance viejo permanece indeleble en los cantos infantiles. ¡Maravillosa vitalidad de esta soberana poesía, destinada, como ninguna otra, a ser una afirmación constante del genio nacional y del sentimiento de la raza!

D) Romances líricos:

MINA EL DESESPERADO

a) Versión camagüeyana:

Cuando Mina se embarcó
eran las tres de larde;
se despidió de su madre
con dolor de corazón.
—Adiós, madre de mi vida,
dadme vuestra bendición,
que me voy para la Habana [57]
con todo mi batallón.
Y si acaso me muriese
no me entierren en sagrado;

56 *Los Rom. Trad. en América. Cultura Española,* 1906, I, págs. 101-2. No he podido aún adquirir este estudio fundamental. Estos y otros extractos, los debo a la fina cortesía de mi bondadoso y erudito amigo D. Antonio Castro Leal.

57 O para las Indias.

entiérrenme en campo verde
donde siembre mi granado;
y de cabecera pongan
un letrero colorado
que diga con letras de oro:
"Aquí ha muerto un desdichado,
no murió de calentura,
ni de dolor de costado,
que ha muerto desesperado
por las penas que ha pasado.

b) Versión de la Habana:

Cuando Mina se embarcó
eran las tres de la tarde,
con dolor de corazón
se despidió de su madre.
—Adiós, madre de vida,
madre de mi corazón,
que me voy para otra tierra
con todo mi batallón.
... ...
... ...
—¿Cómo quiere que me embarque
si mi barca no está aquí?
... ...
Y si acaso me muriese,
no me entierren en sagrado,
sino en aquel llanito
donde está mi enamorado—

Estos romances son unos de los pocos en los que he encontrado ciertos indigenismos. El nombre de Mina parece ser un recuerdo del famoso general español. Ignoro si en España se canta: en los juegos infantiles que ha publicado la *Biblioteca de las Tradiciones españolas,* no he encontrado nada semejante. El final, en cambio es común en el *Folk-lore* español y en el hispano-americano. En el caso presente viene a ser una curiosa contaminación. Los últimos versos tienen innegable prestigio, por ser los primeros citados como propios de un romance de América. Encontramos, en efecto, en la *Historia de la Literatura en Nueva Granada,* [58] de José M. Vergara, este romance mutilado:

Por si acaso me mataren—no me entierren en sagrao,
entiérrenme en un llanito—donde no pase ganao:
un brazo déjenme afuera—y un letrero colorao,

58 Págs. 218-522. (Cita de Menéndez y Pelayo.)

pa que digan las muchachas:—aquí murió un desdichao;
no murió de tabardillo,—ni de dolor de costao,
que murió de mal de amores,—que es un mal desesperao.

Esta terminación es peculiar de los romances amorosos. En Asturias lo encontramos en el que empieza:

Aquel monte arriba va—un pastorcillo llorando;
de tanto como lloraba,—el gabán lleva mojado.
(Núm. 54 en M. y Pelayo.)

En Andalucía, en el llamado *Don Manuel*:

Una noche muy obscura—de relámpagos y agua,
ha salido don Manuel—a visitar a su dama.

Le dan de puñaladas y exclama:

Polonia, si yo me muero,—no me entierren en sagrado;
entiérrenme en un pradito—donde no pase ganado
y a la cabecera pongan—un Cristo crucificado.
con un letrero que diga:—"Aquí murió un desdichado"... 59

En Portugal, en el romance del *Conde Preso* (Th. Braga, *Romanceiro Gral.*, 61), se lee:

Nao me enterrem na egreja,
nem tampouco en sagrado:
n'aquello prado me enterrem
onde se fay o mercado.
Cabeça me deixem fora, etc.

A medida que el romance va divulgándose, la seriedad de su asunto se respeta menos. Semejante a los de *Don Bueso*, va a ser utilizado en las poesías burlescas. Así en Galicia, cuyo Romancero ha sido puesto en duda por regionalistas apasionados en extremo, hay una canción popular, de corte moderno, que desenvolviendo un tema muy común en el *Folk-lore*, el testamento del *Señor Don Gato*, termina con los citados versos:

Estabas'un señor gato
en silla de oro sentado,
calzando media de seda,
zapatito blanco e picado.
Preguntaronll' uns amigos
se quería ser casado
con Micuchiña. Morena

59 Versión guadalcanalense recogida por *Micrófilo* y publicada por M. y Pelayo, núm. 19 de los *Romances de Andalucía*.

qu'andaba alí d'él ó lado.
Fizose desentendido,
de seu rango moi preciado,
mais indo un dia trasela,
caëuse dend'un tellado,
vendo as costelas partidas
e hast'un pe descojuntado.
Médicos e cirujanos
rêñen a él de contado.
Ningun a cura-l-o acêrta
e est'emfermo desahuciado,
sin varas de longaniza
com'as qu' había robado,
e libras de bó pernil,
que se s'hachaba mal gardado,
decía pouquecho a pouco,
en tono desconsolado:
''Ña madriña, si me morro,
non m'entêrrem en sagrado,
enterrêum'en campo verde,
ond'a pacer vai o gado.
Dejenm'a cabeza fora.
E o cabelo bên peinado
para que digan as gentes:
—*Este pobre desdichado*
nom morreu de tabardillo,
nin tampouco de costado:
morreu, si, de mal damores.
¡Ay, qué mal desesperado!''

Este final se repite también en algunas canciones de disparates. En América alcanza la misma popularidad que en España, y el pueblo viene a respetarle de igual modo. Ciro Bayo (*Revista de Archivos,* Enero de 1902), ha publicado este romance de disparates, recogido en la Argentina:

Aquí me pongo a cantar
debajo de este membrillo,
a ver si cantando alcanzo
las astas de aquel novillo.
Si este novillo me mata
no me entierren en sagrado,
entiérrenme en campo verde
donde me pise el ganado;
en la cabecera pongan
un letrero colorado,
y en el letrero se diga,
aquí murió un desdichado.

Comparando estas versiones con las que conserva nuestra tradición oral, se deduce: que entre nosotros no se ha adulterado el primitivo sentido de la composición, que la pura pasión amorosa se ha modificado para acomodarla a un lance bélico y, por último que la *canción* de *Mina,* en su primera parte, no es sino un agregado al tema de *Mal de Amores.* De valor poético nulo, no cabe dudar, sin embargo, de la importancia de estas versiones por los indigenismos que contienen y por la fidelidad con que han sabido guardar la tendencia primera del romance. No podré afirmarlo categóricamente, pero hasta ahora no ha llegado a mi noticia ninguna canción de burlas (en Cuba) sobre este tema. Verdad que cada vez se van olvidando más los cantos tradicionales, y esta propia *canción de Mina,* no la he oído cantar una sola vez en los corros infantiles.

SECCIÓN SEGUNDA

Romances sin antecedentes concretos en el Romancero Tradicional.

A) *Hilito de Oro.*

Hilito, hilito de oro,
yo jugando al ajedrez,
me encontré una gran señora:
¡qué lindas hijas tenéis!
—Téngalas o no las tenga,
yo las sabré mantener,
con el pan que yo comiese,
comerán ellas también,
con el vino que bebiere
beberán ellas también.
—Yo me voy muy enojado
de los palacios del rey,
que las hijas del rey moro
no me las dan por mujer.
—Vuelva, vuelva, caballero,
no sea usted tan descortés,
de las hijas del rey moro
coja usted la que queréis.
Cojo ésta por linda y hermosa,
que me parece una rosa
acabada de cojer.

Lo tradicional de este romance se prueba:

1) Por la repetición de algunos episodios de romances viejos.

2) Por una cita de Lope de Vega en su entremés de *Daca mi mujer.*

1) Repetición de episodios de romances viejos.

Juego de Ajedrez.—Es un lugar común en los romances moriscos y caballerescos. Uno de los jugadores, generalmente, es un rey moro, y el juego casi siempre para en disputa. [60] En el lindo romance fronterizo que en la *Primavera* lleva el núm. 83, léese:

> Jugando estaba el rey moro—y aun al ajedrez un día,
> con aquese buen Fajardo—con amor que le tenía.

En el tradicional de Rico Franco, según se conserva entre los judíos de Levante, vemos estos versos:

> Ya se asentaron los dos reyes—y el moro blanco tres,
> y la blanca niña con ellos.
> Ya se asentan al juego—al *juego de ajedrez.*
> (Núm. 23 de M. y P.)

El famoso de *Moriama* (núm. 121 de la *Primavera*), dice:

> Moriama en un castillo—juega con el moro Gabrán,
> juegan los dos a las tablas—por mayor placer tomar.

El de Gaiferos (113 en Wolf):

> Asentado está Gaiferos—en el palacio real,
> asentado en el tablero—para las tablas jugar.

El de las *Señas de la Esposa,* en la versión Ribera:

> En Valencia le mataron—en casa del genovés,
> sobre el juego de las tablas; etc.
> (156, Wolf.)

En el índice de los versos de una colección rarísima de romances, la de Juan de Mendaña (que poseyó el Marqués de Jerez de los Caballeros), se lee éste:

> Sentados a un ajedrez.
> (Apéndice bibliográfico a la *Primavera,* por M. y P., pág. 295.)

El desaire al caballero.—Dejando a un lado la frecuencia con que se alude en antiguos romances al pan y al vino (véase principalmente el ciclo de los romances carolingios), hay una analo-

60 El juego de Ajedrez dió origen en la Edad Media a numerosos poemas didácticos. Entre éstos, famoso en la literatura rabínico-española, es el de Abm Ezra, del cual procede el de Azam de Tárrega, hoy conocido sólo por fragmentos de ningún valor poético.

gía pasmosa entre esta parte de *Hilito de Oro* y algunos romances genuinamente tradicionales. Citaré un solo ejemplo: el de *Blanca Flor y Filomena,* según lo conserva la tradición oral de Asturias.

Por las orillas del río—doña Urraca se pasea
con dos hijas de la mano—Blanca, Flor y Filomena.
El rey moro que lo supo,—del camino se volviera;
de palabras se trabaron—y de amores la requiebra.
Pidiérala la mayor—para casarse con ella.

En lugar de la mayor, danle la pequeña. Doña Urraca le suplica le dé buena vida:

No tenga pena, señora;—por ella no tenga pena.
Del vino que yo comiese—también ha de comer ella,
y del pan que yo comiese—también ha de comer ella.

El resto del romance es terrible, recordándole a Ménendez y Pelayo la fábula de Tiestes y Atreo. Hasta ahí, hasta ese episodio llegan las semejanzas. En ninguna de las versiones que conozco, ya españolas, ya ibero americanas, de *Hilo de Oro,* descubro nada parecido al final de *Blanca de Flor.* No puede afirmarse, por consiguiente, que este romance tradicional sea originario, de un modo directo por lo menos, de *Hilo de Oro.* Algunos dirán que a causa de conservarse por la tradición infantil se haya perdido, no ya adulterado, la parte de los amores incestuosos y el crimen del rey Turquillos (corruptela probable de Tarquino). En esta misma recopilación hay un ejemplo que desmiente esa hipótesis: El romance de *Angarina.* Por su candor mismo, nada hay, a veces, menos recatado que la tradición infantil. Las versiones de *Blanca Flor,* recogidas en Andalucía, no tienen semejanza alguna con la de *Hilo de Oro.* El episodio de la demanda de la doncella, ha desaparecido.

Bastan estas breves citas para probar que *Hilo de Oro,* que no ha tenido cabida aún en ningún romancero, tiene rasgos característicos de los romances viejos. Dejo de señalar otros detalles, la repetición de ciertas palabras en principio de oración, v. gr., que son peculiares del Romancero tradicional.

1) *El entremés de Lope.*—Realmente son obvias las anteriores citas, si se atiende a que el testimonio de Lope, es la mejor prueba de la antigüedad de *Hilo de Oro*:

El entremés de Lope de Vega *Daca mi mujer,* se publicó en 1644.

es decir nueve años después de la muerte del Fénix de los Ingenios. El Ldo. José Ortiz de Villena, amigo íntimo de Lope y apasionado de sus obras, lo dió a luz en un volumen aparecido dicho año en Madrid y Zaragoza, y titulado: *Fiestas del Santissimo Sacramento, repartidas en doce autos sacramentales con sus Loas y Entremeses.* [61] El entremés no sólo cita varios versos del romance, sino que desenvuelve un tema análogo. La acción es sumamente sencilla. Sólo tres personajes aparecen en escena: un sacristán, una mujer y el padre de ésta. El sacristán pretende a la mujer y el padre se opone:

PADRE. Fruta de Peralbillo, ¿yo tu suegro?
Daca un garrote.
... ...
¿Tu suegro yo? Quien eso dice miente.
SACRISTÁN. ... Suegro, dame a mi mujer.
PADRE. Daca la mohosa.
SACRISTÁN. Pues me niega la anegrez,
enojado me voy, enojado
a los palacios del rey;
y a ti de buen sacristán.
que en Moscovia o que en Argel,
hecho brujo, hecho hechicero,
juntico a ti me has de ver,
con tanta boca diciendo:
suegro, dame a mi mujer. [62]

Todo termina en bodas, siendo el final un verdadero cuadro de las costumbres populares de la época. Hay momentos en que la composición parece haberse formado sobre una serie de cantares del pueblo. ¡Cuán lindos requiebros no hay aquí, por ejemplo!

La más bella casadilla
que hay en todo Manzanares,
la de los negros ojuelos,
la de los muchos donaires,
poca edad, mucha hermosura,
gran despejo, hermoso talle,
en la condición airosa, etc., etc.

61 Véase la descripción de este volumen en C. A. de la Barrera (*Nueva Biografía de Lope de Vega*, págs. 524-25) y Menéndez y Pelayo (observaciones preliminares al tomo II de la edición académica de Lope).

62 Obras de Lope de Vega, ed. de la Academia Española. Tomo II, págs. 400 y siguientes. Fué, a lo que entiendo, D. Ramón Menéndez Pidal, quien se fijó primero que nadie en esta semejanza.

Los últimos versos tienen cierto sabor de las canciones infantiles:

—Salga el desposado, por me hacer merced.
—Juro en mi conciencia que no lo sé hacer.
—Por cumplir siquiera una vuelta dí.
—Soy muy vergonzoso y me turbaré.
—Todos se lo ruegan, la novia también.
—Pues si ello empieza, yo lo acabaré.

Creo que, con estos argumentos, puede afirmarse, sin el menos resquicio de duda, la antigüedad de los romances de *Hilo de Oro.* Por su época y por sus caracteres, son evidentemente viejos.

En la Península se encuentran muy difundidos. El tema presenta pocas variantes, si bien la escena de la demanda de las hijas sufre ampliaciones muy curiosas. Atendiendo al empleo de terminadas formas, pueden dividirse estos romances en dos tipos fundamentales: tipo arcaico y tipo moderno.

El tipo arcaico se distingue por el uso de la fórmula hilo portugués:

De Francia vengo, señora,
por un hilo portugués.

El tipo moderno, sustituye el término

hilo portugués,
por hilo de oro, hilo de plata,
o hilito, hilito de oro...

El carácter antiguo del primer tipo se comprueba por lo tradicional del verso:

por un hilo portugués (*o* por un hilo portugués, *o* traigo hilo portugués),

el cual, según advierte M. Pidal en el estudio citado, se encuentra mencionado por Cervantes en el entremés la *Guarda cuidadosa* (un mercader que entra pregonando):

Tranzaderas, holanda de Cambray,
randas de Flandes, y hilo Portugués. 63

Pondré ejemplos de las dos clases:

HILO PORTUGUÉS

De Francia vengo, señores,
de por hilo portugués

63 Véase en la colección de entremeses del Sr. Cotarelo (*Nva. Bib. de Aut. Esp.* Tomo XVIII), pág. 18, columna 2.a

y en el camino me han dicho
cuántas hijas tiene usté.
—Que tenga las que tuviere,
nada se le importa a usté.
—Con un pan que Dios me ha dado
y otro que yo ganaré...

(Recogido en Extremadura por Rodríguez Marín, *Cantos Populares Españoles,* tomoI, pág. 160.)

Una versión más completa, y de procedencia extremeña como la anterior, es la que publica Sergio Hernández de Soto en sus *Juegos infantiles de Extremadura*:

De Francia vengo, señores,
de por hilo portugués,
en el camino me han dicho:
—Qué tres hijas tiene usted.
—Que las tenga o no las tenga,
que las deje de tener,
medio pan que yo tuviere,
con ellas lo comeré.
—Muy enojado me voy
a los palacios del rey,
que las hijas del rey moro
no me las dan a escoger.
—Vuelva, vuelva, caballero,
no sea tan descortés,
de las tres hijas que tengo,
escoja la más mujer.
—Esta cojo por bonita,
por bonita y por clavel,
me ha parecido una rosa
acabada de nacer.

(*Biblioteca de las Tradiciones españolas.* Tomo III, págs. 111-2. Puede verse aquí una interesante descripción de este juego, uno de los más largos de los infantiles.)

Hay entre este tipo y el otro de *Hilo de Oro,* como una forma intermedia, que quizás pueda encontrarse en la versión gallega de P. Ballesteros, [64] que empieza:

De Francia vengo, señora
de un pulido portugués.

En Cuba no he encontrado versiones de este tipo. Modificado, como en la versión gallega, parece encontrarse en México, pues según me comunica el Sr. Castro Leal, allí se canta de este modo:

64 Bib. de las Trad. Esp. 4.o *Folk-lore* de Galicia, pág. 136.

De Francia vengo, señores,
por un hijo portugués...

variante "quizá introducida por la lógica infantil".

En Chile se conserva el primer verso de este tipo. Una versión del Sr. Vicuña Cifuentes, citada por M. y Pidal, dice así:

De Francia vengo, señora,
y en el camino encontré,
a un caballero, y me dijo:
—Qué lindas hijas tenéis.

El segundo tipo, como mucho más moderno, se encuentra más difundido.

Los versos primeros varían muchísimo, y el final siempre depende de los caprichos infantiles. Una de las versiones de Rodríguez Marín, empieza:

Cordoncito de oro traigo
que se me viene quebrando,
preguntando, preguntando
cuántas hijas tiene el rey...

Ninguno de los elementos tradicionales del romance aparece en esta variante. La conclusión de la misma la coloca de lleno en el grupo de las vulgares:

Si usté no ha comido nada,
comerá usté una ensalada,
comerá usté una perdiz
con su pico y su nariz
y las patas coloradas.

Mucho más notable es la versión que el egregio erudito publica en el apéndice general de su *Cancionero* (tomo V, pág. 40):

Al franque de oro,
que es unillas de un marqués,
que me ha dicho una señora:
—¡Qué lindas hijas tenéis!
—Si las tengo o no las tengo,
para mí las guardaré.
—¡Oh, qué alegre que me vine!
¡Oh qué triste que me voy!
que las hijas del rey moro,
no me las quieren dar, no.
—Vuelva atrás el caballero,
no vaya tan triste, no;

de las hijas que aquí tengo
escoja usté la mejor.
—Por Dios pido al caballero
que me las trate muy bien.
—Ellas serán bien tratadas,
en sillas de oro sentadas,
y los pies en una almohada,
y las del marqués también:
del vino que el rey bebiere,
ellas beberán también.

Este final referente al trato de las hijas, no le he oído nunca en Cuba. Se conserva en cambio en Santo Domingo, según se desprende de la extensa y animada versión publicada por D. Pedro Henríquez Ureña:

Lo que le pido al señor
es que me la trate bien,
sentadita en silla de oro
bordando bandas del rey...

El romance que publica el Sr. Ureña pertenece al tipo moderno de *Hilo de Oro,* Difiere en su comienzo también de nuestra versión:

Hilo, hilo, hilo de oro...

Lo mismo sucede con el recogido por Menéndez Pidal en su viaje por la República Argentina:

Hilo de oro, hilo de plata,
que jugando al ajedrez,
me decía una mujer:
—¡Qué lindas hijas tenéis!

Aquí, el caballero se convierte en pastorcillo, recordando algunos de estos versos al célebre y picaresco romance *De la gentil dama y el rústico pastor*: [65]

Vuelve, vuelve el pastorcillo,
no seas tan descortés,
de las tres hijas que tengo
la mejor te llevaré.

Difiriendo en los primeros versos y en ocasiones en los finales, las versiones americanas de *Hilo de Oro,* presentan como notas comunes la persistencia en todas de ciertos caracteres antiguos

65 Núm. 145 de la *Primavera.*

(rey moro, juego de ajedrez, etc.) y el empleo de una fórmula general:

Cojo ésta por hermosa; etc.

En América, como en España, estos romances acompañan a juegos infantiles, los cuales suelen ser muy movidos y llenos de peripecias, presentando al final un sinnúmero de variantes. [66]

2) Romance religioso.

—Madre, en la puerta hay un niño
más hermoso que el sol bello,
parece que tiene frío
porque está *en medio cuero* (*sic*).
—Pues dile que entre,
se calentará,
porque en esta tierra (*Bis.*)
ya no hay caridad.—
Entró el niño y se sentó
y apenas se calantaba,
le pregunta la patrona
de qué tierra y de qué padres...
. . . . . .
—Mi patria es el cielo,
mis padres también
y bajé a la tierra (*Bis.*)
para padecer.
—Hazle la cama a ese niño
en la alcoba y con primor.
—No me la haga *usté*, señora,
que mi cama es un rincón,
mi cama es el suelo
desde que nací
y hasta que me muera (*Bis.*)
ha de ser así.—
A eso de la media noche,
el niño se levantó,
y le dice a la patrona
que se iba ya con Dios,
que aquélla es su patria (*Bis.*)
donde iremos todos (*Bis.*)
a darle las gracias. (*Bis.*)

Confieso que incluyo aquí con cierto temor este romance. No sé si por deficiencia de mis pesquisas—que en estas materias nunca son bastantes,—o porque así sea en realidad, lo cierto es que

66 El Sr. Ureña ha descrito la forma de dicho juego en Santo Domingo.

nada he hallado parecido en las publicaciones *folk-lóricas* que he consultado. Me atrevo a incluirla en esta recopilación, no obstante:

1.º) Porque el verso *a eso de la media noche,* halla su concordancia en giros parecidos de antiguos romances; [67] y

2.º Por la singularidad de traer confundidos versos de ocho y seis sílabas.

Este último hecho acusa una evidente contaminación. Se distingue también en el romance un elemento vulgar indudable representado, entre otros, por el verso

le pregunta la patrona,

término que se encuentra repetido más adelante.

Algunas comparaciones tienen cierta gracia poética y no son ajenas a la poesía popular. Así este verso:

más hermoso que el sol bello.

En conjunto, por la misma sencillez con que está expresado lo maravilloso cristiano, la composición deja en el ánimo una impresión agradable. El romance se canta muy poco, y ofrecen sus diversas versiones muy pocas variantes: a veces el verso

y hasta que me muera; etc.

se sustituye por

y hasta que en cruz muera; etc.

En la provincia de Camagüey, según se me informa, se cantaba con frecuencia en las fiestas de Navidad y Semana Santa. En la Habana no le oído ni una vez sola, si bien leyéndolo a varias personas, éstas me han dicho que lo cantaron en su niñez.

3) Fragmento desconocido:

Aquel navío que aparece (*Bis.*)
no supo, no, nunca navegar. (*Bis.*)
Al cabo de cuatro semanas (*Bis.*)
no tuvo con qué alimentar (*Bis.*)
... ...
La suerte cayó a los pobres (*Bis.*)
y el cuello van, van a degollar. (*Bis.*)
Los pobres se echan de rodillas (*Bis.*)
y al cielo *quie, quie, quieren implorar.* (*Bis.*)

67 El de *Santa Catalina* (Trad. de Andalucía, 31) dice:
A eso del mismo punto.

Mutilado como está el presente romance (en el que a cada momento, y por adulteraciones continuas, se pierde el metro propio del género) se hace imposible establecer concordancias entre el mismo y los romances tradicionales de España. Parece referir los episodios de algún naufragio, perteneciendo, quizá, a un ciclo geográfico. La repetición sistemática de cada verso, da cierta nota misteriosa a la composición. Hay en la misma un elemento *folklórico* casi universal: la suerte decidiendo quiénes son los culpables de las iras del cielo. Generalmente, es un señor poderoso o el autor de alguna fechoría, sobre quienes cae la responsabilidad del naufragio. Aquí son los pobres, los desvalidos de toda buena fortuna, quienes sufrirán los rigores de la fatalidad. La imploración de la misericordia divina es la lógica consecuencia de tal suceso, y es también un hecho muy común en la poesía popular. Estos elementos del fragmento de romance transcripto, son los que me han decidido a incluirle en la presente recopilación.

Aquí da término esta contribución *folk-lórica.* Desde el punto de vista estético, poco importantes son los romances que publico. El tema primitivo de la composición se mistifica, elementos vulgares se mezclan a los puramente populares y la llaneza familiar del estilo de los antiguos romances, ora se rebaja tanto que llega a lo pedestre, ora pierde su propio carácter por el influjo de una tendencia retórica. Así y todo, si no conservaran algo de la esencia poética que dió vida y animación a los romances viejos, pues conservando su asunto no pueden haber perdido por completo aquel espíritu, estos romances que viven únicamente en los labios infantiles servirían para probar al menos, una vez más, la vitalidad maravillosa de la poesía popular de España. Esta sola circunstancia, debe ser suficiente, para que veamos con beneplácito todo intento de recopilación. Estas versiones no son las únicas que existen ni son tampoco las más puras: son únicamente las que se han encontrado en una primera investigación. Para el filólogo, para el *folk-lorista,* para el poeta, esto puede representar una mina riquísima. Sólo falta llegar a sus entrañas y volver a la vida los elementos que la informan. No es labor de un día ni de mero entusiasmo. Requiere una dedicación especial sometida a un método rigurosamente científico. Todo ello es poco, si se atiende a que lo que se investiga no es sino una de las últimas manifestaciones de una espléndida poesía, nacionalista como ninguna,

enérgica como pocas, sobria y sencilla e infiltrada de tan poderoso espíritu estético, que Hegel, en una obra inmortal, [68] no vaciló en decir que formaba "una corona tan bella y graciosa, que nosotros, los modernos, nos atrevemos a ponerla al lado de lo que la antigüedad tiene de más hermoso".

APÉNDICE

En prensa ya este estudio, recibo de la provincia de Matanzas nuevas y curiosas variantes de los romances aquí publicados. Me las envía mi querido y culto amigo el Sr. Benigno Rodríguez Sánchez. Fueron recogidas, principalmente, en el pueblo de Bolondrón, distante 40 kilómetros de la capital de la provincia. Según me dice mi amable amigo, gozan estas canciones de extraordinaria popularidad entre los niños.

Todas han sido recogidas entre niñas de cinco a diez años, y ni una sola las ha recitado igual. Siempre las versiones de un mismo tema difieren entre sí: las variantes son extraordinarias, y varían de modo especial en los principios y en los finales.

No siéndome posible insertar todas las versiones recogidas por el Sr. Rodríguez Sánchez, por lo extenso de este trabajo y porque en realidad tienen lugar más adecuado en un estudio puramente comparativo y de cierto carácter filológico, publicaré, como vía de muestra, una de las variantes de las *Señas del Esposo,* cuyo principio es idéntico a la versión mejicana inserta en el texto:

LAS SEÑAS DEL ESPOSO

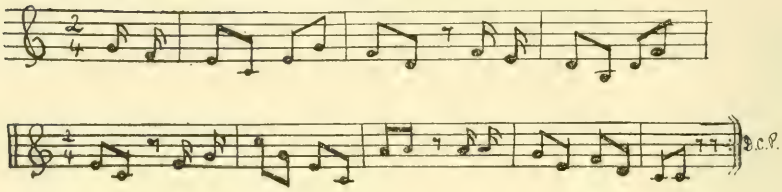
Yo soy la recién casada,
¡ay!, ¡ay!, ¡ay!,
que no cesa de llorar;
mi marido me ha dejado
por seguir la libertad.
Pasa un soldadito extraño,
¡ay!, ¡ay!, ¡ay!,
le pregunto si usté ha visto,
si usté ha visto a mi marido
en la guerra alguna vez?
—Si lo he visto no recuerdo,
¡ay!, ¡ay!, ¡ay!,
déme usté las señas de él.

68 *Estética.* Trad. castellana de H. Giner de los Ríos,, tomo II, pág. 387.

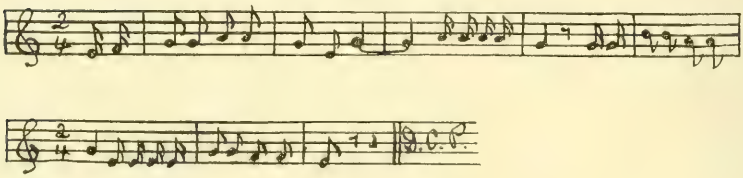
—Mi marido es alto y rubio
y viste de aragonés.
En la punta de la espada,
¡ay!, ¡ay!, ¡ay!,
lleva un pañuelo francés,
con un letrero que dice:
"Siendo niña lo bordé."
—Por las señas que usté ha dado,
¡ay!, ¡ay!, ¡ay!,
su marido muerto es,
y dejó en el testamento
que me case con usté.
—Siete años lo he esperado,
¡ay!, ¡ay!, ¡ay!,
y otros siete esperaré;
si a los catorce no viene,
viudita me quedaré.
—Dos hijos menores tengo,
¡ay!, ¡ay!, ¡ay!,
y los dos los mandaré,
uno en casa de doña Ana
y otro en la de doña Inés.
El otro mayor que tengo,
¡ay!, ¡ay!, ¡ay!,
A ése yo lo mandaré
para que busque a su padre
y muera junto con él.
—Calla por favor, mujer,
¡ay!, ¡ay!, ¡ay!,
calla por Dios, Isabel,
yo soy tu querido esposo
y tú mi buena mujer.

MÚSICA DE ALGUNOS ROMANCES

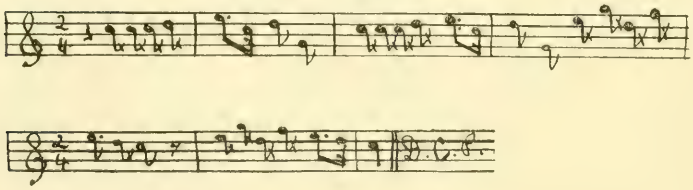
Pues Señor...



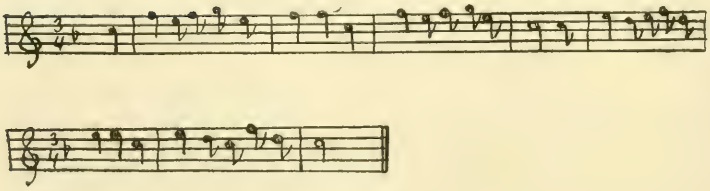
En Madrid hay un palacio...



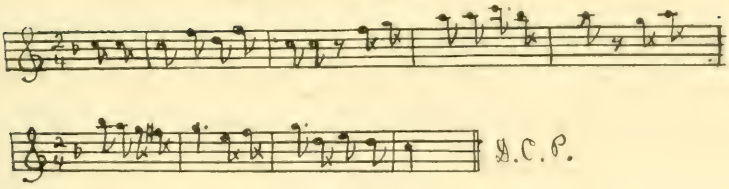
Este es un Mambru...



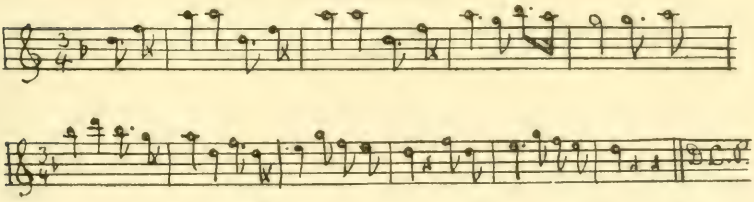
Hilito, hilito de oro



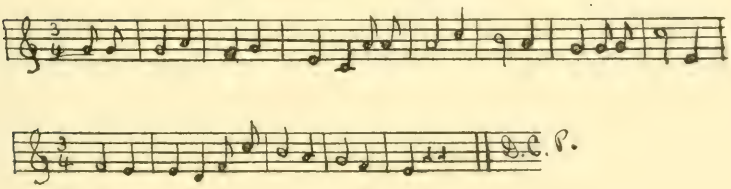
Mañanita, mañanita...



Dónde vas Alfonso XII...



En Madrid hay un palacio...



BIBLIOGRAFIA

I. La Science de la Vie; par Félix Le Dantec, París, 1912, E. Flammarion, édit.

II. Le Transformisme et l'Expérience; par Etienne Rabau, París, 1912, F. Alcan, edit.

III. Outlines of Evolutionary Biology, by Arthur Dendy, London, 1912, Constable & Comp. Ltd.

IV. Anales del Museo Nacional de Historia Natural de Buenos Aires; tomo XXIII, Buenos Aires, 1922.

V. Bulletin du Muséum National d'Histoire Naturelle (Reunion mensuelle des naturalistes du Muséum); Année 1912 (1, 2, 3, 4, 5, 6 y 7). París, 1912.

En seis capítulos que contiene *La Science de la Vie* trata Le Dantec estas materias: «Il y a une science de la vie», «L'individu contre l'univers», «La forme et l'unité de l'être vivant», «La contrainte, l'habitude et les caractères acquis», «La continuité du système nerveux. Contrainte et conscience», y, por último, «L'individu contre l'individu. La symbiose. L'amour.» Cierra el pequeño libro un «Apéndice» donde refiere algunos ejemplos de trasmisión hereditaria de los caracteres adquiridos.

Condensa y generaliza en dicho estudio el autor de la *Théorie nouvelle de la vie* los resultados de trabajos anteriores que propenden al establecimiento del método biológico; asunto este principal en las lucubraciones científicas de Le Dantec, de cuyo influjo en esa rama de los conocimientos humanos, la Biología, se ha escrito que no depende tanto de sus investigaciones de Laboratorio, experimentales, como de «sus descubrimientos metódicos». El libro *La Science de la Vie* es ya como la condensación de una doctrina; y su lectura resulta indudablemente provechosa para ulteriores progresos.

El organismo y el medio, ¿epigénesis o preformación?, la variación y sus factores, son problemas analizados en *Le transformisme et l'Expérience* de Rabaud, conferenciante de la Sorbonne. Verdadero lamarkiano, atribuye las transformaciones de los seres a las interacciones del organismo y del medio; en apoyo de su idea está la experiencia. El análisis crítico de las teorías de Vries, Eimer y Mendel,

llevan a Rabaud a concluir que los fenómenos evolutivos no reconocen factor alguno fuera de la acción del medio. La variación se perpetúa cuando ella corresponde a un sistema de cambios durable; y cada vez mejor se mostrará, a su juicio, que la evolución de los seres no es más que un caso particular de la evolución general de la materia.

A la amabilidad del Dr. Dihigo, nuestro profesor de Lingüística, debo la adquisición del interesante libro de Dendy *Outlines of Evolutionary Biology*, tan lleno de sólida enseñanza científica. El Profesor de Zoología de la Universidad de Londres—«a scientist of excellent standing in England»—divide la obra mencionada en cinco partes fundamentales: 1ª *The structure and functions of organisms. The cell theory;* 2ª *The evolution of sex;* 3ª *Variation and Heredity;* 4ª *The theory and evidence of organic evolution: adaptation;* y 5ª *Factors of organic evolution.* Las numerosas figuras que contiene el texto facilitan la comprensión de las materias contenidas en los diversos capítulos, cuya exposición razonada revelan el alto espíritu científico que dominan las apreciaciones del eminente maestro sobre problemas biológicos que son objeto de especiales estudios universitarios realizados en estas diferentes ciencias: Botánica, Zoología, Fisiología general, Embriología, Anatomía Comparada, Paleontología; estudios especiales, concretos, que tienen como base importante el conocimiento de la Biología general evolutiva, de la que reciben orientación indiscutiblemente.

Son estos, entre otros, algunos de los artículos que trae el tomo XXIII de los *Anales del Museo Nacional de Historia Natural de Buenos Aires: Mycetes Argentinensis*, por C. Spegazzini; *La destrucción de la langosta por sus enemigos naturales*, por A. Gallardo; *Sobre un Anopheles, una Stegomyia y la notación de las nerraduras aladas de los insectos*, por F. Labille; *Contribución al estudio de las Laboulbeniomicetas argentinas*, por C. Spegazzini; *Contribución a la Ornitología del Paraguay*, por R. Dabbene; *El Delfín Lagenorhynchus Fitzroyi* (*Waterhouse*) *Flower* capturado en *el anar de la Plata*, por A. Gallardo; etc., etc. El trabajo de Dabbene ocúpase de la colección de ochenta y seis especies de aves hechas en las partes centrales del Paraguay; colección interesante por su carácter local, y por ser escasos los estudios sobre la ornitología de esa región sudamericana, siendo la relación de Hans von Berlepsch publicada en el *Journal für ornithologie*, en 1889, la más completa que se conoce. El tomo de los *Anales* contiene una buena serie de láminas relativas a los trabajos insertos.

Los números del *Bulletin du Muséum National d'Histoire Naturelle*

de Paris, correspondientes a 1912, contienen—aparte de gran número de trabajos y comunicaciones de índole muy diferente pero todos ellos dentro del dominio de la Historia Natural—la reseña de las reuniones de los Naturalistas del Muséum, desde la 129ª junta (Enero 26 de 1912) hasta la 135ª (Noviembre 26 de 1912). Acompaña al *Bulletin* el *Catalogue de la collection de Lépidoptères* del Muséum, a que alude la comunicación de M. E. Bullet en la reunión de Febrero 26; con la terminación de ese trabajo, Bullet y Le Cerf han hecho relativamente fácil la tarea de consultar esa colección importante a ellos confiada por el eminente Profesor Bouvier. Desde el punto de vista de la Biología animal y comparada, es curiosa y de interés, la nota de M. Lapicque *Sur l'attitude des Animaux de la Ménagerie pendant l'éclipse de Soleil* (Abril 17, 1912); nota presentada con el fin de protestar contra la leyenda muy extendida respecto del terror manifestado por los animales en el momento de los eclipses. El hecho de la *Ménagerie* probó cómo el extraordinario fenómeno, que tanto suele impresionar a los hombres, parece inaccesible a la mentalidad de las bestias; y en cuanto a la observación en pleno campo, sólo puede afirmarse que las aves fueron sorprendidas por un prematuro crepúsculo: el ruiseñor, nocturno cantor, se hizo escuchar mientras de nuevo aparecieron los rayos del sol, fuente de vida.

Dr. A. Mestre,
Profesor Auxiliar de Biología, Zoología y Antropología.

MISCELANEA

Necrología. Durante el curso del pasado año de 1913 han dejado de existir Lord Avebury, Alfred Russell Wallace y Grégory Wyrouboff, todos ellos a una edad avanzada.

Los dos primeros estuvieron durante sus vidas muy ligados a Darwin por más de un concepto, y sus muertes han constituído una pérdida indiscutible para la ciencia universal. Lord Avebury, más conocido por el nombre de Sir John Lubbock, ha publicado multitud de obras interesantes: *El origen y la metamorfosis de los insectos, Flores, frutos y hojas, Los sentidos, el instinto y la inteligencia de los animales*, etc. Wallace descubrió al mismo tiempo que Darwin la selección natural como causa de la transformación de las especies orgánicas, y estudió durante varios años la fauna y la flora del Archipiélago Malayo; entre sus publicaciones más conocidas cítanse: *La selección natural, Darwinismo, La distribución geográfica de los animales* y *El lugar del hombre en el Universo*, etc.

Wyrouboff, nacido en Moscow, dirigió con Littré y Robin la revista *Philosophie positive*. El ilustre Profesor de Historia de las Ciencias en el Colegio de Francia es autor de numerosos trabajos sobre química y cristalografía, en los cuales demostró su ilustración científica y lo penetrante de su gran inteligencia.

Homenajes a sabios Los Profesores de la Escuela Normal de Avignon han tomado la iniciativa de una suscripción para elevarle un monumento al ilustre entomólogo M. J. H. Fabre; el llamado «el Homero de los insectos» fué discípulo de dicha institución docente.

Bajo la presidencia de Edmond Perrier, Director del Museo de París, se inauguró debidamente la estatua de Lamarck en Bazentin (Somme), ciudad natal del egregio naturalista a quien la ciencia moderna ha dado la razón en la doctrina que explica el mundo viviente.

En Beane tuvo lugar la inauguración del monumento erigido a la memoria del fisiólogo Marey; en dicho acto M. Dastre representó a la Academia de Ciencias de París.

Con motivo del centenario de su nacimiento se erige en Torino un monumento en honor a la memoria del ilustre químico Ascanio Sobrero, descubridor de la nitroglicerina en 1847. La iniciativa del homenaje se debe a la *Associazione Chimica Industriale*.

En Rumigny (Ardennes) en la casa natal del astrónomo Lacaille se ha colocado una lápida conmemorativa (1713–1762); en el acto M. Bocquet, en nombre del Observatorio de París, hizo ver lo que la Astronomía debe a aquel sabio.

En Bruxelas se ha verificado con gran lucimiento el jubileo del ilustre químico Ernest Solvay, quien recibió, a más de otros honores, la medalla Lavoisier.

En la ciudad de Allenstein, ante el castillo que habitó Copérnico en 1516, se le elevará un monumento al gran astrónomo.

En Inglaterra un comité se ha constituído para gestionar la erección de una estatua a Roger Bacon, la cual será inaugurada en su ciudad natal y con motivo del aniversario de su nacimiento.

El 9 de Noviembre próximo pasado se conmemoró en Dijon el centenario del descubrimiento del iodo por el químico Bernard Courtois.

Ultimamente celebróse en París el vigésimoquinto aniversario de la inauguración del Instituto Pasteur. Al rendirse justo homenaje al sabio, se evocó el recuerdo de su gran obra, de sus facultades de observación y análisis y el ejemplo de su bondadoso carácter.

La estatua del eminente naturalista Henri de Lacaze-Duthiers (1817-1902) ha sido recientemente inaugurada en Banyuls-sur-Mer, donde él fundó un Laboratorio de Zoología marítima, además del de Roscoff.

En Grosbothe, cerca de Leipzig, un solemne homenaje se le ha rendido a su ilustre antiguo Profesor W. Ostwald, filósofo de nota; festejándose de esa manera el sexagésimo aniversario del autor del celebrado libro *Grosse Männer*.

Congresos de Geología y de Zoología. El último Congreso Internacional de Geología (el XII) verificóse en el Canadá, abriéndose en Toronto el 7 de Agosto de 1913. El Duque de Connaught, Gobernador del Dominio aceptó la presidencia de honor del Congreso, que ha sido de gran interés para los cultivadores del estudio de la tierra y al cual asistió un buen número de geólogos europeos.

El Príncipe Alberto presidió en Mónaco el Congreso Internacional de Zoología al celebrar su IX sesión en 1913; siendo Secretario general el Profesor Joubin, del Instituto Oceanográfico de París. Los trabajos se distribuyeron en siete secciones. El Congreso de 1916 se llevará a efecto en Budapest. La primera sesión realizóse en París por iniciativa de Alfonso Milne-Edwards y R. Blanchard, ilustres zoólogos franceses.

Universidad de Beyrouth. La nación francesa persiguiendo el hermoso propósito de hacer de la Universidad de Beyrouth un foco intelectual de primer orden en la Siria, con el importante concurso de la Universidad de Lyon, acaba de abrir dos Institutos: una Escuela de Derecho y otra Escuela de Ingenieros. La Escuela francesa de Derecho preparará el Bachillerato en Derecho como en Francia, presidiendo el Jurado de exámenes un Profesor de la Universidad de Lyon; exigiéndose para la admisión las mismas condiciones que en la Facultad de Medicina y dispensando el examen de ingreso el diploma de Bachiller francés.

La creación de una Escuela de Ingenieros se imponía para responder a las aspiraciones científicas y a las necesidades económicas no solamente de Siria, sino también de Egipto y Turquía y de todo el Levante. La Escuela otorga el título de Ingeniero Civil después de la aprobación de dos años de estudios. El curso actual 1913-1914, será un curso preparatorio, comprendiendo el programa del Bachillerato francés con nociones de Literatura y de Filosofía; y para ingresar en dicho curso preparatorio se requiere un certificado de estudios y pasar el examen correspodiente.

NOTICIAS OFICIALES

Acuerdos de la Facultad de Letras y Ciencias.—En Marzo 14 de 1913 la Facultad de Letras y Ciencias acordó celebrar una sesión solemne en honor de los Delegados de la Universidad de Harvard que asistieron al banquete dado al Dr. La Torre por los graduados de dicha Institución.

En Abril 11 se acordó que en lo sucesivo, en las oposiciones para cubrir las plazas de Ayudantes facultativos, en vez de exigirse la aprobación oficial de todas las asignaturas correspondientes a la vacante solo sea preciso tener aprobado una de ellas; y también que en las oposiciones a premios ordinarios se considere eliminador el primer ejercicio.

—En 10 de Junio aceptóse el informe de la Comisión sobre el proyecto de plan de estudios de la Escuela de Agronomía.

—En 19 de Agosto se acordó recomendar a la Secretaría de Instrucción Pública que cuando se cubran vacantes en los Institutos de 2ª Enseñanza se designen a los graduados de Doctor en Letras y Ciencias.

—En 19 de Agosto que los ex-inspectores de Distritos, así como los que aspiren a aprobar las cuatro asignaturas indicadas en el Art. 24 de la Ley Escolar de Julio 18 de 1909 para obtener plaza de Inspector de Distrito, puedan matricularse y examinarse sin la aprobación previa de la Psicología siempre que en la solicitud de matrícula consignen que la inscripción es para aspirar a dicho cargo. Los que así se matriculen no pueden utilizar esta concesión para estudiar la carrera de Pedagogía sin aprobar la Psicología.

—Se acordó considerar al Sr. Catedrático Auxiliar del grupo de Historia y de Ciencias filosóficas como Auxiliar con función anexa percibiendo el sueldo que corresponde a los que tienen dicha categoría por la orden Nº 266.

—En Septiembre 20 se eligió como miembro de la Facultad para integrar el Consejo Universitarto al Dr. Guillermo Rodríguez Roldán; y suplente al Dr. Santiago de la Huerta.

Decretos de la Secretaría de Instrucción Púbeica.—Autorizando al Dr. Manuel Valdés Rodríguez para que en representación de la Sociedad Económica de Amigos del País de la Habana visite los Institutos Normales de los Estados Unidos de Norte América.

—Nombrando a los alumnos E. César Mederos y E. Quesada para asistir al Congreso de Estudiantes que ha de efectuarse en el Estado de New York.

—Nombrando a los Dres. C. de la Torre y L. Montané para que formen parte de la Comisión que ha de estudiar la sepultura india descubierta en el Cayo de Guayabo Blanco (Ciénaga de Zapata).

Biología (1 curso)	Profesor Dr. Carlos de la Torre.
Zoología (1 curso)	
Zoografía (1 curso)	
Antropología general (1 curso)	,, Dr. Luis Montané.

CONFERENCIAS

Anatomía Comparada	Dr. Arístides Mestre (Aux.)
Histología y Embriología Zoológicas	
Genética	

Los profesores auxiliares de esta Escuela son: Dr. Arístides Mestre (Conservador del Museo Zoológico y Jefe de los trabajos prácticos del Laboratorio de Biología,); Dr. Pablo Miquel (Jefe del Gabinete de Astronomía); Dr. Nicasio Silverio (Jefe del Gabinete de Física), Dr. Gerardo Fernández Abreu (Jefe del Laboratorio de Química); y Dr. Jorge Hortsmann (Director del Jardín Botánico). Estos diversos servicios tienen sus respectivos ayudantes.—El «Museo Antropológico Montané» y el Laboratorio de Antropología tienen por Director al Profesor titular de la asignatura.

3 ESCUELA DE PEDAGOGIA

Psicología Pedagógica (1 curso)	Profesor Dr. Alfredo M. Aguayo.
Historia de la Pedagogía (1 curso)	
Higiene Escolar (1 curso)	
Metología Pedagógica (2 cursos)	,, Dr. Manuel Valdés Rodríguez.
Dibujo lineal (1 curso)	,, Sr. Pedro Córdova.
Dibujo natural (1 curso)	

CONFERENCIAS

I. Crítica de la Educación Contemporánea... La Pedagogía Experimental..	Profesor Dr. Luis Padró. (Aux.)
II. Lectura é interpretación de las obras de los grandes pedagogos contemporáneos	

Agrupada la carrera de Pedagogía en tres cursos, comprende también asignaturas que se estudian en otras Escuelas de la misma Facultad. El Director del Museo Pedagógico es el Profesor titular de Metodología.

4. ESCUELA DE INGENIEROS, ELECTRICISTAS Y ARQUITECTOS

Dibujo Topográfico estructural y arquitectónico. (2 cursos)	Profesor Sr. Eugenio Rayneri.
Estereotomía (1 curso)	
Geodesia y Topografía (1 curso)	,, Dr. Alejandro Ruiz Cadalso.
Agrimensura (1 curso)	
Materiales de Construcción (1 curso)	,, Sr. Aurelio Sandoval.
Resistencia de Materiales. Estática Gráfica (1 curso)	
Construcciones Civiles y Sanitarias (1 curso)..	
Hidromecánica (1 curso)	,, Sr. Eduardo Giberga.
Maquinaria (1 curso)	
Ingeniería de Caminos (3 cursos: puentes, ferrocarriles, calles y carreteras)	,, Dr. Luis de Arozarena.
Enseñanza especial de la Electricidad (3 cursos)	,, Sr. Ovidio Giberga.
Arquitectura é Higiene de los Edificios (1 curso)	,, Dr. Antonio Espinal.
Historia de la Arquitectura (1 curso)	
Contratos, Presupuestos y Legislación especial á la Ingeniería y Arquitectura (1 curso)	

Esta Escuela comprende las carreras de Ingeniero Civil, Ingeniero Electricista y Arquitecto; y son sus profesores Auxiliares: Dr. Andrés Castellá, Sr. A. Fernández de Castro (Jefe del Laboratorio y Taller Mecánicos); y Sr. Plácido Jordán (Jefe del Laboratorio y Taller Eléctricos); con sus correspondientes ayudantes. En dicha Escuela se estudia la carrera de *Maestro de Obras;* exigiéndose asignaturas que corresponden á otras Escuelas.

5. ESCUELA DE AGRONOMIA

Química Agrícola é Industrias Rurales (1 curso).	Profesor Dr. Francisco Henares.
Fabricación de azúcar (1 curso)	
Agronomía (1 curso)	,, Sr. José Cadenas.
Zootecnia (1 curso)	
Fitotecnia (1 curso)	
Economía Rural y Contabilidad Agrícola (1 curso)	,, Sr. José Comallonga.
Legislación Rural y formación de Proyectos (1 curso)	

El profesor auxiliar de esta Escuela es el Dr. Buenaventura Rueda (Jefe de los Museos y Laboratorios).

Para los grados de *Perito químico agrónomo* y de *Ingeniero agrónomo*, se exigen estudios que se cursan en otras Escuelas.

En la Secretaría de la Facultad, abierta al público todos los días hábiles de 1 á 5 de la tarde, se dan informes respecto á los detalles de la organización de sus diferentes Escuelas, distribución de los cursos en las carreras que se estudian, títulos, grados, disposiciones reglamentarias, incorporación de títulos extranjeros, etc.

AVISO

La Revista de la Facultad de Letras y Ciencias es bimestral.

Se solicita de las publicaciones literarias ó científicas que reciban la Revista, el canje correspondiente; y de los Centros de instrucción ó Corporaciones á quienes se la remitamos, el envío de los periódicos, catálogos, etc., que publiquen: de ellos daremos cuenta en nuestra sección bibliográfica.

Para todo lo concerniente á la Revista (administración, canje, remisión de obras, etc.) dirigirse al Sr. Secretario de la Facultad de Letras y Ciencias, Universidad de la Habana, República de Cuba.

Los autores son los únicos responsables de sus artículos; la Revista no se hace solidaria de las ideas sustentadas en los mismos.

NOTICE

The Revista de la Facultad de Letras y Ciencias, will be issued every other month.

We respectfully solicit the corresponding exchange, and ask the Centres of Instruction and Corporations receiving it, to kindly send periodicals, catalogues, etc., published by them. A detailed account of work thus received will be published in our bibliographical section.

Address all communications whether on business or otherwise, as also periodicals, printed matter, etc., to the Secretario de la Facultad de Letras y Ciencias, Universidad de la Habana, República de Cuba.

AVIS

La Revista de la Facultad de Letras y Ciencias parait tous les deux mois. On demande l'échange des publications littéraires et scientifiques: il en sera fait un compte rendu dans notre partie bibliographique.

Pour tout ce qui concerne la Revue au point de vue de l'administration, échanges, envoi d'ouvrages, etc., on est prié de s'addresser au Secretario de la Facultad de Letras y Ciencias, Universidad de la Habana, República de Cuba.

Les auteurs sont seuls responsables de leurs articles, et la Revue n'est engagée par l'opinion personelle d'aucun d'eux.

VOL. XVIII UNIVERSIDAD DE LA HABANA. NÚM. 2.

REVISTA

DE LA

FACULTAD DE LETRAS Y CIENCIAS

DIRECTOR:

Dr. EVELIO RODRIGUEZ LENDIAN.

REDACTORES JEFES:

Dr. ARISTIDES MESTRE. Dr. JUAN MIGUEL DIHIGO.

COMITÉ DE REDACCION:

Dres. GUILLERMO DOMINGUEZ ROLDAN, SERGIO CUEVAS ZEQUEIRA, CARLOS DE LA TORRE, CARLOS THEYE, ALFREDO M. AGUAYO, LUIS PADRO, ALEJANDRO RUIZ CADALSO, ANTONIO ESPINAL, FRANCISCO HENARES Y BUENAVENTURA RUEDA.

MARZO DE 1914.

SUMARIO:

—GERTRUDIS G. DE AVELLANEDA COMO POETISA LÍRICA Y DRAMÁTICA ..... *Dr. Emilio Blanchet.*

—EL ROMANCE EN CUBA ..... *Dra. Carolina Poncet.*

—BIBLIOGRAFÍA.—I. Bulletin of the American Museum of Natural History.—II. Memoirs of the American Museum of Natural History.—III. Anthropological Papers of the American Museum of Natural History.—IV. Peabody Museum of American Archœology and Ethnology Harvard Papers.—V. The Journal of Animal Behavior.—VI. Anales del Museo Nacional de Buenos Aires.—VII. Principios de Psicología Biológica por J. Inghenieros ..... *Dr. Arístides Mestre.*

—MISCÉLÁNEA.—El Profesor Soms.—Estudiantes extranjeros en las Universidades alemanas.—Nuevo Observatorio Solar.—Escuela de Antropología de París.

IMPRENTA "EL SIGLO XX"
DE AURELIO MIRANDA
TENIENTE REY 27
HABANA

ENSEÑANZA DE LA FACULTAD DE LETRAS Y CIENCIAS.

Decano: Dr. Evelio Rodríguez Lendián.
Secretario: Dr. Juan Miguel Dihigo.

1. ESCUELA DE LETRAS Y FILOSOFIA.

Lengua y Literatura Latinas (3 cursos)	Profesor Dr. Adolfo Aragón.
Lengua y Literatura Griegas (3 cursos)	,, Dr. Juan F. de Albear.
Lingüística (1 curso) Filología (1 curso)	,, Dr. Juan Miguel Dihigo.
Historia de la Literatura Española (1 curso) Historia de las literaturas modernas extranjeras (2 cursos)	,, Dr. Guillermo Domínguez y Roldán.
Historia de América (1 curso) Historia moderna del resto del mundo (2 cursos)	,, Dr. Evelio Rodríguez Lendián.
Psicología (1 curso) Filosofía Moral (1 curso) Sociología (1 curso)	,, Dr. Sergio Cuevas Zequeira (Aux.)

Los profesores auxiliares de esta Escuela son: Dr. Sergio Cuevas Zequeira para el grupo de Historia y Ciencias Filosóficas; Dr. Ezequiel García y Enseñat para el grupo de Literaturas y Dr. Sixto López Miranda para el grupo de estudios de Lenguas, los cuales dan conferencias sobre sus respectivas materias.

El Laboratorio de Fonética Experimental tiene por Director al Profesor titular de Lingüística.

2. ESCUELA DE CIENCIAS.

[a] Sección de Ciencias Físico-Matemáticas.

Análisis matemático (Algebra Superior) 1 curso) Análisis matemático (Cálculo diferencial é integral) 1 curso	Profesor Dr. Pablo Miquel (Aux.)
Geometría superior y analítica (1 curso) Geometría descriptiva (1 curso) Trigonometría (1 curso)	,, Dr. Claudio Mimó.
Física Superior (1er. curso) Física Superior (2º curso)	,, Dr. Plácido Biosca.
Química general (1 curso)	,, Sr. Carlos Theye.
Biología (1 curso) Zoología (1 curso)	,, Dr. Carlos de la Torre.
Dibujo Lineal (1 curso) Dibujo Natural (1 curso)	,, Sr. Pedro Córdova.
Cosmología (1 curso) Mecánica Racional (1 curso) Astronomía 1 curso)	,, Dr. Victorino Trelles.
Geodesia (1 curso)	,, Dr. Alejandro Ruiz Cadalso.
Mineralogía y Cristalografía (1 curso)	,, Dr. Santiago de la Huerta.
Botánica general (1 curso)	,, Dr. Manuel Gómez de la Maza.

[b] Sección de Ciencias Físico-Químicas.

Análisis matemático (Algebra Superior)	Profesor Dr. Pablo Miquel (Aux.)
Geometría Superior (sin la Analítica) Trigonometría (plana y esférica)	,, Dr. Claudio Mimó.
Física Superior (1er. curso) Física Superior (2º curso)	,, Dr. Plácido Biosca.
Química Inorgánica y Analítica (1 curso) Química Orgánica (1 curso)	,, Sr. Carlos Theye.
Dibujo Lineal (1 curso) Dibujo Natural (1 curso)	,, Sr. Pedro Córdova.
Mineralogía y Cristalografía (1 curso)	,, Dr. Santiago de la Huerta.
Biología (1 curso) Zoología (1 curso)	,, Dr. Carlos de la Torre.
Botánica general (1 curso)	,, Dr. Manuel Gómez de la Maza.
Cosmología (1 curso)	,, Dr. Victorino Trelles.

[c] Sección de Ciencias Naturales.

Análisis matemático (Algebra Superior) 1 curso	Profesor Dr. Pablo Miquel (Aux.)
Geometría Superior (sin la Analítica) Trigonometría (plana y esférica)	,, Dr. Claudio Mimó.
Química general (1 curso)	,, Sr. Carlos Theye.
Dibujo Lineal (1 curso) Dibujo Natural (1 curso)	,, Sr. Pedro Córdova.
Física general (1 curso)	,, Dr. Plácido Biosca.
Mineralogía y Cristalografía (1 curso) Geología 1 curso	,, Dr. Santiago de la Huerta.
Botánica general (1 curso), Fitografía y Herborización (1 curso)	,, Dr. Manuel Gómez de la Maza.

Vol. XVIII MARZO DE 1914 Núm. 2

REVISTA

DE LA

FACULTAD DE LETRAS Y CIENCIAS

GERTRUDIS G. DE AVELLANEDA COMO POETISA LIRICA Y DRAMATICA

POR EL DR. EMILIO BLANCHET

Profesor del Instituto de Matanzas

I

LA AVELLANEDA COMO POETISA LÍRICA

Bastante amortiguado el fervor literario que, por el año 1840, reinó en Madrid, presentóse allí, precedida por ventajosa reputación, alcanzada en los liceos de Málaga, Sevilla y Granada, no menos que en periódicos, [1] la poetisa camagüeyana Gertrudis Gómez de Avellaneda, nacida en 1814, de un marino andaluz y una dama criolla. Como el *Fénix de los ingenios,* a la edad de seis años, no sabiendo todavía escribir, dictaba sus versos a condiscípulas mayores. En una de sus primeras composiciones, lamentó el fallecimiento de su padre. Adolescente, hizo dramas, no obstante la oposición de su familia.

Creció en ambiente nada poético, en la cabecera de un distrito ganadero, de escasa cultura, muy dada a la devoción, y entonces

1 Por ejemplo, *La Aureola*, dirigida en Cádiz por D. Manuel Cañete. Usaba el seudónimo de *La Peregrina.*

animada, por ser asiento de la Audiencia; pero ¿no nacen y asombran en incultos campos la augusta ceiba, la palma, tan rica de melancólica poesía? En Madrid halló la Avellaneda conveniente esfera donde robustecer y desplegar las potentes alas de su genio, pues tuvo la dicha de tratar a Roca de Togores, García Tassara, Bretón, Espronceda, Gallego, Hartzenbusch, Quintana. Con tal motivo, dice atinadamente D. Nicomedes Pastor Díaz: "De algunos recibió consejos; de muchos, estímulos y aliento; de todos, aquella comunicación de pensamientos, de ideas, de impresiones, que necesita el talento para vivir y desarrollarse, como las flores y las plantas necesitan la luz y el aire para crecer y matizarse: de ninguno, cooperación ni guía; de ninguno, alabanzas que no fueran sinceras. El talento y el gusto de la Srta. Avellaneda eran demasiado originales y espontáneos para sufrir dirección y auxilio, así como su superioridad demasiado grande para que rechazara cual ofensa la censura, para que no agradeciera la crítica, para que admitiera lisonjas y adulaciones."

En 1841 publicó en Madrid la Avellaneda su primera colección de poesías, primoroso edificio, helénico por la pureza del gusto, al cual servía de pórtico un prefacio del eminente Gallego. Este otorgaba a la autora la primacía respecto a las poetisas españolas de todos los siglos: débil elogio, por cierto, vista la talla exigua del mayor número; con justicia, solamente con estricta justicia, hubiera podido manifestarse que ningún lírico castellano supera a la insigne hija de Cuba.

Empieza la colección antedicha con el acabado soneto *Al partir,* cuadro animadísimo del momento y la situación de ánimo en que se abandona la patria, cuadro embellecido por la ternura y cuyo rasgo final se graba irresistible, hondamente, en el corazón: me refiero al terceto siguiente:

> Adiós!... Ya cruge la turgente vela...
> El ancla se alza... el buque, estremecido,
> Las olas corta y silencioso vuela!

Igualmente notables son los sonetos *A Washington* (no el refundido), *Imitando una oda de Safo, Deseo de venganza, Mi mal, El recuerdo importuno*: compárense con los mejores de Góngora, los Argensolas, Arquijo, y será lisonjero a la Avellaneda el dictamen.

En la oda *A la Poesía,* de fondo y forma brillantes, se leen estos versos, aparte de otros, que en ella merecen alabanza:

¡Mil veces desgraciado
Quien—al fulgor de tu hermosura ciego—
En su alma inerte y corazón helado
No abriga un rayo de tu dulce fuego,
Que es el mundo sin ti templo vacío,
Cielo sin claridad, cadáver frío!
Hablas! Todo renace!
Tu creadora voz los yermos puebla;
Espacios no hay que tu poder no enlace;
Y rasgando del tiempo la tiniebla,
De lo pasado al descubrir rüinas,
Con tu mágica luz las iluminas.

Como es natural, el mar, tan sublime en calma y, aun más, en una tempestad deshecha, ha inspirado a poetas como Byron, Quintana, Heredia, la Avellaneda. Dedicóle ésta magníficos alejandrinos, por ejemplo:

¡Espíritu invisible, que reinas en su seno,
Y oscilación perpetua la imprimes sin cesar!
Qué dices cuando bramas, terrible como el trueno?
Qué dices cuando imitas doliente suspirar?
Al mundo acaso anuncias algún eterno arcano,
Que oculta en los abismos altísimo poder...
O luchas, blasfemando, con la potente mano
Que enfrena tu soberbia, segundo Lucifer?

Entre las estrofas bellas de la composición *A la esperanza, luz del amor, sostén de la ambición*, según su esclarecida cantora, figuran las siguientes:

¡Bien del feliz, consolación del triste!
Del justo Dios sonrisa paternal!
Por El al mundo concedida fuiste,
Como al desierto el límpido raudal!

Sauces dolientes, palmas solitarias,
Templos serán, no ingratos al Señor,
Donde dirija al cielo mis plegarias,
Cual puro aroma de inocente flor.

Sorprende que tan consumada maestra dejase, en dicha oda, pasar renglones tan pobres como éstos:

Cuyo aroma embrïaga a la razón [2]
Que no infectan pasión o interés vil. [3]

Sin urgente necesidad, usa la licencia de hacer masculina la palabra *margen,* en el sentido de *orilla; emplea diva* por *diosa.* Calificar de *sosegada* la paz, es un ripio. [4]

En la inspirada elegía a la muerte de Heredia, leemos:

Patria! numen feliz! nombre divino!
Idolo puro de las nobles almas!
Objeto dulce de su eterno anhelo!
Ya enmudeció tu cisne peregrino...
¿Quién cantará tus brisas y tus palmas,
Tu sol de fuego, tu brillante cielo?

Después de contrastar las fantásticas venturas preparadas a los justos fuera de este mundo y las mezquinas realidades y dolores de la existencia terrenal, cierra la Avellaneda, cual con broche de oro, su valiosa poesía, exclamando:

Que el genio, como el sol, llega a su ocaso,
Dejando un rastro fúlgido su paso!

Dignas del ilustre Juan Nicasio Gallego, a quien las dedicó, son las octavas reales *El genio poético,* donde se admira esta descripción del tiempo:

Piélago sin riberas ni reposo,
Hinchado de perennes tempestades,
Sigue el tiempo su curso impetüoso,
Siempre tragando y vomitando edades.
A su impulso cediendo, poderoso,
En desiertos se truecan las ciudades,
Y leyes, aras, púrpura y diadema
Se hunden al fallo de su ley suprema.

Después de haber expresado en esta octava y otras no menos rotundas y bellas, los estragos, el terrible poderío del tiempo, ensalza la Avellaneda la vencedora vitalidad, la incontrastable grandeza del genio poético y así le pinta:

2 Estrofa I.
3 Estrofa XVII.
4 Estrofa XIV.

Pontífice feliz de la belleza,
En cuyo amor purísimo se enciende,
Él domina del vulgo la rudeza
Y con soplo inmortal su culto extiende.
Le enseña arcanos mil naturaleza
Y otra mística voz, que él solo entiende;
Porque, huésped del mundo inteligible,
Vive con lo existente y lo posible.

Muy sencillo y hábil es el plan de la composición.

Invocando a la *Felicidad* en una oda excelente y filosófica, le dirige estas palabras:

Mira inclinarse mi marchita frente,
Cual flor que agosta el ardoroso estío,
Al medir, de pavor estremecida,
Este inmenso vacío
Que el alma siente en plenitud de vida.

¿Será que en el armónico conjunto
Del universo vasto, el ser que piensa—
Obra postrera del Autor divino—
El solo monstruo sea
Impropio a su destino,
Doquier llevando el privilegio triste
De concebir la idea
De un bien que ha menester y que no existe?

Después de recordar que, buscando la virtud, la amistad, el amor, únicamente halló desengaños; que nunca rindió vasallaje al poder ni el oro, prefiriendo pedir bienandanza a la ciencia o el ingenio, prorrumpe en esta desconsolada pregunta nuestra autora:

Mas qué! sólo responden
Gemidos a mi voz? De genio y ciencia
Los fulgores se esconden,
Y ambos exhalan ayes de impotencia?...
Oh! qué tropel de estériles deseos
Surca esa ardiente atmósfera de gloria!

Al través de los siglos, oye el célebre alarido de *El Eclesiastés*: *Todo es vanidad, vanidad solamente!*, mucho más lúgubre que la conocida frase de los trapenses, tocante a la inevitable necesidad de morir. Después de elocuentes consideraciones, para la Avellaneda en señalar el cielo como verdadero Canaán de la humanidad.

En *La contemplación* nos transporta la gran poetisa a un atardecer plácido, fragante, luminoso, henchido en suave melancolía. ¡Cuán hermosamente saluda a Véspero!

Lucero del amor! rayo argentado!
Claridad misteriosa! Qué me quieres?
¿Tal vez un bello espíritu, encargado
De recoger nuestros suspiros, eres?...

Toda la poesía está en consonancia con tan exquisita estrofa.

En el soneto *Deseo de venganza,* revélase con qué vehemencia debió apasionarse la poetisa; lo confirman las vibrantes estancias de *Amor y orgullo,* no indignas de Safo, y, más aún, las muy dramáticas intituladas *A él,* donde ruge la ira, yérguese la altivez y, bañada en lágrimas, resígnase la ternura. No es posible dejar de reproducir algunos versos de tan enérgica efusión:

Te amé, no te amo ya: piénsolo al menos:
Nunca, si fuere error, la verdad mire!
Que tantos años, de amarguras llenos,
Trague el olvido; el corazón respire.
Lo has destrozado sin piedad: mi orgullo
Una vez y otra vez pisaste insano...
Mas nunca el labio exhalará un murmullo
Para acusar tu proceder tirano.
... ...
Cayó tu cetro, se embotó tu espada...
Mas, ay! cuán triste libertad respiro!
Hice un mundo de ti, que hoy se anonada,
Y en honda y vasta soledad me miro.
Vive dichoso tú! Si en algún día
Ves este *adiós* que te dirijo, eterno,
Sabe que aún tienes en el alma mía
Generoso perdón, cariño eterno.

Inspiró versos tan vehementes su rompimiento de relaciones amorosas con el culto y acaudalado andaluz D. Ignacio de Cepeda, a quien idolatró durante muchos años.

Si logró nuestra poetisa lamentar admirablemente la muerte de Heredia, fervoroso amante de la naturaleza y la libertad, no estuvo menos afortunada en su elegía al fallecimiento del Byron español, el inspirado cantor de *Teresa.* Hábilmente contrasta el suceso con la estación en que ocurrió, aquella en la cual bullen ale-

gremente arroyos y ríos, vibra con exuberante vitalidad la creación; atavíanse como novias florestas y jardines; ama y gorjea el ruiseñor; considera inexplicable y harto cruel que la muerte, verdadera soberana del universo, arrebatase a quien tanta luz atesoraba en su cerebro y tan bellas armonías en su lira privilegiada; perdía mayo al que podía ser su cantor más brillante, superior a ruiseñores ciento. Fiel creyente la Avellaneda, retrocede ante el escepticismo que implica esta pregunta suya:

¿Será eterna la ausencia
De la vida, gran Dios! y esos despojos—
Que va a tragarse el sempiterno olvido—
Se llevará al pensamiento helado,
Como un astro apagado
Por espacios incógnitos perdido?

y exclama:

Blasfemia horrible... loco pensamiento!
Jamás mi mente a tu ilusión sucumba!...
¿La nada invocaré con torpe acento
Del genio ante la tumba?...
Quién la bondad suprema
Podrá ultrajar con tan odiosa duda?
Quién su justica dejará en problema
Ante el estrago de la muerte muda?...

Cuánto brío y color dramático supo infundir la Avellaneda a su traducción del canto de Altabiscar, vascuence, donde se conmemora el desastre que padeció en Roncesvalles la retaguardia de Carlo Magno! Véase este fragmento:

La tierra cruje; los peñascos ruedan;
Jinetes y caballos, confundidos,
Con sus despojos los breñales siembran;
Y palpitan las carnes aplastadas,
Chorros brotando, que en el suelo humean.
Cuántos huesos molidos!... Cuánta sangre,
En la que el sol, medroso, reverbera!
Huid, si aun podéis, reliquias miserables!
Cuál huyen!... Oh! cuál huyen!... Cuenta, mozo!
Cuántos los vivos son que aun aquí restan?
Veinte?... quince?... diez?... ocho?... siete?... cinco?...
—No, señor. —Cuatro?... dos? —Ni uno siquiera!

Con igual maestría imitó o tradujo a Lamartine, [5] Byron, [6] Víctor Hugo, [7] primorosamente hizo una versión libre de *Ley es amar,* canción de Parny, donde se enlazan deliciosamente delicadeza y malicia sumas; es Friné, medio envuelta en un velo.

Poseía la gran camagüeyana tan flexible numen, tan completo dominio de la versificación, que si nos entusiasma y asombra en soberbias odas, nos encanta con exquisitos juguetes como *El paseo por el Betis, A un ruiseñor, La pesca en el mar,* nos parece entonces ver a una amazona recreándose con tejer guirnaldas; nos acordamos de los corpulentos y majestuosos árboles americanos, entre los cuales se entrelazan gentiles enredaderas, esmaltadas de flores, colibríes y mariposas. Habiendo dirigido el duque de Frías a la Avellaneda, para poner a prueba su facilidad en versificar, un soneto de rimas difíciles, ella, con mucha destreza y soltura, le contestó, empleando los mismos consonantes y, a veces, alterando solamente un poco sus frases ,sin detrimento del sentido.

Nos transporta a plácida tarde autumnal en las zonas templadas, a limpia noche de luna en Nápoles; suena a voz de Gayarre en *La Favorita,* a concierto de arpas angélicas *El genio de la melancolía,* donde habla el espíritu engendrado, según la Autora, por el triste recuerdo y la ardiente esperanza.

En la poesía *A una acacia,* sobresale este envidiable arranque lírico:

Liras del corazón! voces internas!
Divinos ecos del celeste coro
En que glorias sin fin, dichas eternas,
E inagotable amor, en arpas de oro,
Cantan los serafines abrasados,
En alfombras de soles reclinados!
Oh! cómo entonces en el alma mía
Resonar os sentí! Del pecho hirviente,
Cual rápido torrente,
Brotaba sin cesar la poësía...
Y un santo juramento—
Que el labio apenas pronunciar osaba—
En alas del amor al firmamento
Desde el fogoso corazón volaba,
Allá en el infinito
Su inmenso porvenir buscando escrito.

5 Oda a Bonaparte, con el título de *A la tumba de Napoleón;* prefiero el del original.
6 *Conserva tu risa. A la luna.*
7 *La tumba y la rosa, El poeta, Polonia.*

¿Cómo no reproducir la siguiente amarga verdad, con tanta belleza expresada?

Y de esta suerte pudo
Mentir el alma y engañar el cielo?
Una efímera flor—lujo del suelo—
Es de la dicha el triste simulacro
Y, en un alma inmortal, el fuego sacro
Del sentimiento vívido y profundo
Existe y muere sin dejar señales,
Cual árbol infecundo
O como planta en yermos arenales?

En *La venganza* (invocación a los espíritus de la noche) además de manifestarse con terrible intensidad el odio, se ostenta, sin perjuicio del sentido y con toda naturalidad, la difícil destreza de usar cuartetos cuyos versos primero y tercero son esdrújulos y coadyuvan a lo áspero y fiero de las ideas. Nos imaginamos oir a Medea:

¡Númenes mudos de asechanzas pérfidas,
Protectores del odio y la traición,
Que disipáis vacilaciones tétricas
De flojo miedo y necia compasión!
Los que en las selvas solitarias, lúgubres,
Dais al bandido el rápido puñal
Y los gemidos sofocáis, inútiles,
Del que a su golpe sucumbió, mortal!

Venid! venid, que de rencores grávida
Siento esta frente, que miráis arder
Y un lauro pide, que resfresquen lágrimas,
Para templar su acerbo padecer!

Hondamente religiosa la Avellaneda, a temas sacros dedicó muchas y valiosas composiciones, [8] por ejemplo, la intitulada *A Dios y el hombre,* inspiración bebida en el libro de Job y destinada a justificar la Providencia. En la imitación del salmo 103, ocurren estos magníficos versos, no los únicos de tan señalada poesía:

Y el mar se alzó rugiente,
Cual si a los astros apagar quisiera;

8 *A Dios (cántico de gratitud), Miserere. Te Deum, S. Pedro libertado por un ángel, Las siete palabras y María al pie de la cruz, A la Ascensión, Grandeza de Dios, A la resurrección del Señor,* las citadas en el texto y otras.

Mas allí do tu diestra omnipotente
De humilde arena le trazó barrera,
Allí rompe los impetus pujantes,
Y con ronco gemir rinde obediente
Sus olas espumantes.

Y hasta del centro de las rudas peñas
Desatas manantiales,
En que apagan su sed los animales...
Y a cuyo placidísimo murmullo,
Desde su nido, que en la roca esconde,
La enamorada tórtola responde
Con querelloso arrullo.

¡Qué bien armonizan con el concepto de la Virgen María, de la que los católicos imaginan suma exquisita de atractivos inmaculados y proclaman *estrella del mar* los navegantes, los sáficos adónicos que le consagra nuestra poetisa, denominándolos canto matutino! Parécenos estar en el fragante mayo y ver un altar engalanado de lirios, nardos y luces, mientras, al son de arpas, elevan un himno seráficas voces de doncellas, realzadas por sus blancos y vaporosos trajes. Confirman las estrofas siguientes mis palabras:

Mientras exhalan sus aromas puros
Flores que guardan de la noche el lloro;
Lloro que ostentan convertido en perlas
Trémulas hojas;
Mientras preludian jubilosos himnos
Coros volubles de pintadas aves,
Trisca el rebaño y hasta el toro fiero
Brama de gozo;
Mientras se riza al matinal aliento—
Ovas ligeras sacudiendo—el río,
Discos formando con raudal sonoro
Límpida fuente;
Mientras que todo en la natura inmensa
Vida y belleza de la luz recibe,
Tú, luz del alma, de la gracia aurora!
Séme propicia.
Sones, albores y perfumes y auras
Forman concierto de sublime aplauso...
Todos te aclaman del Autor del día
Madre gloriosa.

Solemne, grandioso, como la columna de Trajano—vencedora de centurias y vicisitudes—, sublime, cual Moisés en el Sinaí, es el

canto *A la cruz,* calificado de *pasmoso* por Menéndez y Pelayo, príncipe de los críticos españoles. ¡Cuán adecuadas son a la grandeza del asunto las dos primeras estrofas! Al leerlas, nos figuramos entrar en la catedral de Milán.

Canto la cruz! Que se despierte el mundo!
Pueblos y reyes, escuchadme atentos!
Que calle el universo a mis acentos
Con silencio profundo!
Y Tú, supremo Autor de la armonía,
Que prestas voz al mar, al viento, al ave,
Resonancia concede al arpa mía,
Y en conceptos de austera poësía
El poder de la cruz deja que alabe!

Se asombra el orbe, se conmueve el cielo,
De ese nombre al lanzar eco infinito,
Que aterroriza al inmortal precito
En su mansión de duelo.
Canto la cruz! El ángel, de rodillas,
Postra a tal voz la luminosa frente;
Tú, excelso querubín, tu ciencia humillas;
Y del amor las altas maravillas
Absorto adora el serafín ardiente.

Corresponde a la magnificencia de principio semejante el resto de la oda. Así la juzgó el insigne literato francés Villemain: "La santa majestad, la gravedad de la aflicción cristiana, elevan aquí el talento del poeta y, tanto en la expresión como en la melodía, le prestan una calma de dolor y fe, cuya sencillez casi intraducible parece una voz mística percibida en sueños, pero que no puede volver a hallarse. En los labios de una hispanoamericana, reaparece, al cabo de quince siglos, la poesía del obispo de Tolemaida. Qué propaganda del Evangelio!"

Permítase a mi senceridad, a la independencia de mi humildísima opinión, observar que hubiera ganado el canto no empleando, en buena porción de él, octavillas de versos nonasílabos. También he de manifestar que a todo hijo de la América española dolerán, sin duda, estas palabras, tan frías, hasta duras, aludiendo al cristianismo en la época de la conquista, harto pavorosa:

... se alzó, piadoso y bello,
A ennoblecer "bajo su blando yugo
El que al destino descargar le plugo
De América en el cuello."

Involuntariamente recuérdase a Quintana, exclamando en nobilísimo arranque, acreedor a las más ardientes simpatías:

¡Virgen del mundo, América inocente!
... ...
Oyeme: si hubo vez en que mis ojos
Los fastos de tu historia recorriendo,
No se hinchasen de lágrimas; si pudo
Mi corazón sin compasión, sin ira,
Tus lástimas oir, ah! que negado
Eternamente a la virtud me vea,
Y bárbaro y malvado
Cual los que así te destrozaron sea. 9

Según D. Enrique Piñeyro, en sus *Estudios y Conferencias de Historia y Literatura,* opinan muchos que el canto a *La cruz* y *Dios y el hombre,* son las mejores poesías líricas de la Avellaneda.

Si no se remonta ésta con alas de cóndor, cual Byron o Victor Hugo; si no sorprende y deslumbra con la novedad y el esplendor de las imágenes; si no heredó el pincel con que trazaba Heredia cuadros de la naturaleza y quizá le es inferior en sinceridad y fuego de inspiración, nos entusiasma con la elevación de sus pensamientos y sentir, con la grandeza de sus concepciones, con su sólida y sana filosofía, con su depurado y excelente gusto, con el intachable uso del idioma, la diafanidad y precisión de la frase, la perfecta coordinación de partes, su absoluto dominio de la versificación, aquella templanza artística, tan celebrada en los más ilustres poetas griegos, en el Partenón, ofrenda suprema del alma helénica a Minerva, fuente de luz intelectual.

Como hechos, no como cargos, pues a nadie creo con autoridad para exigir determinado rumbo a un autor, mencionaré que ni las justas aspiraciones políticas ni las desventuras de su patria, cuando la oprimía el yugo colonial, ni la libertad, radiante musa de Heredia, ni las clases desheredadas y los problemas sociales que hoy agitan el mundo, inspiraron a la Avellaneda, que, para tratarlos, tanta fuerza mental y moral atesoraba. Menos extraña a la ternura de lo que suele decirse, fué la Avellaneda, como demuestran sus odas *A la felicidad, A una acacia,* la primera elegía a la muerte de su marido D. Pedro Sabater.

9 Oda «A la expedición española para propagar la vacuna en América, bajo la dirección de D. Francisco Balmis».

Con frecuencia, leyendo sus poesías, pensamos en suntuosos palacios, en templos imponentes; nos acordamos de Virgilio, cuando pinta la terrible destrucción de Troya, no tocando el caramillo de las églogas o instruyendo en faenas campestres, con sus Geórgicas; nos representamos a Horacio, escribiendo *La predicción de Nereo,* no sesteando al pie de un haya y aspirando con deleite los aromas de su campiña y huerto. No juzgo hiperbólico igualar a nuestra insigne paisana con Quintana, a quien supera en variedad y flexibilidad, y afirmar que no la sobrepuja ningún lírico español, ya entre los clásicos, ya en la edad presente. Cotejados con los de Lamartine y Manzoni, no quedan deslucidos sus cantos religiosos. En la cumbre del Parnaso cubano, resplandece la Avellaneda, ocupando el segundo puesto Heredia, si bien valen mucho, muchísimo, la oda al Niágara, y la meditación en el teocalli de Cholula. Tal vez, teniendo en la mente el noble aforismo de Víctor Hugo *Le poète a charge d'âmes,* nunca mancilló con impurezas sus versos la esclarecida camagüeyana, lo cual redunda no poco en gloria suya, pues autores célebres han procedido de otra manera, olvidando uno de los fines capitales de la literatura.

En opinión de D. Enrique Piñeyro, [10] nadie en Cuba o en el resto de la América latina, ha escrito como ella. Ni Baralt, ni el mismo Andrés Bello, a pesar de su cabal conocimiento de la lengua y su sintaxis, supieron penetrar tan completamente hasta la esencia del genio literario español y encontrar sin esfuerzo acentos tan genuinamente castellanos, tan parecidos a los de Fernando de Herrera y Luis de León, sin pedantesca afectación de arcaísmo, con todo el calor y el vigor de la savia moderna.

Escuchemos a Menéndez Pelayo, [11] príncipe de los literatos españoles: "La grande alma poética que ahora se ofrece a nuestra contemplación, aunque sea honra imperecedera de América por su origen, pertenece enteramente a Europa por su educación y desarrollo, y ocupa uno de los primeros lugares en el Parnaso español de la era romántica. Su nombre está en boca de todos, aunque quizá su mérito absoluto no haya sido tasado siempre tan alto como debe serlo.

. . . . . .

10 Obra antecitada.

11 Introducción al tomo II de la Antología de poetas hispano-americanos, donde inserta estas composiciones a la Avellaneda: *A la Poesía, A la muerte del célebre poeta cubano José María Heredia, Al genio poético, A él, Amor y orgullo, Soneto imitando una oda de Safo, La venganza, A..., La pesca en el amar, A la Virgen, Cántico: imitación de varios salmos, A la cruz,*

"La Avellaneda era mujer y muy mujer, y precisamente lo mejor que hay en su poesía son sentimientos de mujer; así en las efusiones del amor humano, como en las del amor divino. Lo que la hace inmortal, no sólo en la poesía lírica española, sino en la de cualquier otro país y tiempo, es la expresión, ya indómita y soberbia, ya mansa y resignada, ya ardiente e impetuosa, ya mística y profunda, de todos los anhelos, tristezas, pasiones, desencantos, tormentas y naufragios del alma femenina. Lo femenino eterno es lo que ella ha expresado, y es lo característico de su arte: la expresión robusta, grandilocuente, magnífica, prueba que era grande artista y espíritu muy literario quien acertó a encontrarla, pero no espíritu que hubiera cambiado de sexo..."

Para el eximio literato D. Juan Valera, principalmente, bebió la Avellaneda sus inspiraciones en el amor humano, el divino y el entusiasmo por la poesía; del primero, son sus versos "historia psicológica, íntima y honda". "Ciertamente—agrega—, si en España no viviésemos en un período antipoético hasta lo sumo..., los versos amorosos de la Avellaneda serían populares, se sabrían de memoria y se oirían en los labios de las más lindas mujeres, porque lo merecen tanto como los de la moza de Lesbos [12] allá en la antigüedad.

"En lo elocuente, fervoroso y sincero de la expresión apasionada no cede a ninguno de los románticos, ni a Alfredo de Musset en Francia."

¡Cuán doloroso es a un cubano manifestar que la mayoría, la casi totalidad de sus compatriotas, no conoce las obras de la ilustre camagüeyana. Gracias a la iniciativa, a las muchas relaciones y el influjo del abogado y escritor D. José Ramón Betancourt, hijo de Puerto Príncipe, y, en 1860, director del Liceo de la Habana, aprovechóse el regreso de la Avellaneda a su isla natal para tributarle en el teatro de Tacón, de la expresada capital, un homenaje de admiración. Con áureo laurel ciñeron su frente y con sus divinas notas realzaron la deslumbrante fiesta el violinista matancero White y el renombrado Gottschalk; escogida concurrencia llenó el amplio local; en rotundos versos dió las gracias la poetisa obsequiada. Como visión oriental, como sueño de hatchis, pasó tan memorable noche y, en los más, reinaron la indiferencia, el olvido!

12 A todos sorprenderá penosamente que así designe a Safo escritor tan refinado como D. Juan Valera.

II

LA AVELLANEDA COMO POETISA DRAMÁTICA

MUNIO ALFONSO

A la Avellaneda cupo la dicha de recoger inmarcesibles lauros en la poesía lírica y, más brillantes aún, en el teatro. Solamente en la escena lucen Lope de Vega y Calderón; no más que en la oda, Hernando de Herrera y Fray Luis de León; [13] niégase a Byron el título de poeta dramático, si bien abundan en bellezas *Marino Faliero* y *Sardanápalo;* en *El diablo-mundo* se cifra el renombre de Espronceda; sin huella pasó *Toussaint Louverture,* drama de Lamartine, inolvidable cantor de *Jocelyn* y las *Meditaciones poéticas.*

Reinando en Castilla Alfonso VII (1126-1157) sobresalía por sus hazañas contra la morisma, no menos que por su acrisolada y severa hidalguía, el rico-hombre Munio Alfonso, alcaide de Toledo. Llámanle Nuño Alfonso antiguas relaciones; de él habla D. José Antonio Conde en su *Historia de la dominación de los árabes en España;* D. Prudencio de Sandoval, obispo y cronista; el Dr. Salazar de Mendoza, en sus *Dignidades seglares;* Luis de Mármol, en su *Historia de Africa;* D. Rodrigo Méndez y Silva, cronista general de S. M. C., en su *Ascendencia ilustre, gloriosos hechos y posteridad noble del famoso Nuño Alfonso, alcaide de Toledo, príncipe de su milicia y rico-hombre de Castilla.* Registrando el archivo paterno, descubrió nuestra poetisa que, entre sus antepasados, figuraba el egregio caudillo mentado y, además, dió con noticias que le surgieron un drama. [14] Escrito éste en ocho días, empeñadamente fué solicitado por el célebre actor Carlos Latorre, y de sus principales papeles se encargaron él y doña Teodora Lamadrid. Aunque recibida con estruendosos aplausos la obra, [15] fué refundida y trocado en *Munio Alfonso* el primitivo título de *Alfonso Munio.* Pasa la acción en 1142.

Fronilde, hija del protagonista, es amante del príncipe Sancho, heredero del trono castellano, y cuyas bodas con la infanta de Na-

13 Me contraigo a la poesía; en prosa, distinguióse mucho Fr. Luis de León, como prueban *La perfecta casada, Los nombres de Cristo.*

14 *Leoncia,* el primero compuesto por ella en España, se representó por ella en Granada (1840).

15 13 de junio, 1844, en el teatro de la Cruz.

varra Blanca se han concertado para consolidar la paz entre los respectivos países. Por pura obediencia, préstase aquella regia virgen a un enlace que ni le repugna ni la entusiasma. En la primera escena del primer acto, se pintan hábilmente su índole apacible, candorosa y la apasionada y honesta de Fronilde. Anhelando fervorosamente casarse con ésta, el digno conde Pedro Gutiérrez de Toledo, solicita y obtiene el apoyo de la emperatriz Berenguela, esposa de Alfonso VII, monarca de Castilla. Entre vivas, música y gozo general, retorna Munio Alfonso con los trofeos de reciente victoria. En su bella descripción del combate, sobresalen estos versos:

Siembran despojos la llanura vasta...
... ...
Acá una mano solitaria y fría
Que, de la vida en el afán postrero,
Con crispatura tal asió la espada
Que aun clava en ella los sangrientos dedos!

En seguida se encaminan todos al templo, con el fin de tributar gracias al Omnipotente. El primer acto se parece a la risueña y brillante mañana de un día que, al estampido del rayo, entre lobreguez, raudales de lluvia y rugir de viento, acabará, dejando lágrimas y destrozos.

En el segundo acto, participa la Emperatriz a Munio el muy próximo casamiento de Blanca y Sancho, quien será entonces nombrado rey, y manifiéstale su deseo de que también se unan Fronilde y el conde Gutiérrez, siendo ella su madrina; pero advierte que es necesario averiguar primeramente si no pertenece a otro su corazón. ¡Cuán característica es la contestación del insigne caudillo!

Nadie—del rey abajo—hay en Castilla
Que se contemple en posición tan alta,
Para osar presumir que impunemente
A la hija mía alzara sus miradas
Sin impetrar primero mi permiso.

En la siguiente escena, muy dramática, anuncia Munio a su hija la intención de la soberana respecto a su consorcio: calcúlese el desconsuelo y terror de la pobre doncella! Crece el conflicto, porque, vislumbrando aquel guerrero que ha llegado tarde Gutié-

rrez, pregunta quién es el preferido. Supone ella desvío al matrimonio y anhelo de vivir siempre con su padre, quien la exhorta a desechar tan caprichosas ideas y prepararse a las bodas. Juzgando seguras éstas y el emparentar con Munio, tan preclaro, preséntase el conde Gutiérrez, henchido en satisfacción y ufanía. Entretanto, la desventurada Fronilde, tanto por piedad filial, como por acatamiento a la Emperatriz, procura someterse al terrible sacrificio que le exigen y convencer de su inevitable necesidad al vehemente príncipe Sancho, quien lo resiste, ya increpándola por voluble, ya tratando, con apasionadas frases, de reanimar la antigua llama. A tiempo que de rodillas implora, le ve doña Blanca y, tras breve explicación con él, decide no casarse. A tal peripecia sucede otra no menos importante: Gutiérrez, que, fiado en el apoyo de la Emperatriz y el consentimiento de Munio, daba por hecho su enlace, comunica éste a Sancho y, con el asombro más vivo, confuso, conteniéndose apenas por el imperioso respeto de súbdito, recibe la orden de renunciar a su caro proyecto, pues ha de casarse Fronilde con más encumbrada persona.

En el acto III, el arzobispo de Toledo pide a Munio su cooperación para descubrir a la mujer por cuyo cariño se desvía de Blanca el príncipe heredero, imposibilitando un consorcio de política trascedencia. También espera el Prelado que los consejos de tan prestigioso caudillo disipen la pasión de Sancho. Acepta Munio el encargo, y cuando, no obstante incipiente borrasca, se ciñe la espada y pone el manto, para ir a Palacio, aparece Fronilde, poseída de sobresalto misterioso, temiendo quedarse, aunque por un rato, sin la compañía y protección de su padre. Ya en la puerta el último, su hija, cediendo a un impulso, que posteriores hechos nos hacen sumamente patético, le pide con empeño un abrazo. ¡Cuán admirable escena producen el profético terror de la inocente, enamorada virgen, y el enternecimiento que, irresistible, subyuga al rígido adalid! Es una situación digna de Sófocles o Esquilo: vemos en Fronilde una gallarda y melancólica palma, sobre la cual ciérnese la nube que ha de abrasarla con un rayo; vemos nave gentil, fatalmente impelido al abismo de Maelstrom. Después de leído el trozo siguiente, ¿quién podrá decir con verdad que la Avellaneda era incapaz de expresar la ternura?

FRONILDE. Padre mío!
(*Munio se detiene.*)
Concededme...

MUNIO. Qué quieres?
FRONILDE. Abrazaros!
(*Se echa en brazos de su padre con visible enternecimiento, que parece irse comunicando a Munio.*)
MUNIO. Hija del corazón! (*Breve pausa.*)
FRONILDE. Segunda gracia
De vuestro afecto paternal reclamo.
Bendecidme! (*Se arrodilla.*)
MUNIO. (*Cuya emoción se echa de ver, no obstante la calma que quiere aparentar.*) Qué haces? (Rara cosa!
De su pueril pavor siento el contagio!)
FRONILDE. Bendecidme por vos y por la madre
Que tan niña perdí...
MUNIO. (*Más y más conmovido, y poniendo una mano sobre la cabeza de su hija.*) Bien que burlando
De tus locos terrores... te bendigo!
Sí!... te bendigo, oh hija!... Que el pecado
Jamás su sello de vergüenza imprima
De este semblante en los hermosos rasgos...
Y cuando emprendas al empíreo el vuelo,
Pobre ángel en el mundo desterrado!
No altere de tus alas la pureza
Ni aun leve mancha del terrestre fango!
FRONILDE. (*Levantándose y enjugando sus lágrimas.*)
Ya no os detengo más, querido padre.
Con vuestra bendición, fuerte me hallo.
MUNIO. (Pero qué pasa en mí?)
FRONILDE. Marchad tranquilo.
MUNIO. (*Con esfuerzo.*)
Adiós!
FRONILDE. (*Aparentando serenidad.*)
Adiós!
MUNIO. (*Después de llegar hasta el umbral de la puerta, vuelve, vencido por la emoción, a abrazar a su hija.*)
Fronilde!...
FRONILDE. (*Abrazándole.*) Padre amado!...
MUNIO. (Vive Cristo, que lloro... qué locura!)
(*Se desprende de los brazos de su hija con cierta violencia, y se marcha por el foro.*)

Como, a veces, en tempestuoso día, se desgarran algunas nubes y osténtase azul, brillante, un espacio de cielo, prometiendo bonanza deliciosa; mas, pronto, renovada con creces la cerrazón, redobla su furia la tempestad inesperada, y gran noticia desarrolla ante Fronilde espléndida lontananza. Cegado por su amor, sin precaver consecuencias, trepa Sancho por el balcón de Munio para enterar cuanto antes a su amante de que, roto definitivamente su compro-

miso con Blanca, aprueba la Emperatriz el casamiento deseado por su hijo, quien será proclamado rey de Castilla. En la embriaguez de fortuna tamaña, no olvidando Fronilde su decoro, lo anómalo de aquella situación, la inminente vuelta de su padre, inflexible en asuntos de honra, ruega al príncipe que se retire y, no sin esfuerzo, lo consigue. Como había sido apagada la luz, por creer Fronilde que percibía pasos, tiene la joven que encaminar a Sancho; en el mismo instante aparece Munio; oye la voz de su hija, que dice:

Alguien aquí se acerca, dueño mío,

al punto imagina haber descubierto una seducción; desenvaina su acero para matar al fugitivo; mas, conociéndole por sus palabras de despedida, arroja su espada, subyugado por la lealtad. Segundos después, al fulgor de un relámpago, fijos los ojos en su arma, empúñala; desatentado, fuerza la puerta del cuarto donde se ha refugiado Fronilde y, fiero, sacrifica su propia sangre. Concluye tan trágica escena, exclamando con desesperación el matador:

Horrible tempestad, desata un rayo! [16]

¡Cuán soberbia es, en el cuarto y último acto, la entrevista entre el arzobispo de Toledo y Munio, que, abrumado, casi enloquecido, por la inmolación de su adorada hija, pide que juzgue el hecho una junta de prelados, pues lo sanciona su intransigente rectitud y lo condena el amor paternal. Ignorando todavía el Arzobispo quién ha sido la víctima, le pregunta:

¿Qué ciega
Fatalidad terrible vuestra mano
Descargar pudo, oh Dios! en la flaqueza
De un ser inerme, desvalido, humilde...
Un anciano tal vez?...

Delirante, responde él:

Era una hembra!
¿No conocisteis en aquel gemido
Su dulce voz, de pérfida sirena?...

16 Sería, tal vez, más preciso este verso:
Lanzarme, horrible tempestad, un rayo!

¡Aquella voz, que bendición pedía
Al padre que engañaba, vil y artera...
Allí, en la estancia en que al amante impuro
Iba a esperar entre las sombras densas!...
No sentisteis su mano, blanca y leve
La mía asir [17] y desprenderse, yerta,
Cuando, al golpe crüel saltó la sangre
Para lavar de mi blasón la afrenta?...
Y en el dolor profundo, que en sus garras
Me destrozaba el corazón, la prueba
No tuvisteis—decid—de que era mía
Esa sangre infeliz?...

¿Será posible no admirar el siguiente fragmento de la misma escena?

ARZOB. ¿Quién en Castilla tuvo la insolencia
De seducir audaz a vuestra hija?
MUN. Vive!
ARZOB. Su clase?
MUN. Vive!... Quién pudiera
Vivir después de mancillar mi nombre?
ARZOB. Ah!... lo comprendo todo. Vos suprema
(*Arrodillándose.*)
Justicia inescrutable, que del alma
Miráis el fondo, y en balanza eterna
La gravedad pesáis de cada culpa!
La que a ese padre desdichado aterra
Solo Vos juzgaréis!... Pero si exige
Terrible y prolongada penitencia,
Yo arrastraré mis canas por el lodo,
Yo haré saltar la sangre—que ya hiela
La cansada vejez—bajo el cilicio
Que desgarre mis carnes, y en mi mesa
Lágrimas de mis ojos cada día
Me ablandarán el pan... Que en mí la pena
Caiga, Señor! del hórrido delito,
Y que de Vos misericordia obtenga
El que, adalid de nuestra fe divina
Contra el poder de la morisma fiera,
Gloria le da a la patria, apoyo al trono,
Y al estandarte de la cruz defensa!

Simpático, digno, lleno de abnegación, es el Arzobispo, un ejemplar de sacerdote verdadero. Con magistral acierto supo la Avella-

17 Por el buen sonido, sería preferible *Asir la mía.*

neda ofrecer en *Munio Alfonso* una serie de caracteres variados, interesantes, bien definidos, ninguno despreciable; respírase en la obra un ambiente moral vivificante.

Suma intensidad dramática, pasmosa energía, encierra la escecena entre Sancho, ganoso de vengar a Fronilde, y el matador de ésta, quien, aherrojado por sus deberes de vasallo, por la gratitud al soberano, forcejea con el imaginario seductor de su hija. Por no hundir en el aborrecido pecho su espada, herencia de sus intrépidos y gloriosos mayores, instrumento de hazañas mil, llega a romperla, desesperado. Muy inesperadamente conoce, al cabo, su fatal error; ignorando Gutiérrez la sangrienta catástrofe, manifiesta al Príncipe que, aprobado el casamiento de éste por la Emperatriz, abandona, si bien con mucho dolor, toda pretensión a Fronilde. ¡En qué abismo se ve caído Munio! Para expiación, [18] determina ir de peregrino mendicante a Tierra Santa, cubierta de ceniza la cabeza; pero, en beneficio de la patria, se lo prohibe el Arzobispo, exigiéndole nuevas campañas contra los musulmanes. Con los siguientes versos termina escena tan señalada:

De Covadonga repitiendo el grito
Y dando al viento la cristiana enseña,
Marchemos a aplacar los caros manes
Con torrentes de sangre sarracena,
A cuyo riego—el alma me lo anuncia!—
De héroes la España cogerá cosecha,
Que su extensión harán tan dilatada,
Que nunca el sol en sus dominios muera!
Suene, suene el clarín!... La lid terrible
Ya tarda a mi anhelar!—En paz te quedas,
Oh hija del corazón!... Y cuando alcances
El holocausto que en la tumba esperas,
Un hueco en ella me concede pía
Para cubrir mi cuerpo y mi bandera!

Preguntando Sancho con íntimo desconsuelo qué le resta ya en el mundo, trocado para él en la más lúgubre soledad, sobreviene su madre, abriéndole sus brazos, como el mejor asilo, y bien fundadamente; recuérdale el Arzobispo que debe, cual soberano, hacer feliz a su pueblo y así logrará consuelo sublime.

Para el final del presente estudio reservo consideraciones rela-

18 En su testamento puso el héroe: «Mando se digan doscientas misas por la desdichada de mi hija Fronilde, que yo maté.» Lidiando con los moros, pereció a la edad de 53 años.

tivas a *Munio Alfonso* y otras obras maestras dramáticas de la Avellaneda. En el periódico de Madrid *El Laberinto,* dijo el literato español D. Antonio Flores que era tal vez *Munio Alfonso* la única tragedia compatible con el gusto moderno; celebró la pureza de su dicción, el brillo de la versificación, nunca amortiguado; la arrogancia de los pensamientos, la acertada gradación del interés, la grandeza de los caracteres, que llega en Munio a ser colosal, digna rival de los mayores personajes trágicos, en las obras maestras clásicas; para mí, es una figura labrada por Miguel Angel.

Sorprende que el P. Francisco Blanco García [19] compare la inmolación de Fronilde, producida por la más verosímil apariencia y exaltado sentimiento del honor, con el sacrificio de Ifigenia, prescrito por el oráculo y consumado por el fanatismo y, mucho más, por la ambición y el orgullo del rey Agamemnón.

Opina Menéndez y Pelayo que el tercer acto de *Munio Alfonso,* con su riqueza de misterioso prestigio y terror trágico, es admirablemente teatral y que, si el efecto escénico decae en el cuarto, se sostienen constantemente la arrogancia del estilo y plenitud de la versificación, cualidades que se ostentan en *Saúl* con más lirismo. Permítaseme una observación: si, en el tercer acto, llega el espectador al colmo de la emoción dramática y parece que en tal punto debe concluir la tragedia, es indispensable el cuarto acto, porque, si bien sacude menos reciamente el alma y causa más débil sorpresa, completa la manifestación del carácter de Munio. Contiene, además, escenas tan conmovedoras, de tanta valía, como las que ocurren entre el Arzobispo y el padre homicida y, luego, entre el último y el príncipe Sancho.

II

EL PRÍNCIPE DE VIANA [20]

Casándose con la altiva, resuelta y ambiciosa D.ª Juana Enríquez, hija del almirante de Castilla, labró D. Juan II de Aragón, hábil político y guerrero valiente, la desdicha del príncipe de Viana D. Carlos, nacido de su primera consorte D.ª Blanca de Navarra. Movido y engañado por su segunda esposa, con él fué in-

19 Véase su obra *La literatura española en el siglo XIX.*
20 Escribió Quintana su biografía.

justo, hasta feroz, negándole su derecho a heredar la soberanía, empujándole a la guerra civil, imponiéndole encierros. Noticioso de que adelantaban los tratos para su casamiento con la infanta de Castilla D.ª Isabel, que tanto brilló posteriormente en el solio español, con el sobrenombre de *Católica,* mandó encausarle, imputándole, aparte de otras calumnias, el intento de asesinarle. En favor del noble e interesante preso, alzáronse Cataluña, Aragón, Valencia y Sicilia, por lo cual le devolvió su padre la libertad, temeroso de perder su cetro (1.º de Marzo, 1461). A 24 de junio del propio año, fué proclamado príncipe heredero D. Carlos, designación tan combatida por Juan II y su mujer, ansiosos de que se hiciera en favor del infante que posteriormente, con su insigne consorte Isabel, realizó la unidad de España e intervino en otros señaladísimos sucesos, como el descubrimiento del Nuevo Mundo. Poco tiempo después, falleció Carlos en Barcelona, ya de fiebre, ya de veneno, pues ambas versiones corren; durante trece días estuvo expuesto en el palacio real su cadáver; acompañado por 15,000 personas, lo pasearon por muchas calles y, al fin, lo sepultaron en el monasterio de Poblet. El desgraciado príncipe era modesto, apacible, manso, generoso irresoluto, propenso a la melancolía; cultivaba la música y varias artes mecánicas; escribió versos, una epístola literaria, una crónica de Navarra y tradujo la *Etica* de Aristóteles.

Como se prestan a un drama o tragedia sus inmerecidas desventuras, aprovechóse la Avellaneda y, a fines de 1844, hizo representar en Madrid su composición, cuyos principales papeles ejecutaron Julián Romea, Bárbara Lamadrid y Matilde Diez. Aunque favorable el éxito, no quedó enteramente satisfecha de su obra y, en consecuencia, resolvió eliminarla de la definitiva colección de sus escritos; pero no lo verificó, por haber intervenido en favor de la proyectada víctima la ilustre novelista Cecilia Böhl de Faber o *Fernán Caballero.* Reformada, publicóse la tragedia, cuyos personajes más importantes son el príncipe de Viana, su padre, su madrastra e Isabel, de Peralta, enamorada del primero. Figura éste el derecho conculcado, un alma noble en lucha con la ambición y la perversidad, simbolizadas por Juan II de Aragón y Juana Enríquez, y que, al estímulo de amor poético y desinteresado, combate la precitada virgen, muriendo en su infructuosa empresa. Con un veneno se desembaraza de Carlos su implacable perseguidora.

Esta, en la segunda escena del acto I, ya punzando el orgullo de su marido, ya moviendo su amor a Fernando, hijo de entrambos, procura desvanecer impulsos de justicia y bondad hacia Carlos; mas repentinamente suben de la calle aclamaciones populares, en honor de aquel príncipe y parecen al Rey desacato grave, concepto que empeora D.ª Juana con estos sarcasmos:

Se comprende
Que le parezca al príncipe asaz lento
De vuestra vida el curso, y le acompañe
En su impaciencia el entusiasta pueblo,
Que a todo trance al ídolo dejara
Desocupado el trono. Sois ya viejo,
Mi querido don Juan, y pues perdido
Sentís aquel tan arrogante aliento,
Con que—inspirando admiración—llevabais
Con fuerte mano el poderoso cetro;
Antes que permitir que os lo arrebaten,
Prudente, resignado, deponedlo.
Quizás así mereceréis de Carlos
Piadosa compasión, si no respeto.

Al influjo de tan venenosas palabras, recibe el Soberano con altanería y cólera a Carlos, [21] que, sumiso y digno, acude a su citación para justificarse de inculpaciones. Decreta el obcecado padre su prisión, desoyendo esta súplica muy sentida:

Oh padre, compasión!—Desde el eterno
Reposo de la tumba, de mi madre
Se alza la voz en doloroso ruego...
Prenda fuí del amor que la tuvisteis!

Escondida, escucha con infernal complacencia el diálogo doña Juana. En ésta, imagino aleve, insensible escollo; en el Rey, embravecida ola; en el Príncipe, indefenso bajel, condenado a irremisible naufragio. ¡Cuán sombría e interesante resulta la escena! Inútilmente procuran luego desarmar al monarca el arzobispo de Tarragona y el duque de Cardona.

Bellamente concluye el acto con una entrevista entre aquel magnate e Isabel de Peralta, solícita en librar al cautivo y que, recibida con recelo, al principio, por ser hija del Canciller y amiga

21 Escena V del acto I.

de la Reina, logra, manifestando su amor, captarse la simpatía y confianza del Duque y ligarse con él en beneficio de Carlos.

En su pasión vehemente y pura, ella visita al preso [22] para brindarle su auxilio y pedirle, para las Cortes, una carta que reanime su celo, como también el de los pueblos adictos. A tiempo de escribirla Carlos, sobreviene Peralta, anunciando a la Reina. Quizás algo inverosímilmente, por el velo desconoce él a su hija. ¡En qué apuro la pone, exigiéndole que se descubra y muestre el permiso con el cual penetró en el calabozo! Mas la actitud suplicante de Isabel y palabras del Príncipe obtienen que, en la alcoba de aquél, oculte a la joven Peralta. Qué sorpresa la de éste, al enterarse presto, por el Alcalde, de que es la incógnita su hija! Intenta D.ª Juana que renuncie el Príncipe sus derechos, a trueque de pingües rentas y poder tranquilamente cultivar las musas; pero nada consigue. Tropas de Castilla y Cataluña embisten el castillo, ansiosas de rescatar a D. Carlos; por regio mandato, preséntase el Canciller para conducirle, por subterráneo camino, a más segura prisión; niégase a obedecer el Príncipe no queriendo desamparar a Isabel; creyéndole seductor de ésta, cruza Peralta con la del cautivo su espada; se interpone la doncella y, en obsequio suyo, desiste del combate D. Carlos, arrojando su acero, lo cual permite a los soldados cumplir lo prescrito. Implorando por él, arrodíllase Isabel ante el Canciller, quien violentamente, la rechaza, calificándola de impura.

Cundiendo, entretanto, la insurrección, ve palpable su ruina D.ª Juana y, en consecuencia, determina el envenamiento de su hijastro y halla fácilmente cómplice en el Canciller, deseoso de lavar su imaginaria deshonra. Para encubrir su crimen, logra D.ª Juana que el Rey, aunque más y más exacerbado, perdone a D. Carlos; ella misma le presenta al arzobispo de Tarragona, al duque de Cardona y otros parciales, que vienen a reclamar su libertad y su proclamación como heredero del trono. ¡Cuán magnánimo se revela el Príncipe en la orilla de su tumba, cavada por inicua madrastra! Desea volar a los pies de su padre para tributarle gracias; reprime a Cardona, ofensivo con D.ª Juana; declara la inocencia de Isabel y su propósito de casarse con ella, noticia que indica al Can-

22 Escena II del acto II. En ella se halla este mal verso:

Bastante tiempo, que aprovechó el odio,

increíble en la autora.

ciller su error funesto y debiera causarle una emoción terrible, no expresada por la Avellaneda

Atendida la fiereza de la soberana, su fría y calculadora maldad, no juzgo verosímil que, en la exaltación de su triunfo y del remordimiento, entere a Isabel de que, por obra suya, el Príncipe está agonizando. Peripecia notable! disponiéndose Isabel a denunciar el atentado, la paraliza y desespera el saber la complicidad de su padre. Por palabras que ella pronuncia, como delirante, y por el trastorno de la Reina, Juan II, que estaba felicitando a ésta por su intercesión en favor del Príncipe, vislumbra lo sucedido y luego ve toda la espantosa realidad, al informarle Peralta que, en el momento de traspasar, entre aclamaciones, el umbral de la Aljafería, castillo de Zaragoza, ha caído muerto su hijo. Maldice el Monarca a su perversa consorte; increpale la noble Isabel y se suicida con la propia daga de su padre, tras dirigirle estas frases tremendas:

Pago la deuda
De la vida infeliz que os he debido,
Salvando de un patíbulo la vuestra;
Pero al golpe mortal de vuestro crimen,
Rotos están mis lazos en la tierra,
Y a mi rey, a mi amor—que asesinasteis—
Me voy a unir en la callada huesa.
Sí! con mi muerte, de la suya impía
El gran castigo para vos comienza...
¡Que allá—con ella—recibir no os toque
(*Señalando primero al cielo y luego a la reina, que sigue desmayada en tierra.*)
El que le guarde la Justicia eterna!

Avaloran esta tragedia un plan bien concebido e interesante, caracteres hábilmente representados y sostenidos, intensa lucha de pasiones, imprevistas y motivadas peripecias, diálogo animado y oportuno, versificación robusta: ¿cómo cítase apenas y no se representa nunca? Por uno de los infinitos y absurdos caprichos humanos. Opinaba el duque de Frías que no cede en mérito a *Munio Alfonso* y encierra bien preparadas y admirables situaciones; escenas dignas de Shakspeare; califica de magistrales los caracteres de Juan II y su mujer; se asombra de que produjese una señorita los pensamientos filosóficos y máximas políticas de la presente obra, a la cual asigna elevado puesto entre las dramáticas de su tiempo.

III

SAÚL

Por casualidad sorprendente, buscando extraviadas burras de su padre Cis, encontró Saúl la corona, pues deseosos los judíos de un gobierno más concentrado y eficaz que el de los *jueces*, al sumo sacerdote Samuel, uno de aquéllos, habían pedido monarca y, en consecuencia, como tal, fué ungido el precitado mancebo, gallardo, a la par de valeroso. Esperaba Samuel, por su dignidad espiritual, ejercer predominio en él; pero equivocóse por completo y así cuando, en nombre de Dios, le ordenó exterminar a los amalecitas—hombres, mujeres y niños—como también sus animales, se vió parcialmente desobedecido. Amenazado de perder el trono, en castigo, la inminente humillación y la envidia a David, héroe popular por haber vencido a Goliath, le produjeron tristeza y arrebatos, próximos a la demencia, y que fugazmente disipaban el arpa de su rival y la inagotable ternura de sus hijos Micol y Jonathás. Vencido en Gelboé por los filisteos, se traspasó con su espada, catástrofe que le había anunciado, la víspera, la sombra de Samuel que, por mandato suyo, había evocado la pitonisa de Endor.

Leyendo a menudo la Biblia, fijó la Avellaneda su atención en Saúl, como rico tema para una tragedia; pero contentóse primeramente con traducir la celebrada composición dramática del académico francés Alejandro Soumet [23] sobre dicho asunto, no terminando su tarea por ocuparse en trabajos originales. Cuando volvió a pensar en Saúl fué para componer una obra de su cosecha, no sin aprovechar, cual ella confiesa con loable sinceridad, bellezas de Soumet y Alfieri. Aunque renuente el último a la más leve sujeción en la vida privada, humildemente acató en su *Saúl* [24] las tres unidades dramáticas y hasta les agregó la de situación, pues cífrase su tragedia en el frenesí del rey hebreo y los afanes de Micol y Jonathás por mitigarlo, ya que no desvanecerlo. Sin embargo, como en ella abundan hermosos versos, nobles ideas y sentimientos, siem-

23 Vivió de 1778 a 1845. Fué un clásico algo independiente, considerado él émulo de Casimiro Delavigne; colaboró en ocasiones con él su notable hija Gabriela, apellidada *Musa de las lágrimas y la Misericordia*.

24 Lo tradujo Heredia.

pre ha sido bien acogida en los teatros de Italia y la contaba el autor entre sus predilectas producciones.

Supo la Avellaneda combinar un plan excelente; presentar en animadísimos, interesantes cuadros, hechos y aspectos morales del protagonista; subyugar con el enlace de la poesía trágica y la lírica, según hicieron Esquilo, Sófocles y Eurípides y, siglos después, Racine, en *Esther* y *Atalía*. De este modo juzga la autora su producción: "Es un drama real, severo, religioso, en el que no representa sino secundario papel la pasión amorosa; en el que no se hacinan peripecias violentas ni se ostentan adornos postizos; excluídos por la gravedad de su asunto; es un drama, en fin, *sin alteración considerable de la verdad bíblica.*" Lo considera más rigurosamente histórico que el de Soumet y más dramático que el de Alfieri. Aunque aprobada la obra por los literatos a quienes la leyó en el Liceo de Madrid, su autora la conservó en cartera durante tres años, y después de retocada, la hizo representar en el teatro *Español,* logrando éxito feliz, pero no tan espléndido como el de *Munio Alfonso,* ni aun igual al del Príncipe de Viana, y, sin embargo, mucho vale.

En el primer acto, la población de Gálgala se dispone a festejar el regreso de Saúl y sus tropas, que han derrotado a los amalecitas; oyendo al pastor David pulsar el arpa, loando al Omnipotente, con acompañamiento de un coro popular, cóbrale afición la princesa real Micol, afición que se convertirá en el amor más exquisito y acendrado. Preguntando ella al cantor el origen de sus armonías, contesta él:

¿Quién ha enseñado al pajarillo humilde
Que al sol saluda en la enramada espesa
Los trinos que deleitan tus oídos,
Aunque él tal dicha [25] ambicionar no sepa?
Quién los ricos matices que te admiran
Y los perfumes mil que te recrean,
Pródigo derramó sobre estas flores,
Hijas del suelo que tus plantas huellan?
... ...
... ...
El que a ti misma dispensó, amoroso,
El soberano don de la belleza,
A cuyo imperio universal y blando
Todo se rinde, todo se sujeta!

25 ¿No sería preferiblé *Aunque él su dicha*, evitando la reunión de *él* y *tal*, que parecen brincar en el oído?

Llega Saúl con su ejército, trayendo encadenado al rey Agag y trofeos, con lo cual infringe el imaginario precepto divino de aniquilar todo lo amalecita. A tiempo de entrar en el tabernáculo, le niega paso el sumo sacerdote, porque son impuras sus ofrendas; se disculpa él con que reclamaban botín sus guerreros, y exaltado su orgullo, penetra en el recinto sacro a inmolar las víctimas con su propia mano, ya que se han retirado los levitas y su jefe. Como indicio de la cólera celestial, retumba el trueno. En tan temerosas circunstancias, al siniestro fulgor de un relámpago, aparece el profeta Samuel, quien, después de recordar a Saúl su encumbramiento desde la obscuridad, diciéndole al Eterno:

Inspira la virtud con tus virtudes,
Con tu obediencia la obediencia enseña,
Que han de imitar mi perfección divina
Los que en la tierra mi poder ejerzan,

le pronostica su destronamiento. Aterrado, se dispersa el pueblo. Oportunamente pregunta Saúl:

¿Es mi enemigo Dios, o lo es el hombre?

Despierta su altivez, pide a sus combatientes nuevas lides y proezas.

Concluye acto de tanta poesía y movimiento con una plegaria, coreada por vírgenes, entre ellas la angelical Micol, cada vez más enamorada del predestinado David, que realza con sus melodías la imploración.

El segundo acto nos traslada al valle de Terebinto, donde están acampadas las fuerzas judías, exageradamente abatidas por un revés militar y desconcertadas por la inercia del Rey, a quien trastornan rudamente el anatema y la predicción de Samuel. Manifestándole Jonathás el desastroso efecto de su inacción, responde:

¡Ay del momento en que del sueño se alza
El dormido león! Si en Terebinto
Pensaron ver la tumba de mi gloria,
Los que no ocultan su rencor dañino,
Con espanto sabrán que se engañaron,
Cuando les pruebe que mi inercia ha sido
La calma que precede a la tormenta.

Como impunemente viene insultando a los israelitas el gigan-

tesco filisteo Goliath, promete Saúl, a quien le mate, la mano de Nicoln y, exención de tributos, a su tributo; pero nadie osa acometer la empresa. Lo hace, al fin, David, traído al campamento por Micol para sosegar con su arpa el ánimo de su padre. Poética es la partida de aquel bizarro joven, mientras entonan los guerreros una plegaria por su triunfo. Siguen una hermosa escena, entre Sela y Micol, sobresaltada ésta, relativamente al éxito del combate, y un monólogo del Rey, conjeturando quién le arrebatará la diadema. Vence David y, aunque receloso de él, fíale Saúl sus mejores combatientes para que destruya a los filisteos, desmoralizados por la muerte de Goliath. Con estos magníficos versos expresa el escogido su aceptación:

Transformado mi ser, cunde en mis venas
Santa ambición, que a reprimir no acierto!
¡Se ensancha el pecho, y en el aire aspiro
Del ángel de la guerra el ígneo aliento!
Al combate, guerreros! La columna,
Celeste guía que alumbró el desierto
Do vagaban las turbas peregrinas,
Brilla a mis ojos con fulgor eterno!
Senda de gloria ante mis pasos abre,
Y al poder de sus místicos destellos,
Allá del porvenir entre las sombras
Divino arcano, atónito, contemplo.
Oh dichoso Israël! Pueblo bendito!
¡A ti te llama altísimo decreto
A poseer al vencedor monarca
Que ha de imponer su yugo al universo!

Es de mucho efecto el final del acto: entre aclamaciones de su entusiasmada hueste, parte David; con amor le contemplan Jonathás, su fidelísimo amigo y la tierna Micol; invadido por la sospecha y la envidia, torvo el semblante, exclama Saúl: "Oh... qué recelo!"

En el acto tercero vemos a Sela tejiendo la corona nupcial de Micol, próxima a casarse con su adorado David. ¿Cómo no ceder a la tentación de copiar las siguientes palabras del último a su novia?

Grandes son del Señor las maravillas
Y estupendas sus obras soberanas.
Yo admiro su poder en esos cielos,

En donde el sol espléndido levanta
Su refulgente trono, y a raudales
Vierte la vida en su fecunda llama.
La admiro de la noche silenciosa
En la honda paz y en la solemne calma,
Mientras la luna, recorriendo el éter,
Con sus destellos nítidos los esmalta,
O lo pueblan ejércitos de estrellas
En muchedumbre que a la mente pasma.
Lo admiro, al ver al mar embravecido
Romper sus olas en la humilde playa,
Y a la tierra ostentar—con orden vario—
Sus llanuras, sus valles, sus montañas,
La inmensa variedad de sus productos,
La profusión de sus corrientes aguas
Y, por doquier, la multitud de seres
Que nacen, viven, se unen, se propagan.
Mas nunca, nunca del Autor divino
La paterna bondad bendijo mi alma
Con tanto fuego y gratitud tan viva
Como al mirar tus virginales gracias,
Cuando sentí que por la vez primera
Le dijo al corazón: "Ríndete y ama,
Que la mujer hermosa e inocente
Es la más bella de mis obras santas!"

Quizás parezca inoportuno, en una obra teatral, el trozo lírico anterior; mas, teniendo en cuenta el lugar y la época y cuán excelso poeta era David, debe aplaudirse.

Qué contraste! Mientras con alborozo general se están celebrando las bodas y, hasta sereno Saúl, abre su corazón a la esperanza y el contento, le participa un labrador que Samuel está moribundo, y le repite sus proféticas palabras. Relativas éstas al Redentor, las interpreta el Rey como referentes a David, por lo cual, renovada su monomanía, ordena al envidioso general Abner que le mate en el templo mismo donde se está casando. Quiere Jonathás correr a evitar el crimen, pero le manda el Soberano detenerse y se cruzan estas frases:

JONAT. (*Con firmeza.*)
No debo obedecerte.
SAÚL. Temerario!
Contra mí te rebelas?...
JONAT. ¡Contra el crimen,
Y al salvar a David, tu gloria salvo!

Arráncale el Rey su espada y la rompe. Desolada sobreviene Micol, ignorando que el atentado es obra de su padre, y logra conmover a éste con sus penetrantes súplicas; ya se iba aplacando la tempestad; pero, sabiendo Saúl por Abner que han preservado a David el pueblo y los levitas y que le ha entregado el jefe de éstos la espada de Goliath, trofeo guardado en el tabernáculo, dispone el inmediato degüello de todos los sacerdotes. Colmando las emociones del espectador, aparece Samuel, a quien un labriego había supuesto expirante en Rama, y produce una escena sumamente trágica y notable, según comprueba el siguiente fragmento:

SAMUEL. ¿No oyes
El confuso clamor que, aquí llegando,
Viene a arrullar mi sueño perdurable?
... ...
Es el lamento
Que se levanta en torno del cadalso,
Do cabezas augustas rodar deben!
... ...
Aun no han caído
Bajo el golpe crüel... Están postrados...
Piden por ti al Señor... piden que sea
Temporal tu castigo, y que descanso
Te dé la eternidad.

SAÚL. Samuel!

SAMUEL. Oh! mira!
Levantan unos sus cabellos canos,
Descubren otros delicados cuellos,
Do sólo pesan juveniles años!
... ...
Las víctimas se postran; los verdugos
Ya elevan la segur.

SAÚL. Detenla, anciano!

SAMUEL. (*Con voz profunda.*)
Cayeron, rey! no existen los levitas!
La sangre tiñe sus ropajes blancos,
Salta de sus verdugos hasta el rostro,
Y se extiende, formando inmenso lago.

SAÚL. (*Retrocediendo con horror, como huyendo de la sangre.*)
Ah!...

SAMUEL. (*Deteniéndole.*)
Tente! Suena la guerrera trompa...
Se escucha el galopar de los caballos...
Rehaciendo su fuerza el filisteo,
Nuestro suelo infeliz cubre de estragos,
Y la muerte—que diezma nuestras tribus—

Pide otras presas de valor más alto!
SAÚL. (*Aterrado.*)
Basta!
SAMUEL. No basta, príncipe sacrílego!
¡La corona depón y el cetro sacro,
Que los levitas ante Dios te citan,
Y David llega a recoger tu manto!
SAÚL. ¿Quién llama aquí a David?
SAMUEL. Lo llama el trono!...
Y a tí, el juicio de Dios.
SAÚL. (*Llevando la mano al puño de su acero.*)
¡Profeta infausto,
Yo te haré enmudecer!
SAMUEL. (*Que, agotadas sus fuerzas, vacila y luego cae.*)
Suelta el acero...
Lo estás viendo, Saúl... no es necesario...
Mi terrible misión queda cumplida...
SAÚL. Ah!
SAMUEL. (*Expirante.*)
Rogando por ti... mi vida acabo.
SAÚL. Samuel!... Samuel!... No existe!

Concluye el acto anunciando Abner la aproximación de la hueste filistea y exclamando Saúl con enérgica altivez:

Y que me busque, el Dios que me persigue,
De lid tremenda en el sangriento campo,
Do, a su despecho, como a rey me hunda,
Mas no me huelle como a vil esclavo!

En el cuarto y último acto [26] sobresalen la escena III, entre Micol y David, donde creemos oir canto de ruiseñores, contemplar una noche de luna; la terrible consulta de Saúl a la pitonisa de Endor, que le indica la fúnebre peña donde muy presto ha de suicidarse él y confirma sus palabras haciendo aparecer el alma de Samuel, a cuya vista desmáyase el Monarca. Hermoso es, en la escena X, el delirio de aquél. Roto en Gelboé su ejército, divisa el Rey a un guerrero con el casco regalado por él a David, e ignorando que éste, momentos antes, había trocado el suyo con el de su leal amigo Jonathás, se precipita contra él y le inmola. Características son las palabras de Saúl a punto de suicidarse:

26. En él se advierten versos tan defectuosos como éstos:
1o—Cual sus perfumes, que disipó el viento (p. 275).
2o—Aquí me hallará el sol, que ya en la cima (p. 284).
3o—Es la joven Micól, de Saúl hija (p. 285).

Que el cielo y el infierno juntamente
Vengan a disputarse mis cenizas...
¡El poder invencible que me postra
Deshecho me hallará, no de rodillas!

Arrancándose la corona, espirante, dice a David:

¡Toma la herencia
Que anhela tu ambición... Cuando la ciñas
A tu frente, David!, seré vengado...
Que en ella va la maldición escrita!

En cualidades dramáticas aventaja mucho a la tragedia *Saúl,* de Alfieri, con ser tan bella y notable, la que sobre el mismo escribió la insigne camagüeyana. Si supo ésta burilar en bronce, con seguridad asombrosa, el carácter del protagonista, con rafaelesco hechizo pintó a Micol, amante incomparable; a Jonathás, tan admirable hijo como amigo; a David, muy interesante por su ternura, su hidalguía, su heroísmo. Sobre el sangriento sepulcro de Saúl levántase adusta, pavorosa, la expiación, señalando con dedo el cielo, como fuente del supremo castigo a las maldades y extravíos humanos. Ignoro si de intento nos presenta la Avellaneda la lucha entre el sacerdocio y la soberanía temporal, simbolizados aquí por Samuel y Saúl; lucha tan rica de perturbaciones tremendas en la edad media y que, para mengua de la humanidad, aun no ha cesado en absoluto.

IV

BALTASAR

En *Baltasar,* [27] el más potente y alto vuelo de su inspiración, la obra maestra de quien había escrito composiciones escénicas tan señaladas cual *Munio Alfonso, El Príncipe de Viana, Saúl,* quiso la Avellaneda presentar el hundimiento de una civilización disoluta exhausta y el alba de la que hoy ilumina las principales naciones del mundo. Al efecto, aprovechando la obscuridad que reina tocante a Baltasar, voluptuoso e insignificante colega de Nabonid

27 Representado en el teatro *Novedades* (Madrid) en 1858.

en el solio de Babilonia, personificó en él saciedad indecible, el absolutismo, la falta de toda creencia; en Elda y Ruben, la redención de la mujer y el esclavo, gracias al cristianismo, trascendental evolución del género humano, que tanto la ha falseado con sus delirios, flaquezas o perversidad. No histórico, sino profundamente filosófico y religioso es el presente drama.

Por deplorable lisonja a la reina D.ª Isabel II y su consorte D. Francisco de Asís, dedicó su gran producción al recién nacido Alfonso XII y juzgó pertinente, para que el obsequiado se enterase, en venideros años explicar su propósito al emprender su trabajo, propósito que substancialmente he manifestado. Envolviendo su concepción en el prestigio y las pompas de Babilonia, inmensa ciudad del Eufrates, perfumada por jardines aéreos, protegida por maravillosas murallas, con cien puertas de bronce; apelando a toda la hermosura del habla y la versificación de Castilla, irresistiblemente subyuga nuestra compatriota la admiración.

Comienza el drama en el calabozo del anciano, ciego y destronado rey hebreo Joaquín, leyéndole su hija adoptiva Elda, virgen de diez y seis años, un trozo de Jeremías, relativo a la desolación de Jerusalén; después, una profecía respecto a la restauración de aquella ciudad. Llega la reina Nitocris, madre de Baltasar, para llevarse a la doncella, cuyo canto quizás despierte el corazón del Monarca. Sin saberlo, es aquella señora instrumento del sátrapa Babsares, que anhela dominar a su amo, valiéndose de la judía; pero no contaba con la invencible pureza de ella e ignoraba sus amores con Ruben, noble y gallardo joven, nieto del cautivo. ¡Con cuánto hechizo recuerda Elda a su amante en horas de la prisión, embellecidas por la ternura!

¿Doquier que miras,
No hallas, caro Ruben, recuerdos tiernos
Que estimar debe el triste que los deja?...
Allí, al primer destello matutino
Que traspasaba por la angosta reja,
Orábamos los dos al Ser divino;
Y el pajarillo que acudir solía
A recoger un grano de mi diestra,
Sus dulces cantos jubiloso unía
Al triste son de la plegaria nuestra.
Allá tomamos el frugal sustento,
Que antes bendijo la paterna mano,
Y en ese banco se adurmió el anciano

Dándole arrullo mi amoroso acento.
. . . . . .
Y luego, luego brillará la estrella
A que dimos, los dos, nombres ignotos,
Y cada noche se aparece bella,
Testigo a ser de nuestros tiernos votos!

Apenas casados Ruben y Elda, sustituyendo Joaquín al sacerdote, aquélla es conducida a Palacio por Rabsares, suceso de cuyas peligrosas consecuencias avisa al reciente esposo y al destronado monarca el profeta Daniel. Así describe éste a Baltasar:

Desde la cuna, potente,
dichoso desde la cuna,
no encontró gloria ninguna
que conquistarse valiente.
Todo lo tuvo al nacer;
de todo pudo abusar;
poseyó sin desëar
y disfrutó sin placer.
Vió en sus dioses vanos nombres,
sus caprichos en las leyes,
su herencia en el mundo... ¡y greyes,
viles greyes, en los hombres!

Transpórtanos el segundo acto al alcázar, donde obsequian a Baltasar sus ministros. El, harto de lujo y adulaciones, rechaza con el pie las guirnaldas que, arrodilladas, le ofrecen hermosas mujeres, a las cuales desdeña mirar. Así desahoga su aburrimiento:

¿No hay más que viejo esplendor?
no hay más que pompa gastada...
placeres que se acumulan,
y ni aun vil antojo encienden...
hermosuras que se venden
y cortesanos que adulan?

Dame—no importa a qué precio—
alguna grande pasión
que llene un gran corazón,
que sólo abriga desprecio!
Enciende en él un deseo
de amor... o de odio y venganza;
pero dame una esperanza,
de toda mi fuerza empleo!
Dame un poder que rendir...

crímenes que cometer,
venturas que merecer
o tormentos que sufrir!
. . . . . .
Dame, en fin, cual lo soñó
mi mente en su afán profundo
algo... más grande que el mundo,
algo... más alto que yo!
. . . . . .
Hazme olvidar un momento
mi inmensa felicidad!

Parecen de Byron o Leopardi tan soberbias estrofas, dictadas por embriagadoras e inasequibles aspiraciones, la desesperación, el hastío, el escepticismo; en ellas percibirá un eco del corazón de la Avellaneda quien recuerde cómo describe ella su alma [28] en la poesía *A mi amigo Zorrilla.*

A su madre Nitocris, que le exhorta a hacer cumplir las leyes, contesta Baltasar:

¿Y será el mundo más bueno
si ese cuidado me afana?
No lleva la especie humana
desorden, vicio, en su seno?
Castigo y premio, señora,
qué bienes han producido?
Lo mismo que antes han sido,
no son los hombres ahora?

Con qué verdad y terrible sarcasmo responde a la misma, cuando le encarece la imitación de inmortales ascendientes:

Los hizo dioses el mundo,
a par que polvo la muerte!
Yo no haré guerra,

28 Un alma al par incomprensible, loca,
Que siempre en pos de una ilusión delira;
Que en su anhelar codicia cuanto mira;
Que en su desdén desprecia cuanto toca,
. . . . . .
El mal acoge cuanto el bien concibe.
Y ansiando la verdad, sigue el engaño.
Cuando sus alas la ambición despliega,
Al infinito intrépida se lanza;
Cuando a encogerla el desaliento llega,
Ni el tiempo breve a soportar alcanza.

que brinde pasto a los cuervos,
por un palmo más de tierra
y un rebaño más de siervos.

¡Qué abismo de amargura y desengaño revela el Monarca, al señalar, como su dolencia, el existir! Citándosele, cual tipo, a Nabucodonosor, opone este epigrama:

Se fué a olvidar entre fieras
la gloria de regir hombres.

Por pérfida indicación de Rabsares, manda Nitocris a Elda que cante para distraer a Baltasar; pero ella se excusa, recordando su condición de cautiva y que solamente el ave es capaz de gorjear para deleite de quien la encierra. Sin mejor éxito, prescribe lo mismo el Soberano, quien dice a la joven:

¿Y se ignora
entre esa turba judía,
que de su rey y señor
es la voz sagrada ley?
ELDA. En ti ven su vencedor,
pero no acatan su rey.

Explicando Rabsares a Baltasar la renuencia de la virgen, notíciale que Joaquín, considerado su padre, se halla preso. Manda el Rey devolverle su libertad y asignarle renta. Muy agradecida Elda a tales favores, descubre en breve su motivo, al oir del bienhechor estas palabras:

Para mí solo tus cantares guardo;
Para mí solo tu hermosura altiva!

Cuándo él, incapaz de comprender su pureza y dignidad, le brinda, a trueque de caricias, bienes en profusión, se ve rechazado con esta noble altivez:

¡Te pido, Baltasar, aquel respeto
A que tiene derecho la desgracia!

Si bien contento de haber encontrado estímulo a sus deseos y

algo que le entusiasme, se va impacientando Baltasar y siente impulsos de violencia, por lo cual dice a Elda:

Son leyes mis antojos;

las de Dios guardo, responde ella serenamente.

Arrebatado, al fin, el Rey, ásela por un brazo, pronto al mayor ultraje; pero interpónese Ruben. Enfurecido por los improperios de éste, aun más que por la resistencia de la judía, se regocija de sentir inesperadas emociones y exclama con elocuencia suma: *Ah!... corazón!*, esto es, ya no soy un muerto-vivo, un ser galvanizado, ya siento! Al oir Elda su orden de conducirla al harem, se desmaya; prefiriendo Ruben la muerte de ella a su deshonra, lánzase a inmolarla; pero le detiene Baltasar, quien, alegre de encontrar a un hombre que se le oponga, exige a sus cortesanos y guardias que le dejen solo con el judío, con quien traba combate y al cual desarma. Pidiéndole Ruben reiteradamente que le mate, responde:

Ese Dios justo
Que todo lo ordenó con su sapiencia
Y del que debe ser remedo augusto,
Hizo—mostrando su alta providencia—
Que presa del lëon fuese el cordero;
Del águila el milano; del milano
La paloma indefensa. El mundo entero,—
Obra estupenda de la excelsa mano!—
Doquier la ley te muestra inexorable,
Que hace que al débil lo devore el fuerte,
Al chico el grande, el rico al miserable...
¡Esto tu suerte explica, esto mi suerte!

Perdónale, porque le debe la emoción de ardiente saña y la de haberse sentido hombre.

Sobreviene el destronado Joaquín, a quien han devuelto su libertad y llevado a Palacio y arde en ansia de hacer partícipes de su ventura a Elda y Ruben. Informado por éste de que han ultrajado a la primera, patéticamente pide al Señor un rayo de luz para sus ojos, busca espada y camino para castigar al tirano; mas le cierra el paso el profeta Daniel, diciendo que solamente a Dios corresponde la venganza.

Con los siguientes versos manifiesta Baltasar, en el tercer acto, su transformación moral:

Parece que el universo,
que entre brumas se sumía,
renovado se alza y bello.
Parece que vida ardiente
circula por su ancho seno
y que, al calor poderoso,
yo también, yo me renuevo!
... ...
Yo vivo al fin! Yo deseo!

No menos sugestivo es lo que dice después:

Me confunde!—Los dos seres
más débiles, más abyectos,
que muestra en su extensa escala
la humanidad que desprecio
¿cómo han logrado la gloria
de agitar mi augusto pecho,
despertando en él impulsos
de que me asombro... y me alegro?
Una mujer y un esclavo
me han resistido!... Yo siento
que hay un poder que rendir
en una mujer y un siervo!

Manda que en su serrallo impere Elda y, aconsejándole Rabsares que la aisle, para conquistarla más fácilmente, responde él con nobleza:

Qué importa una mujer más?
Yo aspiro a un alma, no a un cuerpo.

Hace válido suyo a Ruben, por su entereza; pero aquél, Joaquín y Elda, le piden permiso para volver a Judea, donde vivirán humildes y venturosos. Tanto por haber dispuesto el Rey que agregar a los dioses babilónicos el de los judíos, como por hallarse en Palacio Joaquín y, sobre todo, Ruben, que amagó con su acero la vida del Soberano, ansía entrar el amotinado pueblo y derramar la sangre del animoso israelita. Ordena Baltasar abrir las puertas para exigir a la feroz muchedumbre que se postre ante Elda, a la cual, como esposo, adornará con el manto de Semíramis. Entonces revela Ruben que es Elda su mujer. Enfurecido el Monarca de haber esperado hallar en hombres la verdad, nuevamente sepulta a Elda en la esclavitud y arroja a Ruben en las fauces de la furia

popular. De tan espantosa manera concluye el acto; salvo en el final, es inferior al segundo.

En el cuarto y último, no como sibarita, sino cual jugador perdidoso, que, por si acaso, aventura su postrer moneda; cual náufrago que, rehuyendo el abismo donde habrá de hundirse, convulsivamente agarra el más endeble objeto, procura el Rey olvidar en suntuoso festín el reciente fracaso de sus esperanzas e ilusiones. Confúndense con las risas, las festivas palabras, la incitante música, el siniestro y bronco retumbar del trueno.

Desmelenada, con el traje en desorden, demente, aparece Elda, solicitando, en su delirio, el perdón de Rubén. Después ,señalando, espantada, el sitio que ocupa Baltasar, exclama:

Una tumba!
Y otra!... y otra!... y otra!... y cien!...
Cien tumbas el suelo brota,
y nunca el tesoro agota
que fúnebre ostenta!
... ...
Pensé hallarme en un palacio...
y es un vasto cementerio!

Desmayada se llevan a la judía y propone un sátrapa este brindis [29] infame:

por la pobre loca hebrea
que tan a tiempo llegó
para aumentar del banquete
el desorden seductor.

—*Bien!*—contesta Baltasar—; *por ella!* —*Y por tu gloria!*— agrega el ex-rey Joaquín, presentándose inesperadamente y que, entre otros sarcasmos, le asesta el siguiente, muy acerbo y de suma aplicación:

Tú a los hombres les enseñas
que es su destino el dolor...
pues si dueños les da el mundo,
no les guarda el cielo un Dios.

29 En la escena VII, a la cual pertenece aquel, encuéntrase la transposición:

Y hasta que a romper el sol
no salga ese manto obscuro.

muy extraña en la autora.

Como añade que existe un Ser Omnipotente, ante el cual son iguales el monarca y el esclavo, Baltasar, por escarnio, con un vaso del templo de Salomón en la mano, brinda por el Rey de reyes, ante el cual está citado; pero, al punto, derriba las estatuas y apaga las luces violenta ráfaga acompañada por trueno retumbante; al mismo tiempo, con ígneos caracteres, en la pared opuesta al déspota, escribe una mano sobrenatural las palabras *Mane, Thecel, Phares,* [30] que, en breve, interpreta Daniel. Sobreviene Rabsares anunciando que Ciro y sus persas han penetrado, por fin, en la ciudad, que tenían sitiada desde hacía tiempo. Corre Baltasar a combatirlos; le hieren mortalmente y, antes de expirar, dice:

Mas la verdad resplandece!...
El Dios que al hombre engrandece...
ése... ése es el verdadero! [31]

Vaticina Daniel la construcción del templo de Jerusalén, donde resonaría la voz del Redentor. Incendia la reina madre Nitocris el alcázar de sus mayores para que no sea trofeo de los triunfantes enemigos.

Digno cuadro final de obra muy admirable, grandiosa; cuadro hecho, en que nada necesitaría inventar un pintor: el profeta Daniel leyendo solemnemente lo porvenir, el destronado y ciego Joaquín escuchándole, de rodillas, embelesado; el Palacio ardiendo; Nitocris aguardando la muerte sobre el cadáver de su hijo Baltasar, mientras, hollando escombros, penetran los vencedores en el salón, momentos antes, deslumbrador, donde, al son de música, entre flores y voluptuosas mujeres, se saboreaban ricos manjares y deleitables vinos.

D. Juan Valera y D. Pedro Antonio de Alarcón, dos eminencias españolas, de universal renombre, juzgaron a *Baltasar* del modo más favorable, sin ofensa de la verdad. Según el primero, hay en la expresada obra, "no sólo aquel acierto dichoso que cautiva la atención del vulgo y le conmueve o distrae; no sólo aquellos primores y delicadezas que proceden de la completa inteligencia del arte, de la práctica y buen tino, con que el arte se ejerce y del magistral conocimiento y dominio del idioma, sino que hay tam-

30 Según el Diccionario Enciclopédico de Larousse, *Mane* significa: «Dios ha contado los días de tu reinado y prescrito su término»; *Thecel* «Te han pesado, resultando tú muy leve»; *Phares* «Tu reino será dividido.»

31 Bien fácil hubiera sido mejorar este verso trabajoso.

bién elevada y legítima hermosura, en cuya creación y manifestación no caben ya procedimientos ni reglas''.

''Se acusa a la Sra. Avellaneda de que ha tomado del *Sardanápalo,* de Byron, para su *Baltasar;* pero, bien examinada esta acusación, carece de razonable fundamento. Hay, sin duda, semejanza entre ambos dramas; pero esta semejanza no es otra que la existente entre los hechos históricos que les dan asunto, y aun así, no es tan grande como vulgarmente se cree.'' ''La tendencia de ambos dramas es aún más opuesta que los caracteres de sus protagonistas.'' Al terminar su artículo Valera, afirma que es *Baltasar* una de las más excelentes producciones de que puede gloriarse la moderna literatura dramática.

Con entusiasmo y elocuencia da cuenta de *Baltasar* el autor de *El sombrero de tres picos*: lo considera un ''cuadro que por su índole y grandeza pertenece al género de la pintura mural, de la pintura de los grandes tapices o de los frescos asombrosos de Miguel Angel, que pasman y empequeñecen al que los mira''. La figura del mencionado rey presenta ''un dibujo tan inflexible, conserva un colorido tan igual, habla y obra tan en consonancia consigo mismo, que dudamos que nuestros anales dramáticos conserven muchos caracteres tan profundamente desentrañados y tan sabiamente sostenidos. Una intuición, que sólo es dada al verdadero genio, ha permitido a la Sra. Avellaneda analizar el corazón de su héroe hasta el punto de señalarnos el origen y progreso de sus vicios, el germen muerto de sus virtudes, los resortes ocultos de sus pasiones...

''Ni qué admirar más en todo esto? Los conceptos o la versificación? La frase o el giro? La concepción o la armonía? Como obra poética—en esto convendrán todos, hasta los más profanos del arte—*Baltasar* es una joya de insuperable valor.''

Muy análogo es el dictamen del gran literato Menéndez y Pelayo, para quien *Baltasar* es una obra maestra, ''no sólo por la ejecución brillantísima, a la vez que madura y reflexiva, sino por la profundidad del pensamiento histórico y por la grandeza misantrópica del personaje principal, que puede ser hermano o pariente del *Sardanápalo* byroniano, pero que de fijo no es trasunto de él''. [32]

32 En el V volumen de la definitiva colección de sus obras, reprodujo la Avellaneda los juicios de Valera y Alarcón; el de Menéndez y Pelayo puede verse en el tomo II de la «Antología de poetas hispano-americanos».

OTRAS OBRAS DRAMÁTICAS DE LA AVELLANEDA

Además de la piezas examinadas, compuso o imitó la Avellaneda otras, de las cuales únicamente quiso conservar *La hija de las flores o todos están locos, Oráculos de Talía o los Duendes en Palacio, La verdad vence apariencias, La aventurera, La hija del rey René, El millonario y la maleta, Catilina, Tres amores, Recaredo.*

La hija de las flores, comedia original, en tres actos y en verso, muy bien acogida por el público madrileño, en 1852, es inverosímil, pero agradable; nótanse deliciosos rasgos en la fantástica protagonista *Flora.* ¿Cómo no reproducir estos lindísimos versos de la escena V., en el acto II?

Juntos del monte en las faldas,
juntos del bosque a la sombra,
flores nos darán alfombra!
flores nos darán guirnaldas!
Correremos, Luis querido,
cual cervatillos gemelos,
por todo el campo florido...
o cual pichones de un nido,
que al par emprenden sus vuelos.
Juntos nos verá, al brillar,
la aurora; juntos el sol
su ardiente rayo al lanzar
y al sepultarse en el mar
tiñéndole de arrebol.
Juntos—sin que nos dé espanto
de la noche el rostro austero—
a cada hermoso lucero
de los que bordan su manto,
pondremos nombre hechicero.
Y si te aduerme el frescor,
para arrullarte, Luis mío,
cantaré un himno de amor
que aprendí del ruiseñor
en una noche de estío.

Mal recibida por la crítica, al revés del público, fué la comedia original, en cinco actos y en verso, *Oráculos de Talía o Los duendes en Palacio,* absolutamente inferior a celebradas piezas de Lope, Moreto o Calderón. En el encumbramiento del poeta po-

brísimo D. Fernando de Valenzuela a primer ministro de la vasta monarquía española, quiso condenar la Autora el funestísimo error de conferir cargos públicos, sin averiguar primero si para ellos poseen las necesarias condiciones los agraciados. Un periódico afirmó, sin embargo, que a la composición faltaban pensamiento filosófico, fin moral. Como hubiese aprovechado la Avellaneda en los siguientes versos, tres de un satírico de la época de Carlos II,

¿Es cosa rara en España
que el togado mande en guerra
y el literato en marina
y el militar en hacienda? [33]

los creyó de la poetisa el erudito D. Aureliano Fernández Guerra, y, poniéndose lastimosamente en berlina, los calificó de incomprensibles en aquel tiempo, en que no se conocían *tales lindezas*. Probando la verdad y la justicia son más raras que los diamantes negros, quién la acusó de enaltecer a Valenzuela; quién, de trocarle en sandio; tachó éste sus descuidos e incorrecciones; celebró aquél su versificación y estilo. Aunque inverosímil, en ocasiones, agrada la comedia.

Brillantes son, en el acto IV, las redondillas de Valenzuela a su amante la camarista Eugenia:

¿Veis allá tanto esplendor,
tanto fausto, tanta gloria?...
Pues todo es polvo y escoria
para un alma sin amor.
Veis tan brillante ese cielo,
los campos con verdes galas,
y al batir sus frescas alas
las auras con blando vuelo,
no respiráis los olores
del tomillo y la verbena?
Pues todo eso causa pena
si el alma está sin amores!
Que es amor el sol fecundo
del alma: solo él, señora,
alumbra, esmalta y colora
cuanto hay de bello en el mundo.
... ...
Pues cuanto concibo y veo

33 Acto II, escena III, p. 239.

por su prisma, todo alcanza
lo vago de la esperanza,
lo infinito del deseo.
Por él es el resplandor
del cielo blanda sonrisa,
y un suspiro cada brisa
y un emblema cada flor.
Y es himno de alta armonía
el rumorcillo más leve
del insecto que se mueve,
del pajarillo que pía,
del arroyo que serpea
con murmurio soñoliento
y de los soplos del viento
cuando la rama cimbrea.
¡Que todo de amor va en pos
y todo, amando, se sabe,
pues el amor es la clave
de los misterios de Dios!

Sumamente divertida y prueba de la flexibilidad de la Avellaneda es la pieza en dos actos y en prosa, *El millonario y la maleta.*

Inspirado en el *Werner* de Byron, variando el plan, los caracteres, las situaciones, produce mucho efecto *La verdad vence apariencias,* drama en dos actos y un prólogo, en verso. Pensaba la Avellaneda refundirlo enteramente; mas no lo realizó por su mala salud.

Más que imitación libre de *La aventurera,* escrita por el aplaudido autor francés Emilio Augier, puede llamarse obra original la que en 1853 dió a la escena, con igual título, nuestra compatriota. Según D. Antonio Romero Ortiz, "en el cuadro de la Sra. Avellaneda es donde se descubren los rasgos más correctos, los perfiles más delicados y las medias tintas más suaves".

Patéticamente, con maestría, se nos muestra en Natalia a una mujer que, nacida con instintos buenos, traficó, durante algún tiempo, con su hermosura, trastornada por la miseria y los amaños de vil protector; pero que, al fin, repugnando su mefítico ambiente moral, su mal adquirida riqueza, intenta casarse con un sexagenario, a fin de poder contarse entre

esas madres, esas vírgenes
puras, castas, pudorosas,
que el hombre más libertino
nunca sin respeto nombra.

Desvanecidas sus esperanzas, retírase a un convento, legando su caudal a doncellas pobres. ¡Oportuno contraste entre ella, roída por vergonzosos recuerdos, por remordimientos, y Luisa, que ama con limpio corazón, plácida la conciencia, alta la frente! Rotas sus falaces y lujosas galas, bañado el rostro en lágrimas de íntimo arrepentimiento, póstrase el vicio ante la augusta virtud. Dice Natalia a Luisa:

Usted no alcanza
lo que, en acerba vigilia,
a una infeliz sin familia,
sin sostén, sin esperanza,
llega a decirle al oído
la miseria inmunda y fea;
usted no alcanza qué sea
el honor por pan vendido.

Con la severidad de quien jamás ha pecado ni tiene experiencia, responde Luisa:

Un ánimo fuerte
en la desdicha mayor,
prefiere al pan el honor,
y antes que el crimen, la muerte!

Sofísticamente, pues cabe en la mujer más energía de la que suele pensarse, replica la excortesana:

¿Y es posible en la mujer
un esfuerzo tan viril,
y el no alcanzarlo hace vil
al que llaman frágil ser?
... ...
Si al nombrarnos no han mentido,
que no nos pidan virtud.

Prefiriría el espectador que no fuera Eduardo, el propio hijo del enamorado anciano, quien, para impedir sus bodas, se finja prendado de Natalia. Es notable la escena entre la última y él (la octava del acto tercero), según acreditan estos fragmentos:

EDUARDO. Tú a mi madre reemplazar!
Tú, que a tu sexo mancillas!
De rodillas!... de rodillas,

aquella santa al nombrar!
NATALIA. Recuerde que habla a una dama.
EDUARDO. Miente quien así te llama,
pues no tiene sexo el vicio!
NATALIA. No es noble quien hace alarde
de humillar a débil ser.
EDUARDO. La impúdica no es mujer,
como no es hombre el cobarde!

La moral de la obra está contenida en estas palabras de Natalia.

Es enorme sinrazón
que la ley de expiación
sólo alcance a la mujer
y que el hombre, juez severo
de faltas de que es autor,
blasone de seductor
y, después, de justiciero.

Duele advertir en producción tan valiosa las incorrecciones siguientes: el uso de "iracundia", por "cólera"; [34] emplear "con sí", en vez de "consigo"; [35] anteponer indebidamente el adjetivo "mismo", como en esta redondilla de la página 158:

Si el bello y santo pudor
que nos defiende y sujeta,
la misma fuerza respeta
y protege el mismo amor.

"Ciento" no se sincopa, pospuesto. ¿Cómo pudo parecer a la Avellaneda verso este renglón:

De ser ministro de tu bondad rara?

¿Es verosímil que el Marqués, a quien importaba realzar su ficticia nobleza, diga de su tío:

conde de Tuspa, Jorullo,
Colina y otros volcanes? [36] (pág. 139.)

34 Pág. 112; En mi terrible iracundia.
35. Pág. 158: Ser con sí misma crüel.
36. Los errores geográficos contenidos en estos versos son quizá intencionales.

En la comedia *Tres amores,* en prosa, en tres actos y un prólogo, quiso presentarnos la insigne escritora tres especies del afecto indicado: la que nacida de la presunción y la sensualidad, no piensa en el hogar; la que, brotando de exaltada fantasía, es capaz grandes cosas y, ante la mezquina realidad, para en menosprecio; la que, arraigada en noble corazón, tendiendo siempre hacia el cielo serena, alegremente, arrostra sacrificios y pruebas y es, por lo tanto, la sola verdadera. Así juzgó la obra el distinguido literato cubano D. Aurelio Mitjans: "El interés y originalidad del asunto y la belleza de sus situaciones culminantes constituyen suficientes méritos para redimirla de la indiferencia, y ni la crítica ilustrada más razonada y fría desconocerá que presenta no poco que admirar. Quizá se podría decir que ninguna obra de la Avellaneda, de las que tratan asuntos modernos, ofrece más variada y hermosa expresión de los afectos humanos. El alma de Matilde (la protagonista) aparece con tan inimitable relieve, que creemos palparla, cuando analiza tan serenamente su desvanecido amor, que nació del entusiasmo y del orgullo". [37] Por tales méritos, superiores con mucho a sus defectos, particularmente inverosimilitudes, debió la composición, al representarse en Madrid (1858) obtener nutridos aplausos; pero, gracias a villanas intrigas, sucedió todo lo contrario. Padeció fracaso igual el eximio Racine, al ponerse en escena su *Atalía,* joya de la literatura universal, y, desconsolado, rompió su áurea pluma.

RESUMEN

Si como poetisa lírica, no ya en la literatura española, en la del mundo, ocupa brillante puesto Gertrudis Gómez de Avellaneda, más encumbrado aún es el que le corresponde por sus obras dramáticas, en lo cual se parece a Schiller. Así como la catedral de Milán, con su rico material, su grandiosidad, sus bellezas, sus primores, es incomparable sinfonía en homenaje a la Virgen Madre, las tragedias y dramas capitales de la Avellaneda, con la magnificencia de sus versos, el esplendor de su inspiración, la profundidad de sus pensamientos, los encantos de su estilo, son, si me permiten expresarme así, tribuna de gran lección, de trascendental concepto: lo mismo vemos en Esquilo, Sófocles, modelos

37 «Estudio sobre el movimiento científico y literario de Cuba.»

inmortales. Es una escala de Jacob la poesía dramática, entendida de tal manera, es un templo, de donde sale el hombre, bañado en la luz de nobles ideas el entendimiento; palpitante, el corazón, de amor a Dios, a la patria, a la virtud.

Como dice con su habitual acierto Menéndez y Pelayo, produjo la Avellaneda un teatro notabilísimo y que no alcanza toda la fama por él merecida. "En la elocuencia trágica, no cede ella a ninguno de sus contemporáneos, y, en corrección y buen gusto, los aventaja a casi todos, salvo Hartzenbusch. Tiene su manera original, intermedia entre la tragedia clásica y el drama romántico, tomando de la una la pompa y majestad; del otro, la variedad y el movimiento... Todos los elementos ajenos están fundidos en un sistema dramático propio, que si no puede darse por forma única y definitiva de la tragedia moderna, parece, a lo menos, la única forma en que la tragedia neoclásica francesa e italiana puede resucitar." [38]

El reputado literato inglés Mr. Jacobo Fitmaurice Kelly, ante cuyo tribunal han desfilado los escritores españoles, desde el siglo XIII hasta el año 1900, juzga a la Avellaneda con una deficiencia e inexactitud en él extrañas, pues se reduce a reconocerle *imaginación, fogosidad y sentimiento de la armonía;* califica de notable su tragedia *Saúl,* y afirma que, tanto en la novela, como en la escena, suele ser imitadora habilísima, que sigue las vicisitudes del gusto con alguna vacilación, pero con gracia encantadora, y concluye asignándole el primer puesto entre las poetisas españolas. .

Si, encargado de un monumento a la Avellaneda, me consultase un escultor, le diría que, en una cumbre, junto a la cruz, colocase a la egregia camagüeyana pulsando su lira; en derredor, las estatuas de *Munio Alfonso, El Príncipe de Viana, Saúl* y *Baltasar,* simbolizando sus obras capitales; al pie, Cuba y España ofreciéndole coronas de laurel.

APÉNDICE

En su *Tratado de los romances viejos,* t. II, págs. 32-3, dice en una nota Menéndez y Pelayo: "El parricidio del caudillo toledano fué llevado a las tablas con gran fortuna por el estro arrogante de

38 Prólogo al tomo II de la «Antología de poetas hispano-americanos».

D.ª Gertrudis Gómez de Avellaneda en su tragedia *Alfonso Munio,* representada en 13 de junio de 1844, y titulada luego con más propiedad histórica, *Munio Alfonso.* La egregia poetisa cubana, que se preciaba de no sé qué fantástico parentesco con el alcaide de Toledo, encontró el argumento de su drama en el conocido libro genealógico de Rodrigo Méndez Silva: *Ascendencia ilustre, gloriosos hechos y posteridad noble de Muño Alfonso, Alcaide de la ciudad de Toledo, Rico hombre de Castilla* (Madrid, 1648). Es de sentir que no consultase directamente la Crónica de Alfonso VII, para dar más color histórico a su drama, que así y todo tiene grandes bellezas. El tercer acto, lleno de misterioso prestigio y de terror trágico, es al mismo tiempo eminentemente teatral, y si el efecto decae en el cuarto, no decaen ni un punto en todo el drama la noble entonación del estilo y la plenitud de la versificación, dentro del molde algo abstracto de la tragedia clásica.''

EL ROMANCE EN CUBA (*)

POR LA DRA. CAROLINA PONCET

I

CONSIDERACIONES SOBRE LA POESÍA POPULAR CUBANA

Los romances no han constituído nunca en Cuba un género literario popular, lo que sorprende, si se tiene en cuenta que en la época de la Conquista y durante los años subsiguientes alcanzaban aquéllos su apogeo en España.

En efecto: durante el reinado de los Reyes Católicos no sólo era el octosílabo asonantado la forma poética popular por excelencia, sino también metro dilecto de los poetas cultos y cortesanos, quienes distraían sus largos ocios, ya componiendo romances ori-

* Dr. Juan Gómez de la Maza y Tejada, Secretario General de la Universidad de la Habana.

Certifico: que de los antecedentes que existen en la dependencia a mi cargo, aparece, que en los días ocho y nueve de Enero de mil novecientos trece, practicó los ejercicios del grado de Doctor en Filosofía y Letras, la Srta. Carolina Poncet y de Cárdenas, obteniendo calificación de sobresaliente, leyendo y sosteniendo la tesis número cincuenta y siete del cuestionario respectivo que a la letra dice: *El Romance Octosílabo en Cuba*, y que, según informe del Sr. Decano de la Facultad de Letras y Ciencias, aparece, en comunicación suscripta por el Sr. Presidente del Tribunal que actuó en dichos ejercicios, que éste recomendó al Decano de la Facultad expresada que se publicase la aludida tesis en la REVISTA DE LA FACULTAD DE LETRAS Y CIENCIAS.

Y por decreto Rectoral, dictado en instancia de la interesada, expido la presente, autorizada con el Vto. Bno. del Sr. Rector y sello de esta Universidad, en la Habana, a diez de Abril de mil novecientos catorce. Vto. Bno. El Rector.—(F.) *Dr. Berriel.* (F.) *J. Gómez de la Maza.*—Hay un sello.

Academia Nacional de Artes y Letras.—Secretaría General.—Reunidos los abajo firmados por designación de la Academia Nacional de Artes y Letras, para constituir el Jurado del Concurso anual de la Sección de Literatura, han decidido, después de un extenso cambio de ideas y de impresiones, emitir el siguiente laudo:

Una sola obra ha sido presentada a este Concurso: el estudio que sobre *El Romance en Cuba* ha escrito la Srta. Carolina Poncet y de Cárdenas. Responde dicha obra a las condiciones exigidas en las bases del Concurso; es, según se pedía en dichas bases, un libro de crítica sobre asunto cubano, y tiene el número de páginas requerido. Por otra parte, aunque este trabajo había sido presentado como tesis universitaria para optar al grado de Doctor en Filosofía y Letras, un año antes, y en las bases propuestas por la Academia se exigió que el trabajo, de ser publicado, lo fuese en el año en curso, o que, de lo contrario, fuese inédito, el Jurado, después de analizar este aspecto de la

ginales, ya glosando y refundiendo los populares y viejos. [1] Hacia mediados del siglo XVI, el gusto de los españoles por los romances comienza a acusarse por la publicación de volúmenes dedicados a ellos especialmente.

Desde el año de 1550 al de 1700—según dice acertadamente un autor—apenas se encuentra un poeta español que no haya cultivado ese metro [2], habiendo llegado en el siglo XVII "a constituir la delicia y regalo del pueblo español. Solazábase con ellos el soldado en sus marchas y campañas y el arriero al atravesar con su recua las ásperas sierras"; "así penetraron en las bulliciosas orgías de los ladrones y vagos como en las suntuosas mesas de una nobleza espléndida y opulenta o en las importantes ceremonias de la iglesia..." "No ha existido en los tiempos modernos género alguno de poesía que con tanta rapidez se haya difundido en las masas populares, ninguno que se haya encarnado tanto en el carácter nacional. [3]

Y es tanto más sorprendente que el romance haya sido siempre aquí planta exótica, si se tiene en cuenta, no sólo que la mayoría de los invasores llegaba de regiones españolas fertilísimas en romances, sino también que el nuevo país parecía ser propicio al género, ya que el pueblo sojuzgado tenía como cantos nacionales algo que, según autorizadas opiniones de contemporáneos, guardaba cierta analogía y semejanza con el romance español. En efecto,

cuestión, ha decidido aceptar como inédito el trabajo de la Srta. Poncet, estimando que no tiene el carácter de publicidad necesaria el haberlo presentado en un ejercicio universitario, ya que no se dió a la estampa después.

Admitido a Concurso el libro de la Srta. Poncet, el Jurado ha decidido concederle el *primer premio,* en atención al laudable esfuerzo que este trabajo representa, a la labor de investigación que su autora ha debido realizar y a la contribución estimable que de ese modo se aporta al estudio de la Historia Literaria de Cuba. No ha lugar a la adjudicación de los demás premios del Concurso.

Y en fe de lo expuesto se levanta la presente acta en el Salón del Ateneo de la Habana, a los nueve días del mes de Noviembre de mil novecientos trece.—*José M. Carbonell. Aurelia del Castillo de González. Dr. Guillermo Domínguez. Max Henríquez Ureña. M. Márquez Sterling.*

Es copia del acta original que aparece agregada al expediente que obra en esta Secretaría, formado para el Concurso de la Sección de Literatura, del año de mil novecientos trece.—(F.) *R. A. Catalá, Secretario General.*

1 "Largo sería, en efecto—dice Amador de los Ríos—el catálogo de los trovadores que, durante la primera mitad del siglo XV y en los primeros días del XVI consagraban su musa al cultivo de la poesía popular designada con el nombre de romances"... "No desdeñando ya los poetas de la Corte de los Reyes Católicos el contarse entre los poetas ínfimos, eran los cantares de que la *gente baja e de servil condición* se alegraban, muy aceptos a los que se tenían por doctos, y solaz propio de caballeros el cantar y hacer romances... *Hist. Crítica de la Lit. Esp.* Vol. 7, cap. XXII, págs. 462 y 463.

2 Ticknor, *Hist. de la Lit. Esp.* Madrid, 1854, tomo III, cap. XXXII, pág. 268.

3. Idem, íd., pág. 271.

López de Gómara describe así las ceremonias religiosas hechas en honor de un ídolo en la Española: [1] "... comenzaban a cantar uno *como romance viejo* en loor de aquel dios. Levantábanse todos a responder; en acabando el *romance* mudaban el tono y decían otro en alabanza del cacique." Y más adelante, al hablar de las costumbres, agrega: "areito es como zambra de moros, que bailan cantando *romances* en alabanza de sus ídolos y de sus reyes, y en memoria de victorias y acaescimientos notables y antiguos; que no tienen otras historias." [2]

Los soldados de la Conquista tenían la imaginación saturada de romances castellanos, e indudablemente los trajeron a Cuba, como los llevaron después a otras comarcas americanas. [3] Acaso en la tranquilidad de las tibias noches tropicales alguno de aquellos aventureros, sintiendo la nostalgia de la patria lejana, repitiera conmovido el antiquísimo romance que dice:

Yo salí de la mi tierra
para ir a Dios servir
y perdí lo que había
desde mayo hasta abril...

O bien un perseguidor de indios, tratando de ennoblecer su cruel conducta, comparándola con la de los esforzados de la Reconquista, murmurara entre dientes el romance del Maestre de Calatrava:

¡Ay, Dios, qué buen caballero
el Maestre de Calatrava!
¡Cuán bien que corre los moros
por la vega de Granada!
... ...
Cada día mata moros,
cada día los mataba,
vega abajo, vega arriba,
¡oh, cómo los acosaba!

1 Francisco López de Gómara. *Hispania Victrix.* Primera y segunda parte de la *Hist. Gen. de las Indias. Hist. Primit. de Indias. Biblioteca de Autores Españoles de Rivadeneyra,* vol. I, p. 173 y siguientes.

(2) Idem, pág. 174. Aunque estas palabras aluden a la Española, pueden hacerse extensivas a Cuba, pues los areitos cubanos eran del mismo género que los de aquella isla.

3 Según se desprende de la lectura de algunos capítulos de la *Historia de la Conquista de Nueva España,* de Bernal Díaz del Castillo, y de la *Historia de las Indias,* de Herrera, los fragmentos de romances eran cita frecuente en la conversación de los conquistadores de Méjico, y hay que tener en cuenta que éstos procedían en su mayor parte de Cuba, de cuyas nacientes villas habían sido fundadores y vecinos.

Y no sería extraño que, pensando en la desgraciada suerte de Doña Isabel de Bobadilla, algún encomendero atravesara las tortuosas callejuelas de San Cristóbal de la Habana, recitando las palabras que la musa popular puso en boca de la desventurada reina María de Aragón:

. . . . . .
Maldigo la mi fortuna
que tanto me perseguía,
para ser tan malfadada
¡muriera cuando nascía!
. . . . . .
¡Oh, muriera en aquel punto
que de mí se despedía
mi marido y mi señor
para ir a Berbería!
. . . . . .

Quizás también las arriesgadas expediciones partidas de Cuba, ya las noticias de las fantásticas victorias de Cortés y sus compañeros, ya las desgraciadas y trágicas excursiones a la Florida, como también la defensa de los solitarios villorrios de nuestras costas contra las agresiones de piratas y corsarios, encontraran en Cuba anónimos juglares que las narrasen, y así como la conquista de Granada que acababa de tener coronamiento dió lugar a muchos romances, la de América originara en estas tierras algún pequeño ciclo, olvidado inmediatamente en las mismas agrestes selvas en que naciera; pero ningún vestigio literario existe que pueda autorizar esta hipótesis.

Verdad es que tampoco se conserva ninguna poesía cubana de otro género, producida en aquella lejana época, siendo preciso recorrer más de un siglo después del Descubrimiento para hallar las primicias de nuestra musa, que despierta con composiciones amaneradas y eruditas. Aparecen éstas incluídas en cierto documento titulado *Historia de la Isla y Catedral de Cuba,* del Obispo Morell de Santa Cruz, y consisten en un poema, un motete [1] y

1 De aceptarse—como hasta ahora se ha hecho—la autenticidad de dicha historia, este motete sería la primera composición escrita conservada en Cuba, pues según se afirma en el *Espejo,* fué cantado en una fiesta en celebración del rescate del Obispo Altamirano, o sea, cuatro años antes de la fecha en que se dice haber sido escrito el poema en que se incluye.

seis sonetos de *al principio*. Titúlase aquél, *Espejo de Paciencia* [1] y se dice que fué escrito en 1608 [2] por Silvestre Balboa Troya y Quesada, isleño de Canarias avecindado en Puerto Príncipe, quien a propósito del secuestro del Obispo Fray Juan de las Cabezas Altamirano por el pirata Gilberto Girón, cantó el rescate que del prelado hicieron los vecinos y la venganza que luego tomaron del secuestrador. Está escrito en octavas reales, estrofa que para los asuntos americanos de esa índole habían puesto de moda Ercilla en su famosa Araucana, y Juan de Castellanos con sus tediosas *Elegías de Varones Ilustres de Indias*. Juzgando por el ligero examen que hemos hecho del *Espejo de Paciencia*, se diría que al autor de este poema le tenían preocupado los laureles de Castellanos, que fué su modelo.

Los seis sonetos aparecen insertados al frente del poema, según era la moda de la época, como obra de Pedro de las Torres Sifuentes, Cristóbal de la Coba Machicao, Bartolomé Sánchez, Juan Rodríguez Sifuentes, Alonso Hernández el Viejo y Lorenzo Lazo de la Vega y Cerdo, poetas vecinos también de Puerto Príncipe, siendo además los cuatro primeros de ellos nacidos en Cuba, según afirma el Sr. Néstor Ponce, [3] que poseía una copia del curioso documento. [4]

Se diría que, rendida por tan desmayados esfuerzos, la poesía guarda en Cuba un largo silencio que dura hasta el siglo XVIII. Por esos tiempos el romance había ya pasado de moda en España, entre los poetas cultos, si bien se cultivaba aún por los populares; [5] pero en Cuba ni aun los que tuvieron tal carácter mostraron afición por dicho metro.

Ese poco gusto de nuestros versificadores por el romance lo

1 "*Espejo de Paciencia*, donde se cuenta la prisión que el Capitán Gilberto Girón hizo de la persona del Ilustrísimo señor don Fray Juan de las Cabezas Altamirano, obispo de la Isla de Cuba en el puerto de Manzanillo. Año de mil seiscientos cuatro. Dirigido al mismo señor Obispo por *Silvestre de Balboa Troya y Quesada*, natural de la isla de Gran Canaria, vecino de la villa del Puerto del Príncipe."

2 La carta dedicatoria que se incluye a continuación del prólogo está fechada en Julio 30 de 1608.

3 *Revista Cubana*, tomo XV, pág. 385. De dichos sonetos se han publicado dos: el de Juan Rodríguez Sifuentes y el de Pedro de las Torres.

4 Dicho manuscrito se encuentra en poder de su hijo el Sr. Julio Ponce de León, que ha tenido la amabilidad de facilitárnoslo.

5 Ticknor (obra cit. vol. IV, ap. B., pág. 200), hablando de la afición de las clases cultas por el romance viejo, afirma que "con el advenimiento al trono de la rama de Borbón se extinguió casi por entero"...; añadiendo luego: "pero la masa del pueblo continuó fiel y constante en sus aficiones, como lo prueban suficientemente el testimonio del P. Sarmiento y el hecho de haberse seguido imprimiendo casi sin interrupción en forma popular y en pliegos sueltos".

explican varias razones: en primer lugar no ha sido jamás afecto el cubano a la poesía narrativa, que es la que mejor se adapta al romance, por lo mismo que la gran libertad de esta clase de rima la aleja menos de la prosa. En segundo lugar, la misma vaciedad de conceptos que caracteriza a la muelle poesía popular cubana—cuyo sentimiento dominante es un amor pueril y quejumbroso, amor a flor de piel, que no refleja la emoción intensa que de seguro bulle en el corazón de un pueblo demasiado vehemente y apasionado—necesita como compensación, la melodía y el ritmo de una estrofa aconsonantada, artificiosa y pulida en su forma. Por último, el *oído musical* que todos los críticos reconocen a los cubanos [1] no se satisface con las combinaciones asonantadas sólo en sus versos pares, como el romance, o como el cantar popular español que se encierra a veces en el terceto, sino que exige una estrofa cadenciosa y rica en consonantes. La décima o espinela, por sus rimas repetidas e ingeniosamente dispuestas y por la harmoniosa distribución de sus acentos, fué el metro preferido de la poesía popular cubana, siendo de advertir que, estando dicha estrofa compuesta de versos octosílabos, se aparta menos que otras de la tradición métrica popular española.

Lo cierto es que los más antiguos poetas de nombre conocido que florecieron en Cuba en el siglo XVIII tienen una marcada predilección por la décima. Bachiller nos dice que "los hombres maduros de la época usaron casi siempre la décima como el metro más naturalizado en el país", [2] y cita al doctor Palomino, que escribió décimas filosóficas; a D. Manuel González de Sotolongo, de quien se conserva una décima en latín, [3] y por último, a José Ro-

1 La observación la hizo Antonio Bachiller cuando dijo: "La consonancia era una necesidad para los oídos músicos que da el cielo a los nacidos en una tierra llena de poesía" (*Apuntes para el estudio de las Letras y de la Instrucción Pública de la Isla de Cuba*", tomo II, Habana, 1860, cap. XXXII, pág. 38), palabras que fueron parafraseadas por Menéndez y Pelayo cuando, refiriéndose a los poetas cubanos, habló del "... oído armónico de que la naturaleza parece haberles dotado y que los hace en extremo sensibles a los prestigios de la música y al halago del metro". (*Introducción a la Antología de Poetas Hispano-americanos*, tomo 2, pág. 53.)

2 *Apuntes* cit. Tomo II, pág. 38.

3 Por curiosidad incluímos aquí la décima escrita en latín y dedicada a Manuel del Socorro (que debió ser el poeta bayamés Manuel del Socorro Rodríguez) y que tomamos del vol. II, págs. 40 y 41, de los *Apuntes* de Bachiller, quien dice "reproducir la ortografía literalmente".

¡O Enmanuel! tuus aspectus
Ut ni albedine nullus
Dicit sum equus et mulus
Quibus non est intellectus:
Viscibile est defectus
Et ideo tendunt intenta

drígnez Ucres, más conocido por Fray Capacho, poeta con ribetes de popular y primer escritor dramático cubano en el orden cronológico, a quien se deben numerosas décimas jocosas, no exentas de cierta gracia, aunque afeadas frecuentemente con excesivos y forzados juegos de palabras. [1] Añadamos a éstos los nombres de Lorenzo Martínez Avileira y Mariano José de Alva, poetas villareños de aquella época, de quienes Manuel Dionisio González conservó algunas espinelas en su historia de la Villa de Santa Clara. [2] Posteriormente Rubalcava y Zequeira, a pesar de sus tendencias clásicas, no desdeñaron emplear de vez en cuando ese metro [3]. Mas a juzgar por la producción poética del siglo XIX, los vates cubanos de esta centuria prefirieron emplear en sus composiciones formas más sabias y cultas y versos más largos y majestuosos.

Donde verdaderamente florece la espinela es en la poesía genuinamente popular cubana. No quiere esto decir que la predilección por la décima en esa época haya sido peculiar sólo a nuestro país, como parecen dar a entender la mayor parte de los escritores cubanos que se han ocupado de esta materia, siendo lo cierto que la misma afición extremada por dicha estrofa existía por entonces en España, desde donde probablemente nos fué importada, como todos los gustos, costumbres, modas, etc., de aquella época. [4] Pero lo

At Sacrata fundamenta
Per quae cristianismus meus
Asserit, quod fecit Deus
Tum homines, quam jumenta.

1 Entre otras escribió *Décimas* sobre su viaje a Veracruz y *El Aficionado al Número Siete*, en el mismo metro. También se conservan fáciles quintillas suyas, entre ellas, las *Quejas de un Amante despreciado a su Dama y la Contestación de la Dama Desengañada*. Estas composiciones y las décimas a Veracruz figuran en un cuaderno que imprimió Boloña en la Habana, 1823.

2 *Mem. Hist. de la Villa de Sta. Clara y su jurisdicción*, por Manuel Dionisio González. Villaclara, 1858, págs. 456, 459, 460.

3 V. las *Poesías* del Coronel D. Manuel de Zequeira y Arango, Habana, 1852, y las *Poesías* de Manuel Justo Rubalcava, Cuba, 1848.

4 Como demostración de esta verdad bastará transcribir (ya que el recordar la frecuencia con que era usada la décima por escritores españoles notables de esta época y anteriores, no probaría su carácter popular) lo que sobre la décima en España dice un escritor francés que vivió largos años en la península, durante el último tercio del siglo XVIII: "He visto versificadores españoles muy poco conocidos sostener desafíos poéticos que hubieran asustado al más fecundo e ingenioso de los nuestros. He visto a algunos inventar, en un abrir y cerrar de ojos, estrofas de diez versos ajustadas a un ritmo siempre igual, estrofas conocidas con el nombre de *décimas*. Uno de los asistentes da por asunto el último de esos diez versos que inventa al azar, lo que se llama "echar pie". Al instante el improvisador recita otros nueve, de los cuales el verso prescrito debe formar el fin natural, y con frecuencia ni la rapidez de esas composiciones improvisadas, ni la doble traba que ata al autor, dañan su mérito. Son éstos, por lo menos, pequeños *morceaux* burlescos, cuya recitación enfática desarruga las frentes más graves, en los que las leyes del buen sentido se estropean algo a veces;

cierto es que, como dice Antonio Bachiller, "las décimas son el metro popular de Cuba. En décimas canta el hombre del pueblo, décimas se improvisan en las mesas de sus modestos festines y en décimas se pretende conservar la memoria de los acontecimientos notables en esta tierra de eterna primavera". [1]

En efecto, con este último fin la utiliza el pueblo para recordar el más trascendental suceso que conmovió la sociedad cubana del siglo XVIII: la toma de la Habana por los ingleses. Con motivo de este episodio se produjo un pequeño ciclo popular, de carácter por lo general burlesco o satírico (lo cual era muy del gusto de aquellos tiempos) y siempre hostil a los británicos, y más especialmente al Gobernador Peñalver; [2] su interés es puramente histórico y no merecen ser consideradas literariamente.

Hay que añadir a esas composiciones otras dos menos vulgares escritas en el mismo metro: la *Dolorosa y métrica expresión del sitio y entrega de la Habana dirigida a nuestro católico monarca el señor D. Carlos III por una poetisa de la misma ciudad,* y *La relación y diario de la prisión y destierro del Ilmo. Sr. Dr. D. Pedro Morell de Santa Cruz, etc.",* obra del Presbítero Diego Campo.

De la primera sólo conocemos dos fragmentos, bien desgraciados, que aparecen en la *Historia del Reinado de Carlos III en España* por Antonio Ferrer del Río, [3] quien la examinó manuscrita

pero en los cuales las reglas de la versificación son rigurosamente observadas.—J. F. Bourgoing. *Tableau de l'Espagne Moderne,* 4.ª ed. París, 1807, págs. 392 y 393.

1 *Apuntes* cit. Tomo II, pág. 38.

2 *Cuba. Monografía Histórica que comprende desde la pérdida de la Habana hasta la Restauración española,* por Antonio Bachiller y Morales. Habana, 1883. Al final se incluyen las siguientes décimas:

Pág. 198. "Carta testamentaria de la M. N. L. Ciudad de la Habana, etc." Pág. 200. "Décimas del año 1762 acerca de la entrega de la Habana a los ingleses, etc." Pág. 203. "Avisos caritativos al facineroso Peñalver." Pág. 205. "Otras al intentado y ejecutado atropello del pobre impresor." Pág. 206. "Enferma el tirano Peñalver."

3 Tomo I, pág. 364, dice en una nota a propósito de la "pusilanimidad y falta de consejo" de la junta: "Esta aseveración se haya resumida en el siguiente final de décima de una composición escrita entonces con tal metro:

"Aunque del hado me quejo,
que hubo en el sitio reflejo
(según misterio se encierra)
muchos consejos de guerra,
y faltó guerra y consejo."

En la pág. 572, nota, copia este otro fragmento de la misma obra:

¡Oh cruel destino!, ¡oh dolor!
que, sin ciencia militar,
se llegaba a penetrar
los métodos de vencer,
siendo arbitrio del poder
el no poder arbitrar.

en la Academia de la Historia en Madrid; la segunda la transcribe íntegra López Prieto tomándola de un folleto impreso en la Habana (sin fecha). Es una larga composición pedestre, llena de ripios y sin el menor aliento poético.

En las páginas del *Papel Periódico,* que comenzó a publicarse en Cuba a fines del siglo XVIII, se inserta un gran número de décimas. La primera que aparece es un anuncio de un juego pelota. [1] Luego se leen otras que son, ya entretenimientos puramente literarios, ya décimas burlescas que salen con frecuencia de los límites que aconseja el decoro, ya críticas mutuas entre escritores, especie de inofensivos combates a punta de pluma. Por último, en la *Colección de Poesías* que imprimió Boloña en 1833 [2] y que comprende composiciones escritas en años bastante anteriores, como puede colegirse de las palabras del impresor—dice que se propone por medio de ellas "resucitar recuerdos" y dar "materiales a la historia de las letras sobre *algunos años atrás de esta época* [2]—, y de la fecha en que ocurrieron ciertos sucesos que algunas conmemoran, figuran también muchas décimas sin mérito alguno literario, escritas en elogio de reyes y gobernantes, para conmemorar funerales, describir incendios, despedir personajes, etc. No tienen estas décimas carácter de poesía popular, pero su abundancia muestra claramente lo muy vulgarizada que estaba dicha estrofa y su aplicación para conmemorar acontecimientos locales. En la composición en romance titulada *Sueño del Doctor Don Félix Veranes* [3] abandona el autor la asonancia por la espinela, cada vez que quiere indicar el canto o querella de la principal protagonista, lo que prueba también que a fines del siglo XVIII era la espinela el metro preferido para las canciones.

1 Núm. VIII, del dom. 12 de dic. de 1790. Por curiosidad nada más la copiamos:

Para hoy está prevenido
por gente de bizarría
allá en la Real Factoría
de Pelota un gran partido:
Al Público se ha advertido
por la afición que se nota;
y si nadie se alborota
verán nueve Bascongados (*Sic.*)
muy serenos, bien plantados,
disputar una pelota.

2 *Colección de poesías arregladas por un aficionado a las musas* (en dos vols.). Habana, 1833.

2 V. la dedicatoria de Boloña, dirigida al Comandante Coronel de la Marina de la Habana, vol. I, pág. 2.

3 *Colec.* cit., tomo I, pág. 23.

En el siglo XIX se acentúa el carácter vulgar de la décima, llegando los poetas cultos de la época a abandonarla casi por completo al pueblo, empleándola sólo cuando, por afectación o para lograr un efecto artístico, imitaban a los trovadores populares. Limitada así su esfera, la décima se aplica especialmente a narrar los acontecimientos importantes de la vida de la ciudad: crímenes, catástrofes, etc., o a cantar la vida y amores del campesino. En el primer caso la décima alcanza los honores de la impresión en hojas sueltas, que se pregonan por las calles enunciando un extenso título, síntesis del argumento, siendo por lo general obra de versificadores gárrulos, ramplones e ignorantes. En el segundo caso la décima suele permanecer inédita, y es conservada por tradición oral confiada a la memoria de los campesinos, quienes la cantan para solazar sus horas de faena y en sus días de holgorio. Algunas de dichas décimas han persistido bastante tiempo en esa forma, por lo que casi pueden considerarse como pequeños núcleos de poesía genuinamente popular.

Pero la décima campesina es por lo regular poco persistente, lo que se debe, en parte, a su falta de consistencia, y sobre todo a la gran facilidad que tiene para versificar el guajiro cubano, quien prefiere cantar sus propios versos, o los que compone algún improvisador famoso en la comarca, a repetir canciones viejas que se le antojan pasadas de moda.

Por cierto que pocos tipos tan interesantes encierran nuestros campos como estos silvestres juglares, y pocas escenas ofrece la vida del guajiro tan originales como las reuniones en que dos o tres improvisadores sostienen entre sí largos diálogos en décimas, que acompañan punteando monótonamente sus guitarras. Un viajero español que visitó nuestra patria en el año 1839, conserva el recuerdo de una de esas curiosas veladas que le ofreció, en medio del monte, un guajiro del que fué huésped, y que transcribimos porque constituye una pintura exactísima de esos tipos populares, y del género que cultivan.

"Durante la mesa—dice—nuestros compañeros de cena nos anunciaron que el señor Berruete cantaba muy hermosos versos, y éste, defendiéndose con fingida modestia, nos reveló que los otros dos eran igualmente improvisadores. Por lo cual y a fuerza de ruegos, se prestaron, después del nocturno banquete, a cantar aquellos tres hombres...; los dos desconocidos estaban embozados y el huésped con un frasco de aguardiente al lado..." "En este

estado empezó el canto de los improvisadores. Era un continuado monótono grito; empezaba con impetuosidad y concluía con una cadencia que imitaba bien la languidez y molicie. El conjunto parecía un suspiro prolongado que busca quien lo escuche. Las infinitas décimas que entre los tres improvisaron tenían extremada originalidad; algunas eran dirigidas a nosotros, colmándonos de elogios alambicados y pueriles, pero cariñosos; las más estaban llenas de esa metafísica amorosa de nuestros autores antiguos, y generalmente había un sabor agradabilísimo en aquellas repentinas composiciones. Lo extraño era que los tres monteros seguían una extraña conversación en verso, y era una réplica continua y una lucha de ingenio. Nuestro huésped se dió por vencido, y para darlo a conocer empezó a cantar versos de Calderón.'' [1]

Al sentimiento dominante en la décima popular cubana, el amor, [2] mézclanse con frecuencia frases de alabanza a la ardiente naturaleza de los trópicos, no siendo raras tampoco las consideraciones psicológicas, ni las composiciones enteras que desarrollan un lugar común de filosofía práctica—una filosofía de conformidad, algo estoica, a la que no ha turbado la duda y en la que no hay ni el menor asomo de rebelión. Palma hace notar que el origen de esta inspiración está con frecuencia ''no en la naturaleza, sino en aquellos afectos comunes a la humanidad y cuya expresión han aprendido en las coplas populares de la Península que se han transmitido de boca en boca''. [3]

Refiriéndonos a la última parte de este aserto, bueno es recordar que, en efecto, a mediados del pasado siglo alcanzaban gran popularidad en nuestros campos ciertos trozos de poesía de clásicos españoles, lo que parece probado por las décimas cubanas de aquella época que glosan cuartetas españolas, algunas de las cuales incluyó Palma en sus citados artículos. Y a propósito de esta influencia, recordemos el testimonio de D. Jacinto Salas y Quiroga, quien afirma, en pasaje citado por nosotros más arriba, haber

1 *Viajes de D. Jacinto Salas y Quiroga. Isla de Cuba.* Tomo I, Madrid, 1840, págs. 209 y 210.

2 En relación a este sentimiento dominante las décimas campesinas se dividían antes en distintas clases. La Condesa de Merlin, al pintarnos el *guajiro* típico, al que llama "la perla de los guajiros, trovador inagotable"... nos dice que recorría el país cantando sus "*décimas de celos, décimas de amor dichoso, décimas de venganza* y de *pasión*" "La Havane"—París, 1844—, carta XXII, pág. 231. Andueza, en su "Isla de Cuba Pintoresca", Madrid, 1841, pág. 10, dice que había décimas "de ablandar y conseguir, de celos, a lo divino y a lo humano".

3 *Cantares de Cuba,* estudio publicado en la *Rev. de la Habana* de Mendive y García, tomo III, 1854, pág. 296.

oído cantar versos de Calderón a nuestros campesinos. Palma nos dice que "es muy frecuente oir en los campos décimas íntegras de Espinel, Calderón, Lope de Vega y Castillejos", llegando a afirmar que "sería difícil discernir, entre la multitud de décimas glosadas que se oyen en nuestros campos cuáles son las compuestas por los naturales del país". [1]

Pero estas consideraciones a que nos ha arrastrado el atrayente estudio de la poesía cubana de carácter popular, nos apartan de nuestro tema. Volvamos a él consignando antes, como resumen, que si se aprecia en conjunto la producción literaria de Cuba, se advertirá que mientras más carácter popular haya tenido o pretendido tener una tendencia literaria, mayor habrá sido la importancia concedida en ella a la décima. A ésta, pues, se deberá acudir de preferencia en busca de los elementos populares de nuestra poesía.

II

EL ROMANCE COMO PRODUCCIÓN ARTÍSTICA EN CUBA

Haciendo contraste al desbordamiento de la décima puramente lírica o satírica, el romance se arrastra en Cuba lánguido y pobre. Los muy pocos que se conservan del siglo XVIII, no son narrativos y carecen de elemento popular: ejemplo de ello son los que produjo José Surí Aguila, improvisador callejero, semiculto, natural de Santa Clara (1696-1762), del que conservó recuerdo Manuel Dionisio González en su *Memoria histórica*. González afirma que en medio del campo de labor había despertado la inspiración del juglar villareño, quien "entonó allá sus primeros cantares alusivos a las tareas que a la sazón emprendía". [2]

Pero no incluye ninguna de esas poesías, acaso las más interesantes de Surí, cuya espontaneidad debió ser marchitada posteriormente por estudios mal preparados. Prefiere darnos muestras de lo que fué luego su género predilecto: composiciones en honor de Santos de la Iglesia [3] que declamaba el autor ante las imágenes en los días de fiestas religiosas. Su facilidad de improvisación se hacía patente sobre todo en la festividad del *Corpus*, pues Surí

1 Loc. cit.

2 Obra cit., pág. 431.

3 En la citada Memoria figuran los siguientes romances: "A la Purísima Concepción", pág. 434; "A San José", pág. 436; "A la Virgen del Carmen", pág. 438; "En la festividad del Corpus", pág. 439.

recitaba en los altares erigidos en el trayecto de la procesión, no *saetas* en el estilo de las que en algunos lugares de España *disparan* los poetas devotos, sino largos y fastidiosos romances, llenos de alusiones paganas y de nomenclatura científica. Otras dos composiciones en ese metro, dedicadas a *Udeliquia* y a *Sodalia,* nos muestran cómo entendía nuestro vate la poesía galante. [1]

A más de los de Surí, hay que citar en el siglo XVIII una especie de romance escrito al terminar la ocupación inglesa y que es una pésima y burda sátira al Gobernador Peñalver, [2] a quien despide con estas palabras:

Adiós, señor Peñalver,
que no me quiero cansar,
y el consuelo que te tengo
que te he de ver guindar.

La muestra basta para comprender que esta composición, como las otras que incluye Bachiller sobre el mismo asunto, no tiene el más exiguo mérito literario. Por lo demás, como la parte monorrima se reduce en ella a veinte versos, pues las tres primeras y las dos últimas estrofas tienen rima variable, y como carece de la relación y sucesión de ideas que caracterizan al romance, parece más bien ser una serie de cantares sueltos, unidos arbitrariamente por el impresor.

Y no nos detendremos tampoco a estudiar los poquísimos romances que figuran en los primeros años del *Papel Periódico,* ni la *loa* del carro con que el gremio de pardos celebró la coronación de Carlos IV en 1879, [3] ni los romances de Félix Veranes, [4] Bergaño, etc., porque fuera del metro, ningún otro carácter tienen del romance. En el mismo caso están los que conocemos de Zequeira [5] y Rubalcava [6] y los pocos que se conservan de los primeros años del siglo XIX. Empleábasele en medio de composiciones de otro metro, cuando el consonante forzado había fatigado ya al poeta; para largos recitados métricos de artificiosa palabrería, etc.

1 Idem, págs. 439 y 440.

2 Bachiller y Morales, *Monografía* cit., pág. 209.

3 Dicho romance, firmado M. G. (¿Miguel González?) aparece en la pág. 257 del primer vol. de la *Colec. de Boloña* cit. Está atiborrado de citas clásicas, de las que son las más curiosas: *Las nueve Musas, Jano, Saturno, Minerva, Marte,* el *Pegaso, La Fuente Castalia,* etc.

4 *Colec. de Boloña* cit., pág. 23. "Sueños del Presbítero Félix Veranes."

5 *Poesías del Coronel D. Manuel de Zequeira y Arango,* Habana, 1852, páginas 196 y 172.

6 *Poesías de Manuel Justo Rubalcava,* Cuba, 1848, págs. 17 y 56.

Para hallar un ensayo de aplicación del romance como género en nuestra patria, es preciso llegar al segundo tercio del siglo XIX, ésto es, a la época en que el romanticismo triunfa y en que el romance se rehabilita en España bajo la influencia de la entonces nueva escuela. Cuba secundó ese movimiento, tratando de adoptar el romance como forma de expresión de lo que se quería tomar como espíritu popular y de raza: esto es, para pintar la vida y costumbres del *guajiro*, describir fingidas escenas de los siboneyes; narrar algunos acontecimientos de nuestra entonces breve historia, o cuentos y leyendas más o menos verídicos sobre determinados tipos populares.

Los romances producidos dentro de estas tendencias, son como es natural, artísticos: en ellos la parte narrativa es muy reducida o nula; el elemento descriptivo predomina; el diálogo—si lo hay—es poco o nada movido y a veces declamatorio, y los sentimientos e ideas del autor se reflejan constantemente en la composición, superponiéndose a los elementos objetivos.

Pasemos a considerar los principales poetas que se han distinguido en estos romances.

La generalidad de los autores que han escrito sobre nuestra literatura convienen en que fué Domingo Del-Monte el primero que cantó en romances asuntos verdaderamente cubanos.

Ya en 1833 Ignacio Herrera Dávila llamaba "Inventor de los Romances Cubanos" [1] al *Bachiller Almodóvar*—, pseudónimo con que había publicado Del-Monte sus romances en *La Moda o Recreo Semanal* en 1829 [2]—; afirmando además que "Heredia y el Bachiller Almodóvar, poetas distinguidos por sus conocimientos literarios, fueron los *primeros* que en la Isla de Cuba dieron el digno ejemplo de cantar en sus índicas liras las bellezas físicas y las *costumbres* de su país". [3] Ramón de Palma, en su estudio sobre los *Cantares de Cuba*, que hemos citado ya, dice que no conoce ningún poeta anterior a Domingo Del-Monte que "hubiese fijado la consideración en la parte poética y pintoresca así del carácter como de las costumbres de nuestros guajiros. A él debemos el pri-

1 *Rimas Americanas*, publicadas por Ignacio Herrera, tomo I, Habana, 1833, Prólogo, pág. V.

2 *La Moda o Recreo Semanal del Bello Sexo*, Habana. Tomo I, números correspondientes al 7 de Noviembre de 1829, pág. 11; 14 de Noviembre ídem, pág. 31; 2 de Enero 1830, pág. 140; 16 de Enero ídem, pág. 174; 20 de Marzo ídem, pág. 317. Tomo II, núm. de Octubre 2 de ídem, pág. 320 y siguientes.

3 Obra cit. Página IV.

mer acorde de la poesía verdaderamente local que ha producido nuestra lira.'' [1] Por último, los compiladores de *Cuba Poética* van más adelante al afirmar que ''Del-Monte fué *el primero* de nuestros literatos que se esforzó por emancipar la literatura de nuestro país, pretendiendo formar una propia al escribir sus *romances cubanos,* esas ligeras composiciones en que con lozano estilo y sabor que recuerda a los buenos hablistas españoles ha pintado algunas escenas de nuestros campos y hecho brillar como de relieve nuestros tipos populares, etc''. [2]

Aquí se nos presenta ya un pequeño conflicto en la historia de nuestra literatura, pues viene a reclamar para sí la paternidad del género un humilde y obscuro bardo, Francisco Pobeda y Armenteros, quien declara en varios lugares, ya en verso, ya en prosa, haber sido el verdadero creador del género.

Así, en su *Viaje al Parnaso,* dice:

> Yo, que fuí el *propagador*
> de *romances provinciales,*
> sufrí el mayor de los males
> al ver que en el Pindo entraron
> algunos que me plagiaron
> mis pobres originales.

En su composición *A Cuba* lleva más adelante su pretensión, llegando al extremo de sostener que fué el primer poeta que cantó la naturaleza cubana:

> Entonces te canté por vez primera,
> pensil hermoso de la esfera indiana;
> yo abrí la senda, y otros vates luego
> describieron tus frutos y tus plantas.

Pero donde más explícita y vanidosamente hace valer sus derechos—y por cierto que dando argumentos para negárselos—es en el prólogo de su edición de Poesías de 1863. [3]

''Han transcurrido treinta y dos años—dice—después que por

1 Artículo citado, pág. 279.

2 *Cuba Poética,* colec. escogida de las comp. en verso de los poetas cubanos desde Zequeira hasta nuestros días. Directores: José Fornaris, Joaquín Lorenzo Luaces. Segunda ed. Habana, 1861, pág. 57.

3 *Poesías de Don Francisco Pobeda,* ''El Trovador Cubano'', Sagua la Grande. No consigna año, pero una especie de proemio firmado por Manuel Francisco Valdés está fechado en 1863. Nuestra citación es de las págs. 5 y 6.

primera vez canté la Naturaleza Cubana. Este humilde canto vió la luz pública en *El Ramillete Cubano,* impreso en la tipografía de D. José Boloña"... "Ninguno, *ninguno* hasta aquella fecha dedicó a Cuba sus armoniosos cantos, y sólo *yo* que en el centro de cien cayos de Monte, formados por las quemas de las Sabanas, admiraba los bellísimos panoramas que formaban sus saos, tuve la gloria de armonizar con destempladas cuerdas un canto a Cuba. Ningún otro había emprendido tan digna acción..." Y agrega luego: "... es muy rara la poesía dedicada a mi Cuba desde el año 30 que no tenga envuelta en los pliegues de sus líneas alguna idea, alguna frase de este olvidado vate." Y más tarde insiste: "Sin presunción de inteligencia aspiro a que el lector imparcial me conceda lo que tanto he merecido—el título de *Cantor de Cuba.*"

"Distingamos: no El Primer cantor de Cuba, no: pero sí El *primero* que cantó a Cuba: y si existiese una prueba que me contraríe este aserto, sírvanse todos mis émulos justificarlo ante el público presentando los datos."

En pro de Pobeda se han declarado algunos de nuestros escritores, entre ellos el estudioso López Prieto, para quien aquél fué "*el primero* que cantó las espléndidas galas de su naturaleza (habla de Cuba) y retrató fielmente las costumbres de nuestros guajiros, sus fiestas y sus amores". [1]

El mismo Del-Monte, afirma, según el testimonio de Calcagno, [2] que Pobeda fué el primero que intentó "cubanizar la poesía". Triay proclamaba que Pobeda había dotado a la Bibliografía Cubana de la verdadera poesía de la tierra. [3] Mitjans, después de conceder a Del-Monte el haber hecho "algo nuevo acudiendo a las costumbres cubanas", declara que "Pobeda *le había precedido* cultivando en romances y décimas populares los asuntos campestres que tomaba de la vida diaria, pero sin la idea reflexiva de fundar un género propio de nuestro movimiento poético". [4]

De todas estas opiniones se deducen dos afirmaciones distintas: una se refiere al creador de los romances cubanos; la otra al primer poeta que se inspiró en asuntos cubanos.

Concretándonos al primero de dichos puntos, hay que convenir

1 *Parnaso cubano,* Habana, 1881, pág. 156.
2 *Dic. Biog.,* pág. 523.
3 *Parnaso,* pág. 157.
4 Aurelio Mitjans. *Estudio sobre el movimiento científico y literario de Cuba.* Habana, 1890, pág. 184.

en que, si tomamos al pie de la letra las palabras de Pobeda, no serán necesarias más investigaciones, puesto que declara que sus poesías a Cuba aparecieron por primera vez en 1830, esto es, al año siguiente de haber visto la luz en *La Moda* algunos romances de Del-Monte, y dos años después de haber escrito éste su *Epístola a Elizio Cundamarco*, en la que hace referencia a ellos. [1]

Pero como según dice Bachiller y Morales en sus tantas veces citados *Apuntes*, [2] Pobeda se refería en sus *Rosas de Amor*, publicadas en 1831, a otras obras suyas que habían sido editadas *en diferentes épocas*, sin precisarlas, sería conveniente para salir de dudas, registrar las primeras ediciones de este vate, por si se encontrara en ellas algún romance cubano anterior a 1829, y aun sería bueno afinar la prueba rebuscando en números anteriores de *La Aurora*, de Matanzas, donde también publicó algunos antes de hacerlo en el citado semanario habanero.

No hemos podido llevar a cabo esa investigación, por no haber encontrado en nuestras bibliotecas públicas, los documentos necesarios, [3] pero dados los antecedentes literarios de Del-Monte, su dedicación al estudio, sus conocimientos literarios y sus viajes al extranjero, parece más natural que fuera él, y no Pobeda, el continuador entre nosotros de un movimiento literario cuyo origen hay que buscar allende los mares. En cuanto a cuál fué el primer poeta que se inspiró en asuntos genuinamente cubanos, es preciso convenir en que ni a Heredia, ni a Del-Monte, ni a Pobeda, corresponde este honor, puesto que antes que ellos Manuel de Zequeira había compuesto sus bonitos sáficos *A la Piña*, y Ru-

1 "Epístola a Elizio Cundamarco, poeta americano. 1828." (*Rimas Americanas* cit., pág. 102.)

"... en instrumento humilde
acompañar la simple cantilena
del morador de Cuba, y sus costumbres
campestres retratar: ése es mi canto."

2 A. Bachiller: *Apuntes*, etc. Tomo III, 1861. *Catálogo de los libros y folletos publicados en Cuba*, etc. Pág. 209.

3 No hemos encontrado en las bibliotecas habaneras, colección alguna de *La Aurora*, de Matanzas, pero Del-Monte dice en *La Moda*, (Nov. 7, 1829). "Advertimos que los dos romances cubanos que no ha muchos días se publicaron en *La Aurora*, de Matanzas, fueron sacados del mismo códice que poseemos, y que su autor, por supuesto, es el mismo Br. Toribio Sánchez de Almodóvar, a lo que sabemos, único inventor y componedor de este género de coplas," Al publicar *El desterrado del hato* (Marzo 20, 1830), dice que había sido "ya publicado en *La Aurora*, de Matanzas, pero sin las adiciones y enmiendas que pocos años antes de morir le hizo el Bachiller".

balcava (en caso de que efectivamente corresponda a este poeta el pseudónimo de *Doctor Crea*) sus tres silvas cubanas. [1]

Y antes de pasar adelante rechacemos la opinión sustentada por Fornaris y Luaces al afirmar que Del-Monte se esforzó en emancipar la literatura de nuestro país y que pretendió formar una propia, pues tales intentos—si pueden merecer ese nombre—tuvieron que ser posteriores al año de 1829, año que está dentro de la década en que comienzan a encauzarse las tentativas de emancipación política, y es natural que éstas precedan a aquéllas en algunos años.

Además, era el ilustre venezolano demasiado amante del idioma y de las letras castellanas para pretender tal cosa: así, Menéndez Pelayo no vacila en reconocer que fué "gran celador de la pureza de la lengua castellana y de la conservación de sus antiguos tesoros, e hizo en Cuba tan buen servicio como el Conde de la Cortina en México, oponiéndose a la irrupción de los barbarismos locales y recomendando el estudio de los clásicos castellanos". [2]

Al escribir sus romances sólo quiso Del-Monte, a nuestro juicio, iniciar la formación del romancero cubano, y si trató de reflejar en su obra los tipos y costumbres del país, fué porque bien sabía que la observación de la naturaleza es el único verdadero y fecundo manantial de producción artística.

Por otra parte, los romances cubanos de Del-Monte fueron presentados en *La Moda o Recreo Semanal del Bello Sexo,* de manera tan curiosa que, si no fuera su autor persona tan honorable, y si la rapidez con que dejó identificar su pseudónimo no alejara por completo la sospecha, pudiera suponerse en él un intento de superchería literaria. En efecto, en el número del 7 de noviembre de 1829, se encuentra esta especie de advertencia o introducción: "*Romances Cubanos.*—Con este título ha llegado a nuestras manos por una rara casualidad que quizás algún día referiremos, un códice antiguo manuscrito y algo estropeado por las injurias del tiempo. Tiene un sobre o cubierta de pergamino, y en la primera hoja con caracteres góticos del siglo XVI se lee en varios renglones

1 Aparecieron por primera vez estas silvas en la *Colección de poesías,* de Boloña, cit., tomo II, pág. 275, con el nombre de "Ocios de Guantánamo. Silvas dirigidas al señor Brigadier don Sebastián de Kindelán, el día 24 de Junio del año 1829." Las dos primeras cantan las excelencias del tabaco; la tercera, celebra las frutas cubanas. Baralt, en la colección de Poesías de Rubalcava que publicó en 1848, dió una versión imperfecta de la segunda silva, que creía inédita.

2 Menéndez y Pelayo, *Hist. de la Poesía Hispano-Americana.* Tomo I. Madrid, 1911, pág. 250.

repartidos según el gusto caligráfico de a principios del siglo pasado (*sic*), lo siguiente: Romances Cubanos. Escribíalos por los años del Señor de 1779 (*sic*) el Br. en leyes por la Universidad de la Habana Toribio Sánchez de Almodóvar y ahora este libro lo traslada su nieto D. Martín Sánchez de Almodóvar y Urrea, alférez de milicias y administrador de Renta del pueblo del Guatao.—Guatao 1804." [1]

En dicha publicación vieron la luz los romances titulados *El Desterrado del Hato, El montero de la Sabana* y *El llanero correspondido.* Los dos primeros, mas los que llevan por nombre *El guajiro* y *La Patria,* se publicaron en las *Rimas Americanas* de Herrera Dávila, [2] siendo los más conocidos y los mejores que produjo su pluma. Diferentes por su corte y estilo de las composiciones de la misma índole publicadas posteriormente por otros poetas cubanos, delatan al asiduo lector del Romancero. Menéndez Pelayo no vacila en reconocer que son "de la mejor escuela peninsular" y que en ellos "campea la dicción más tersa y castiza". [3]

En cambio, el anónimo autor de cierta crítica en forma de carta, que con el título de *El Mérito literario de Domingo del Monte* apareció en la revista *El Mundo Nuevo* en el año de 1873, [4] fustiga duramente la obra de éste al rebatir el juicio (excesivamente favorable, es cierto) que sobre la misma emitió Pedro José Guiteras. [5] Repróchale sobre todo a Del-Monte la afectación de arcaísmos, lo reducido de su vocabulario, la corrección afectada, la inmovilidad de carácter, la pretensión de asemejarse a escritores notables, y aun casi llega a negarle estilo. No pesaremos aquí el alcance de estas apreciaciones, relativas a *toda* la obra de Del-Monte, alguna de las cuales quizás hubiera omitido si lo juzgara con el criterio que corresponde a la época en que se formó y comenzó a escribir y teniendo presentes las influencias que recibiera en España, y cierto aspecto de la tendencia literaria de Cuba en aquel entonces; nos concretaremos a lo que dice en particular de los romances. Protesta el citado crítico del título de "inventor de los romances cubanos", que se da a Del-Monte: "Tomar la más española y la

1 *La Moda o Recreo Semanal del Bello Sexo.* Sábado 7 de Nov. de 1829, pág. 10.

2 Obra cit., págs. 58 y siguientes.

3 Obra cit., pág. 252.

4 Nos ha señalado este curioso artículo el Sr. Figarola-Caneda, Director de la Biblioteca Nacional, quien lo supone obra de José Gabriel del Castillo. Aparece en el núm. de Dic. 15 1873, pág. 327.

5 Idem número correspondiente al 15 de Nov. de 1873, págs. 299 y siguientes.

más antigua de las formas del verso—dice—, desnaturalizar un tanto su carácter embutiéndole de tiempo en tiempo la décima o espinela, forma tan popular en España como en Cuba, y tratar de pintar con ella las costumbres de los campos de Cuba, como trataron otros de describir costumbres de España en idéntico metro, no tiene ni puede nunca tener, a mi juicio, el carácter de una invención."

No le falta razón en la primera parte de este aserto: llamarlo *inventor* es acaso excesivo; lo que hizo Del-Monte (y es ya bastante mérito), fué *adaptar* a Cuba y a asuntos cubanos el romance español, teniendo como principales modelos los romances del Duque de Rivas, y los pastoriles. Como en estos últimos romances, en los de Del-Monte la rima asonante cede lugar a la perfecta cuando los personajes que en ellos figuran cantan o se lamentan; pero mientras en los romances españoles se acude en esa circunstancia a diversos metros, Del-Monte emplea de preferencia la décima. De manera que si alguien desnaturalizó el romance cortándolo con otra clase de rima, no fué Del-Monte: el sistema provenía de España, donde se le venía empleando, por lo menos desde el siglo XVI.

En Cuba lo había usado Félix Veranes en su citado *Sueño* mucho antes que Del-Monte; pero fué éste quien lo generalizó, haciéndose luego característico del romance de costumbres cubanas. Encabezando una composición, o intercalado en el transcurso de una larga tirada monorrima, la décima sorprende agradablemente al lector y contribuye a dar al conjunto, además de sabor criollo, cierto aire de verdad, pues realmente la espinela, aunque popular también en España, como hemos visto ya, es en Cuba la genuina expresión poética de los sentimientos y pasiones de la gente campesina.

Como muestra de los romances de Del-Monte transcribiremos a continuación una parte de *El Montero de la Sabana*:

—Tiende, noche, el negro velo,
que tu luz me es enojosa...
tu oscuridad, ¡cuán hermosa
se extiende ya por el cielo!
No te tardes, que en el suelo
tu misteriosa negrura
place más a la hermosura
del dueño del alma mía
que la claridad del día,
que del sol la lumbre pura.—

Así en alto contrapunto
un montero discantaba
por la vereda de un monte
entre el río y la montaña.
No solicita sus toros
ni sus terneras pintadas;
el alma toda ha perdido
y en busca parte del alma.
Mas presto la noche oscura
triplica su manto, y nada
divisa el fino montero:
no importa, que amor lo inflama.
En el distante horizonte
un sordo tronar ya vaga,
ya ruge fuerte en la sierra,
ya con el rayo amenaza.
Del norte el silbido fiero
se escucha, y amedrentadas
las mansas reses se agrupan,
al bosque marchando tardas.
Las nubes se agitan, ruedan
se chocan, y al punto estallan,
y con el rayo se rompen
del cielo las cataratas.
El manso Cuyaguateje,
el de las ondas preciadas,
embravecido ya ruge
y su linde infiel traspasa.
En tanto el firme montero
el temporal mira, y anda,
que no aterran tempestades
su enamorada constancia.
. . . . . .

Muy buen éxito alcanzó el romance de costumbres campesinas de Domingo Del-Monte: muchos poetas contemporáneos suyos escribieron composiciones de la mísma índole, y si no aventajaron en corrección al maestro, en cambio, acentuaron el carácter criollo y provincial del romance, llegando a reflejar frecuentemente en sus producciones un realismo excesivo.

En este defecto incurrió el citado Pobeda, cuyos romances consideraremos en segundo lugar, no por su importancia, sino por haber tratado de él incidentalmente. Para nosotros este imperfecto y fecundo trovador cubano, es digno de recordarse, más por el amor y entusiasmo patrios que continuamente se desbordaban de su corazón, que por el mérito de la generalidad de sus poesías.

Bien es verdad que este pobre juglar tuvo poco tiempo que dedicar a las letras, y que su azarosa existencia no le permitió gozar de la calma, propicia a la producción artística: fué sabanero, actor, capitán de partido, amanuense, profesor, notario eclesiástico, y, por último, vendedor de legumbres. [1] Pero en medio de todos esos varios oficios se conservó siempre versificador infatigable, y es natural que las vicisitudes de tan agitada vida se reflejen en la obra del poeta.

Pobeda llama "leyendas" a muchas de sus poesías sobre Cuba, sin tener para nada en cuenta el significado de aquella palabra y sin darle siquiera un valor fijo: aplica ese nombre a composiciones puramente descriptivas de la naturaleza cubana; a romances en el estilo de los de Del-Monte o Vélez; a historietas de pobre argumento, etc. De sus *leyendas*, sólo tres: las tituladas *Carlos Bravo, y Luisa Aguirre, María y Jesús Contreras, y Juan Pérez de la Rosa,* encierran una pequeña intriga novelesca. Las que titula *La Vida del Mayoral* y *La Vida del Majagüero* (ambas en romance), *Descripción de los guajiros* (en décimas) *y La Vida del Estanciero* [2] (en cuartetas), son cuadros de costumbres cubanas puestos en rima y tienen, para nosotros, el mérito de conservar ciertos aspectos de la vida de la colonia que han desaparecido o que van perdiéndose rápidamente. Pero el desconocimiento que tiene Pobeda del sentido de la palabra *leyenda* nos hace pensar que López Prieto no está en lo cierto al afirmar que las leyendas del *trovador cubano* son "el modelo de cuantos después han cultivado ese género popular de nuestra literatura". [3]

La nota característica del romance cubano de Pobeda, es el color local, algo exagerado, que obtiene por medio de procedimientos que suelen ser demasiado violentos y burdos. Su lenguaje es vacío, abundante, aunque de léxico pobre, siendo con frecuencia defectuosa la construcción gramatical, y vulgares y ramplonas las expresiones. Juzgado por sus romances, Pobeda no es más que un coplero, desprovisto de aliento poético.

Como prueba de su mal gusto véase esta especie de trabalengua formado sólo con nombres de árboles de Cuba, que figura en uno de sus romances:

1 López Prieto, *Parnaso Cubano*, pág. 156.
2 *Poesías de Pobeda*, págs. 25, 49, 70, 93, 197, 131 y 135.
3 Obra cit., pág. 159.

Jaimiquí, yacuje, guara,
Yuraguano, jata, tea,
Yijáguara, cuajaní,
Yamaguá, carne doncella,
Hayabacana, daguilla,
Siguaraya, raspa-lengua,
Pitagoní, camaguá,
Júcaro, arraigán y ceibas.

Pero es preciso convenir en que a veces Pobeda se muestra observador, y que suele describir con fidelidad y cierta gracia, cualidades de que hace gala en su leyenda *María y Jesús Contreras,* de la que tomamos este fragmento:

Era mayo y de la Cruz
los altares y las fiestas,
las vegas de Mayarí
presentaran más risueñas.
Allí con pencas de palma
arcos lucidos se ordenan
y en ellos se cuelgan frutos
y en cada luz una décima,
y faroles de papel
y cortinas y banderas
. . . . . .
En repartidos corrillos
muchos guajiros se encuentran
a la puerta de los ranchos
que improvisara la fiesta.
Allí se tratan caballos,
machete, albardas y espuelas,
y allí los buenos jinetes
corren sus jacas ligeras.
Más allá, de un tiplecillo
se oyen las acordes cuerdas,
y del güiro sonador
el doble compás se observa.
Cuál con su amada gustoso
el buscapiés zapatea,
y coge y suelta el pañuelo
en los pies con ligereza.
. . . . . .
Los muchachos juguetones
corrían a pierna suelta
saltando las candeladas
y gritando de manera
que entre ellos y las campanas
y los tiros de las tiendas,

formaban una algazara
capaz de atronar la esfera.
. . . . . .

Más importante y más poeta que Pobeda se muestra, en sus romances Ramón Vélez Herrera, al que Manuel de la Cruz juzga de esta manera: "poeta de grande espontaneidad, rotundo y pintoresco, de una fecundidad de pradera de trópico, pero carece de concisión, de energía en la frase, de plan de composición, de respeto a los fueros del arte". [1]

La cualidad característica de Vélez, es, en efecto, la fecundidad. Escribió y publicó mucho, en todos los géneros poéticos; pero, aunque tenía fama de estudioso, bien se echa de ver que no pulía sus versos y que era poco exigente consigo mismo. Sus romances cubanos, que son la parte mejor de su extensa obra, fueron publicados casi todos en la *Floresta Cubana,* en 1856, y editados en un pequeño tomo que vió la luz el mismo año. [2] Entre ellos merecen especial mención, *El Desafío, Devaneos del Montero, Las Quejas del Guajiro, El Regateo, El Changüí, La Carrera de Patos, El Guajiro Poeta,* etc.

Los más de ellos son pequeños cuadros de costumbres, agradables y fluídos, aunque monótonos en conjunto. Su lectura nos hace descubrir pronto una serie de *clichés* que el poeta modifica y disfraza, pero que son siempre los mismos: jóvenes campesinas y labradores mozos en traje de fiesta; briosos caballos criollos y fieros gallos de pelea; mas a pesar de la uniformidad de su sistema, es indudable que no le faltan al vate Vélez el desembarazo y la gracia descriptiva que le reconoce Menéndez Pelayo.

Véase, como prueba, este fragmento del romance *Devaneos del Montero,* en el que pinta un jinete criollo:

Alzando nubes de polvo
que el aire y la tierra envuelven,
en un potro seboruno
que al viento las crines tiende,
entra el gallardo Jenaro
por las arboledas verdes,
que de Melena y de Guara
ambos términos defienden.
Celoso y enamorado

1 *Rev. Cubana,* tomo XIV. Hab.ª, 1891—"Reseña hist. del mov. Lit. de la I. de C." —III, pág. 422.

2 *Romances Cubanos,* por D. Ramón Vélez Herrera. Habana, 1856.

los ojos al cielo vuelve,
y con rigurosa espuela
pica al caballo impaciente;
sigue en su veloz carrera,
ni se turba ni detiene,
salta cercas, cruza montes,
y en las dormidas corrientes
de las cañadas se arroja,
que el celoso nada teme.

Y como los caballos eran el *caballo de batalla* de Vélez, vamos a incluir la siguiente descripción que figura en su leyenda *Elvira de Oquendo*: [1]

Eran los fogosos potros
de gallardísima estampa,
andariegos y de aguante,
cubiertos de hermosas manchas,
ataviados ricamente
con bellísimas albardas,
bañados de blanca espuma
la tierra continuo escarban,
los ojos lanzando fuego,
con las colas encrespadas.
Pacen inquietos la yerba,
bufan, relinchan y saltan.

La leyenda de que forma parte este fragmento, y que está escrita en variedad de metros, es una vulgarísima historia de amores sentimentales en la que entreteje el autor algunos romances campesinos.

También incluyó Vélez en su romancero cuatro romances siboneyes titulados *La Embajada, El Cacique de Ornofay, El Combate de las Piraguas y Ornoya*. Con ellos y con algunos más, respondía al movimiento literario iniciado por Fornaris, quien—dicho sea de paso—prefería, como su amigo Luaces, las rimas perfectas para los asuntos aborígenes.

Pocas cosas tan exóticas habrá producido nunca una literatura como las poesías siboneyes, con las que un grupo de poetas cubanos quiso constituir un cuerpo de poesía nacional, dentro de la tendencia romántica, en cuanto ésta busca, como fuente de inspiración, la historia y tradiciones de cada pueblo. Fornaris y sus

1 *Elvira de Oquendo o los amores de una guajira*. Romance Cubano por D. Ramón Vélez Herrera. Habana 1840.

amigos sustituyeron los asuntos medioevales de las literaturas europeas, con la época precolombina de nuestra historia, que venía a ser el período correspondiente a aquélla.

Sabemos por los viejos historiadores de Indias que los indígenas americanos tenían cantos bailados, o *areytos*, en los que narraban sus historias. [1]

Si algo de esta poesía hubiera subsistido, y en ella se hubiesen inspirado los poetas neo-siboneyes, claro es que su obra sería, al menos, digna de consideración y respeto. Pero es sabido que los mitos, las tradiciones, la poesía, todo lo que significó vida intelectual de los indios cubanos, desapareció con ellos. El esfuerzo realizado por el núcleo que capitaneó Fornaris para llenar ese vacío con ficciones, leyendas, episodios de pura invención, resultó bien desmedrado, más que por falta de condiciones en los bardos del grupo (en el que figuró algún tiempo poeta de la talla de Luaces), a causa del fondo absolutamente falso en que descansaba tan artificiosa poesía.

Los romances siboneyes de Vélez no merecen otro juicio que el resto de la poesía siboney, siendo bien inferiores a sus romances de costumbres campesinas.

Mucho más feliz que los vates neo-siboneyes estuvo Plácido, cantando al jefe tlascalteca Xicotencal en un fácil romance que, a pesar de algunos ripios y del final que decae considerablemente, es joya de nuestro Romancero. Bien es verdad que en esta composición el elemento indígena es casi insignificante, y que el autor no emplea provincialismos, ni fuerza demasiado la fantasía en las descripciones, a lo que acaso deba su buen éxito. Las palabras que pone en boca del caudillo, pudieran ser pronunciadas por cualquier héroe castellano:

—Tornad a Méjico, esclavos;
nadie vuestra marcha turba.
Decid a vuestro señor,

1 Gonzalo Fernández de Oviedo, nos dice en *Hist. gen. y nat. de Indias*, L. V. Cap. I. Madrid, 1851, primera parte, págs. 127 y 128, que "en estos cantares relatan de la manera que murieron los caciques pasados y quantos y quales fueron e otras cosas que ellos quieren que no se olviden"... "Y estos cantares—añade—les quedan en la memoria en lugar de libros de su acuerdo; y por esa forma rescitan las genealogías de sus caciques y reyes o señores que han tenido, y las obras que hicieron, y los malos o buenos temporales que han passado o tienen; e otras cosas que ellos quieren que a chicos e grandes se comuniquen o sean muy sabidas e fixamente esculpidas en la memoria. Y para este efecto continúan estos *areytos* por que no se olviden, en especial las famosas victorias por batallas":

rendido ya veces muchas,
que el joven Jicotencal
crueldades como él no usa,
ni con sangre de cautivos,
asesino el suelo inunda;
que el cacique de Tlascala,
ni batir ni quemar gusta
tropas dispersas e inermes,
sino con armas y juntas.
Que armo flecheros más bravos,
y me encontrará en la lucha,
con sola una pica mía
por cada trescientas suyas
. . . . . .
y que si los puentes corta
por que no vaya en su busca,
con cráneos de sus soldados
calzada haré en la laguna.
. . . . . .

Otro poeta que merece ser citado como autor de romances cubanos es Miguel Teurbe Tolón, quien en el mismo año en que Vélez publicaba en la Habana su romancero, hacía imprimir en New York un volumen de poesías, [1] entre las que figuraban hasta *seis leyendas* con estos títulos: *Paula, La Lectura de la Biblia, Juan Cabeza, La Ribereña de San Juan, Remedio de una Honra, El Pollo de Juan Ribero* y *Un Rasgo de Juan Ribero.* Tolón emplea en cada una de ellas varias clases de rima, pero en todas, exceptuando *La Ribereña de San Juan,* el romance predomina.

Las miras literarias de nuestro poeta están claramente expuestas en el prólogo de dicha obra: "Nosotros en Cuba—dice—con una naturaleza, un carácter, unas condiciones sociales absolutamente características de nuestra existencia excepcional, debíamos tener—y de hecho tenemos—una poesía nuestra, peculiar de nuestro pueblo, tanto en su esencia como en sus formas, es decir, una poesía nacional popular, cubana. Las leyendas que ahora por primera vez se dan al público en forma de libro, no son más que débiles ensayos sobre un género de literatura que debería cultivarse con más esmero por nuestros poetas." [2] Como es natural, Tolón trata de realizar prácticamente en sus poesías, los ideales que en dicho prólogo esboza, y lo consigue bastante, siendo juzgado por

1 *Leyendas Cubanas,* por Miguel T. Tolón. N. Y., 1856.
2 Obra cit., pág. 3.

Menéndez Pelayo como "uno de los ingenios que presentan más carácter cubano, especialmente en los romances y leyendas. [1]

Por cierto que entre estas últimas, las tituladas *Juan Cabeza, El Pollo de Juan Ribero* y *Un Rasgo de Juan Ribero,* tienen como argumento anécdotas y consejas que corrían a propósito de dos famosos bandidos cubanos, y por consiguiente, responden a la tendencia de llevar la leyenda por el camino de la tradición semihistórica, ya que adoptan como protagonistas dos personajes reales, que fueron accidentalmente populares.

Como poeta descriptivo alcanza Tolón bastante buen éxito, sobre todo cuando pinta tranquilos paisajes cubanos como éste:

Ya viene el sol despuntando
entre nubes de oro y grana,
sobre el brillante horizonte,
detrás de gigantes palmas;
y el cabrero y el sinsonte,
lindos músicos del alba,
alegres cantan brincando
de la yagruma a la guara.
. . . . . .
Sobre la parda cobija
del bujío, se levanta
humo azul, que en blando soplo
la fresca brisa arrebata,
y hace de sus ondas leves
diáfano cendal de gasa.
Todas las tiendas se abrían
y la gente madrugaba,
mientras en la humilde iglesia
una esquila y dos campanas
ahorcadas de cuatro vigas
en campanario de yagua,
repicaban anunciando
al fiel pueblo de Santa Ana
la mañana del domingo,
día de embullo y de *guángara.*

Es también notable por su viveza y movimiento la siguiente descripción de una *lidia* de gallos, que figura en su leyenda *El Pollo de Juan Ribero*:

El gallo escarba la tierra,
echa el ala, canta recio,

1 *Hist. de la poesía hispano americana.* Madrid, 1911. Pág. 285.

mira al pollo de soslayo
y se vuelve con desprecio;
pero el joven adversario,
aprovechando el momento,
abre las alas, se eleva
y dando un vivo revuelo,
en la garganta le clava
los dos espolones fieros,
que sobre las blancas plumas
dejan su rastro sangriento.
. . . . . .
Y el pollo, cual si entendiera
el mandato de su dueño,
vuelve furioso al ataque,
y avalanzándose al vuelo,
al sorprendido contrario
le clava el pico en el pecho.
Levanta las fuertes cañas
y rebatiéndolas luego,
le hunde en entrambos ojos
los espolones sangrientos.
El gallo da un salto, y grita
y con cien vueltas y ciento
recorre el ancho recinto
de dolor y rabia ciego.
Por un momento en la valla
reina profundo silencio.
Mas el pollo vuelve al punto,
con nuevo ardor al encuentro;
pica al contrario en la barba,
le bate el tercer revuelo
y plantándose triunfante
sobre el otro que cae muerto,
alza vencedor cantío
enarcando el rojo cuello.

No carece tampoco Tolón de donaire y soltura para imitar el habla de los campesinos criollos, como puede verse en este fragmento:

—¿Sabe usté, compae Anicasio,
exclamó el de la Majagua,
que esta mañana la gente
está bajando como agua?
Aguaite allá pa el camino
y mire aquella parvada
que deben ser de los Pérez,
que vienen de la Siguapa.

Mas con frecuencia es excesivo en su empeño de amontonar provincialismos, en lo que se ve ya apuntar la decadencia del romance cubano.

También se dedicó con bastante éxito a ese género Joaquín Lorenzo Luaces, publicando en varios periódicos y revistas de la época, [1] romances cubanos en series, esto es, relacionados entre sí como ciertos romances moriscos, pero sin formar leyenda.

En otros, procura Luaces hacer la pintura de las buenas y malas cualidades de nuestros campesinos, mereciendo mención entre ellos los titulados *Marquistas y Vegueros* y *Hospitalidad*. Este último describe admirablemente la generosa acogida que dan los *guajiros* a los forasteros:

—No prosiga, buen amigo;
detenga al punto el caballo,
que a la legua se conoce
que viene más que cansado.
No están seguros ahora
los caminos, y están malos;
y los arroyos son ríos,
y las veredas, pantanos.
. . . . . .
Tomará café conmigo,
fumaremos un tabaco
y haré que le pongan luego
el *catre* en mi propio cuarto.
. . . . . .
Bájese, pues, que me duele
mirarle en tan cruel estado,
y hombre y bestia están pidiendo
una noche de descanso. . .
Si es usted un forastero,
como sospecho hace rato,
amigo, puede que ignore
los usos de nuestros campos.
El que viaja por las tierras
de los monteros cubanos,
no necesita posada
para dormir abrigado.
. . . . . .

En *El Machete*, el labrador ofrece a su primogénito el arma que recibiera de sus mayores. Contiene este romance una vaga

1 Véanse *La Floresta Cubana, La Piragua, La Aurora*, etc. También se publicaron algunos en el *Palenque Literario*, después de la muerte del autor.

alusión a las futuras empresas de esos campesinos y es en cierto modo una consagración profética del arma cuyo nombre había de constituir el grito de ataque de los guerreros cubanos. Dice así:

Cumplirás veintitrés años
en las doce de esta noche,
y quiero darte, *por cuelga*,
un regalo que nos honre.
Es el machete de gala
que me ciño en ocasiones,
y que en la familia goza
de tan célebre renombre.
Se templó en Guanabacca,
y cualquiera lo conoce:
su filo no mella el yunque
ni resistir puede el bronce.
Cambiaron su empuñadura
sus distintos posesores
y en cuatro vainas distintas
se albergó su acero noble.
. . . . . .
Por ser de todos mis hijos
el mayor, te corresponde,
y porque no te aventajan
tus hermanos los menores.
Que si no, por Cristo juro,
como soy Antonio Ponce,
que en otras manos lo vieras,
pues la justicia es mi norte.
. . . . . .
Pero, pues Dios lo permite,
permita él mismo que logres
hacerlo digno en tus manos
de futuras tradiciones.
. . . . . .

En los romances que forman parte de sus leyendas, tales como *La Cruz de la Serventía* y *Tradición Cubana*, Luaces sigue a veces la senda que al romance cubano había impreso Vélez, recreándose en los mismos asuntos.

Después de estos poetas, que son los que mayor renombre alcanzaron en el género que nos ocupa, deben mencionarse otros que también lo cultivaron. Entre ellos está Fornaris, que es, en esta materia, un émulo de Vélez Herrera, a quien dedica su romance *El Gallo Canelo*. Allí figura la siguiente descripción que hubiera podido firmar Vélez:

Ocho a ocho, veinte a veinte
entusiastas los monteros
entran por diversas calles,
gallardos potros luciendo.
Flotan al aire las cintas
de sus airosos sombreros,
camisas bordadas lucen,
ciñen vistosos pañuelos
y al sol relumbran los puños
de sus machetes de acero.

También imitó a Vélez el poeta Ramón de Palma, quien a pesar del tono serio y sombrío que caracterizaba a su musa, escribió uno que otro romance campesino de aire festivo, entremezclado de donosas décimas de carácter marcadamente criollo. Su *Montero de las Mangas* es muy conocido. Relata en él una riña de guajiros, y tiene bastante movimiento e interés dramático.

En la *Cartera Cubana,* publicación que veía la luz hacia mil ochocientos treinta y tantos, aparecen algunos romances cubanos en el estilo de los de Del-Monte. El titulado *El hijo de Alquízar en Madrid,* firmado por *Fileñó* (Anacleto Bermúdez), está inspirado en *La Patria* de aquel poeta. Tiene algunas partes bastante fáciles, como ésta:

. . . . . .
—¿Dónde están, dice, las palmas
de la patria en que he nacido?
¿Dónde las ceibas coposas,
los altos cedros sombríos,
las envidiadas caobas
y los naranjos floridos?
En vano buscan mis ojos,
de doliente llanto henchidos,
los aromáticos mangos
y los sabrosos caimitos.
En vano busco las piñas,
honor del solar nativo,
y los plátanos sonantes,
y los frescos tamarindos.
No hallo los dulces anones,
ni los cocoteros miro,
ni aquellas doradas cañas
que en el lindero vecino,
dulce jugo me brindaban
en las noches del estío.
. . . . . .

Más quiero mirar mis valles,
siempre verdes y floridos;
quiero más ver mis terneras,
y mis pintados novillos,
y mis potros sabaneros,
y el rijoso alazán mío. [1]

Otro romance anónimo, insertado en la misma revista, y que el señor González Curquejo atribuye a Vicente Antonio de Castro, recuerda también alguno de Del-Monte:

—¡Ay, cuándo podré mirarte,
encantadora Lucía,
azucena de San Marcos,
hechizo del alma mía!—
Así un mayoral de Alquízar
sentado al pie de una palma,
al son del acorde tiple
con dulce acento cantaba.
. . . . . .
No cuida de los téndales
ni los almacenes guarda,
que amor que todo lo vence,
su tierno pecho avasalla.
. . . . . .

El famoso Plácido produjo algunos romances de costumbres cubanas; pero ninguno de ellos podría hallar lugar en una edición selecta de las poesías del malogrado bardo. Adolecen de los mismos defectos que la generalidad de nuestros romances de costumbres: pobreza de temas, y monotonía y descuido en la factura. Aun con estos defectos, a veces se encuentra en ellos algún fragmento relativamente feliz, como el siguiente, que figura en *El Santo de Nise*:

De limpio y blanco vestido,
sobre una jaca soberbia
tan fuerte y suave de paso
como gallarda y ligera,
un joven de negros ojos,
rostro afable, talla esbelta,
sin esperar que descorran
los palos de la *tranquera*:
—Por felicitar tu santo,
vine, Nise, de las Huertas,
Dios te dé un siglo de vida.—

1 Núm. de Julio 1839, pág. 110.

Dice, pica, salta y entra.
Volaron de su corbata
las puntas al aire sueltas,
y las espuelas punzantes
al tiempo de bajar, suenan.
De carey y plata fina
su machete el puño ostenta
y en él lucen incrustadas
finas y brillantes piedras.

Plácido se lanzó también por la senda del romance morisco, que en la misma época hacía débil competencia en Cuba al de costumbres y al siboney. Como casi todos los poetas cubanos que se ensayaron en esta clase de composiciones, Plácido imitó el estilo de los romances moriscos artísticos, siguiendo el procedimiento empleado en éstos, de dar gran importancia a la indumentaria árabe, para lograr así cierto falso colorido oriental, y a la intriga amorosa, que en el autor citado toma siempre carácter dramático. Su *Rebato de Granada* tiene un vago parecido con algunos de Abenámar:

Sembrados de hermosas plumas
los purpurinos turbantes
y ornados de azules tocas
y amarillos capellares,
sin petos de limpio acero
ni damasquinos alfanges,
entrando van en Alhambra
los nobles abencerrajes,
en las lides tan valientes
como en las danzas galanes,
y en el campo tan temibles
como en el festín amables.
Cada cual lleva su mote
en una banda ondeante,
colocada entre un emblema
puesto en caracteres árabes. (!)
Dos donceles que quizá
por su bien llegaran tarde,
vienen departiendo alegres,
y en sus dos divisas traen
el uno, entre un sol de fuego
un corazón de brillantes:
"Este es de Granada y tuyo",
dicen las letras del margen.
Una lanza tiene el otro

con un brazo que la blande,
y en dorados signos dice:
"Por mi patria y por mi amante", [1] etc.

Algunas piezas cuenta el romancero morisco cubano, del que acaso nos ocuparemos en otra oportunidad con más detenimiento; pero ninguna tan curiosa como un romance de autor anónimo, que apareció en *La Moda,* y en el cual se desarrolla una escena morisca... en alameda de Paula de la Habana!

El romance histórico, característico del romancero del siglo XIX, está muy mal representado en Cuba. Uno de los más importantes que conocemos es el de Eusebio Guiteras, alusivo al Descubrimiento de América. Guiteras escribió su romance más como maestro, y para hacerlo figurar en su *Libro Tercero de Lectura,* que como literato o poeta, y por consiguiente no parece justo aplicarle una crítica rigurosa. Sin embargo, es indispensable tachar la descuidada factura que se advierte en el romance, el poco esmero que pone en pulir y redondear sus versos y los giros prosaicos que emplea en un modelo que, a más de dar instrucción, debía influir en la formación del gusto literario de los jóvenes lectores.

Otra composición de la misma índole es el *Romance Histórico y Geográfico* de Ignacio María Acosta, dedicado también a los niños, y que es—como su nombre lo indica—una especie de resumen de historia y de geografía patrias. Sus primeros versos, de un lirismo de dudoso gusto, son muy conocidos entre nosotros, pues toda la generación de cubanos que aprendió a leer en el texto del buen Guiteras (en uno de cuyos tomos figura), los sabe de memoria:

Está entre las dos Américas
la Virgen Cuba situada,
el Atlántico la besa
y el mar Caribe la baña.
. . . . . .

Aun pudiera ampliarse la relación de los poetas que compusieron romances de casi todas las clases citadas; pero preferimos ahorrar al lector la enumeración de los que, además de no haber sido innovadores del género, exageraron sus caracteres precipitando su decadencia.

1 Tomamos este romance de las *Poesías Completas* de Plácido, editadas por Sebastián Alfredo de Morales en 1886, y como no lo hemos visto publicado en otras colecciones, no garantizamos su autenticidad.

Si en este trabajo nos hubiéramos propuesto estudiar el *romance* en su más amplio sentido, o sea, como forma métrica, sería tiempo de considerar los romances puramente subjetivos (eróticos, filosóficos, morales, etc.) de Iturrondo, Milanés, Mendive, Torroella, y tantos otros, ya que la generalidad de nuestros poetas dejó deslizar alguno de esa índole entre sus producciones; pero hemos querido contraernos al romance que contiene—aunque modernizados y desfigurados—algunos de los elementos históricos, o legendarios, o novelescos, o populares, etc., que caracterizan al típico romance castellano. Una sola excepción haremos dedicando breves líneas a las composiciones escritas por Zenea en este metro, ya que se trata del autor del más conocido de cuantos romances se han escrito en Cuba: *Fidelia.*

El romance manejado por Zenea, parece convertirse en metro aristocrático e intensamente subjetivo que traduce las emociones, las nostalgias, las penas, los amores del poeta, cuyo espíritu patético flota siempre por encima de las rimas, imprimiéndoles cierta nota elegiaca. Estas condiciones, que pueden advertirse en los más de sus romances, se hacen patente sobre todo en *Fidelia,* en el cual el poeta canta el recuerdo de unos amores juveniles y virginales, evocados a través del tiempo y en un momento de melancolía. Y toda la composición guarda harmonía con ese estado de alma: hasta las descripciones se hallan impregnadas de una vaga tristeza.

Baja Arturo al Occidente
bañado en púrpura regia
y al soplar del manso Alicio
las eolias arpas suenan;
gime el ave sobre el sauce
perezosa y soñolienta,
se respira un fresco ambiente;
huele el campo a flores nuevas;
las campanas de la tarde
saludan a las tinieblas,
y en los brazos del reposo
se tiende naturaleza!...

A nuestro juicio, *Fidelia* es la perla del romancero cubano.

*
* *

Y antes de abandonar esta parte de nuestro estudio, bueno es preguntarnos: ¿Lograron Del-Monte y sus émulos constituir con sus romances un núcleo de poesía popular cubana?

En manera alguna: las literaturas populares no se fabrican: son el natural producto de la inspiración latente—acaso inconsciente—y de la indiosicracia de cada pueblo. Dando más amplitud a unas frases de Joaquín de Costa, relativas a la poesía histórica, pudiera decirse que, para que una poesía sea verdaderamente popular, "es menester que todo en ella, salvo la ejecución, sea del pueblo"; los sentimientos, las creencias, la forma de expresión espiritual, la versificación, y la manera de divulgarse. [1] Ninguna de esas condiciones reúne el romancero cubano, que es un producto artificial y de gabinete, resultado de una moda literaria pasajera, y que no tiene ni tuvo de popular más que los *tipos* (personajes) elegidos, y el *medio* en que se desenvuelven. Por todo ésto, los romances cubanos no pudieron sobrevivir muchos años—ni siquiera como producción literaria culta—al hombre exquisito que los propagara, apagándose sobre los labios de sus inmediatos continuadores. Hoy duermen en los obscuros rincones de las bibliotecas, perdidos los más en las páginas de viejas revistas, y sólo los evoca el literato que quiere revivir con ellos, uno de los aspectos de aquella fecunda época literaria que los produjo. El pueblo, que cuando aparecieron no los recibió como cosa propia, los ignora completamente en la actualidad.

Terminado este breve estudio del romance considerado como producción artística de nuestros poetas, cabe indagar si el Romancero tradicional legendario, que subsiste vivo y palpitante en todas las regiones de origen español, tiene alguna representación en nuestra patria.

En las siguientes páginas, trataremos ese aspecto de nuestro tema.

III

ROMANCES ESPAÑOLES
CONSERVADOS EN CUBA POR TRADICIÓN POPULAR

En una de las notas con que el eminente crítico D. Marcelino Menéndez y Pelayo ilustra el curiosísimo romancero tradicional que formó para la *Antología de poetas líricos castellanos,* [2] se en-

1 *Introducción a un tratado de Política,* etc. Madrid, 1881, pág. 208.
2 Volumen 10. Madrid, 1900.

cuentran estas palabras: "¿Se cantan romances viejos en la América española? Podemos afirmar que sí, nada menos que con el testimonio del colombiano D. Rufino José Cuervo, que es al presente el primer filólogo de nuestra raza." [1] Y después de citar los romances de Bernardo del Carpio y de los Infantes de Lara, que dice Cuervo haber oído en un valle de los Andes, y el *galerón*—especie de romance que componen los llaneros de San Martín y Casanare, según testimonio de José María Vergara—, termina diciendo: "... nuestros romances deben andar algo desmedrados en América; pero valgan lo que valieren, será útil reunirlos, sobre todo si los poetas líricos que allí abundan no caen en la tentación de retocarlos, sino que los dejan en su primitiva rusticidad." [2]

El que quisiere, concretándose a Cuba, corresponder a la invitación del ilustre crítico, se vería en el primer momento algo perplejo, porque habiendo adoptado la poesía popular cubana como forma de expresión, la décima—según antes hemos dicho—, no parece que haya persistido aquí la tradición del romance español. Sin embargo, a poco que el observador curioso examine el medio ambiente, acuda a las plazas públicas y aun descienda a los patios de las hormigueantes casas de vecindad, descubrirá algo así como los continuadores de los antiguos juglares españoles, en los niños, o mejor dicho, en las niñas, que cogidas de las manos, cantan a cuanto les da la garganta, con esa tonada a la que Rubén Darío, al escucharla en cierto parque madrileño, encontró "el perfume de un vino viejo y sano", [3] las consagradas puerilidades contenidas en canciones que hacen persistir, a través de los siglos, la forma, los personajes y los argumentos de antiguos romances castellanos.

La tradición oral del romance viejo, dice Menéndez Pelayo, está en España "casi entregada a las mujeres y a los niños". [4] Esta afirmación puede concretarse aun más al referirla a Cuba, ya que las mujeres sólo cantan aquí—con pocas excepciones—trovas puramente infantiles que emplean al mismo tiempo que las

1 Sección tercera. *Romances tradicionales de varias provincias,* pág. 230.

2 Respondiendo a esta invitación, el cultísimo y brillantte crítico Sr. Ramón Menéndez Pidal, publicó en la revista *La Cultura Española* (Enero 1906) un estudio con el título de "Los Romances Tradicionales en América", que no hemos podido hallar a pesar de nuestros esfuerzos, pero que, por venir de tan docta pluma, puede asegurarse que ha de contener el canon y fundamento de cuanto sobre esta materia pueda decirse.

3 *España Contemporánea*—París, 1901,—*Alrededor del teatro,* pág. 193.

4 *Antología* cit. Tomo XI. *Tratado de los Romances Viejos.* Tomo I, pág. 47.

nanas para adormecer a sus pequeñuelos, y que son, ya transcripción exacta, ya adaptación más o menos fiel, de otras españolas de índole semejante, varias de las cuales hemos podido examinar en algunas publicaciones *folk-lóricas.*

Y a propósito de esto, llama la atención el poco aprecio en que parecen ser tenidas por algunos de los compiladores de romances, las versiones infantiles, al extremo de descartarlas con frecuencia, como si no palpitara también en ellas el alma de la raza, y como si no formaran parte de la vieja tradición. Los *folk-loristas,* por su parte, han recogido muchas, colocándolas junto a los demás juegos infantiles, al lado de las adivinanzas, coplas, etc., pero sin relacionarlas, que sepamos, con los romances antiguos de que se derivan.

A nosotros se nos antoja que sería muy interesante reunir las versiones de romances castellanos cantados por los niños en los diversos países de origen hispano, formando un romancero tradicional infantil. Acaso ese romancero nos proporcionaría muchas sorpresas: nos haría ver que algunos de aquellos romances pueriles, tienen más semejanza con ciertos aspectos de los viejos romances originarios, que las versiones modernizadas recogidas en boca del pueblo adulto, ofreciéndonos en otras ocasiones el eslabón que une entre sí ciertas versiones regionales. Y si no probara otra cosa, la gran extensión geográfica en que florecen las trovas infantiles, haría patente acaso que ellas son en la actualidad la más generalizada manifestación del romance.

En efecto, refiriéndonos a nuestro país, no deja de ser curioso que, mientras no existe otra forma popular del romance, en tanto que los trozos de zarzuelas y las canciones de moda caen en olvido, y—contrayéndonos a los niños—mientras los exóticos coros del *kindergarten* no trasponen el aula alegre y risueña en que nacieran, los romances tradicionales infantiles persistan a través del tiempo y de las generaciones, perdurando como inseparables camaradas de la infancia, el heroico *Mambrú,* la desventurada *Isabel,* la enclaustrada *Angarina, Catalina* la mártir, el *rey moro* y sus lindas hijas, antiguos tipos españoles que se han convertido en *indianos,* y que tienen ya, de hecho, carta de naturaleza cubana.

Quizá también, allá en los comienzos del pasado siglo, las niñas que luego fueron nuestras abuelas, cantaran en los amplios y floridos patios de sus cómodas viviendas, otros viejos romances que

aprendieran en la cuna y de los que no queda ya ni un eco desvanecido. Nadie tomó interés por aquellos acentos pueriles, nadie se inclinó en nuestro país a recogerlos de aquellos labios, entonces sonrosados y hoy deshechos en polvo. Igual suerte amenaza a los pocos romances que subsisten aún: por eso hemos tenido especial empeño en recoger los principales.

Como concretaremos nuestro estudio a los romances, quedarán fuera de él muchas canciones de corro en diversos metros, que forman parte del repertorio de nuestros niños, algunas de las cuales unen a su interés *folk-lórico,* el ser también trovas modernas de composiciones antiquísimas. [1]

Para proceder con cierto orden en nuestro estudio, comenzaremos por dividir los romances que vamos a considerar en él, del siguiente modo:

1.° ROMANCES QUE RELATAN ESCENAS O TRAGEDIAS DE FAMILIA:
Las señas del esposo.
Las hijas del rey moro.
Isabel.
Angarina.
La esposa infiel.

2.° ROMANCES DE ASUNTO RELIGIOSO:
Santa Catalina.
El Ciego.
La Virgen de la Palmera.
Varios fragmentos de romances relativos a la Pasión de Cristo.

1 En ese caso está, por ejemplo, la cancioncilla que dice:

—¿Quién es esa gente—que anda por ahí,
que de día ni de noche—me deja dormir?
—Somos los estudiantes—que venimos a estudiar
a la capillita—de la Virgen del Pilar.
—Vamos a la huerta—del toro, torongil
a ver a doña Ana—sembrando peregil.
—Doña Ana no está aquí—que está en su verjel
abriendo la rosa—y cerrando el clavel,

la cual es versión modernizada (con mezcla de otros elementos, entre ellos del juego llamado del milano) de una canción leonesa que Amador de los Ríos remonta al siglo XVI, y que a la letra dice:

—¿Quién face ese roido—que anda por ahí
que día nin noche—nos dexa dormir?
—Donceles del rey—que vienen buscar
la reyna Berenguela—por la coronar.
—La reyna Berenguela—está en su vergel,
cerrando la rosa—e abriendo el clavel.

(A. de los Ríos, obra cit., vol. VII, pág. 423.)

3.º ROMANCES DE PERSONAJES HISTÓRICOS:

Alfonso XII.
La muerte de Prim.
El caballero herido.
Mina. [1]

ROMANCES QUE RELATAN ESCENAS O TRAGEDIAS DE FAMILIA

A.—Las Señas del Esposo.

El de más noble prosapia, entre los romances españoles que se conservan en Cuba, es el conocido con el nombre de *Mambrú o el soldadito de la guerra,* que es, como hemos dicho, versión muy moderna de antiquísimos romances carlovingios. Y como según reza el refrán, *à tout seigneur tout honneur,* por él empezaremos nuestro estudio, incluyendo, ante todo, las trovas que hemos recogido del citado romance.

I

—Soldadito de la guerra,
de la guerra viene usté?
¿Usté ha visto a mi marido
en la guerra alguna vez?
—No, señora, no lo he visto,
diga usté las señas dél.
—Mi marido es blanco y rubio
con el tipo aragonés [2]
y en la punta de su espada
lleva las armas del Rey.
—Sí, señora, sí lo he visto
y murió hace más de un mes,
y dejó en su testamento
que me case con usté.
—No lo permita la Virgen
ni mi madre Santa Inés,

1 Antes de comenzar el desarrollo de este programa, queremos expresar nuestra gratitud a las personas que han enriquecido nuestro trabajo, proporcionándonos algunas variantes de romances; entre ellas debemos hacer especial mención del Sr. Santiago García Spring, que nos ha remitido algunas trovas matanceras; de las Srtas. Guerra y Núñez, que nos han facilitado otras de Oriente; de la Sra. viuda de Rivas y de las Srtas. Rey, González, Balestena, Carbonell y Corratgé, a las que debemos algunas de las más curiosas trovas que figuran en este trabajo.

2 Variante:

Mi marido es gentilhombre,
caballero aragonés.

que las tres hijas que tengo
yo las acomodaré:
una en casa e doña Juana,
otra en casa e doña Inés,
y la más chiquirritica
con ella me quedaré,
para que barra la casa,
y que me dé de comer,
y me lleve de la mano
a casa del coronel.

II

Este es el Mambrú, señores,
que lo cantan al revés.
—¿Usté ha visto a mi marido
en la guerra alguna vez?
—Si lo he visto, no recuerdo,
diga usté las señas dél.
—Mi marido es alto y rubio,
vestido de aragonés,
y en la punta de su lanza
lleva un pañuelo bordés [1]
que lo bordé cuando niña,
cuando niña lo bordé. [2]
—Por las señas que usté ha dado,
su marido muerto es,
y el testamento que deja,
que me case con usté.
. . . . . .
—A las tres hijas que tengo,
¿dónde las colocaré?
Una en casa e doña Juana,
otra en casa e doña Inés
y la más chiquirritica
con ella me quedaré,
para que me barra y friegue [3]
y me haga de comer.
A los tres hijos varones
a frailes los meteré,
y si no quieren ser frailes,

1 Acaso sea corrupción de *morlés*, o bien esté por irlandés (que es como se canta en algunos lugares de España), o por *inglés*, que dice otra trova cubana.

2 Variantes de este verso y los tres anteriores:

Y la punta del pañuelo—de chiquita le bordé
con un letrero que dice—"Con ella me casaré".

(3) Variante:

Pa que me barra la casa.

que vayan servir al Rey,
y donde murió su padre
que mueran ellos también. [1]

III

—Yo soy, yo soy la viudita
que no ceso de llorar;
me abandonó mi marido
por seguir la libertad.
Venga acá, señor soldado.
—¿Qué se le ha ofrecido a usté?
—Si usté ha visto a mi marido
en la guerra alguna vez.
—Si lo he visto, no recuerdo,
déme usté las señas de él.
—Mi marido es alto y rubio
vestido de aragonés,
y en la punta de su espada
lleva un pañuelo inglés,
que lo bordé cuando niña,
siendo niña lo bordé.
—Por las señas que usté ha dado
su marido muerto es,
pues lo mataron de un tiro
en la puerta de un café.
Y en el testamento puso
que me casara con usté.
—Siete años lo he esperado
y otros siete esperaré,
si a los catorce no viene
a monja me meteré.
Estas tres hijas que tengo
¿dónde las colocaré?
Una en casa e doña Juana
y otra en casa e doña Inés
y la más chirriquitica (*sic*)
con ella me quedaré
para que me lave y cuide,
y que me dé de comer,
y me lleve por la mano
a casa del coronel.
Y este varón que tengo

1 Algunos añaden:

No llores, esposa mía,
no me llores, mi mujer.
Aquí tienes a quien buscas:
soy tu esposo don Andrés.

a la guerra lo echaré
para que busque a su padre
o muera junto con él.
—Calla, calla, mi señora,
calla, calla, mi mujer,
yo soy tu esposo marido
y tú mi amada mujer.

IV

—Catalina, flor de lima,
flor de todo genovés,
mañana voy para Francia,
mandad lo que queréis. (*Sic.*)
—Quiero que llevéis la carta
al conde de don Manuel.
—¿Cómo se la doy, señora,
si no lo he de conocer?
—Mi marido es alto y rubio
y en su habla muy cortés,
monta en un caballo blanco,
viste y calza a lo francés.
—Por las señas que me ha dado,
su marido muerto es,
en la mesa de los dados
muerte le dió un genovés.
—Once años lo he esperado
como una buena mujer,
si a los doce no ha llegado,
para un convento me iré:
un hijo varón que tengo
al rey se lo entregaré;
una hija también tengo,
conmigo la llevaré
para que me lave y planche
y me haga de comer.
—Echame los brazos, dueña,
que presente me tenéis.—
Que se celebren las bodas
de Catalina y Manuel.

V

Catalina, Catalina,
la del cuello almidonés (*sic.*)
Mañana parto pa Francia
¿qué mandáis o qué queréis?
—Cartas os daré, señor,

para el conde don Manuel.
—Dadme las señas, señora,
para poder conocer.
—Es un hombre alto de cuerpo,
al parecer muy cortés,
anda en un caballo blanco,
viste y calza a lo francés,
y en el puño de la espada
lleva un pañuelo *bordés*,
que lo bordé siendo niña,
siendo niña lo bordé:
ésas son señas, señor,
para poder conocer.
—Ese señor que usted dice
hace tiempo muerto es.
—Si ese señor es muerto,
yo a monja me meteré;
tres hijas que con él tengo
conmigo las llevaré,
una en casa de tía Juana,
otra en casa de tía Inés,
y con la más chiquitica
con ella me quedaré
para que me lave y planche,
y me guise de comer,
y me lleve de la mano
en casa del coronel.
—Si usted se mete a monja,
yo a fraile de la Merced.

Si queremos reconstruir la historia de estos romances, tendremos que acudir a los viejos romanceros del siglo XVI. Allí entre los originados en España por la historia de Carlomagno y sus pares, figuran dos que, por la semejanza de situación y argumento, pueden considerarse como las remotas versiones que por transformaciones sucesivas han producido las trovas que nos ocupan.

Uno de éstos es el romance IV de Valdovinos, que dice:

—Nuño Vero, Nuño Vero,
buen caballero probado,
hinquedes la lanza en tierra
y arrendedes el caballo;
preguntaros he por nuevas
de Valdovinos el franco.
—Aquesas nuevas, señora,
yo vos las diré de grado.
Esta noche a media noche

entramos en cabalgada,
y los muchos a los pocos
lleváronnos de arrancada:
hirieron a Valdovinos
de una mala lanzada:
la lanza tenía dentro,
de fuera le tiembla el asta:
o esta noche morirá,
o de buena madrugada.
Si te pluguiese, Sebilla,
fueses tú mi enamorada.
—Nuño Vero, Nuño Vero,
mal caballero probado,
yo te pregunto por nuevas,
tú respóndesme al contrario,
que aquesta noche pasada
conmigo durmiera el franco:
él me diera una sortija,
y yo le di un pendón labrado.

El otro es el siguiente fragmento del muy largo romance juglaresco de *Don Gaiferos,* "que trata de cómo sacó a su esposa que estaba en tierra de moros".

Caballero, si a Francia ides,
por Gaiferos preguntad,
decilde que la su esposa
se le envía a encomendar
que ya me parece tiempo
que la debía sacar.
... ...
... ...
que si presto no me sacan
mora me quieren tornar:
casarme han con el rey moro
que está allende la mar.
... ...
... ...
Gaiferos que esto oyera
tal respuesta le fué a dar:
—No lloréis vos, mi señora,
no queráis así llorar,
porque esas encomiendas
vos mesma las podéis dar,

que a mí allá dentro de Francia
Gaiferos me suelen nombrar. [1]

Aunque estos dos romances figuran en colecciones de mediados del siglo XVI [2] se supone que existían en España desde el siglo anterior. [3] Ambos, como todos los otros carolingios, fueron de los más divulgados en la vieja literatura española, después de los asuntos nacionales. [4] El de *Gaiferos* especialmente, fué uno de los más populares de la serie, estando generalizadísimo en tiempo de Cervantes, como lo prueba, no sólo que éste lo afirme así por boca de uno de los personajes del *Quijote,* [5] sino el hecho de que sea el rescate de Melisenda por Gaiferos, el episodio que escoge para hacerlo representar a su famoso Maese Pedro.

Prueban también la popularidad, o mejor aún, la vitalidad de los romances que nos ocupan, las numerosas trovas que de los mismos se conservan. Ya en la *Rosa de Amores* editada por Juan de Timoneda en 1573, figuró la siguiente que, como dice Durán [6]

1 Milá y Fontanals, en su obra *De la Poesía Heroico Popular Castellana,* pág. 345, dice respecto a este romance: "En cuanto al fondo del asunto, que no deja de tener relación con los de *Moriana* y *Julianesa,* recuerda algún tanto el de la Bella Aya de Aviñón, encerrada por el sarraceno Ganor en una torre desde la cual ve a su marido Gainier. La cautiva pronuncia las siguientes palabras arrojándole después un anillo a su esposo:

"Vos sodoiers de France—qui m'avez trespassée
Parlez un poi á moi—car de France sui née;
Si me dites nouveles—de la douce contrée."
Ot le li dus Gainiers,—s'a la teste levée,
La dame le conut—qui ot la face lée;
"He jentis hom, dit ele,—com m'avez oublíée", etc.

2 El de *Valdovinos* figura en el Canc. de Rom. s. a.; en el de 1550 y en la Silva de Rom. El de Gaiferos en el Canc. de Rom. s. a.; en el de 1550 y también en un códice del siglo XVI y en la Floresta de varios romances. Un fragmento modificado del romance de *Gaiferos* figura además en el Cancionero musical de los siglos XV y XVI, de Barbieri, y puede leerse en el tomo IX de la *Ant. de Poetas Líricos,* etc., página 255. En el cit. vol., pág. 336, figura otra variante transcripta de un pliego gótico de la Bib. de Menéndez Pelayo.

3 Menéndez Pelayo afirma (*Tratado de los rom. viejos.* II, pág. 358) que en su lenguaje y estilo, los romances carolingios "pertenecen al siglo XV (acaso alguno a las postrimerías del XIV".

4 Menéndez Pelayo, *Trat. de los rom. viejos.* II, pág. 321.

5 "Segunda parte del Ingenioso Caballero Don Quijote de la Mancha." Capítulo XXVI: "Esta verdadera historia que aquí a vuestras mercedes se representa, es sacada al pie de la letra de las crónicas francesas y de los romances españoles que andan en boca de las gentes, y de los muchachos por esas calles." Poco antes. en el capítulo XXV, dice, hablando de la historia de Melisenda, "que es una de las mejores y más bien representadas historias que de muchos años a esta parte en este reino se han visto".

6 *Rom. grat. de Rivadeneyra,* I, pág. 175. Dice que este romance "es una imitación o mudanza del romance de *Gaiferos,* que comienza: *Caballero, si a Francia ides, por Gaiferos preguntad.*

y corrobora Menéndez Pelayo, [1] es una imitación del de *Gaiferos*:

Caballero, si a Francia ides
por mi señor preguntad,
y porque le conozcáis
con poca dificultad,
daros he las señas dél
sin ninguna falsedad:
él es dispuesto de cuerpo,
y de mucha gravedad,
blanco, rubio, y colorado,
mancebo y de poca edad,
el cual por ser tan hermoso
temo de su lealtad.
Hablareisle con crianza,
porque en él suele morar;
decidle que su señora
se le envía a encomendar,
que ya me parece tiempo
de venirme a libertar
de esta prisión en que vivo
do muero con soledad, etc.

Y poco tiempo después, en 1605, Juan de Ribera incluía éste en sus *Nuevos Romances*: [2]

—Caballero de lejas tierras,
llegaos acá y veréis:
hinquédes la lanza en tierra,
vuestro caballo arrendéis,
preguntaros he por nuevas,
si mi marido conocéis.
—Vuestro marido, señora,
decid de qué señas es.
—Mi marido es blanco y mozo,
gentil-hombre y bien cortés,
muy gran jugador de tablas
y aún también del ajedrez.
En el pomo de su espada
armas trae de un marqués,
y un ropón de brocado
y de carmesí el corvés:

1 Menéndez Pelayo dice en el tomo VIII de la *Ant.* cit. Pág. 275: "es más bien este romance un fragmento, con algunas adiciones, conservando todavía versos enteros de aquel romance viejo que empieza: "Asentado está Gaiferos", desde el verso que en él dice: "Caballero, si a Francia ides,—por Gaiferos preguntad".

2 "*Nuevos Romances*... Compuestos por Juan de Ribera y con licencia impresos, año 1605." Gallardo, Ensayo IV, 98, 99. Cita de Menéndez y Pelayo.

cabo el fierro de la lanza
trae un pendón portugués,
que lo ganó a las tablas
a un buen conde francés.
—Por esas señas, señora,
su marido muerto es:
en Valencia le mataron
en casa de un ginovés;
sobre el juego de las tablas
lo matara un milanés.
Muchas damas lo lloraban,
caballeros y un marqués.
sobre todo lo lloraba
la hija del ginovés:
todos dicen a una voz
que su enamorada es.
Si habéis de tomar amores,
por otro a mí no dejeis.
—No me lo mandeis, señor,
señor, no me lo mandeis,
que antes que eso hiciese,
señor, monja me veréis.
—No os metáis monja, señora,
pues que hacello no podeis;
que vuestro marido amado
delante de vos lo teneis.

Pero no se detiene aquí la imitación de los citados romances, sino que originó también—como advierte la ilustre Carolina Michaëlis, [1] imitaciones de gabinete, ya burlescas, como la de Antonio Prestes, [2] ya religiosas, como la de Valdivieso, [3] la de Ubeda, [4] y la de la monja Micaela Margarita de Sant'Ana. [5] Invadió también el teatro, originando entremeses jocosos; [6] y al mismo tiempo que

1 *Estudos sobre o Romanceiro peninsular. Romances Velhos em Portugal.* Madrid, 1907-1909. Pág. 108.

2 "Sayo, si aljabebes ides,—por dineros preguntade,
dicile que el señor mi amo—os vende para jogar", etc.

3 "Angeles, si al cielo ides,—por mi esposo preguntad
e dezilde que su esposa—se le embía encomendar", etc.

4 "Angeles, si vais al mundo,—por mi esposa preguntad
y direisle que su esposo—se le envía encomendar", etc.

5 "Esta dizem que repetía hymnos e formava *ex-tempore* romances e coplas"... "E dizem mais que, poucos momentos antes de expirar, cantou com voz suave a copla: —"Angeles, si al cielo ide(s)—por mi esposo preguntade—y dizedle que su esposa—se le enbia encomendar."

"Mas tal inspiraçao nao passa de mera recordaçao, pois concorda en absoluto com o romance del esposo ausente de Valdivieso." C. Michaëlis, obra cit., pág. 108.

6 El entremés de *Melisendra,* falsamente atribuído a Lope de Vega y *Una mojiganga de Don Gaiferos,* etc., de Vicente Suárez Deza (1663). Menendez Pelayo. *Trat. de los rom. viejos,* II, nota 3, pag. 386.

la tradición conservó la leyenda en Portugal, Cataluña, Asturias, Castilla [1] y entre los judíos españoles de Turquía, seguía por otra parte evolucionando, apartándose cada vez más del tipo originario y dando lugar a una serie de romances puramente novelescos que perpetúan la escena del reconocimiento de un esposo ausente, quien ya no es un héroe legendario, sino simplemente un buen soldado que regresa licenciado a su casa.

El tronco de donde parten esa serie de romances modernos es el de Juan de Ribera, el cual, más que una trova moderna del romance IV de *Valdovinos,* como dice Menéndez Pelayo, [2] nos parece una especie de refundición de éste y de una parte del de *Gaiferos,* pues si es cierto que contiene versos casi íntegros y la

1 A pesar de nuestros esfuerzos no hemos podido examinar algunos de los romanceros tradicionales castellanos publicados en estos últimos años, en los que seguramente figurará alguna trova del romance de *las señas del esposo;* pero podemos afirmar que en la región castellana existe, porque en la colección de romances recogidos directamente por nosotros de inmigrantes españoles, figura esta trova (curiosa por su semejanza con el romance judío núm. 28 del *Romancero Tradicional* de Menéndez Pelayo) que nos ha sido facilitada por una joven castellana:

Estaba María Josefa—sentadita...
Viera venir un soldado—que vien' de servir al rey.
—Dígame usté, buen soldado,—usté que ha servido al rey,
¿habrá visto a mi marido—por la guerra alguna vez?
—¿Qué señas tié su marido—señora, pa darle a usté?
—Tiene un caballito blanco,—peinadito a lo francés.
—Por las señas que usté da,—su marido muerto es,
y en el testamento deja—que me case con usté.
—No lo quiera el Rey del Cielo—ni la Virgen Santa Inés
que la mi sangre se envuelva—con los ministros del rey.
—¿Cuánto diera la señora—a quien vivo se lo dé?
—Yo le daré cien bueyes,—con ellos un torerito;
yo le daré cien gallinas,—con ellas un pastorcito;
yo le daré cien ovejas,—con ellas un carnerito.
—Y aun más diera la señora,—vale más vuestro marido.
—Yo le daré cien ducados—que tengo en un bolsillito.
—Y aun más diera la señora,—vale más vuestro marido.
—Yo no le puedo dar más,—todo lo tengo ofrecido.
—También diera la señora—ese su cuerpo tan lindo.
—Lleve el diablo al caballero—y la madre que lo ha parido;
en dándole yo mi cuerpo—¿para qué quiero marido?
De tres hijas que tengo,—monjas las he de meter;
una ser *pa* doña Juana—y otra pa doña Isabel;
la más chiquitita d'ellas—para mí la dejaré,
pa que me vista y me calce—y me diera de comer.
Y de tres hijos que tengo—han de ir a servir al rey
para que ellos mueran allá—como su padre murió.
—Un cuerno pa doña Juana—y otro *pa* doña Isabel;
las tres hijas son muy mías—y tú eres mi mujer.—
Hasta que por señas—se dieron a conocer.

2 *Ant.* cit., vol. VIII, pág. 276: dice que los versos tercero, cuarto y quinto, están tomados del romance de Nuño Vero, "como en general este romance parece más bien ser una trova moderna de aquel viejo romance".

forma dialogada del primero, en cambio el interlocutor no es, como en ese romance, una tercera persona que trata de engañar astutamente a la esposa, sino el propio marido a quien ella de momento no reconoce, conforme sucede en el romance de Gaiferos y Melisenda.

Ya Durán, en una nota al citado romance de Ribera, incluyó la siguiente trova, advirtiendo que "fué aplicada a la guerra de sucesión española en tiempos de Felipe V".

—Oiga, oiga, buen soldado,
si sois lo que parecéis,
¿a mi marido habéis visto
por la guerra alguna vez?
—No lo sé, señora mía,
dadme algunas señas dél.
—Mi marido es gentil hombre,
gentil hombre y muy cortés;
monta un potro pelicano
más lijero que uno inglés,
y en el arzón de la silla
lleva las armas del rey,
con la su espada ceñida
con cinturón de morlés.
—Ese hombre que decís
habrá ya que murió un mes,
y manda en el testamento
que conmigo vos caséis.
—No permita Dios del cielo
ni mi madre Santa Inés,
que fembra de mi linaje
se case más de una vez:
de tres hijas que me deja
la primera casaré,
la mediana será monja,
la tercera guardaré,
que me cuide y me acompañe,
que me guise de comer
y me lleve de la mano
en casa del Coronel.
—No vos acuitéis, señora,
señora no os acuitéis,
miradme, miradme el rostro
por ver si me conocéis.
—Vos sois Mambrú, dulce esposo,
vos sois mi dueño y querer...

Sigue aquí la escena del reconocimiento, de factura completamente moderna, y termina diciendo:

Este es el Mambrú, señores,
que se canta del revés,
y una gitana lo canta
en la Plaza de Aranjuez.

El *Mambrú* que tan inopinadamente aparece en esta trova, no es otro que el famoso Juan Churchill, duque de Marlborough, cuyas aventuras cantaba, de manera enteramente caprichosa, una balada de autor anónimo que alcanzó en Francia gran popularidad, sobre todo hacia 1781, época en que probablemente atravesó los Pirineos, [1] dejando huellas de su paso en Cataluña, [2] y entró en España, donde no sólo influyó en el romance que nos ocupa, sino que conservó forma propia, originando un pequeño ciclo que alcanzó muchó éxito especialmente entre la gente menuda, que consideró, y aun considera a *Mambrú,* como cosa suya. [3]

1 La nota de Durán parece indicar que la trova de *Las señas del esposo* se formó durante la guerra de sucesión, pero según textos franceses que hemos consultado, fué hacia 1781 cuando *Mambrú* alcanzó mayor boga: "La canción de Marlborough volvió a ponerse de moda porque la reina la cantó (1782)..." "Desde entonces, dicen los autores de las Memorias Secretas de Bachaumont, Marlborough se ha hecho el héroe de todas las modas: todo se hace hoy a la Marlborough. Hay cintas, peinados, pero sobre todo sombreros, a la Marlborough"... (Paul Lacroix, *XVIIIe. siècle* París, 1875, pág. 507.)

En la obra *Chansons et rondes enfantines,* pág. 54, dice en una nota a la canción titulada *Morte et convoy de l'invencible Marlbroughs* "Hacía sesenta años que el famoso duque de Marlborough había muerto después de estar olvidado durante diez años, cuando en 1781, la nodriza del Delfín hijo de Luis XVI (que se llamaba Mme. Poitrine) cantó, arrullando a la real criatura, esta especie de balada, cuyo aire simple y gracioso hizo sensación."

2 En Cataluña existen tres canciones alusivas a Marlborough, con el nombre de "La Mala Nova ó la Mort del Cavaller". (Aguiló y Fuster, *Romancer Catalá,* págs. 217 y siguientes.) En dos de ellas se le nombra Conde de L'Aronge, o príncipe de Noronja (recuérdese que Marlborough combatió en cierta época bajo la bandera del príncipe de Orange); en la tercera se le llama *Malbruch.*

3 Las trovas de dicha canción de Mambrú, que hemos podido examinar, entre ellas, la que incluye el almanaque Bailly-Bailliére, 1910, pág. 266, son traducciones fragmentarias de la citada canción francesa. La nuestra, que proviene de una de aquéllas, dice así:

En Francia nació un niño—de padre natural;
por no tener padrino,—Mambrú se ha de llamar.
A los diez y ocho años,—Capitán General.
Mambrú se fué a la guerra,—no sé cuándo vendrá,
si vendrá por la Pascua—o por la Trinidad.
Asómate a la torre—a ver si viene ya.
Lo que viene es un coche (o un paje),—¿qué noticias traerá?
Las noticias que traiga—nos van a hacer llorar;
que ya Mambrú se ha muerto,—lo llevan a enterrar,
en caja de terciopelo—con tapa de cristal.
Encima de la caja,—un ramillete va,
y encima del ramillete,—un pajarito va,
cantando el pío pío,—el pío, pío pa.

Cada verso se repite, separando los dos impares por el estribillo: *¡qué dolor, qué dolor, qué pena!;* y los dos pares por *do, re, mí, do, re fa.*

Pero volvamos a los romances del *esposo ausente,* cuyo asunto es—como dice Menéndez Pelayo—uno de los más generalizados en la poesía popular, encontrándosele en cantos de la Grecia moderna, Alemania, Inglaterra, Italia, y Francia, y aún en la antigüedad clásica, puesto que la *Odisea* contiene "la expresión más poética y más antigua" del asunto. [1]

En efecto, no es posible dejar de advertir los muchos puntos de contacto que tienen estos romances con la parte de la *Odisea* relativa a la llegada de Ulises. No sólo la larga ausencia del esposo y la fidelidad inquebrantable de la esposa establecen entre el tema clásico y el romántico una especie de analogía de fondo, sino que la parte que prepara el reconocimiento del hijo de Laertes contiene detalles de factura muy semejante a los del romance:

"Ve, buen Eumeo—dice Penélope,—ordena a tu huésped que venga a mi presencia: yo quiero interrogarle: acaso él haya oído hablar del paciente Ulises; acaso lo habrá visto..." [2] Y más adelante: "... tengo el designio de preguntar a este extranjero sobre la suerte de mi esposo". [3]

Y cuando Ulises, disfrazado, se presenta a Penélope, y ella, para cerciorarse de que el extranjero conoce a su esposo, le pregunta qué traje llevaba, aquél contesta: "El divino Ulises llevaba un doble manto de lana y púrpura, y un broche de oro formado por dos barras, de las que la exterior estaba maravillosamente labrada", etc. A lo que añade Penélope: "Yo misma he retirado de la cámara nupcial y dado a mi esposo el traje que tú describes; yo misma lo he adornado con ese brillante broche". [4]

El citado famoso crítico, después de reconocer, como hemos visto, que la *Odisea* contiene la más antigua expresión del asunto que nos ocupa, añade: "pero es tal la semejanza que tienen esas canciones en algunos pormenores, *especialmente en lo que toca a las señas del marido,* que hacen pensar en la transmisión de un tema original nacido no se sabe dónde". [5]

Nosotros debemos confesar que no advertimos, entre los varios episodios que en esos romances se contraen a las señas, la semejanza que indican las palabras del ilustre maestro. En primer lugar los antiguos originarios romances de *Valdovinos* y *Gaiferos,* carecen

1 *Ant.* cit., vol. X, pág. 85.
2 *Odisea,* canto XVII.
3 *Odisea,* canto XVIII.
4 *Odisea,* canto XIX.
5 *Antología* cit., vol. X, pág. 85.

de ellas, apareciendo por primera vez en las versiones de los romanceros de Timoneda y Ribera, en las que concuerda el aspecto físico del guerrero; pero en la versión de Durán y en las tradicionales asturianas, o no se describe a éste, o se hace en forma completamente diversa. El *caballo blanco* en que se dice que iba montado el héroe, se menciona por primera vez en la versión Durán (aunque debió existir desde mucho antes, puesto que figura en el muy antiguo romance de *Don Beltrán,* que ha debido estar mezclado con los de *Las señas del esposo*), y aparece actualmente sólo en algunas de las versiones modernas (por ejemplo, en las tradicionales asturianas [1] y en dos de las nuestras). En cuanto a la indumentaria del guerrero, [2] hay que convenir en que cada romance ha dado a su caballero las armas que tuvo por conveniente, o se las ha negado.

En rigor, la semejanza que se observa en esos varios episodios de las señas entre sí, no es mayor que la que hay entre los mismos y las frases que Ulises disfrazado dice a Penélope: y como quiera que el mito clásico entró en la literatura española, ya originando romances enteros, [3] ya reflejándose en otros, [4] nos aventuramos a suponer que el tema originario de esos romances, fuera alguna versión perdida de las aventuras de Ulises—personaje que debió ser muy del gusto de los públicos de la Edad Media—o, cuando menos, un romance compuesto por un juglar que conoció no sólo los de Valdovinos y Gaiferos, sino también la *Odisea.* [5]

1 V. la *Ant.* cit., vol. X, págs. 83, 84 y 138.

2 La versión de Durán modificó la descripción de las armas del guerrero, que había dado ya Timoneda, en esta forma:

Y en el arzón de su silla—lleva las armas del Rey.,
con la su espada ceñida—con un cinturón morlés.

Las variantes asturianas omiten las armas, pero en cambio dos de ellas se re crean describiendo, ya el traje del caballero, ya el de éste y sus servidores en esta forma:

Dos criados que llevaba—iban vestidos de seda,
iban vestidos de luto—de los pies a la cabeza.

O en esta otra:

Los pajes que con él van,—vestidos de seda negra,
y él para estremarse dellos, vestidos de negra felpa.

3 *Rom. Gral. Rivadeneyra.* II, pág. 302. "Rom. referentes a los tiempos de Grecia y Roma". Contiene algunos anónimos y otros de Sepúlveda, Juan de la Cueva, Gabriel Lobo Lazo de la Vega, etc.

4 Son varios los romances que reflejan mitos clásicos: entre ellos están el romance judío, que comienza: "Estaba la reina Isabela", y que se refiere al rapto de Elena; la parte del de doña Alda relativa a su sueño y que tiene semejanza con el sueño de Penélope, y el de Blanca Flor y Filomena, en el que Menéndez Pelayo ve "una transformación del mito clásico de Progné y Filomena" mezclada con "reminiscencias de la horrible fábula de Tiestes y Atreo", *Ant.* cit, vol. X, págs. 71 y 72.

5 No parece inoportuno recordar en este punto la opinión de D. Joaquín de Costa (*Introducción a un tratado de política,* etc.) sobre los recuerdos de Ulises que guardó la España Griega:

"Nuestro país—dice—estaba lleno de reminiscencias de las guerras de Troya, y

Por lo demás, la escena de las señas no es exclusiva de los romances que nos ocupan; se la encuentra también, y en forma bastante análoga, en otro muy antiguo del ciclo carolingio: en el de la batalla de Roncesvalles, en el cual el padre del paladín don Beltrán, que ha buscado inútilmente por siete veces el cuerpo de su hijo entre los muertos del campo de batalla sostiene este diálogo con un centinela moro:

—Caballero de armas blancas,
¿si lo viste acá pasar?
... ...
—Ese caballero, amigo,
dime tú, qué señas ha?
—Armas blancas son las suyas
y el caballo es alazán
y en el carrillo derecho
él tenía una señal,
que siendo niño pequeño,
se la hizo un gavilán.
—Ese caballero, amigo,
muerto está en aquel pradal, etc.

Coincidencia que, a nuestro juicio, supone la existencia de algún romance antiguo del ciclo carolingio, y relativo al esposo ausente, en el que figurara el diálogo de las señas, que debió ser una de las fórmulas frecuentemente repetidas en los romances de dicho ciclo [1] y recurso muy socorrido de los juglares, al que acudieron

sobre todo de las peregrinaciones de Ulises"... (Pág. 414.) "Asclepiades de Mirleo vió suspendidos en un templo de Minerva erigido en una montaña vecina de Sexsi (Almuñécar) una colección de escudos y espolones de naves que se suponían ser exvotos consagrados por Ulises y sus compañeros". (Pág. 415.) Y supone (pág. 417) que los rapsodas celto-focenses debieron componer episodios locales de la leyenda ulisíaca, entre ellos, el de que los escudos y rostros suspendidos en el Atheneo de Odysiápolis habían sido depositados allí por Ulises y sus compañeros; "Recogió esas tradiciones en Turdetania, Asclepiades de Mirleo, en el siglo III, antes de J. C.; y en el I hubo de escucharlas Posidonio en la isla de Rodas". Strabón llega a "presumir que esta expedición a la Iberia dió pie a Homero para componer su poema".

1 Milá y Fontanals (obra cit., pág. 369), habla detenidamente de lo frecuentes que son las repeticiones de versos y fórmulas en diversos trozos de poesía popular, sobre todo en los romances del ciclo carolingio; y precisamente en el cuadro que incluye —que dice haber sido bosquejado ya por Clemencín—cita las fórmulas de maldición que figuran en el romance IV de *Roncesvalles* (es el 2.o de *Don Beltrán*) y en el tercero de *Gaiferos* que trata del rescate de Melisenda, que es, como sabemos, uno de los romances originarios de los de *Las señas del esposo*. Menéndez Pelayo también advierte la identidad que existe entre las fórmulas de maldición que figuran en ambos romances; pero no señala la semejanza entre los romances de Don Beltrán y los de la ausencia del esposo, en lo que se refiere al diálogo de las señas; antes bien, dice, refiriéndose al primero: "parece ser *idea original* del romancerista castellano el diálogo con el centinela moro que desde el adarve da las señas del paladín muerto". *Trat. de los rom. viejos*, II, pág. 372.

también los poetas cultos cuando compusieron en esa clase de rima. [1]

Concretémonos ahora a las trovas cubanas del romance de *Las señas del esposo,* las cuales pueden dividirse en dos grupos:

Uno de ellos comprende las variantes 1.ª (*El soldado*), 2.ª (*Mambrú*) y 3.ª (*La viuda*), la primera de las cuales se aproxima mucho a la de Durán, siendo bueno advertir que se ha recogido en un medio culto, y que es poco corriente.

La segunda trova, el *Mambrú,* que es la más popular de todas, se interrumpe generalmente al terminar el verso "siendo niña lo bordé". En esta forma es transcripción casi literal de una canción de rueda española, [2] de la que se diferencia sólo en algún detalle, como por ejemplo, en el *pañuelo bordés* (¿pañuelo de morlés?) en nuestra trova, e *irlandés* en la española.

Los versos que en ella dicen:

y la punta del pañuelo
de chiquita le bordé
con un letrero que dice
con ella me casaré,

que suelen sustituirse a los del pañuelo *bordés,* encierran la misma idea que aquellos que cantan las niñas del alto Perú, y que recogió Ciro Bayo:

en la punta de la lanza
lleva un pañuelo bordés
que cuando yo era chotita
en la escuela lo bordé. [3]

Es curiosa la persistencia con que las trovas infantiles dan, como seña del esposo ausente, un pañuelo enarbolado en la punta de la espada, con el cual se diría que han sustituído el "pendón portugués", que llevaba "cabo el fierro de la lanza" el caballero de la versión Ribera. No conocemos ninguna trova española—fuera de las infantiles—que contenga esa peregrina enseña que recuerda

1 Como ejemplo del efecto que supieron sacar los poetas cultos del episodio de las señas, recordemos las trovas de los romances de la *Aparición* incluídas por Vélez de Guevara en su drama *Reinar después de morir,* y por Mexía de la Cerda en su *Tragedia Famosa de Doña Inés de Castro.*

2 *Bib. de trad. pops. esps.,* tomo III. Sevilla, 1884. *Juegos infantiles de Extremadura,* pág. 89.

3 *Revue Hispanique,* vol. XV, Enero 1906. Pág. 796.

el pañuelo de encaje de *Roxane,* atado en una lanza a modo de bandera, alrededor del cual desafían la muerte en el sitio de Arrás, Cirano de Bergerac y los *cadets* de la Gascuña; [1] pero sí una variante portuguesa del romance de *Don Beltrán*—tantas veces relacionado en este capítulo con los del esposo ausente—conservada por Almeyda Garrett en su Romancero, en la que se dan las señas del paladín con frases que guardan gran semejanza con las del citado romance infantil. Dice el padre de Don Beltrán al moro que le pregunta las señas de su hijo:

... ...
na ponta de sua lança
levaba um branco sendal,
que lh'o bordou sua dama
bordado a ponto real. [2]

Menéndez Pelayo duda de la autenticidad de dicha versión portuguesa, recordando que los textos de Almeyda Garrett "son siempre sospechosos de amaño literario" y que "los colectores más recientes reproducen este romance sobre la fe de Garrett, que en este caso no merece mucha, pero ninguno declara haberle recogido de la tradición popular", [3] conjeturando que "acaso no hizo más (Almeyda Garrett) que imitarlo de las colecciones castellanas". [4]

¿Le serviría de modelo a Garrett algún romance viejo castellano en el que se hiciera alusión a ese pañuelo? De todos modos, esta coincidencia hace que el pequeño romance de *Mambrú* sea uno de los que prueban que las trovas infantiles no son indiferentes al Romancero.

La tercera de nuestras trovas tiene dos puntos interesantes: uno es el convertir al esposo, al descendiente de Valdovinos y Gaiferos en una especie de revolucionario:

me abandonó mi marido
por seguir la libertad.

El otro es el tiempo que ha esperado la esposa: *siete años,* los

1 *Cirano de Bergerac.* IV acto, escena VI.
2 *Ant.* cit. Vol. X, pág. 241.
3 *Trat. de los Rom. Viejos,* II, pág. 373.
4 *Ant.* cit., vol X, pág. 241.

mismos que la Melisenda del romance catalán aguarda en vano a su Gaiferos:

Set anys qu'estich entre moros. [1]

Y no es éste el único momento en que las versiones cubanas se aproximan a las trovas antiguas: nuestro soldado es *rubio,* a veces *blanco* y *rubio,* como el de los romances de las colecciones Timoneda y Ribera, detalle que no aparece en la versión Durán ni en las regionales que conocemos.

Al segundo grupo pertenecen las dos variantes en que los esposos se nombran "Catalina y Manuel" (4.ª y 5.ª). Ambas, especialmente la última, tienen más sabor español que las tres primeras, y están relacionadas con trovas más antiguas que la de Durán. La que comienza diciendo "Catalina, flor de lima" no parece tener marcado carácter popular, siendo, más bien, una imitación hecha por quien tenía conocimiento de la trova de Ribera, como lo prueban estos versos:

en la mesa de los dados
muerte le dió un genovés.

que son transcripción bastante fiel de estos otros que figuran en aquélla:

sobre el juego de las tablas
lo matara un milanés.

Entre nosotros no está generalizada. Sabemos que se cantaba en corro en un colegio de niñas, y que fué enseñada por alguien en sustitución del *Mambrú,* que es aquí la más conocida.

Por último, la trova nuestra, que comienza:

Catalina, Catalina,
la del cuello almidonés,
mañana parto *pa* Francia,
¿qué mandáis o qué queréis?

es una variante conservada en Cuba de un romance que se cantaba en España hacia mediados del siglo XVII, y del cual Calderón incluye en su comedia *Mujer, llora y vencerás,* [2] estos cuatro primeros versos:

1 Aguiló y Fuster. *Rom. cat.,* pág 200.
2 Jornada II, escena XXII.

Francelisa, Francelisa,
la del talle alemanés,
mañana me parto a Francia,
¿qué mandáis o qué queréis? [1]

B.—Romance de las Hijas del Rey Moro.

Uno de los romances más frecuentemente recitados por nuestros niños, es el que llamaremos de *las hijas del Rey Moro,* que dice así:

Hilito, hilito de oro,
yo jugando al ajedrez,
me encontré una gran señora:
—¡Qué bellas hijas tenéis!
—Téngalas o no las tenga,
yo las sabré mantener;
con el pan que yo comiere
comerán ellas también,
y del vino que bebiere
beberán ellas también.
—Me voy, me voy enojado
de los palacios del rey,
que las hijas del rey moro,
no me las dan por mujer.
—Vuelva, vuelva, caballero,
no sea usted tan descortés:
de las hijas del rey moro
tome usted la que queréis. (*Sic.*)
—Esta la cojo
por linda y hermosa
que parece una rosa
acabadita de nacer. [2]

Este romance tiene, en España, multitud de variantes que forman parte del repertorio infantil, algunas de las cuales pue-

1 Jornada II, escena XXII.

2 La trova que hemos dado es habanera. En Santiago de Cuba se canta en una forma muy semejante:

"Hilito, hilito de oro,—yo hebrando una hebrera,
me dijo una gran señora:—"¡Qué lindas hijas tenéis!"
—Téngalas o no las tenga,—yo las sabré mantener,
con el pan que yo comiere—comerán ellas también.
—Yo me voy muy enojado—para el palacio del rey,
pues las hijas del rey moro—no me las dan por mujer.
—Vuelva, vuelva, caballero,—caballero tan cortés;
de las tres hijas que tengo—escoja la que queréis.
—Escojo ésta por esposa—por esposa y por mujer,
que me parece una rosa,—que me parece un clavel."

den examinarse en la *Biblioteca de Tradiciones Populares Españolas* y en los *Cantos Populares Españoles,* recolectados por Rodríguez Marín. La primera inserta tres versiones extremeñas y una gallega, [1] mencionando varias andaluzas publicadas en el *Folk-lore* de dicha región. Rodríguez Marín ofrece versiones cantadas en Extremadura, Cataluña, Asturias, etc. [2] Ninguna de ellas es exactamente igual a la nuestra, aunque las extremeñas de Hernández de Soto y la gallega de Pérez Ballesteros, transcriptas en la primera de las citadas publicaciones, le son bastante semejantes.

En Cuba, como en algunos lugares de España, los niños no cantan, sino dialogan el romance que nos ocupa, en un juego en el que cada uno representa un personaje: la madre, el pretendiente y las hijas. La madre y las hijas se sientan en el suelo, en fila, con las piernas extendidas, mientras el pretendiente da vueltas en torno del grupo.

Pitré, que reconoce en este pasatiempo infantil el juego del "Embajador", muy extendido por Italia, Albania, España, Portugal y Francia, afirma que reproduce una ceremonia nupcial céltica; [3] pero tal afirmación, en lo que a España respecta, debe referirse sólo a la acción que acompaña al recitado, pues éste es un romance castellano típico, y a juzgar por ciertos detalles, un romance viejo modernizado.

Uno de estos detalles, no el primero en orden, pero sí el más fácil de advertir, es la mención del *Rey Moro,* muy corriente en un género literario que se formó durante las grandes luchas por la reconquista, y que figura, no sólo en los romances fronterizos —en los que es natural que ocupe importante lugar—, sino también en algunos de los Infantes de Lara, del Cid, de Carlomagno, etc.

También contribuye a dar sabor arcaico al romance que nos ocupa, la alusión que se hace en su segundo verso del juego de

1 V. el tomo III, págs. 108 y siguientes: tres versiones extremeñas recogidas por Sergio Hernández de Soto; Tomo IV, pág. 136, una versión gallega de Pérez Ballesteros.

2 *Cantos Pops.*, cit. Vol. I, págs. 95, 160.—Vol. V., pág. 40.

3 *Biblioteca delle Tradizione Popolari Siciliane,* per cura de Giuseppe Pitré. Volumen XIII, Giuochi fanciulleschi. Palermo, 1883, pág. XXXVII y XXXVIII. "Il giuoco dell'Ambasciatore, cosi ovvio in Italia, in Albania, Spagna, Portogallo, Francia e altrove ritrae da un antico uso nuziale celtico che dura pur sempre tra i Bretoni... Esso riproduce, al vivo, tutta una chiesta nuziale alla maniera celtica per la gran parte che nelle noze assume l'ambasciatore"...

ajedrez, cuya mención es frecuente en la antigua literatura caballeresca, en la que venía a ser reflejo de las costumbres feudales de la Edad Media. Sabido es, en efecto, que uno de los quince entretenimientos a que se entregaban los caballeros en tiempo de paz, era el jugar muchas partidas de ajedrez al día, separándolas a veces por otras de dados o tablas. También cuando la inclemencia del tiempo hacía imposibles la caza y otros deportes de la época, distraían el ocio forzado con la música, las recitaciones y las partidas de ajedrez, haciendo apuestas en dinero y aun en objetos y animales. Hasta las damas, en cuya educación entraba el aprender dicho juego, [1] abandonaban a veces sus interminables tapicerías para dedicar un rato al aristocrático pasatiempo.

Natural era, pues, que en la literatura contemporánea encontrara eco esta costumbre: las gestas caballerescas francesas están llenas de escenas en las que los protagonistas juegan al ajedrez, como es fácil comprobar recordando las de *Doon de Maience, Doon de la Roche,* [2] *Renaus de Montauban,* [3] *Ogier le Danois,* [4] *Covenans Vivien,* [5] en el poema de *Galien,* [6] etc.

También en el romancero español figura con frecuencia el juego del ajedrez o el de tablas, como puede verse—entre otros—en el romance que comienza *Caballero de lejas tierras,* citado por nosotros en la página 227; y lo que es más curioso aún, a menudo se le menciona en composiciones en que aparece además un rey moro, conforme ocurre en la trova infantil que nos ocupa: así, por ejemplo, en el de Fajardo, se dice:

Jugando estaba el rey moro
y aun al ajedrez un día,
con aquese buen Faxardo,
por amor que le tenía.

1 "Además de la lengua materna, esta instrucción comprendía la recitación de *fabliaux* y de *romans,* el canto, el arte de acompañarse en los instrumentos más en boga, como el arpa y la viola; un poco de astronomía, un poco de halconería, la *ciencia del ajedrez* y de los dados, tan familiares a la sociedad feudal, y por último, los conocimientos necesarios para atender, a la vuelta del torneo, de una cacería o de un combate, a los caballeros heridos." Ch. Jourdain, *Memoire sur l'éducation des femmes au moyen-age,* pág. 9.

2 El pequeño Landrí, hijo de Doon de la Roche y de Olive, mata de un golpe de tablero al traidor Tomile, que en su presencia ha calumniado a su madre.

3 Renaus de Montauban mata a golpes de tablero a Bertolais, sobrino de Carlo magno.

4 Charlot mata a Beaudouinet de un golpe de tablero en la cabeza porque le ha dado "jaque y mate".

5 "Et dan Guillaume qui jeue à l'eschequier
perdu avoit un mul et un somier."

6 Galien mata de un golpe de tablero de ajedrez al traidor Tibert.

En el de Moriana:

Moriana en el Castillo
juega con el moro Galbán,
juegan los dos a las tablas
por mayor placer tomar.

Y en el más moderno de Mudarra:

Sentados a un ajedrez
despacio su juego entablan
Aliatar, rey de Segura,
y el gran bastardo Mudarra.

Pero dejando a un lado el juego del ajedrez, que harto nos ha entretenido, señalemos en el romance que venimos estudiando otra de las formas típicas de los antiguos del género: ella es la que se encierra en estos versos:

Con el pan que yo comiere
comerán ellas también,
y del vino que bebiere
beberán ellas también.

los cuales repiten un lugar común de los romances antiguos, que consiste en mencionar el pan en el sentido de alimento, y a veces también el vino en el de bebida. Ya Milá y Fontanals, [1] hablando de las repeticiones contenidas en los romances carolingios, y al presentar el cuadro de aquéllas, cita versos de los romances del Conde Dirlos, [2] del Marqués de Mantua, [3] del Palmero, [4] del Conde Claros, II [5] y de Montesinos III, [6] en los que se hace mención del pan en este sentido, y del de Roncesvalles IV, en el que se alude además al vino, [7] añadiendo nosotros que no fué exclusivo de los romances carolingios la frecuente mención del pan y del vino en este sentido, pues figura también en otros muchos españoles de pura cepa, como, por ejemplo, el VI de Bernardo del Carpio, en el que éste dice a sus vasallos:

1 Obra cit., págs. 369 y 370.
2 "... los doce—que a una mesa comían pan."
3 "Uno de los doce pares—que a una mesa comen pan."
"... los doce—que a su mesa comen pan."
"Nunca comí vuestro pan."
4 "Nunca comí vuestro pan."
5 "... Alguno—que haya comido mi pan."
6 "Ni comeré pan a mesa."
7 "Maldiciendo iba el vino,—maldiciendo iba el pan."

Cuatrocientos sois los míos
los que coméis el mi pan.

El romance V del Cid, en el que Ximena Gómez dice al rey:

Rey que non face justicia
non debiera de reinar
nin comer pan a manteles, etc.

Y el de Don García, en el que éste, hablando del castillo de Urueña, que le diera el rey, dice:

Basteciómelo de vino,
basteciómelo de pan, etc.

Otro signo de la procedencia antigua de este romance está, a nuestro modo de ver, en el verso que dice:

Vuelva, vuelva, caballero,

que aplica una fórmula gramatical muy común en los viejos romances, que consiste en duplicar el verbo o la palabra que haga sus veces, ante el vocativo de la oración. No hay más que abrir el Romancero para encontrar aplicada a profusión dicha figura. Bástenos citar como ejemplo los siguientes versos tomados al azar:

Vuelta, vuelta, caballeros.
(Del rom. de *Don Alfonso de Aguiar.*)

Treguas, tregua, adelantado.
(Del rom. de *Alora la bien cercada.*)

Vuelta, vuelta, mi caballo.
(Del rom. de la *Esposa de Don García.*)

Diga, diga, la señora.
(Rom. de *La Ausencia.*)

Bebe, bebe, mi caballo.
(Rom. de *El Conde Olinos.*)

Tate, tate, caballero.
Vuelta, vuelta, mi señora.
(Rom. que dice: *De Francia partió la niña.*)

A pesar de nuestras investigaciones no hemos podido hallar un romance viejo castellano que haya originado dichas trovas infantiles, [1] pues ninguna tiene con ellas rasgos de semejanza su-

1 D. Ramón Menéndez Pidal cita estos versos que figuran en el entremés de Lope *Daca mi mujer*: "Enojado me voy, enojado,—a los palacios del rey", como prueba de que Lope debió conocer una trova del romance que hoy cantan los niños. (El *Romancero Español*, N. Y. 1910, pág. 112.

ficientemente marcados para que podamos reconocer la filiación sin reservas; pero existe un romance tradicional asturiano, titulado *Blanca Flor y Filomena,* que tiene, a nuestro entender, ciertas relaciones con los que nos ocupan.

De él transcribimos este fragmento, que nos interesa para nuestro estudio:

Por las orillas del río
doña Urraca se pasea
con dos hijas de la mano
Blanca-Flor y Filomena.
El Rey moro que lo supo
del camino se volviera;
de palabras se trabaron,
y de amores la requiebra.
Pidiérale la mayor
para casarse con ella:
si le pidió la mayor,
le diera la más pequeña;
y por no ser descortés
tomara la que le dieran.
—Non sea cuento, rey Turquillo,
que mala vida le hicieras...
—Non tenga pena, señora;
por ella non tenga pena.
Del vino que yo bebiese
también ha de beber ella;
y del pan que yo comiese
también ha de comer ella.
Se casaron, se velaron,
se fueron para su tierra. [1]
... ...

Por el resto del romance se sabe que el rey *Turquillo,* que no ha quedado satisfecho con el cambio de novia, vuelve en busca de Filomena, y engañando a la madre, logra apoderarse de ella, terminando con una escena en la que Menéndez Pelayo ve "reminiscencias de la horrible fábula de Tiestes y Atreo". [2]

Sin duda es difícil hallar signos de parentesco entre este romance y los antes mencionados: las asonancias son distintas; fuera del *Rey Moro,* no conservan las trovas infantiles el nombre de ningún otro personaje, estando además reducidas a un diálogo

1 *Antología* cit., vol. X, pág. 68 y siguientes.
2 *Antología* cit., vol. X, pág. 72.

sin desenlace, en el que no figura la parte brutal del romance asturiano.

No obstante nos parece descubrir entre todos ellos un aire de parecido que acusa, por lo menos, la contaminación entre uno y otro. En primer lugar, repitiéndose el juego tantas veces como niñas haya, se diría que se reproduce inconscientemente la misma situación que en el romance de *Blanca Flor y Filomena,* en el cual el mismo caballero acude sucesivamente en busca de las dos hermanas. En segundo lugar, todas las versiones infantiles contienen, más o menos modificados, estos versos de la trova asturiana:

Del vino que yo bebiese
también ha de beber ella,
y del pan que yo comiese
también ha de comer ella. [1]

Dicen las versiones extremeñas de Hernández de Soto:

Medio pan que yo tuviere,
lo reparto entre las tres.

Con un pan que Dios me ha dado
y otro que yo ganaré.

Medio pan que yo tuviere
con ellas lo comeré.

Versión gallega de Pérez Ballesteros:

Con el pan que yo comiere
ellas también comerán.

Versión catalana:

Que del pan que yo he comido
ellas también comerán.

Versión asturiana:

Del vino que el rey bebiere
ellas beberán también.

La cubana es la única—entre las que conocemos—que menciona a la vez el pan y el vino, y resulta curioso que sea la más pare-

1 Hace poco dijimos que la mención del pan y del vino era un lugar común en los romances; si ahora señalamos este detalle como signo de parentesco entre los de ese grupo, es por estar aplicada la frase en idénticas circunstancias y por tener una contextura parecidísima.

cida en este punto al romance de *Blanca Flor y Filomena,* que no es popular en Cuba.

Y si ahora nos fijamos en ciertos detalles conservados en unas versiones y pérdidos en otras, hallaremos que la recomendación que en el romance tradicional asturiano hace la madre de Blanca Flor y Filomena:

> No sea cuenta, rey Turquillo,
> que mala vida le hicieras.

está virtualmente contenida en estas frases:

Versión catalana:

> Lo que t'suplico, escudera,
> que me la gobernéis bien.

Versión asturiana:

> Por Dios pido al caballero
> que me la trate muy bien.

Versión gallega:

> Téngala usté bien guardada

Versión extremeña:

> Lo que le encargo, señores,
> que me la gobernéis bien.

Por último, no nos parece absurdo encontrar alguna semejanza entre estos versos del romance tradicional asturiano:

> Pidiérale la mayor
> para casarse con ella.

y estos otros que figuran en una de las versiones infantiles de Rodríguez Marín:

> y de todas las que tenga (las hijas)
> escojo la más mujer.

No se nos escapa que la diferencia absoluta en las asonancias, parece hacer difícil todo intento de aproximación entre los romances que venimos estudiando; pero en rigor la conservación de la asonancia, aunque es muy interesante para determinar el origen de muchas trovas, no es característica de las diferentes versiones producidas por un mismo tema, y para no enfrascarnos en más citaciones, recordemos que los romances de *las señas del esposo,*

no conservan las asonancias de los de Valdovinos y Gaiferos, de los cuales se derivan, y que las trovas regionales de dicha leyenda no tienen tampoco uniformidad de asonancia.

El romance asturiano de *Blanca Flor y Filomena* no es, ni mucho menos, el romance originario de los que venimos estudiando; pero entre aquel y éstos ha habido, indudablemente, o contaminación, o remoto parentesco.

C.—El romance de Isabel.

En el capítulo dedicado por Menéndez Pelayo en su admirable *Tratado de los Romances Viejos* a los romances que relatan *leyendas domésticas y escenas familiares,* figuran, bajo el epígrafe de *Venganzas femeninas,* aquellos en que una mujer toma por propia cuenta, satisfacción de la honra burlada: son los de *Blanca-Flor,* de *Moriana,* de *Rico Franco,* el de la *Hija de la Viudina,* etc. [1]

El más viejo de todos ellos es el de *Rico Franco,* cuya antigüedad era ya reconocida en un pliego suelto del siglo XVI. [2] Dice así:

A caza iban, a caza,
los cazadores del Rey,
ni fallaban ellos caza,
ni fallaban qué traer.
Perdido habían los halcones,
¡mal los amenaza el Rey!
Arrimáranse a un castillo
que se llamaba *Maynés.*
Dentro estaba una doncella
muy fermosa y muy cortés;
siete condes la demandan,
y así facían tres Reyes.
Robárala Rico-Franco,
Rico-Franco aragonés:
llorando iba la doncella
de sus ojos tan cortés.
Falágala Rico-Franco,
Rico-Franco aragonés:
—Si lloras tu padre o madre,
nunca más vos los veréis;
si lloras los tus hermanos,

1 *Tratado de los Rom. Viejos,* II, pág. 500.
2. Idem, pág. 507.

yo los maté todos tres.
—Ni lloro padre ni madre,
ni hermanos todos tres;
mas lloro la mi ventura
que no sé cuál ha de ser.
Prestédesme, Rico-Franco,
vuestro cuchillo lugués,
cortaré fitas al manto,
que no son para traer.
Rico-Franco de cortese
por las cachas lo fué tender;
la doncella que era artera,
por los pechos se lo fué a meter:
así vengó padre y madre
y aun hermanos todos tres.

Aunque en el viejo *Romancero Español,* esta canción aparece aislada y sin variantes, puede asegurarse que algunas tuvo, ya que en la actualidad se cantan o recitan trovas suyas muy reducidas en número, pero interesantísimas. Una de ellas es una versión muy alterada que conservan los judíos de Levante, y que Menéndez Pelayo incluye en su Romancero tradicional, advirtiendo que parece derivarse de dicho romance viejo. Aunque en su principio el romance judío se aparta de ese romance de *Rico Franco,* aproximándose más bien al primero de *Moriana,* guarda gran semejanza con aquél en la parte del diálogo y en el desenlace, conservando también la misma asonancia, por lo que bien puede afirmarse que es descendiente suyo, aunque de rama bastarda.

He aquí el romance en cuestión:

Ya se asentaron los dos reyes,
y el moro blanco tres,
y la blanca niña con ellos.
Ya se asentan al juego,
al juego de ajedrez.
Juga el uno, juga el otro,
jugan todos los tres.
Ya la gana el moro blanco,
de una vez hasta tres.
—¿De qué lloráis, blanca niña?
¿De qué lloráis, blanca flor?
Si lloráis por vuestro padre,
carcelero mío es.
Si lloráis por vuestra madre,
guisandera mía es.
Si lloráis por los tres hermanos,
ya los maté a los tres.

—Yo no lloro ni por mi padre ni por mi madre
ni por mis hermanos tres;
sino que yo lloro
por mi ventura cuala es.
—Vuestra ventura, mi dama,
al lado la tenéis.
—Una vez que sois mi ventura,
dadme el cuchillico de ciprés;
lo mandaré a mi madre
que se guste de mi bien.
El moro blanco se lo dió derecho.
la blanca niña lo tomó a través,
y se lo encajó por el bel (riñones) [1]

Otra variante bastante directa del viejo romance de *Rico Franco,* es una canción vulgarísima que cantan los niños en España y en Cuba. Comencemos por transcribir la versión de Extremadura que figura en la *Biblioteca de Tradiciones Populares Españolas.* [2]

En Madrid hay un palacio
que le llaman de oropel,
donde vive una señora
que le llaman Isabel.
Su padre no quería darla
ni *pa* el conde ni el marqués,
ni por el oro que valga
la corona de Isabel.
Estando un día jugando
un juego del alfiler
ha pasado un chico mozo,
chico mozo aragonés,
la ha cogido de la mano
y la ha llevado al cuartel,
en el medio del camino
llora la triste Isabel.
—¿Por qué lloras, hija mía,
por qué lloras Isabel?
Si lloras por tus hermanos
no los volverás a ver,
y si lloras por tu padre,
prisionero lo has de ver.
—No lloro por nada de eso,
ni por ningún interés,
lloro por un puñal de oro.

1 *Antología* cit., vol 10, pág. 322.
2 Vol. III, *Juegos infantiles de Extremadura,* pág. 98.

—¿Puñal de oro para qué?
—Para partir esta pera
que vengo muerta de sed.
El se lo ha dado al derecho
y ella lo toma al revés.

La versión corriente entre nuestros niños sólo difiere de la extremeña en algunos detalles y en la extensión. Dice así:

En Madrid hay un palacio
que le llaman de oropel, 1
y allí vive una muchacha
que la llaman la Isabel.
Un día estaba jugando
al juego del ajedrez, 2
viene un hombre 3 y se la lleva,
la corona de Isabel. 4
—¿Por qué lloras, hija mía?
¿Por qué lloras Isabel?
Si lloras por padre y madre
no los volverás a ver; 5
si lloras por tus hermanos
prisioneros han de ser.
—No lloro por nada de eso
ni por nada de interés;
lloro por un puñal de oro.
—Si me dices para qué. 6
—Para partir esta pera,
que vengo muerta de sed.

Menéndez Pelayo, que sólo rarísimas veces presta alguna atención a las variantes infantiles de romances, no menciona la trova extremeña citada, ni otra alguna del mismo carácter relativa al viejo romance que nos ocupa. Y no obstante, es bien clara la analogía que con él tienen las trovas que hemos citado, a partir del verso que dice "falágala Rico-Franco" (excepción hecha del desenlace), no siendo tampoco difícil descubrir alguna relación más remota entre el "... castillo—que se llamaba Maynés", y el "... palacio—que le llaman de oropel", o "de Israel", y en el rapto de la heroína.

1 Variante: "que le llaman Israel".
2 Idem: "del alfiler".
3 Idem: mozo.
4 Idem: "a la pobre de Isabel".
5 Idem: "nunca volverás a ver".
6 Idem: "que a mi padre le entregué".

Y es curioso advertir que con frecuencia, cuando las versiones infantiles se apartan del viejo romance castellano, se aproximan a la trova levantina. Así, por ejemplo, en una y otra se menciona al principio el *juego del ajedrez;* en las tres el *castillo* ha sido sustituído por un *palacio;* y en las tres se incluyen, con ligeras variantes, unos versos que no aparecen en la antigua:

Trova judía:

¿De qué lloras ,blanca niña,
de qué lloras blanca flor?

Versiones infantiles:

¿Por qué lloras, hija mía,
por qué lloras Isabel?

Además, los siguientes versos del viejo romance, que dicen:

Si lloras tu padre y madre
nunca más los veréis.

están modificados en la versión oriental y en las infantiles de manera semejante, pues mientras aquélla dice:

si lloras por vuestro padre
carcelero mío es.

los niños de Extremadura cantan:

Y si lloras por tu padre
prisionero lo has de ver.

Y los de Cuba:

Si lloras por tus hermanos
prisioneros han de ser.

Por último, la versión judía y la extremeña terminan de manera parecida, excepto el verso que contiene el desenlace dramático, el cual, como ocurre con frecuencia en las versiones de muchachos, ha desaparecido.

Todos estos puntos de analogía nos hacen suponer la existencia en España de algún romance que vulgarizara y modernizara el antiquísimo de *Rico Franco,* versión que contendría probablemente versos semejantes a los que, faltando en éste, figuran en las trovas infantiles y levantinas. Mas tenemos entendido que hasta ahora no se ha encontrado ninguna trova antigua intermedia,

y, en los romances tradicionales asturianos titulados *La hija de la Viudina* y *Venganza del honor,* [1] como también en uno castellano parecido a éstos, que figura en nuestra colección particular, la semejanza se contrae más bien al desenlace dramático, [2] pero ninguno conserva rastro del ambiente medioeval del romance de *Rico Franco*: no hay en ellos ni castillo, ni rapto violento, ni padre y hermanos muertos o encarcelados, ni rey moro, ni juego de ajedrez, detalles todos que se encuentran en el antiguo romance castellano o en la versión levantina transcripta.

Mucha mayor analogía tienen con el romance de *Rico Franco* los dos romancillos eptasílabos catalanes titulados *La filla del Rey de França y lo richom aragonés* que incluye Aguiló en su romancero. [3] Recordando que, según Menéndez Pelayo, la leyenda que nos ocupa vino de Francia o de Provenza, pudiera suponerse que los romancillos de Aguiló son trovas modernas (y artísticamente retocadas) de algún romance catalán antiguo que contuviera la leyenda de *Rico Franco.* Pero, a nuestro juicio, se trata de un romance importado de España, pues tiene las mismas asonancias que los españoles, aparece en ellos *Rico Franco aragonés* transformado en *richom aragonés,* y, por último, el diálogo

1 Menéndez Pelayo, al considerar estos romances asturianos, advierte que "espatente, aunque remota la analogía de estas canciones en lo que toca a la situación culminante, con el romance viejo de *Rico Franco* (*Primavera,* 119) y aun con el de *Marquillos* (*Primavera,* 120)".

2 La canción de Rico Franco ha sido puesta en paralelo por Nigra en sus *Cantos populares del Piamonte,* y por Puymaigre al comentarlos (v. *Les Vieux auteurs Cast.,* vol. II, 1862, apéndice al capítulo XXI, págs. 465 y siguientes) con varias poesías de diversa procedencia, entre ellas con las canciones tituladas *La Monferrina* y *El Corsario* (piamontesas), *El Marinero* (catalana) y *El bello marinero* (normanda); *La Romera* (romance portugués) y con *La hija de Duguesclin* del Barzas Breiz. No hemos podido examinar las dos últimas; pero en las cuatro primeras que incluye Puymaigre, la semejanza se contrae, como en los asturianos, a la estratagema empleada por la joven para apoderarse del arma del raptor y darle muerte. La *canzone* piamontesa "La Fuga", compuesta, según el citado Puymaygre, de reminiscencias diversas, contiene un diálogo de factura muy semejante a los de Rico Franco, y su desenlace por lo pueril lo acerca, sin parecérsele, a los infantiles. Dice así el diálogo: "¿Qué tenéis, hermosa niña, que no hacéis más que llorar? ¿Lloráis por vuestro padre, o por vuestra madre, o por alguno de vuestros parientes?—No lloro por mi padre, ni por mi madre, ni por ninguno de mis parientes; lloro por mi cofre, que está lleno de oro y de plata, etc." (Loc. cit., pág. 471.)

3 Menéndez Pelayo dice en el *Tratado de los Romances Viejos,* II, pág. 508: "Es singular que en Cataluña no se encuentre este romance—habla del tema de Rico Franco—que probablemente vino de Francia o de Provenza." No nos explicamos esta afirmación, hecha en un volumen impreso en 1906, pues el crítico citado conocía el Romancero de Aguiló, del que da cuenta en el tomo X de la *Ant.* cit., editado en 1900 (v. la pág. 24).

es semejante, no sólo al que figuró en dicha antigua versión, sino a veces más especialmente a los de las variantes tradicionales. [1]

Dice así la canción catalana:

Ballades n'han guarnides
al camp aragonès,
ballan comtes y dames,
dames y cavallers.
Sona, viola, sona,
fesne lo sò cortès,
mira que ballan dames,
comtes y cavallers. [2]
Si n'hi balla una dama
filla del Rey francès;
se enamorá d'un comte,
richom aragonès,
Lo comte l'ha robada
y á llunyes terres n'es;
des qu'es á llunyes terres
se plany d'anyorament.
Li'n fa fer una roba
cusida del través;
de roba com la seva
no se'n veurá cap mes.
A tallar dotze sastres,
a cusir trenta tres,
cada punt una perla,
cada basta un joyell.
Des que porta la roba
suspira encara mes.
—¿De qué ploreu, la dama,
dama, de qué ploreu?
—Al pare y a la mare
que no los veuré mes.
—¿En ploreu vostron pare?
sota la llosa n'es.
¿Ne ploreu vostra mare?
temps ha enterrada n'es.
Si ploreu los germans,
dels quatre n'han mort tres.
—No ploro los meus pares,
no ploro 'ls germans meus;
me dolch de la cintura
de tan estreta que es.

1 Aguiló, al relacionar sus dos romances con el de Rico Franco, se inclina a suponer lo contrario: esto es, que los romances catalanes debieron llegar por Francia, y no por España.

2 Ese estribillo se repite después de cada copla.

Dexaume'l punyal vostre,
que be l'afluxaré.
Quan ella te'l punyal
al mitg del cor se'l met...
—Malehit lo punyal,
punyal y punyaler;
malehit lo punyal
y'l mestre qui'l va fer.

La otra versión de Aguiló es muy semejante a la primera, bastando transcribir de ella la parte del diálogo.

—¿De qué suspiras, dona,
qué son tants gemechs?
—Pensava ab los meus pares,
que no'ls veuré may mes.
—Si ploras lo teu pare,
los moros lo'n han pres.
Si ploras á ta mare,
temps ha que morta n'es.
Si'ls teus tres germans ploras,
jo los matí tots tres.
—No ploro dels germans,
que'ls m'hages mort tots tres.
No ploro de la mare
que soterrada n'es.
No ploro del meu pare
que'ls moros tenen pres,
jo ploro de la saya
que massa estreta m'es.
Déxam, déxam la daga,
que be l'axamplaré.
—Punyals en mans de dames
no hi solen estar be.
—Mes mans n'han tocats d'altres
¿y aquest no 'l tocaré?
Axís que té la daga,
ella al cor se la met.
—Malehida la daga
y lo mestre daguer,
me'n ha morta la dona
la que yo aymava mes.

D.—Romance de Angarina.

De todos los romances españoles cantados en Cuba, el que ofrece mayor cantidad de variantes es el de *Delgadina,* que se ha bautizado entre nosotros con los nombres de *Adelina, Ambarina, Evangelina,* y de preferencia, con el de *Angarina.* La variedad de las trovas y ciertos rasgos que denotan la influencia del medio en algunas de ellas, prueba son del arraigo de dicha leyenda entre nosotros, y tanto, que tentados estamos de afirmar que es de todas las consideradas en este estudio la que de más antiguo se ha vulgarizado en Cuba.

Según testimonio de Don Francisco Manuel de Melo, [1] el romance de *Delgadina* se cantaba ya en España en el siglo XVII; aunque no se ha encontrado hasta ahora—que sepamos—ningún antiguo romance que pueda relacionarse con él. Pero la carencia de versiones antiguas está compensada por la excesiva abundancia de las modernas, siendo el romance de Delgadina acaso el más generalizado de cuantos conserva actualmente la tradición oral. Amador de los Ríos dice haber hallado notabilísimas versiones en Asturias, Navarra, Rioja, Aragón y en las provincias andaluzas, especialmente en la Serranía de la Ronda. [2] Del territorio andaluz es la variante muy retocada, que dió a conocer Fernán Caballero, habiéndose publicado posteriormente otras de igual procedencia en el *Folk-lore* de aquella región. Milá recogió muchas trovas en su *Romancerillo Catalán.* Menéndez Pelayo publicó numerosas versiones españolas y una judía en su *Romancero Tradicional.* [3] Menéndez Pidal halló la leyenda de Delgadina en la Plata y Buenos Aires: en una palabra, se diría que el romance de *Delgadina* ha germinado dondequiera que un grupo de españoles plantó tienda. [4]

Nuestras versiones parecen aproximarse más a las andaluzas,

1 Farsa del *Fidalgo Aprendiz.* (Cita de Menéndez Pelayo. *Tratado de los Rom. viejos,* II, pág. 514.)

2 Obra cit., vol. VII, pág. 445.

3 *Ant.* cit., vol. X, págs. 129 y siguientes; 167 y siguientes; 256 y siguientes; 218 y 324.

4 En cuanto al asunto capital de estos romances, recordemos que Menéndez Pelayo lo relaciona con la novela bizantina de Apolonio de Tiro y con una leyenda que corría por Francia e Inglaterra, titulada *La Doncella de las manos cortadas.* Esta fué conocida en España por una versión castellana incluída en el Victorial de Gutierre Díez de Games y por una catalana que figura en la *Historia de la filla del rey de Hungría,* habiendo también penetrado entre los moriscos españoles.

de las cuales suelen tener versos casi íntegros, y el mismo aire familiar y moderno; pero son infinitamente menos variadas y pintorescas. Las genuinamente cubanas, las de más antiguo arraigo entre nosotros, son precisamente las más incompletas e imperfectas. Todas comienzan con los mismos versos, cambiando sólo el nombre de la protagonista (Ambarina, Angarina, etc.), y en todas el lamento de la niña está expresado en términos muy semejantes, y tanto el lamento como la respuesta que obtiene, se repiten varias veces en cada romance, cambiando sólo las palabras *hija, hermana, madre,* etc., según el interlocutor; de manera que siempre resulta la canción bastante monótona. Contiene casi siempre, como detalle que juzgamos de carácter local, unos versos que ordenan que la niña sea encerrada

en un cuarto muy oscuro
que está junto a la cocina,

habitación que, en efecto, se encuentra en esas condiciones en muchas casas cubanas.

Una versión muy fragmentaria e imperfecta, contiene estas palabras, de cuya procedencia criolla nadie podrá dudar:

Negrita, coge a Angarina.

Por último, nos han hablado de una especie de parodia de la leyenda de Delgadina, de la que sólo hemos podido recoger estos versos:

Angarina se murió
en un cuarto muy oscuro,
y por velas le pusieron
cuatro plátanos maduros.
... ...

No pretendemos reunir aquí todas las variantes que hemos hallado de este romance, en algunas de las cuales las asonancias están completamente destruídas, o se ha perdido el desenlace. Nos limitaremos a las más completas y curiosas.

I

ANGELINA

Pues señor, éste era un rey
que tenía tres hijitas,
y la más chiquirritica

Angelina se llamaba.
Cuando su mamá iba a misa
su papá la enamoraba,
cuando la mamá venía
todo ella se lo contaba,
... ...
—Corran, corran mis criados,
enciérrenme a Angelina
en el cuarto más oscuro
que está junto a la cocina.
No me le den de comer,
ni siquiera de beber;
y si pide de comer,
huesos de carne salada,
y si pide de beber,
el zumo de la retama.
... ...
—Mi hermanita, mi hermanita,
tráeme un poquito de agua,
que el pecho se me abrasa
y la garganta se me inflama.
—Angelina, yo no puedo,
porque nuestro padre ha dicho
que me arranca el corazón
y me da de puñaladas.
—Mamaíta de mi vida,
tráeme un poquito de agua
porque el pecho se me abrasa,
y la garganta se me inflama.
—Angelina, yo no puedo
porque tu padre me ha dicho
que me arranca el corazón
y me da de puñaladas.
—Papaíto de mi vida,
tráeme un poquito de agua
porque el pecho se me abrasa
y la garganta se me inflama.
—Corran, corran mis criados,
llévenle agua a Angelina,
en el vasito de oro
y del agua cristalina.—
Al subir las escaleras
Angelina muerta estaba,
y los ángeles del cielo
repicaban las campanas,
y la Virgen del Rosario
preparaba la mortaja.

II

ANGARINA

Pues señor, éste era un rey
que tenía tres hijitas,
y la más chiquirritica
Angarina se llamaba.
Cuando su madre iba a misa
su padre la enamoraba,
y cuando ella venía
todito se lo contaba.
La encerráron en un cuarto
sin comer y sin beber.
... ...
A los tres días siguientes
Angarina en la ventana:
—Mi hermana, si eres hermana,
dame un vasito de agua,
que este pecho se me quema
y el corazón se me inflama.
—Mi hermana, tú eres hermana,
mas no te puedo dar agua
porque no has querido hacer
lo que tu padre mandaba.
... ...
—Mi madre, si usté es mi madre,
me dará una jarra de agua,
que este pecho se me quema
y este otro se me abrasa.
... ...
A los dos días de esto,
le mandan dos jarros de agua,
y al subir las escaleras,
Angarina muerta estaba.
La Virgen de los Remedios,
haciéndole la mortaja,
los angelitos del cielo
tocándole las campanas:
las campanas del infierno
para padre, hermano y madre.

III

AMBARINA

Pues señor, éste era un rey,
que tenía tres hijitas,
y la más chiquirritica,

Ambarina se llamaba.
Cuando su madre iba a misa,
su padre la regañaba,
porque no quería hacer
lo que su padre mandaba.
Su padre la encerró un día
en un cuarto muy oscuro,
y al otro día Ambarina
se asomó a una ventana
y vió a su hermano
bebiendo un vasito de agua.
—Hermano, por ser hermano,
dame tú un poquito de agua,
que este pecho se me enciende,
y voy a lanzar el alma.
... ...
Al otro día Ambarina
se asomó a una ventana, etc.

Repite lo mismo dirigiéndose a la hermana, a la madrina, etc., y termina así:

—Vengan todos mis criados
a traerle agua a Angarina,
unos con jarros de plata
y otros con jarros de China.

Otra variante tiene esos últimos versos en esta forma:

—Corran, corran mis criados
a traerle agua a Ambarina
en su tacita de oro
y su platico de China.

Otra versión hemos recogido que nos parece ser de procedencia asturiana, porque tiene versos casi íntegros de algunas de las cantadas en el Principado, y, como en algunas de éstas, la joven, desesperada por la sed, va acceder a las pretensiones de su padre cuando la sorprende la muerte. A juzgar por nuestras investigaciones, es poco corriente. Nos ha sido recitada íntegra por una niña cubana, que cree haberla aprendido de una mujer española. No obstante, el romance comienza con los mismos versos que encontramos siempre en nuestras trovas, lo que nos hace pensar que sea acaso una adaptación.

IV

ANTOLINA

Pues señor, éste era un rey
que tenía tres hijitas
y la más chiquirritica
Antolina se llamaba.
Cuando su madre iba a misa
su padre la enamoraba,
y cuando ella venía
todito se lo contaba.
El castigo que le dieron
fué encerrarla en una torre;
no le dieron de comer,
ni tampoco de beber.
Pasan días, pasan días,
se asomó a una ventana
y vió a sus dos hermanas
jugando a las blancas damas.
—Mi hermana, por ser hermana,
dame un poquito de agua,
que este pecho se me quema,
que este pecho se me abrasa.
—Anda *pa* allá, perra y sucia
... ...
que si el padre rey lo sabe
la cabeza nos cortara.—
Pasan días, pasan días,
se asomó a otra ventana
y vió a su madre la reina
sentada en un cojín de plata.
—Mi madre, por ser mi madre,
dame un poquito de agua,
que este pecho se me quema,
que este pecho se me abrasa.
—Anda *pa* allá, perra y sucia,
... ...
que hace un año y va *pa* dos
que me has hecho mal casada.
Pasan días, pasan días,
se asomó a otra ventana
y vió a su padre el rey
peinando sus blancas canas.
—Mi padre, por ser mi padre,
dame un poquito de agua,
que este pecho se me quema,
que este pecho se me abrasa.

—Yo te la alcanzo, Antolina,
si me cumples la palabra.
—Se la cumplo, padre rey,
aunque sea de mala gana.—
Mandó el rey a dos criados
que le dieran dos copas de agua,
una con copa de oro,
otra con copa de plata.
Al subir las escaleras
Antolina muerta estaba,
y la Virgen desde el cielo
todita la amortajaba
y los ángeles del cielo
repicando las campanas.
Los diablos en el infierno
apreparando las pailas
para su padre y su madre,
y sus otras dos hermanas.

(*Concluirá.*)

BIBLIOGRAFÍA

I. Bulletin of the American Museum of Natural History. Vol. XXXI, 1912, y Vol. XXXII, 1913, New York.

II. Memoirs of the American Museum of Natural History. Vol. XII, Part III, 1913, y Vol. I, Part IV (New Series), March 1913, New York.

III. Anthropological Papers of the American Museum of Natural History. Vol. XI, Part III, 1913, New York.

IV. Peabody Museum of American Archæology and Ethnology Harvard University, Papers; Vol. III, 1904-1913, Cambridge, Mass.

V. The Journal of Animal Behavior. Vol. 1, 1911; Vol. 2, 1912: Vol. 3, 1913; H. Holt and Company, New York.

VI. Anales del Museo Nacional de Buenos Aires. Tomo XXIV, 1913, Buenos Aires.

VII. Principios de Psicología Biológica; por J. INGHENIEROS, 1913, Madrid.

El volumen XXXI del *Bulletin* del Museo de New York contiene, entre otros, los siguientes artículos:—*Historical and Nomenclatorial Notes on North American Sheep*—J. A. Allen; *Orthogenesis in the Eggs Capsules of Chimœra*—Bashford Dean; *Notes on the Tertiary Deposits of the Bigohrn Basin*—W. J. Sinclair and W. Granger; *Notes of West Indies Fishes*—J. T. Nichols; *Mammals Collected in Lower California, with Descriptions of New Species*—Ch. H. Townsend; *Diagnoses of apparently new Colombian Birds*—F. M. Chapman; *Notes on Cuban Fishes*—J. T. Nichols; *Concealing Coloration, an Answer to Theodore Roosevelt*—A. H. Thayer; etc.

Entre los trabajos del volumen XXXII cuéntanse estos:—*Mammals of northern Malheur County, Oregon*—H. E. Anthony; *Insects of Florida*—Ch. W. Johnson; *Echinoderms from Lower California, with descriptions of new species*—H. L. Clark; *Ants Collected in the West Indies*—W. M. Wheeler; *New and rare Spiders from within fifty miles of New York City*—J. H. Emerton; *Lower Eocene Titanotheres*—H. F. Osborn; *Mammals collected in Korea*—J. A. Allen and R. C. Andrews; *New Mammals from Colombia and Ecuador*—J. A. Allen; *On some new carnivorous Therapsids*—R. Broom; etc.

Completa el volumen XII de las *Memoires* del mismo Museo neoyorkino el estudio de Waldemar Bogoras *The Eskimo of Siberia;* y la parte IV del volumen I (new series), es un trabajo de J. A. Allen: *Ontogenetic and other variations in Muskoxen, with a systematic review of the Muskox group, recent and extinct.*

La monografía de R. H. Lowie—*Societies of the Crow, Hidatsa and Mandan Indians*—ocupa las 358 páginas de la publicación antropológica del mencionado Museo.

El *Peabody Museum* ha publicado, con una nota bibliográfica por Rudolph R. Schuller, un fragmento de la obra de Valdivia en lengua millcayac, que se encontraba en la Biblioteca de la Universidad de Harvard; lo que es de verdadero interés para los que cultivan la antropología sud-americana.

The Journal of Animal Behavior es una revista bimestral de vida reciente—pues comenzó a publicarse en 1911—que ya ha ilustrado con sus artículos el campo de las nuevas orientaciones de la psicología animal; y cuenta, en su cuerpo de redacción, con ilustres profesores de diversas universidades cuyos nombres están bien acreditados en esa rama de la Biología. El número correspondiente a Noviembre y Diciembre de 1913 trae este sumario: *Literature for 1912 on the behavior of lower invertebrates*—S. J. Holmes; *Literature for 1912 on the behavior of spiders and insects other than ants*—C. H. Turner; *Literature for 1912 on the behavior of ants and Myrmecophiles*—W. M. Mann; *Literature for 1912 on the behavior of vertebrates*—J. B. Watson and K. S. Lashley; *Loeb's, The mechanistic Conception of life*—J. R. Augell; *Morgan's Instinct and Experience*—E. G. Boring; *Schneider's «Terpsychologisches praktikum in dialogform»*—M. Bentley. La misma casa de Holt viene imprimiendo *The Behavior Monographs* que forman dos volúmenes hasta el presente.

Del tomo XXIV de los *Anales* del Museo de Buenos Aires mencionamos los siguientes estudios, que pueden citarse entre los muchos que contiene dicha importante publicación relativa a las ciencias naturales:—*Himenopteros de la America Meridional*—J. Brèthes; *La religion de los indios mataco-noctenes de Bolivia*—R. Karsten; *Notas sobre la Anatomía del aparato espiracular, laringe é hioides de dos delfines*—A. Gallardo; *Etude Phytogéographique de la région du Río Negro inférieur*—L. Hauman-Merck; *Nuevos comprobantes á propósito de la antigüedad del caballo en la Plata*—A. Cardoso. Este último trabajo es la contestación al publicado por el Profesor Trouessart, del Museum de Paris, en la *Révue générale de Sciences* sobre si el caballo existía en

la América en la época del descubrimiento del nuevo continente.

La obra del Profesor Inghenieros *Principios de Psicologia Biologica*, revela el mismo espíritu científico que distingue a las publicaciones del autor. Para él la psicología biológica «estudia la *formación natural de las funciones psíquicas* en la evolución de otras especies vivientes, en la evolución de las sociedades humanas y en la evolución de los individuos»; y la psicología comparada, la psicología social y la psicología individual, como resultados generales de las investigaciones de la psicología biológica, le permiten plantear un *sistema de psicología genética*, que descansa en los fecundos principios de la ontogenia y de la filogenia y de sus relaciones más o menos estrechas en la naturaleza organizada.

Dr. A. Mestre,
Profesor Auxiliar de Biología, Zoología y Antropología.

MISCELANEA

El Profesor Soms La muerte del distinguido Profesor Dr. Enrique Soms y Castelín ha producido justo sentimiento en España, donde realizó importantes trabajos que harán difícil el olvido de su nombre. Consagró sus vigilias al estudio de las lenguas clásicas, sin dejar de conocer bien las modernas y sus correspondientes literaturas. Soms tradujo la Gramática griega de Curtius al castellano, tan acreditada por su exposición y método; y a fuerza de vencer obstáculos arregló una Antología de autores griegos muy superior a la de Bardón. La *Revista* participa de la pena sentida por la desaparición del ilustre maestro, bien conocido en nuestra Universidad por sus útiles producciones intelectuales.

Estudiantes extranjeros en las Universidades alemanas En 1887 había en las Universidades alemanas 1,687 estudiantes extranjeros; en 1912 la cifra se ha elevado a 4,187, distribuídos de esta manera en las siguientes ocho universidades germanas: Könisberg: 36.4 por ciento; Halle: 25.3; Leipzig: 24.2; Berlín; 17.3; Strasburg: 12.6; y Heidelberg: 12.3.

Nuevo Observatorio Solar Debido a la generosidad de un vecino de la ciudad de Nelson, se fundará en New Zealand un Observatorio para el estudio de la Física solar; efectuándose con la suma de sesenta mil pesos esa obra importante para las investigaciones de la ciencia astronómica.

Escuela de Antropología de Paris Para el curso de invierno de 1913 se han anunciado en esta Escuela de Antropología las siguientes conferencias, a cargo de los profesores que se indican: *Los caracteres anatómicos de los hombres fósiles*—M. Anthony; *La industria y el arte en los magdalenenses y en los neolíticos*—M. Capitan; *Estudio del cruzamiento y de la herencia mendeliana*—G. Hervé; *Las fases primitivas de la Era humana según los datos actuales*—P. G. Mahudeau; *La inteligencia humana según los sexos y las razas*--L. Manouvrier; *Los vestidos en los pueblos primitivos; su origen, su evolución*—A. Mortillet; *El papel social de los degenerados en la filosofía y las artes*—G. Papillault; *Las relaciones geográficas a través de la prehistoria y de la historia*—F. Schrader; *Los pueblos del Asia. El Cáucaso. El Asia menor. La Persia*—M. Zaborowsky; *Nociones generales sobre las lenguas inferiores. Estudio práctico de las lenguas*—M. Vinson; *Los orígenes de la escritura. Los signos rupestros*—M. Courtry; *El arte prehelénico. La fabricación y la decoración en la cerámica cretense*—M. Franchet; *El sueño en el hombre y en los animales. Estudios experimentales* M. Kollmann; *La defensa Social contra el crimen*—G. Paul-Boncour; *La boca y los dientes en Antropología*—M. Siffe.

Biología (1 curso)	Profesor Dr. Carlos de la Torre.
Zoología (1 curso)	
Zoografía (1 curso)	
Antropología general (1 curso)	,, Dr. Luis Montané.

CONFERENCIAS

Anatomía Comparada	Dr. Arístides Mestre (Aux.)
Histología y Embriología Zoológicas	
Genética	

Los profesores auxiliares de esta Escuela son: Dr. Arístides Mestre (Conservador del Museo Zoológico y Jefe de los trabajos prácticos del Laboratorio de Biología,); Dr. Pablo Miquel (Jefe del Gabinete de Astronomía); Dr. Nicasio Silverio (Jefe del Gabinete de Física), Dr. Gerardo Fernández Abreu (Jefe del Laboratorio de Química); y Dr. Jorge Hortsmann (Director del Jardín Botánico). Estos diversos servicios tienen sus respectivos ayudantes.—El «Museo Antropológico Montané» y el Laboratorio de Antropología tienen por Director al Profesor titular de la asignatura.

3 ESCUELA DE PEDAGOGIA

Psicología Pedagógica (1 curso)	Profesor Dr. Alfredo M. Aguayo.
Historia de la Pedagogía (1 curso)	
Higiene Escolar (1 curso)	
Metología Pedagógica (2 cursos)	,, Dr. Manuel Valdés Rodríguez.
Dibujo lineal (1 curso)	,, Sr. Pedro Córdova.
Dibujo natural (1 curso)	

CONFERENCIAS

I. Crítica de la Educación Contemporánea...	Profesor Dr. Luis Padró. (Aux.)
La Pedagogía Experimental	
II. Lectura é interpretación de las obras de los grandes pedagogos contemporáneos..	

Agrupada la carrera de Pedagogía en tres cursos, comprende también asignaturas que se estudian en otras Escuelas de la misma Facultad. El Director del Museo Pedagógico es el Profesor titular de Metodología.

4. ESCUELA DE INGENIEROS, ELECTRICISTAS Y ARQUITECTOS

Dibujo Topográfico estructural y arquitectónico. (2 cursos)	Profesor Sr. Eugenio Rayneri.
Estereotomía (1 curso)	
Geodesia y Topografía (1 curso)	,, Dr. Alejandro Ruiz Cadalso.
Agrimensura (1 curso)	
Materiales de Construcción (1 curso)	,, Sr. Aurelio Sandoval.
Resistencia de Materiales. Estática Gráfica (1 curso)	
Construcciones Civiles y Sanitarias (1 curso)..	
Hidromecánica (1 curso)	,, Sr. Eduardo Giberga.
Maquinaria (1 curso)	
Ingeniería de Caminos (3 cursos: puentes, ferrocarriles, calles y carreteras)	,, Dr. Luis de Arozarena.
Enseñanza especial de la Electricidad (3 cursos)	,, Sr. Ovidio Giberga.
Arquitectura é Higiene de los Edificios (1 curso)	,, Dr. Antonio Espinal.
Historia de la Arquitectura (1 curso)	
Contratos, Presupuestos y Legislación especial á la Ingeniería y Arquitectura (1 curso)	

Esta Escuela comprende las carreras de Ingeniero Civil, Ingeniero Electricista y Arquitecto; y son sus profesores Auxiliares: Dr. Andrés Castellá, Sr. A. Fernández de Castro (Jefe del Laboratorio y Taller Mecánicos); y Sr. Plácido Jordán (Jefe del Laboratorio y Taller Eléctricos); con sus correspondientes ayudantes. En dicha Escuela se estudia la carrera de *Maestro de Obras;* exigiéndose asignaturas que corresponden á otras Escuelas.

5. ESCUELA DE AGRONOMIA

Química Agrícola é Industrias Rurales (1 curso).	Profesor Dr. Francisco Henares.
Fabricación de azúcar (1 curso)	
Agronomía (1 curso)	,, Sr. José Cadenas.
Zootecnia (1 curso)	
Fitotecnia (1 curso)	
Economía Rural y Contabilidad Agrícola (1 curso)	,, Sr. José Comallonga.
Legislación Rural y formación de Proyectos (1 curso)	

El profesor auxiliar de esta Escuela es el Dr. Buenaventura Rueda (Jefe de los Museos y Laboratorios).

Para los grados de *Perito químico agrónomo* y de *Ingeniero agrónomo*, se exigen estudios que se cursan en otras Escuelas.

En la Secretaría de la Facultad, abierta al público todos los días hábiles de 1 á 5 de la tarde, se dan informes respecto á los detalles de la organización de sus diferentes Escuelas, distribución de los cursos en las carreras que se estudian, títulos, grados, disposiciones reglamentarias, incorporación de títulos extranjeros, etc.

AVISO

La Revista de la Facultad de Letras y Ciencias es bimestral.

Se solicita de las publicaciones literarias ó científicas que reciban la Revista, el canje correspondiente; y de los Centros de instrucción ó Corporaciones á quienes se la remitamos, el envío de los periódicos, catálogos, etc., que publiquen: de ellos daremos cuenta en nuestra sección bibliográfica.

Para todo lo concerniente á la Revista (administración, canje, remisión de obras, etc.) dirigirse al Sr. Secretario de la Facultad de Letras y Ciencias, Universidad de la Habana, República de Cuba.

Los autores son los únicos responsables de sus artículos; la Revista no se hace solidaria de las ideas sustentadas en los mismos.

NOTICE

The Revista de la Facultad de Letras y Ciencias, will be issued every other month.

We respectfully solicit the corresponding exchange, and ask the Centres of Instruction and Corporations receiving it, to kindly send periodicals, catalogues, etc., published by them. A detailed account of work thus received will be published in our bibliographical section.

Address all communications whether on business or otherwise, as also periodicals, printed matter, etc., to the Secretario de la Facultad de Letras y Ciencias, Universidad de la Habana, República de Cuba.

AVIS

La Revista de la Facultad de Letras y Ciencias parait tous les deux mois. On demande l'échange des publications littéraires et scientifiques: il en sera fait un compte rendu dans notre partie bibliographique.

Pour tout ce qui concerne la Revue au point de vue de l'administration, échanges, envoi d'ouvrages, etc., on est prié de s'addresser au Secretario de la Facultad de Letras y Ciencias, Universidad de la Habana, República de Cuba.

Les auteurs sont seuls responsables de leurs articles, et la Revue n'est engagée par l'opinion personelle d'aucun d'eux.

Vol. XVIII · UNIVERSIDAD DE LA HABANA. Núm. 3.

REVISTA

DE LA

FACULTAD DE LETRAS Y CIENCIAS

DIRECTOR:

Dr. EVELIO RODRIGUEZ LENDIAN.

REDACTORES JEFES:

Dr. ARISTIDES MESTRE. Dr. JUAN MIGUEL DIHIGO.

COMITÉ DE REDACCION:

Dres. GUILLERMO DOMINGUEZ ROLDAN, SERGIO CUEVAS ZEQUEIRA, CARLOS DE LA TORRE, CARLOS THEYE, ALFREDO M. AGUAYO, LUIS PADRO, ALEJANDRO RUIZ CADALSO, ANTONIO ESPINAL, FRANCISCO HENARES Y BUENAVENTURA RUEDA.

MAYO DE 1914.

SUMARIO:

—Alfred Russel Wallace en la historia de la filosofía biológica (con un grabado) ..... *Dr. Arístides Mestre.*

—El Romance en Cuba (Conclusión) ..... *Dra. Carolina Poncet.*

—La Décima Serie de Conferencias (Discurso terminal) .. *Dr. E. Rodríguez Lendián.*

—Psicología y educación de los niños anormales, ... *Dra. Carmen Grave de Peralta.*

—Bibliografía.—I. A textbook of General Embriology by William E. Kellicot.—II. Mendel's Principles of Heredity by W. Bateson.—III. Heredity and Eugenics by W. E. Castle, J. M. Coulter, Ch. B. Davenport, E. M. East, W. L. Tower.—IV. Heredity in relation to Eugenics by Charles B. Davenport.—V. Problems of genetics by W. Bateson ..... *Dr. Arístides Mestre.*

—Miscelánea.—El Centenario de Vesalio.—Exploración del Mediterráneo.—Protección internacional de la naturaleza.—La Memoria Anuario de la Universidad.—Sociedad Cubana de Historia Natural «Felipe Poey».—Julio Cejador y Frauca. .....

Imprenta "El Siglo XX"
de Aurelio Miranda
Teniente Rey 27
Habana

ENSEÑANZA DE LA FACULTAD DE LETRAS Y CIENCIAS.

Decano: Dr. Evelio Rodríguez Lendián.
Secretario: Dr. Juan Miguel Dihigo.

1. ESCUELA DE LETRAS Y FILOSOFIA.

Lengua y Literatura Latinas (3 cursos)	Profesor Dr. Adolfo Aragón.
Lengua y Literatura Griegas (3 cursos)	,, Dr. Juan F. de Albear.
Lingüística (1 curso) Filología (1 curso)	,, Dr. Juan Miguel Dihigo.
Historia de la Literatura Española (1 curso) Historia de las literaturas modernas extranjeras (2 cursos)	,, Dr. Guillermo Domínguez y Roldán.
Historia de América (1 curso) Historia moderna del resto del mundo (2 cursos)	,, Dr. Evelio Rodríguez Lendián.
Psicología (1 curso) Filosofía Moral (1 curso) Sociología (1 curso)	,, Dr. Sergio Cuevas Zequeira (Aux.)

Los profesores auxiliares de esta Escuela son: Dr. Sergio Cuevas Zequeira para el grupo de Historia y Ciencias Filosóficas; Dr. Ezequiel García y Enseñat para el grupo de Literaturas y Dr. Sixto López Miranda para el grupo de estudios de Lenguas, los cuales dan conferencias sobre sus respectivas materias.

El Laboratorio de Fonética Experimental tiene por Director al Profesor titular de Lingüística.

2. ESCUELA DE CIENCIAS.

[a] Sección de Ciencias Físico-Matemáticas.

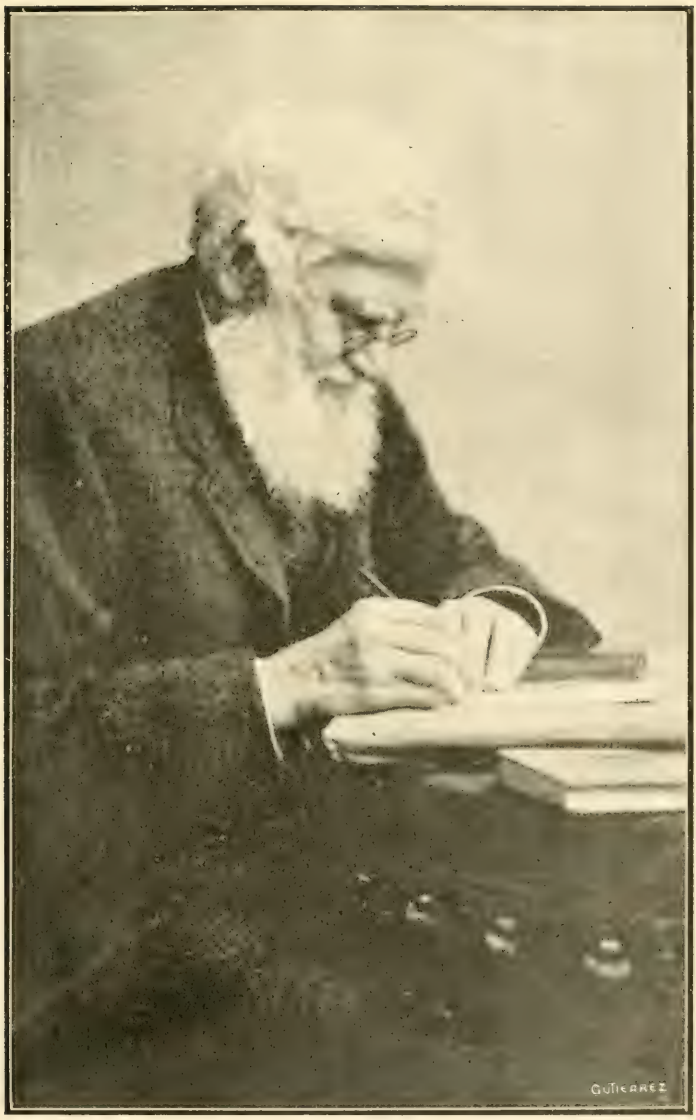
Análisis matemático (Algebra Superior) 1 curso) Análisis matemático (Cálculo diferencial é integral) 1 curso	Profesor Dr. Pablo Miquel (Aux.)
Geometría superior y analítica (1 curso) Geometría descriptiva (1 curso) Trigonometría (1 curso)	,, Dr. Claudio Mimó.
Física Superior (1er. curso) Física Superior (2º curso)	,, Dr. Plácido Biosca.
Química general (1 curso)	,, Sr. Carlos Theye.
Biología (1 curso) Zoología (1 curso)	,, Dr. Carlos de la Torre.
Dibujo Lineal (1 curso) Dibujo Natural (1 curso)	,, Sr. Pedro Córdova.
Cosmología (1 curso) Mecánica Racional (1 curso) Astronomía 1 curso)	,, Dr. Victorino Trelles.
Geodesia (1 curso)	,, Dr. Alejandro Ruiz Cadalso.
Mineralogía y Cristalografía (1 curso)	,, Dr. Santiago de la Huerta.
Botánica general (1 curso)	,, Dr. Manuel Gómez de la Maza.

[b] Sección de Ciencias Físico-Químicas.

Análisis matemático (Algebra Superior)	Profesor Dr. Pablo Miquel (Aux.)
Geometría Superior (sin la Analítica) Trigonometría (plana y esférica)	,, Dr. Claudio Mimó.
Física Superior (1er. curso) Física Superior (2º curso)	,, Dr. Plácido Biosca.
Química Inorgánica y Analítica (1 curso) Química Orgánica (1 curso)	,, Sr. Carlos Theye.
Dibujo Lineal (1 curso) Dibujo Natural (1 curso)	,, Sr. Pedro Córdova.
Mineralogía y Cristalografía (1 curso)	,, Dr. Santiago de la Huerta.
Biología (1 curso) Zoología (1 curso)	,, Dr. Carlos de la Torre.
Botánica general (1 curso)	,, Dr. Manuel Gómez de la Maza.
Cosmología (1 curso)	,, Dr. Victorino Trelles.

[c] Sección de Ciencias Naturales.

Análisis matemático (Algebra Superior) 1 curso	Profesor Dr. Pablo Miquel (Aux.)
Geometría Superior (sin la Analítica) Trigonometría (plana y esférica)	,, Dr. Claudio Mimó.
Química general (1 curso)	,, Sr. Carlos Theye.
Dibujo Lineal (1 curso) Dibujo Natural (1 curso)	,, Sr. Pedro Córdova.
Física general (1 curso)	,, Dr. Plácido Biosca.
Mineralogía y Cristalografía (1 curso) Geología 1 curso)	,, Dr. Santiago de la Huerta.
Botánica general (1 curso), Fitografía y Herborización (1 curso)	,, Dr. Manuel Gómez de la Maza.



Alfred R. Wallace

1823-1913

Vol. XVIII MAYO DE 1914 Núm. 3

REVISTA

DE LA

FACULTAD DE LETRAS Y CIENCIAS

ALFRED RUSSEL WALLACE EN LA HISTORIA DE LA FILOSOFIA BIOLOGICA [1]

POR EL DR. ARÍSTIDES MESTRE

Profesor auxiliar de Biología, Zoología y Antropología.
Conservador del «Museo Poey».

> L'humanité reconnaissante ne doit pas séparer dans sa vénération le nom de Wallace, malheureusement moins connu du grand public, de celui de Darwin.
>
> G. GELEY.

Sr. Rector de la Universidad; Sr. Decano de la Facultad de Letras y Ciencias; Sres. Profesores; Sras. y Señores:

En la ciudad de Londres el 7 de Noviembre de 1913—hoy hace precisamente cuatro meses—bajó a la tumba rodeado del respeto y de la consideración de sus contemporáneos, uno de los hombres que hubieron de alcanzar mayor reputación entre los más eminentes: ALFRED RUSSEL WALLACE; cuya labor dejó una huella extraordinaria, la propia a su grandeza intelectual, gloria legítima del mundo científico y no sólo de Inglaterra, su patria. De la textura mental de los Herbert Spencer y de los Huxley, fué aquél con sobra de ra-

1 Conferencia pronunciada en la Universidad el 7 de Marzo de 1914.

zón estimado como el verdadero émulo de Carlos Darwin; y hasta el punto de decir un ilustre adversario del transformismo que no es posible separar a Wallace de Darwin en la historia de la filosofía de las ciencias.

Una breve noticia sobre la vida y las obras de Wallace, la exposición general de sus principales ideas y su participación en los progresos de las investigaciones biológicas, será el asunto de esta conferencia; rindiendo así homenaje al esfuerzo realizado durante largo tiempo por el que era—a juicio de Hæckel, el naturalista alemán que más ha contribuído al triunfo del transformismo—uno de los más intrépidos y beneméritos viajeros del siglo XIX; el sabio que en los vírgenes y sombríos bosques del Archipiélago Indio, donde vivió errante algunos años, logra encontrar la inagotable fuente de sus fructíferos trabajos: la rica fauna y flora variada de aquella región geográfica, cuyo estudio perseverante le conduce a formular el valioso concepto de la selección natural.

Alfred Russel Wallace nació en Inglaterra (Usk, Monmouthshire) el 8 de Enero de 1823. Terminada su época escolar acompañó a su hermano mayor en trabajos de agrimensor y arquitecto, visitando varios lugares de las Islas Británicas. En 1840, viviendo en South Wales, se interesa por la Botánica y comienza a formar un herbario. En 1845 conoce a Bates, el gran investigador del Valle del Amazonas, con quien realiza tres años más tarde una excursión por la América del Sur. De 1854 a 1862 estuvo en el Archipiélago Malayo, explorándolo y efectuando colecciones; entonces visitó a Sumatra, Java, Borneo, Celebes, las Molucas, Timor, Nueva Guinea, y las islas Arú y Ké. En 1880, y después de haber vivido en Grays, Essex, en Dorking, y en Croydon, construye un «cottage» en Godalming, próximo a Chaterhouse School; y allí formó un jardín donde pronto crecieron mil especies de plantas. En 1886 recorre la Europa, especialmente la Suiza; estudiando más tarde, en otro viaje realizado en 1895, la Botánica y los fenómenos glaciares. En 1887 efectuó en los Estados Unidos de Norte América un «lecturing tour», y dió en Boston, Massachusetts, seis conferencias (*Lowell lectures*), visitando a New York y Baltimore; en Washington permanece un invierno, para luego ir también al célebre Valle de Yosemite; herborizó en la Sierra Nevada y en la cumbre del Gray, regresando al Atlántico y a Liverpool por el trayecto de los grandes lagos y del majestuoso San Lorenzo, lugares que son de incomparable magnificencia.

Las obras de Wallace, atendiendo a su fecha de publicación, son las siguientes:

Travels of the Amazon and Rio Negro, 1853.
Palm trees of the Amazon, 1854.
On the Law wich has regulated the Introduction of new Species, 1855.
The Malay Archipielago, 1869.
Contributions to the Theory of Natural Selection, 1871.
Geographical Distribution of Animals, 1876.
Tropical Nature and other Essays, 1878.
Island Life, 1880.
Miracles and Modern Spiritualism, 1881.
Land Nationalization, 1882.
Darwinism, An exposition of the theory of Natural Selection with some of its applications, 1889.
The Wonderful Century, 1899.
Studies, Scientific and Social, 1900.
Man's place in the Universe, 1903.
Autobiography, 1905.

En correspondencia a sus altos méritos científicos, en 1868 recibió la Royal Medal; en 1870 fué nombrado Presidente de la *Entomological Society of London;* en 1881 lo pensionó Mr. Gladstone; en 1882 y 1889 las Universidades de Dublin y Oxford le concedieron grados de Doctor *honoris causa;* y en 1890 le fué otorgada la primera Darwin Medal por la *Royal Society*.

¿En qué momento de la historia de la filosofía biológica surgió el concepto de la selección natural? Los inmediatos precursores de esta teoría fueron Lamarck y E. Geoffroy St. Hilaire, que ya antes venían preparando el camino del descubrimiento, entre otros, Bacon, Linneo, Buffon, Erasmo Darwin y Gœthe con sus bellos estudios sobre las metamorfosis de las plantas. Lamarck, verdadero fundador del transformismo, publicó en 1809 su libro *Philosophie Zoologique*, donde expuso sus ideas a favor de la generación espontánea, del desarrollo gradual de las formas vivientes y la transformación continua de las especies. «Las transformaciones se producen, decía, por adaptaciones lentas a las condiciones de medio, adaptaciones trasmitidas hereditariamente y teniendo por orígenes las variaciones que el organismo hace aparecer y desarrolla sucesivamente, actuando sobre el mismo voluntaria o involuntariamente bajo el influjo de las necesidades; el mundo exterior, el medio, interviene creando esas necesidades.»

La obra de E. Geoffroy St. Hilaire se titula *Philosophie Zoologique*, data de 1818; e inspira su opiniones en los datos suministrados por la embriología y la anatomía comparada. «La organización de los seres, escribió, está sometida a un plan general, el que modificándose en las diversas partes produce las diferencias que se observan entre ellos». Formuló la teoría de la *unidad de plan de composición*, el *principio de las conexiones*, y el *principio de la compensación de los órganos;* y nos muestra «el paralelismo entre la serie de las formas evolutivas de las especies elevadas de una clase y la serie de las formas graduales de las especies de esta clase»: el paralelismo entre la ontogenia y la filogenia. Geoffroy St. Hilaire, como Lamarck, sostuvo la doctrina de que los organismos actuales descienden por una serie no interrumpida de filiaciones de los fósiles, rechazando todo pensamiento de cataclismo general y de creaciones sucesivas; y en la historia de las ciencias se recuerda su famosa polémica de 1830 con Cuvier, defensor apasionado de la fijeza de las especies, de la doctrina de las causas finales.

Las ideas de Cuvier dominaron entonces «más bien por la autoridad y ascendencia de su nombre que por la fuerza de su lógica»; y el transformismo permaneció apagado durante varios años, hasta que renació para adquirir el brillo que ostenta, surgiendo el concepto de la selección natural; renacimiento en que influyeron un concurso feliz de circunstancias: las adquisiciones de la Geología, el conocimiento de la antigüedad del hombre, los progresos de la Embriología y de la Anatomía Comparada, a cuyos adelantos van unidos los nombres de Lyell, de Wolff, de Milne-Edwards, de Serres; fué preciso, pues, que el progreso hiciera patente el error geocéntrico y el error antropocéntrico, iluminándose así la conciencia humana!

Y el proceso mental que hubo de culminar en la constitución de la teoría de la selección natural, fué incubándose en los últimos años de la primera mitad de la pasada centuria; y brotó armada—pero no como la interpretara Smith en su libro sobre descendencia y darwinismo—sino a virtud de la serie de antecedentes suministrados por los sabios precursores aludidos y el medio que iba evolucionando favorablemente por los progresos científicos, y cual producto evidente de las investigaciones realizadas en la naturaleza misma, en contacto directo con la fauna y con la flora, por dos genios del siglo XIX; dos genios gemelos, dos cerebros privilegiados, dos hombres inmortales: DARWIN y WALLACE. *On ne peut séparer Wallace de Darwin*, ha escrito A. de Quatrefages en una de sus obras más recomendables. «A

millares de leguas de distancia—agrega el autor de la *Unité de l'espèce humaine*—y sin comunicaciones de ninguna clase, ambos tienen las mismas ideas fundamentales sobre el origen de las especies; ambos las han expresado casi en los mismos términos, y se dió al público el mismo día. Más tarde, reunidos en su patria común, han combatido juntos por la doctrina que fundaron; y si después se separaron, fué porque uno de ellos, dominado por la lógica y la autoridad de los hechos, hubo de reconocer que esa doctrina naufragaba cuando intentó abordar el problema especial de los orígenes humanos.»

¿Cómo llegaron estos dos sabios a concebir la selección natural? Darwin, durante su viaje en el «Beagle», explorando la América del Sur le impresionaron estos tres órdenes de fenómenos: «el modo como las especies, bien próximas en su forma, se suceden y se reemplazan a medida que se vá de norte a sur; seguidamente el aire de parentesco de las especies que habitan las islas vecinas de la América del Sur con las del continente; y en fin, las relaciones estrechas que ligan los mamíferos edentados y los roedores contemporáneos a las especies extinguidas de las mismas familias.» Consideró que las especies vecinas pueden ser el resultado de una forma ancestral común; y estudiando las plantas y animales domésticos observa que la libre elección por el hombre y separación de los individuos escojidos para propagar la especie, tiene una gran acción modificadora; y el paciente exámen de las costumbres y género de vida de los animales lo preparó para formarse exacta idea de la lucha por la existencia; por otra parte, sus trabajos en el dominio de la Geología le hicieron ver la extensión inmensa de los tiempos transcurridos. En cuanto a Wallace, su marcha por el Archipiélago Malayo le hace descubrir las afinidades zoológicas en la fauna de aquella región; observa detenidamente los fenómenos de coloración protectriz, de mimetismo, que ocupan su mayor atención, estudiándolos con extraordinario acopio de datos recogidos; y se fija también preferentemente en los hechos relativos a la distribución geográfica. Hasta aquí, tenemos en las dos investigaciones la labor preparatoria, casi inmediata a la formulación de la teoría; pero, ¿qué estímulo determinó que la concibieran uno y otro? Ah! fué para ambos cerebros el mismo estímulo el que les hiciera presentar a sus espíritus la idea de la selección natural: la lectura del libro de Malthus titulado *Essay of population*. ¡Curiosa coincidencia, sin duda, la que determinó que Darwin y Wallace se explicasen simultáneamente, por el mecanismo de la selección natural, la evolución de las especies orgánicas!

En Febrero de 1858 Wallace redacta su tésis *On the Tendency of Varieties to Depart Indefinitely from the Originial Type* y se lo envió a Darwin. ¿Qué sorpresa no sería para este sabio el ver como el estudio de Wallace contenía las ideas fundamentales expuestas en los trabajos que venía de antemano preparando? «Por fortuna—escribe Hæckel al referir la extensa y continuada labor de Darwin—en medio de tan pacíficas investigaciones que tenían la mayor perfección posible, y que acaso hubieran acabado por impedirle publicar algunos de sus trabajos, vino a turbar su quietud uno de sus compatriotas—Alfred Russel Wallace—que, sin conocer a Darwin, había encontrado y formulado, en 1858, la teoría de la selección, de la cual le envió un extracto, rogándole que lo mandase a Lyell para que lo publicase en un periódico inglés.» Planteado, desde luego, a consecuencia de esta circunstancia—del más extraordinario descubrimiento independiente en la historia del evolucionismo, como lo llama Osborn en su libro *From the Greeks to Darwin*—el conflicto de la prioridad científica, sin dejar de hacerle justicia a Wallace, tenía Darwin que defender sus investigaciones, sus trabajos de tantos años. Se resolvió esta situación presentándose conjuntamente a la *Linnæan Society* de Londrés, por conducto de Hooker y Lyell, el estudio de Wallace y un resumen razonado de las notas recopiladas anteriormente por Darwin; [1] y en Julio de 1858 se hizo público la Darwin-Wallace

1 El paralelo entre las opiniones consignadas en dichos estudios es bien interesante (*Biology and its Makers*, by W. A, Locy; *From the Greeks to Darwin*, by H. F, Osborn), La siguiente comunicación es la dirigida por Lyell y Hooker a la *Linnæan Society* de Londres acompañando los documentos de Darwin y Wallace (*Journal of Linnæan Society*, June, 1858) :

«London, June 30th, 1858.

«My Dear Sir: The accompanying papers, wich we have the honor of communicating to the Linnæan Society, and which all relate to the same subject; *viz.*, the laws which affect the production of varieties, races, and species, contain the results of the investigations of two indefatigable naturalists, Mr. Charles Darwin and Mr. Alfred Wallace.

«These gentlemen having, independently and unknown to one another, conceived the same very ingenious theory to account for the appearance and perpetuation of varieties and of specific forms on our planet, may both fairly claim the merit of being original thinkers in this important line of inquiry; but neither of them having published his views, though Mr. Dawin has for many years past been repeatedly urged by us to do so, and both authors having now unreservedly placed their papers in our hands, we think it would best promote the interests of science that a selection from them should be laid before the Linnæan Society,

«Taken in the order of they dates, the consist of:

«1. Extracts from a M. S. work on species, by Mr. Darwin, which was sketched in 1839 and copied en 1844, when the copy was read by Dr. Hooker, and its contents afterward communicated to Sir Charles Lyell. The firts part is devoted to the variation of Organic *Beings under Domestication and in their Natural State;* and the second chapter of that part. from which we propose to read to the Society the extracts referred to, is headed *On the Variation of Organic Beings in a State of Nature; on the Natural Means of Selections; on the Comparison of domestic Races and True Species.*

«2. An abstract of a private letter adressed to Profesor Asa Gray, of Boston, U, S. in

teoría de la selección natural, compartiéndose entre ambos egregios naturalistas, entre el investigador paciente del Archipiélago Galápagos y el no menos escrupuloso investigador del Archipiélago Indio, la gloria del famoso descubrimiento.

No es posible en una conferencia de esta índole dar cuenta de los diversos e interesantísimos asuntos tratados en las obras y publicaciones de Wallace, cuya relación expuse; por esto me referiré únicamente a dos de sus libros: *Contributions of the Theory of Natural Selection* (1871) y *Man's Place in the Univers* (1903). En el primero de ellos formula la ley que rige la introducción de las nuevas especies y observa la tendencia de las variedades a separarse indefinidamente del tipo primitivo, la mímica y las otras semejanzas protectoras de los animales; estudia el instinto comparativamente, exponiendo su teoría de los nidos de las aves; y trata la selección natural en su aplicación al hombre, Examinando los hechos de mimetismo, penetrándose de las circunstancias que en ellos concurren, estima el principio de utilidad, la relación entre el color y un abrigo seguro, determinando las leyes de la mímica: agrupación ordenada, metódica, de hechos que expresan los lazos que los unen con el concepto general de la supervivencia de los más aptos, de la perpetuación de las razas favorecidas en la lucha por la existencia; y

October. 1857. by Mr. Darwin, in which he repeats his views and which shows that these remained unaltered from 1839 to 1857.

«3. An essay by Mr. Wallace, entitled *On the Tendency of Varieties to Depart Indefinitely from the Original Type*. This was written at Ternate in February, 1858, for the perusal of his friend and correspondant, Mr. Darwin, and sent to him whith the expressed wish that it should be forwarded to Sir Charles Lyell, if Mr. Darwin thought it sufficiently novel and interesting. So highly did Mr. Darwin appreciate the value of the views therein set forth that he proposed, in a letter to Sir Charles Lyell, to obtain Mr. Wallace's consent to allow the essay to be published as soon as posible, Of this step we highly approved, provided Mr. Darwin did not withhold from the public, as he was strongly inclined to do (in favor of Mr. Wallace), the memoir which he had himself written on the same subject, and which, as before stated, one of us had perused, in 1844, and the contents of which we had both of us been privy to for many years.

«On representing this to Mr. Darwin, he have us permission to make what use we though proper of this memoir, etc.; and in adopting our present course, of presenting it to the Linnæan Society, we have explained to him that we are not solely considering the relative claims to priority of himself and is friend, but the interest of science generally; for we feel it to be desirable that views founded on a wide deduction from facts, and matured by years of reflecting, should constitute at once a goal from which others may start; and that, while the scientific world is waiting for the appearance of Mr. Darwin's complet work, some of the leading results of his labours, as well as those of his able correspondent, should together be laid before the public.

«We have the honour to be yours very obediently,

CHARLES LYELL,
JOS. D. HOOKER.»

advierte, como resultado de sus amplias investigaciones, «que el grado ínfimo de variación de las especies, considerado á veces como una cosa accidental, anormal, insignificante, para merecer nuestra atención, es, sin embargo, el fundamento de todas esas analogías sorprentes y armoniosas que juegan un gran papel en la economía de la naturaleza». En cuanto a las opiniones de Wallace sobre el instinto, en otra ocasión y en este mismo sitio tuve oportunidad de exponerlas estudiando la construcción de los nidos de las aves; entónces refería como aquél admite que «las facultades mentales manifestadas por las aves en la construcción de sus nidos, son las mismas que muestra el hombre en la construcción de sus moradas». Los fenómenos de la nidificación, por extraordinarios que parezcan, obedecen a la ley del perfeccionamiento de los seres.

Para Wallace la selección natural tiene sus límites cuando se trata de aplicarla al hombre. Desde el punto de vista orgánico acepta la descendencia de formas simianas antropoides; más, respecto de su condición psíquica opinaba que «la razón de ser del mundo es el desenvolvimiento del espíritu humano asociado al cuerpo de origen animal...» «El hombre—para Wallace—es un hecho único en el mundo; es el efecto de la intervención de una inteligencia Suprema coordenadora del conjunto de los fenómenos del Universo, todos dirigidos hacia un mismo fin: la manifestación del Hombre sobre la Tierra, el sólo planeta habitado y habitable». Y ese criterio espiritualista, de curiosa originalidad, revelado en el libro de 1871, lo ha manifestado en sus últimas obras. La que trata del *Man's Place in the Universe* lo demuestra claramente; y fué escrita cuando había cumplido los ochenta años. La determinación del lugar del hombre en el universo descansa, al apreciarla, en los estudios sobre los resultados de las investigaciones científicas relativas a la unidad y pluralidad de los mundos; sosteniéndose por Wallace tésis bien originales, cuya lectura produce indiscutible influencia sobre uno: tal es la fuerza poderosa de su argumentación. A través del completo proceso del nacimiento, desarrollo y extinción de infinitos seres, la tierra se ha preparado para su coronamiento: la especie humana; opinión que evoca en mi memoria el recuerdo de las ideas sostenidas por uno de los precursores del darwinismo, cuya teoría consideróse como la teoría de la naturaleza aspirando a producir el hombre, la cual fué expuesta por un pensador del siglo XVIII que preparó todos los elementos filosóficos de una doctrina de la evolución orgánica, *a priori*, muy de lejos de la realidad de los hechos biológicos.

Siempre sintió Wallace por Darwin la más profunda admiración, lo que no era óbice para conservar la independencia de su juicio, no siguiéndolo en todas sus ideas. No acepta Wallace la selección sexual, que, según Darwin, provocada por la rivalidad y el combate, imprime en los organismos modificaciones sumamente interesantes como la melena del león, el rico plumaje y canto armonioso de las aves; ni acepta tampoco la herencia de los efectos del uso y desuso de los órganos, es decir, la parte lamarckiana de la explicación darwiniana de la evolución de las especies. En la obra *Darwinism* (1889), consigna Wallace su desacuerdo con la selección sexual, exponiendo la teoría completa de las causas del desenvolvimiento orgánico sin mezcla de la herencia de Lamarck y de conformidad con las apreciaciones de Weismann. Conservó Wallace íntegra su primera idea, fué siempre decidido partidario de la selección natural; siendo él y Weismann los jefes de la escuela ultra-darwinista. Darwin rinde su tributo a la tierra algunos años antes de llevarse a efecto la célebre controversia entre Herbert Spencer y Weismann, sobre la posibilidad de la trasmisión de los caracteres adquiridos; discusión provocada por los escritos del zoólogo alemán, y para quien «queda, como causa de todas las transformaciones, la selección natural de las variaciones innatas y debidas al azar. *La omnipotencia de la selección natural—Die Allmacht der Naturzüchtung*, título significativo de una de las obras de Weismann, es el punto de vista general y absoluto, desde el cual contempla todos los fenómenos biológicos sin excepción»; y «proclama el principio de la utilidad de todos los caracteres existentes, aun cuando dicha utilidad escape a nuestra vista; la acción de la selección natural aparece no solamente como única sino como infalible». ¿Cuál ha sido el resultado de la polémica citada sobre la herencia de los caracteres adquiridos? Apreciando esta discusión ha escrito lo siguiente el ilustre Profesor de la Sorbonne, M. Ives Delage: «Sin embargo, la creencia de que se heredan los caracteres adquiridos se mantiene a pesar de todas las críticas, y la cuestión parece estar todavía muy lejos de resolverse...» «Ni Spencer ni Weismann han alcanzado la victoria». Los fenómenos de la herencia encontrarán su explicación en la química del organismo; con este método—opina el autor de *L'Herédité et les grands problèmes de Biologie générale*—probablemente se resolverá el problema de la trasmisión hereditaria de los caracteres adquiridos, problema que todavía conserva dividido a los filósofos naturalistas.

¿Qué valor tiene actualmente la selección natural? «La selección natural interviene, sin duda, en el gran fenómeno de la variación de las especies; pero, a su lado, y por encima de aquella otros factores deben tomarse en cuenta, y que actúan *directamente* sobre los organismos», siendo justo reconocer que Darwin en sus últimos estudios no consideró de un modo tan exclusivo, como al principio, a la selección natural; en cambio Wallace la estimó siempre con un criterio absoluto; y, por otro lado, sabemos que Darwin admitió explícitamente la herencia de los caracteres adquiridos. Razón tiene Geley para expresar que el lamarkismo y el darwinismo se concilian perfectamente y hasta se completan. «En resumen—dice este expositor de la filosofía zoológica—la característica del darwinismo es la importancia preponderante o exclusiva acordada a la selección natural; la característica del lamarckismo es la influencia preponderante o exclusiva concedida al medio ambiente, al uso o desuso de los órganos, a la necesidad que crea o al menos esboza las variaciones útiles por un brote interior, por una concentración de fuerzas vitales para un fin dado.» La selección natural sólo puede considerarse como un factor de evolución orgánica, un factor secundario; y forma parte del grupo de elementos que se han ido determinando progresivamente por los naturalistas como causas de la transformación de los organismos, y que han sido clasificados por Alfred Giard en uno de sus excelentes trabajos. «Los factores primarios son suficientes para producir la transformación de las especies en la mayor parte de los casos, no teniendo en cuenta más que el factor secundario de la herencia; . . . Los otros factores secundarios y en particular la concurrencia vital y la selección, actuaron únicamente como aceleradores de la evolución.» La observación de los hechos demuestra la relatividad de esos factores que, lejos de haber contradicción u oposición entre ellos, contribuyen de diferente manera en el mecanismo del nacimiento y cambio sucesivo de las especies.

Desde el año de 1858 en que surgió la doctrina de la selección natural hasta esta época, durante más de medio siglo, ¡qué esfuerzo no ha hecho la ciencia para descifrar los enigmas que envuelve todo lo referente a la organización y a la vida sobre la faz de la tierra!... ...Tras la lucha de las opiniones sobre el mérito de aquella teoría, la de la selección natural, el problema mismo de la herencia ha originado numerosas concepciones más o menos hipotéticas y a las cuales van ligados los nombres de Nœgeli, de Vries, Galton, Mendel, para

no mencionar otros a más de los ya citados; y al considerar la labor realizada por los más notables investigadores de estos últimos tiempos y pesar sus resultados, se pueden repetir, sin haber contradicción en ello, estas palabras pronunciadas por Whistman en su discurso ante el Congreso de Artes y de Ciencia celebrado en la Exposición de San Louis en 1904: «El problema de los problemas de la Biología actual, el problema que promete pasar a través de la presente centuria como lo ha hecho en la anterior, con gran interés y los correspondientes importantes resultados; el que constituyó la labor vital de Carlos Darwin, y que no puede ser mejor ni más sencillamente expresado que con el título del libro suyo que hizo época, el *Origen de las especies.*» ¡Todavía, en verdad, está sobre el tapete la solución del problema del origen de las especies!

A Wallace, durante su larga vida, en su constante dedicación a las ciencias, en su ocupación fructífera de tanto tiempo, le ha sido dable presenciar el interesante espectáculo del empeño de la inteligencia humana por resolver las incógnitas más impenetrables de la naturaleza orgánica; y ha presenciado—por suerte suya y de la ciencia tan honrosamente por él representada—ese extraordinario proceso de ideas, de hipótesis, de doctrinas más o menos fundadas. Las ha visto pasar ante él—¡hecho bien admirable!—sin modificar su primer pensamiento; se ha mantenido, puede decirse, siempre fiel a sus primeras ideas, como reflejo de su superior concepción del mundo y del hombre, como efecto indiscutible de lo que constituyó su carácter moral. Intensamente original, la actividad psíquica de Wallace irradiaba sus grandes energías en múltiples direcciones, pero eran especialmente dirigidas en el sentido de los más difíciles asuntos objetos de sus perquisas; su fe intensa, por otra parte, la convicción absoluta en su idea era capaz, según refieren sus competentes biógrafos, de mover las montañas de la apatía y suscitar activas oposiciones y las más rudas controversias... En la historia de la filosofía biológica, en el orden intelectual y moral, no ha habido página más brillante que la del descubrimiento, tan independientemente realizado, de la selección natural: la rivalidad científica sólo existió de un modo elevado, digna de admiración, y al principio de lo que fué una amistad intensa, jamás interrumpida entre aquellos dos sabios.

Ah! si habrá Wallace tenido razón en defender su doctrina invariablemente. Si allá, en lo íntimo de su espíritu, habrá sido de los que creen que el hombre ha de ir siempre tras del fantasma del mis-

terio; y si levanta, tenaz y perseverantemente, alguna pequeña porción del velo espeso que lo oculta y se imagina que lo ha desvanecido, es... cuando advierte al fin que ese triunfo soñado no fué, después de todo, más que una equivocación! Buen número de teorías y de hipótesis que parecían sólidamente establecidas han sido de nuevo planteadas como cuestión del día. «En todas las épocas—ha manifestado ha poco el Profesor Thompsom de la Universidad de Dundee, Escocia, presidiendo la Sección Zoológica de la Asociación Británica—el misterio de la forma orgánica, el misterio del crecimiento y de la reproducción, el misterio del pensamiento y de la conciencia»: tan impenetrables hoy como lo fueron en tiempos bien remotos!... «Estas cosas, decía el poeta, no son de hoy ni de ayer, sino que han existido siempre, y nadie sabe de donde vinieron»...; y con el profesor británico mencionado, recordaré esta otra frase: «Las vías de sus pensamientos son como los senderos en un bosque, donde el espeso follaje no permite ver sino muy poco de la ruta...» ¡Qué profunda filosofía encierran estas bellas palabras de uno de los más grandes entre los griegos! Más, todo eso no obsta, esa dura realidad con que lucha la ciencia por conquistar la verdad, no implica que el sabio no se dedique afanoso a perseguir el conocimiento de las causas inmediatas, próximas, de los fenómenos naturales hasta lograr la determinación de las leyes que los rigen, ampliando así el dominio de sus hermosas adquisiciones.

Permítaseme, señores, terminar con las últimas palabras de mi tesis doctoral, en la que hace cerca de tres décadas exponía ante el Claustro de la Universidad de la Habana la teoría de la selección natural de Wallace al estudiar los colores en el reino animal. «No se extrañe, pues—escribía entonces—que en tan complicados problemas y cuando apenas se empiezan a descifrar los que hasta hace poco eran considerados como verdaderos geroglíficos de la creación, no sea posible llegar a conclusiones definitivas, so pena de verlas caer unas tras otras bajo la inflexible lógica de nuevos y variados hechos, a veces contradictorios, pero indispensables siempre para formar sobre sólidas bases el grandioso edificio de la ciencia biológica». Y desde aquel tiempo, y en más de una ocasión, he bebido en las fuentes mismas que me proporcionara la sabiduría de Wallace; a sus obras acudí—ya al estudiar los medios de defensa en las especies animales, ya al tratar de conocer las construcciones de los nidos de las aves—y siempre he admirado, como el que más, su genial espí-

ritu de naturalista. Al rendirle este homenaje a Wallace, saludemos con amor reverente su memoria inmortal; evoquemos el recuerdo del último superviviente de aquella legión de sabios y filósofos que dió brillo a la «edad victoriana» de Inglaterra, cuya época de grandeza intelectual, a juicio de un ilustre paleontólogo norteamericano, sólo es comparable con los períodos que de esa misma grandeza nos ofrece la historia de Atenas, de Roma y de Florencia...

BIBLIOGRAFÍA

CUENOT, L. *La genèse des Esp`ces animales*, 1911.

DELAGE, IVES. *L' Hérédité et les grands problèmes de la Biologie générale*, 1903.

DELAGE, IVES Y M. GOLDSMITH. *Las teorías de la evolucion*, 1911.

DUVAL, MATHIAS, *Le Darwinisme*, 1886.

GELEY, GUSTAVE. *Les preuves du transformisme et les enseignements de la doctrine évolutioniste*, 1901.

GIARD, ALFRED. *Controverses transformistes*, 1904.

HŒCKEL, E. *Historia de la creación de los seres orgánicos según las leyes naturales*, 1878.

LE DANTEC, F. *Lamarckiens et Darwiniens*, 1908.

LOCY, WILLIAM A. *Biology and its makers*, 1911.

MESTRE, ANTONIO. *Origen natural del hombre. (Breve exposición del Darwinismo)*, 1879.

MESTRE, ARÍSTIDES. *Curso de Biología. (Doctrinas biológicas)*, 1910.

OSBORN, H. F. *From the Greeks to Darwin*, 1894.

OSBORN, H. F. *A great naturalist. Alfred Russel Wallace*, 1913.

POULTON, EDWARD B. *Fifty years of Darwinism. (The publication of the Darwin-Wallace Essay)*, 1909.

QUATREFAGES, A. DE. *Les émules de Darwin*, 1894.

THE ENCYCLOPEDIA BRITANNICA. *Wallace, Alfred Russel*, 1911.

THOMPSON, D'ARCY WENTWORTH. *Les grands problèmes de la Biologie*, 1913.

WALLACE, ALFRED RUSSEL. *La Sélection Naturelle*, 1872.

WALLACE, ALFRED RUSSEL. *Darwinism*, 1889.

EL ROMANCE EN CUBA

POR LA DRA. CAROLINA PONCET

(*Conclusión.*)

En nuestras investigaciones sobre este romance, hemos tropezado con dos bonitas trovas que no pueden considerarse como pertenecientes a nuestro *Folk-lore,* pues nos han sido facilitadas por personas que declaran haberlas aprendido directamente de españoles.

Una de ellas, muy semejante a la versión de Zafra publicada por Sergio Hernández de Soto en el *Folk-lore bético-extremeño,* y reproducida por Menéndez Pelayo, dice así:

ADELINA

El rey moro tiene tres hijas
y las tres como una plata;
y la más chirriquitica
Adelina se llamaba.
Estando un día en la mesa,
su padre que la miraba:
—¿Qué me miras, padre mío?
—¿Qué miro, hija del alma?
que tú vas a tener que ser
madrastra de tus hermanas!
—No lo permita mi Dios,
ni mi señor de mi alma,
que yo tuviera que ser
madrastra de mis hermanas.
—Mis criados, mis criados,
los que traje de Granada,
llevadme a la Adelina
a lo más oscuro de la casa.
Y si pide de comer,
comida no le daréis,
y si pide beber,

tampoco le llevéis agua.—
Han pasado siete días,
se ha asomado a una ventana,
viendo a su hermana sentada,
en rico sillón de plata.
—Mi hermana, si eres mi hermana,
dame un poquito de agua,
no es por la sed que yo tengo,
la muerte aprisa me llama.
—Sal de ahí, perra judía,
sal de ahí, perra malvada.
¿Por qué no quisiste hacer
lo que tu padre mandaba?—
Se ha metido para adentro
muy triste y desconsolada.
Han pasado siete días
se ha asomado a otra ventana,
viendo a su madre sentada
en rico sillón de plata.
—Madre, si usted es mi madre,
déme un poquito de agua,
que yo me muero de sed
y a Dios entrego mi alma.
—Hija, yo te la daría
con el corazón y el alma,
pero si tu padre se entera
a ti y a mí nos matara.—
Se ha metido para adentro
muy triste y desconsolada.
Han pasado siete días,
se ha asomado a otra ventana,
viendo a su hermano sentado
en rico sillón de plata.
—Hermano, si eres mi hermano,
dame un poquito de agua,
no es por la sed que yo tengo,
la muerte aprisa me llama.
—Sal de ahí, perra judía,
sal de ahí, perra malvada;
¿por qué no quisiste hacer
lo que tu padre mandaba?—
Se ha metido para adentro
muy triste y desconsolada.
Han pasado siete días,
se ha asomado a otra ventana,
viendo a su padre sentado
en rico sillón de plata.
—Padre, si usted es mi padre,

déme un poquito de agua,
que yo me muero de sed
y a Dios le entrego mi alma.
—Mis criados, mis criados,
los que traje de Granada,
llevadle a la Adelina
una fuente de agua clara.
No se la lleven en la de cobre
ni tampoco en la de plata;
llévensela en la de oro
a la hija de mi alma.
Unos van por la escalera,
y otros suben por ventanas,
cuando llegan con el agua,
Adelina muerta estaba.

La otra trova es una pintoresca refundición de la leyenda de *Delgadina* y del romance *La Flor de Agua,* que existe en Asturias y en Galicia, [1] y nos ha sido facilitada por una joven cubana que la ha aprendido de una persona, que la tiene como un canto típico de Castilla la Vieja:

DELGADINA

La mañana de San Juan,
cuando el sol alboreaba,
estaba la Virgen pura
al pie de una fuente clara.
—La que a esta fuente viniese
a coger la flor del agua
he de saber si ha de ser
solterita o casada.—
La hija del rey...
que en su palacio escuchaba
coge su cántaro de oro,
que de plata no lo halla,
se ha encontrado con la Virgen,
de esta manera le habla:
—¿Dónde va la doncellita
tan sola y tan de mañana?
—Pues he venido a coger
... la flor del agua,
y he venido a saber

1 V. el romance asturiano en el cit, vol. X de la *Ant.*, pág. 146; el gallego, en la *Biblioteca de tradiciones pops.*, vol. IV, pág. 107.

si he de ser solterita o casada.
—Casadita no has de ser,
sí de tu padre enamorada.
—No lo querrá Dios del cielo
ni la Virgen soberana
que sea mujer de mi padre,
de mis hermanas madrastra.—
Estando una vez comiendo
su padre que la miraba.
—¿Qué me mira el rey mi padre,
qué me mira tu mirada?
—Que tú serás mi mujer,
mi mujer y enamorada.
—No lo querrá Dios del cielo
ni la Virgen soberana
que yo sea mujer de usté,
de mis hermanos madrastra.—
Esto lo oyó su padre
y en un cuarto (de su uso) la encerraba,
no le daba de comer
más que la carne salada;
no le daba de beber
más que agua de pescada.
Al cabo de siete años
se abrieron cuatro ventanas:
por la una entraba el sol,
por la otra la mañana,
por la otra el rocío
y por la otra la escarchada.
Delgadina, con gran sed,
se ha asomado a una ventana,
desde allí ha visto a su hermana,
con sus amigas estaba:
—Hermana, si eres mi hermana,
por Dios, una jarra de agua,
que el alma tengo en un hilo
y el hilo ya se me arranca.
—Quita de ahí, Delgadina,
quítate, perra malvada,
que si el padre rey lo sabe
la cabeza nos cortara.—
Delgadina, con gran sed,
se ha asomado a otra ventana.
Desde allí ha visto a su madre,
bordando un pañuelo estaba.
—Madre, si eres mi madre,
por Dios, una jarra de agua,
que el alma tengo en un hilo

y el hilo ya se me arranca.—
—Quítate de ahí, Delgadina,
quítate, perra malvada,
que si tu padre me ve,
la cabeza me arrancara.
Delgadina, con gran sed,
se ha asomado a otra ventana:
desde allí ha visto a su padre
que con gran reunión estaba.
—Padre, si es usted mi padre,
por Dios, una jarra de agua,
que el alma tengo en un hilo
y el hilo ya se me arranca.
. . . . . .
Todos corren a Delgadina,
todos corren a llevarle agua,
unos con jarros de oro,
otros con jarros de plata.
Cuando llegan a Delgadina,
Delgadina ya expiraba.
La cama de ángeles
estaba rodeada,
y la cama de su padre
de serpientes *hermosiada.* (*sic.*)

E.—Romance de la Esposa Infiel.

Frente a la leyenda de *Las señas del esposo* y en oposición a la paciente y leal Penélope de los romances, la caprichosa musa popular coloca a la inconstante "esposa infiel", a la que recuerda en canciones que son—como las de aquel ciclo—de las más generalizadas en los países de habla española. [1]

El origen de las diversas trovas está—según indica Menéndez Pelayo—en dos viejos romances españoles, que parecen como refundidos en los modernos. Uno de ellos es el romance de *Blanca Niña,* que figuró en el Cancionero de Romances de 1550, y que dice así:

1 Antología cit., vol. X, pág. 87, versión asturiana; págs. 179, 180 y 182, versiones de Andalucía y Extremadura; pág. 350, versión fragmentaria de los judíos españoles, pág. 278, versión catalana. En el *Romancer Popular* de Aguiló y Fuster, figuran dos variantes catalanas, con el nombre de "Punicio de la Adultera" o "Lo retorn soptat" (págs. 93 a 100). Menéndez Pelayo cita los siguientes romances portugueses como correspondientes a los de *La esposa infiel*: Doña Branca, doña Alda, Dom Alonso, Dom Albertos y Flor de Marilia; estas dos últimas dice que son idénticas a las españolas.

—Blanca sois, señora mía,
más que el rayo del sol:
¿si la dormiré esta noche
desarmado y sin pavor?
que siete años había, siete,
que no me desarmo, no.
Más negras tengo mis carnes
que un tiznado carbón.
—Dormilda, señor, dormilda,
desarmado sin temor,
que el conde es ido a la caza
a los montes de León.
—Rabia le mate los perros,
y águilas el su halcón
y del monte hasta casa,
a él arrastre el morón.—
Ellos en aquesto estando
su marido que llegó:
—Qué hacéis, la Blanca-niña,
hija de padre traidor?
—Señor, peino mis cabellos,
péinolos con gran dolor,
que me dejáis a mí sola,
y a los montes os vais vos.
—Esa palabra, la niña,
no era sino traición:
¿cuyo es aquel caballo
que allá abajo relinchó?
—Señor, era de mi padre,
y envióoslo para vos.
—¿Cuyas son aquellas armas
que están en el corredor?
—Señor, eran de mi hermano,
y hoy os las envió.
—¿Cuya es aquella lanza,
desde aquí la veo yo?
—Tomalda, Conde, tomalda,
matadme con ella vos,
que aquesta muerte, buen conde,
bien os la merezco yo.

El otro es el romance del *Conde Lombardo*, que formó parte del Cancionero *Flor de Enamorados* y de la *Rosa de Amores*.

Ay! cuán linda que eres, Alba,
más linda que no la flor!
¡Quién contigo la durmiese,
una noche sin temor!

que no lo supiese Albertos,
ese tu primero amor.
—A caza es ido, a caza,
a los montes de León.
—Si a caza es ido, señora,
cáigale mi maldición,
rabia le mate los perros,
aguilillas el falcón,
lanzada de moro izquierdo,
le traspase el corazón.
—Apead, conde don Grifo,
porque hace gran calor.
¡Lindas manos tenéis, Conde!
¡Ay, cuán flaco estáis, señor!
—No os maravilléis, mi vida,
que muero por vuestro amor,
y por bien que pene y muera,
no alcanzo ningún favor.—
En aquesto estando, Albertos
toca a la puerta mayor,
—¿Dónde os pondré yo, Don Grifo,
por hacer salvo mi honor?—
Tomáralo de la mano
y subióle a un mirador,
y bajóse a abrir a Albertos
muy de presto y sin sabor.
—¿Qué es lo que tenéis, señora?
¡Mudada estáis de color!
¡O habéis bebido del vino,
o tenéis celado amor!
—En verdad, amigo Albertos,
no tengo de eso pavor,
sino que perdí las llaves,
las llaves del mirador.
—No toméis enojo, Alba,
de eso no toméis rancor,
que si de plata eran ellas,
de oro las haré mejor.
¿Cuyas son aquellas armas
que tienen tal resplandor?
—Vuestras, que hoy, señor Albertos,
las limpié de ese tenor.
—¿De quién es aquel caballo
que siento relinchador?—
Cuando Alba aquesto oyera
cayó muerta de temor.

El asunto de estos romances es, en el fondo, un tema muy usa-

do por la musa popular de todas partes: Du Meril ha encontrado cantos suecos, daneses y escoceses con argumento parecido, y Puymaigre señala la semejanza que tiene la leyenda de Blanca Niña con un canto de la Grecia moderna (cuyo parecido es notable, sobre todo teniendo en cuenta las trovas modernas españolas) y con el *fabliau* francés *Du Chevalier à la robe vermeille* que explota la misma situación, pero desde el punto de vista cómico. [1]

En Cuba, los romances de *La esposa infiel* son de los pocos que no forman parte del repertorio de los niños, acaso por la naturaleza del asunto, al que una de nuestras versiones ha tratado de quitar parte de la crudeza, mediante una hábil sustitución de palabras. Entre los adultos es bastante conocido, si bien por lo general, se le recita de manera fragmentaria. No obstante, hemos podido hallar tres versiones bastante completas. Las dos primeras de ellas tienen gran semejanza con las versiones andaluzas publicadas por Menéndez y Pelayo en su *Romancero Tradicional.*

I

Mañanita, mañanita,
mañanita de San Simón,
estaba una señorita
sentadita en su balcón,
arreglada y bien compuesta
con un poco de primor. [2]
Al pasar un caballero
hijo del Emperador,
con la bandurria en la mano,
esta canción le cantó:
—Dormiré contigo, Luna,
dormiré contigo, Sol.—
La joven le contestó:
—Venga usté una noche o dos, [3]
mi marido está cazando
en los montes de León.
Para que no vuelva más

1 *Les Vieux Auteurs Castillans,* vol. II, París, 1872, pág. 340. En dicho *fabliau,* un caballero, que regresa inesperadamente a su casa, pide explicaciones a su mujer sobre un caballo, unos perros y un traje que encuentra. Ella lo tranquiliza, diciéndole que son obsequio de un hermano suyo, con lo que el caballero se satisface y se va a dormir. Al despertar, pregunta por los regalos, y ella lo convence de que todo había sido un sueño.

2 Variante:
Bien vestida, bien compuesta,—con un poco de arrebol.

3 Si la Luna me contesta,—dormiré una noche o dos.

le echaré una maldición:
cuervos le saquen los ojos,
águilas el corazón,
y los perros con que él caza
lo saquen en procesión.—
Al decir estas palabras [1]
el caballero llegó.
—Abreme la puerta, Luna,
ábreme la puerta, Sol,
que te traigo un león vivo
de los montes de León.—
Va Luna a abrirle la puerta
mudadita de color.
—O tú tienes calentura,
o tú tienes nuevo amor.
—Yo no tengo calentura,
ni tampoco nuevo amor,
se me han perdido las llaves
de tu rico comedor.
—Si de plata se han perdido,
de oro las tengo yo.
Un platero tengo en Francia
y otro tengo en Aragón.—
Fué a abrazar a su señora
y el caballo relinchó.
—¿De quién es ese caballo
que en mi cuadra siento yo?
—Ese es tuyo, dueño mío,
mi padre te lo mandó
pa que vayas a cazar
a los montes de León.
—Mil gracias dale a tu padre,
que caballo tengo yo;
cuando yo no lo tenía
nunca me lo regaló.
—¿De quién es ese sombrero
que en mi percha veo yo?
—Ese es tuyo, esposo mío,
mi padre te lo mandó
pa que vayas a la boda
de mi hermana la mayor.
—Muy feliz sea tu hermana
que sombrero tengo yo,
cuando yo no lo tenía
nunca me lo regaló.
—¿De quién es esa escopeta
que en mi rincón veo yo?

1 Variante: estando en estas palabras.

—Esa es tuya, amado mío,
mi padre te la mandó
pa que fueras a cazar
a los montes de León.
—Mil gracias dale a tu padre,
que escopeta tengo yo;
cuando yo no la tenía
nunca me la regaló.—
El joven, ya con sospechas,
a la cama se acercó.
—¿Quién es este caballero
que en mi cama veo yo?
—¡Mátame, marido mío,
que te he jugado traición!—
El la cogió por un brazo
y al suegro se la llevó.
—Téngala usté, suegro mío,
que me ha jugado traición. [1]
—Llévatela, yerno mío,
que la Iglesia te la dió.—
El con ira la amenaza
y al campo se la llevó.
Le ha dado una puñalada
que el corazón le enfrió.
A la una murió ella,
a las dos murió su amor,
y el otro, como tunante,
en la cama se quedó.

II

Mañanita, mañanita,
mañanita de San Simón,
estaba una hermosa niña
sentadita en su balcón,
y pasaba un caballero
hijo del Emperador,
con su guitarra en la mano
cantándole esta canción: [2]
—Dormiré contigo, Luna,
dormiré contigo, Sol.
—Mi marido está en el campo,
venga usté una noche o dos. [3]

1 "Aquí tiene usté a su hija,—aquí tiene usté su don,
aquí tiene usté su prenda,—que me ha jugado traición.
2 Cantándole a Blanca-Flor.
3 Dormirá una noche o dos—que mi marido salió.

—¿Dónde pongo mi sombrero?—
En la percha lo colgó.
—¿Dónde acostaré mi cuerpo?—
En la cama lo acostó.
Estando los dos en cama
el caballero tocó.
—Abreme la puerta, Luna,
ábreme la puerta, Sol.—
Va Luna a abrirle la puerta,
mudadita de color.
—O tú tienes calentura,
o tú tienes nuevo amor.
—Ni yo tengo calentura,
ni tampoco nuevo amor,
sino es que se me han perdido
las llaves del corredor. [1]
—Si de plata se han perdido,
de oro las tengo yo:
un platero tengo en Francia
y otro tengo en Aragón.—
Estando los dos en esto
el caballero tosió.
—¿Quién es ese caballero
que en mi cama veo yo?
—El chiquillo 'e la vecina
que jugando se acostó.
—¿De quién es este revólver
que en mi tocador veo yo?
—¡Mátame, marido mío,
que te he jugado traición!—
La cogió éste por un brazo,
y a su suegro la llevó.
—No, no, no, no me la traigas,
que la Iglesia te la dió.—
Se la llevó para el campo
y una *puñalá* le dió.
A la una murió ella,
a las dos murió su amor,
y el pícaro del traidor
en la cama se quedó.

Otra tercera variante del romance de *la esposa infiel* fué recogida por nosotros de labios de una cocinera cubana, quien nos manifestó que la conocía desde su infancia, sin que pudiera indicarnos por qué conducto la aprendiera. Aunque dicha versión co-

1 Se me han perdido las llaves—del divino emperador.

mienza en la misma forma que las otras dos cantadas en Cuba, esto es, con los mismos versos de las trovas andaluzas de Micrófilo y de Rodríguez Marín, otras veces se aproxima a la asturiana que figura en el citado romancero de Menéndez Pelayo, y aun, en ciertos detalles, a la catalana que éste inserta. El final, incompleto, deja ver los excesos de las trovas modernizadas; pero en cambio, el nombre *Flor de Albero,* reminiscencia de *Albertos,* nombre del esposo vengador en el romance del *Conde Lombardo,* vierte de cuando en cuando en algunos versos de esta trova algo del vago perfume de los viejos romances castellanos. [1]

III

Mañanita, mañanita,
mañanita de San Simón,
estaba una señorita
sentadita en su balcón,
ha pasado un caballero
en su caballo trotón.
—Señorita, señorita,
con usted cenara yo.
—Suba, suba, caballero,
cenará una noche o dos.
—Yo le temo a su marido,
que es un hombre de valor.
—Mi marido no está en casa,
que está en tierra de Aragón,
fué a cazarme un conejito
en los montes de León.—
En estas palabras y otras,
Flor de Albero que llegó:
—Abreme la puerta, cielo,
ábremela, corazón,
que te traigo el conejito
de los montes de Aragón.
... ...
—¿Pero qué tienes, qué tienes
que se te muda el color?
o tú tienes calentura,
o tú tienes mal de amor.
—Ni yo tengo calentura

1 Por haber obtenido este romance de una persona descendiente de canarios, nos parece oportuno copiar las siguientes palabras de Menéndez Pelayo: "Ya he indicado la sospecha de que en Canarias puedan existir viejos romances llevados allá en el siglo XV por los conquistadores castellanos y andaluces. Si se encontrasen sería buen hallazgo, porque en casos análogos se observa que las versiones insulares son más arcaicas y puras que las del Continente". *Antología* cit., vol. X, pág. 229.

ni yo tengo mal de amor;
se me han perdido las llaves
de mi rico tocador.
—Si tú las tenías de plata,
de oro te las compro yo.
¿De quién es ese caballo
que al mío le relinchó?
—Tuyo, tuyo, Flor de Albero,
mi padre te lo mandó.
—Dígale usted a su padre,
dígale que digo yo,
que cuando yo no tenía
él de mí no se acordó,
y ahora que yo lo tengo
¿para qué lo quiero yo?
¿De quién es ese sombrero
que en mi percha veo yo?

(Repite, desde "Tuyo, tuyo, Flor de Albero", hasta ¿"Para qué lo quiero yo?")

—De quién es aquella espada
que relumbra más que el sol?
—¡Mátame, marido mío,
que te he ofendido yo!—
La agarró por el cabello,
por la sala la arrastró.
. . . . . .
Puso una carnicería.
. . . . . .
. . . . . .
—¿De quién es esa cabeza
que Flor de Albero me vendió?
—Es de su hija, don Carlos,
Flor de Albero la mató.

Después de leídas estas trovas, resulta sumamente interesante su comparación con la canción griega que transcribe Puymaigre al tratar del romance de *Blanca-Niña,* ya que la semejanza que aquélla tiene con las versiones modernas, es mucho más notable, especialmente en el diálogo con que principian una y otras. En mérito a esto, vamos a terminar con ella el presente capítulo:

"Constantino pasaba *llevando el laúd, llevando la lira;* can-"taba dulcemente: —Sube, Costa mío; sube, Constantino. —*No* "*me atrevo, María, no me atrevo; yo le temo a Gianni.* —*Gianni* "*está en el campo cazando ciervos. En eso estaban* y su entre-

"vista continuaba, *cuando he aquí a Gianni que llega con toda* "*su caza.* Trae oseznos vivos y ciervos; *trae un cervatillo para* "*que María juegue con él.* —Abre, Mariquita, para que yo des- "cargue mi caza.—Gianni, tengo miedo a los osos, tengo miedo a "los ciervos; Gianni mío, ve a casa de tu madre, que está "acostumbrada a verlos. —Abre, madre mía, abre para que yo "descargue mi caza. —Gianni mío, llama en casa de Marieta; "Constantino está con ella. El golpea fuertemente la puerta y la "ventana, agarra a María por los cabellos, a Costa por el brazo, "desenvaina su espada y los despedaza, los mete en un saco y se "va al molino: —Muele, querido molinero; muele ojos negros; "muele labios rosados, y dos bellos cuerpos. Hizo harina bermeja "y harina negra." [1]

ROMANCES DE ASUNTO RELIGIOSO

Romance de Santa Catalina. Romances del Ciego y de la Virgen de la Palmera. Varios fragmentos de romances relativos a la Pasión de Cristo.

Entre los romances relativos a la vida de los santos, que la tradición oral conserva, figura el de *Santa Catalina,* bastante generalizado en España, y muy especialmente entre la gente menuda, que siente gran simpatía por la protagonista, a quien invoca con frecuencia en diversas cancioncillas populares.

De las varias trovas que hemos podido examinar, las más pintorescas son las andaluzas. Vamos a comenzar por transcribir una de esa procedencia, recogida por Rodríguez Marín y que—como veremos,—es semejante a una nuestra.

SANTA CATALINA

Por la baranda del cielo
se pasea una zagala,
vestida de azul y blanco,
que Catalina se llama.
Su padre era un perro moro,
su madre una renegada;
todos los días del mundo

1 Véase Puymaigre, obra cit., edición de 1862, pág. 341.

el padre la castigaba.
Mandó hacer una rueda
de cuchillos y navajas,
para pasarse por ella
y morir crucificada.
Y bajó un ángel del cielo
con su corona y su palma
y le dice: —Catalina,
toma esta corona y palma
y vente conmigo al cielo
que Jesucristo te llama.
Subió Catalina al cielo
como una buena cristiana.
A eso del mismo punto
ha caído una borrasca
llena de aire y centellas
que al mundo atemorizaban;
los marineros del mar
de pecho se van al agua.
—¿Qué me das marinerito
por que te saque del agua?
—Te doy mis tres navíos
cargados de oro y de plata,
y mi mujer que te sirva
y mi hija por esclava.
—No quiero tus tres navíos,
ni tu oro ni tu plata;
ni tu mujer que me sirva,
ni tu hija por esclava:
lo que quiero es que en muriendo
que me se entregues el alma.
—El alma es para mi Dios
que se la tengo mandada,
y lo demás que me queda
pa la Virgen soberana. [1]

La parte principal de este romance está formada por la descripción del martirio y la ascensión de Santa Catalina de Alejandría, escena muy vulgarizada por estampas y grabados que reproducían o imitaban cuadros de pintores célebres. [2] En el ro-

1 *Ant.* cit., pág. 199.

2 Pintaron cuadros sobre ese asunto, Massaccio, Jacopo Bassano, Pablo Veronese, Julio Romano, etc. En un cuadro de Gille de Rye aparece Santa Catalina de manera muy semejante a como la pinta el romance: tres ángeles sostienen la Santa, mientras otro desciende del cielo con la corona y la palma del martirio. Lo mismo representa una estampa de Cornelio Cort y un cuadro de Luini grabado por Miguel Bisi. Un lienzo de Gaudenzio Ferrari, la representa arrodillada entre dos ruedas armadas de puntas, y en lo alto un ángel que se precipita con la espada.

mance, como en la generalidad de esas imágenes, la santa aparece arrodillada sobre una rueda erizada de puntas de hierro, mientras el ángel con la corona y la palma del martirio, desciende para transportarla a los cielos.

A este episodio debió limitarse el primitivo romance de Santa Catalina, como parece probarlo la existencia de varias trovas a él circunscriptas. Luego, a la leyenda piadosa vino a mezclarse, sin otra razón que la analogía del nombre, una versión castellana del romance portugués, *La nau Catherineta*, relativo, según supone Garrett, a la tormenta que batió la flota de Jorge de Alburquerque Coelho en 1565, y de la que existen versiones independientes en Asturias, [1] Cataluña, [2] y Castilla. [3] En las variantes castellana y asturiana no se menciona el nombre de la embarcación, pero en la catalana se la llama *Santa Catalina Marta*.

De *Santa Catalina Marta* a la mártir Santa Catalina, no había más que un corto, aunque arriesgado trecho, que lo salvó la musa popular, y he aquí que la virgen alejandrina—acaso por su condición de patrona de los filósofos algo inclinada a las investigaciones psicológicas—se detiene sobre el mar, y semejante a esos traviesos espíritus tentadores de que está lleno el *folk-lore* universal, ofrece a un marinero náufrago librarlo de la onda con tal de que le ceda el alma cuando muera.

En Cuba hemos hallado dos trovas del romance de *Santa Catalina*:

1 Ant. cit., vol. 10, pág. 139.
2 Idem, pág. 258.
3 De esta última región es la siguiente trova, que forma parte de nuestra colección:

"Voces daba el marinero,—voces daba que se ahogaba.
Respondiérale el demonio—del otro lado del agua:
—¿Cuánto das, el marinero,—a quien te saque del agua?
—Yo le daré mis navíos—cargaditos de oro y plata.
—No quiero tus navíos—cargaditos de oro y plata;
quiero que cuando te mueras—me dejes parte del alma.
—El alma no te la doy—que me la dió Dios prestada:
el cuerpo dejo a los peces—y a los pescados del agua;
las tripas, a un guitarrero—para cuerdas de guitarra;
las piernas dejo a los cojos—para que anden su jornada;
los oídos, a los sordos—*pa* que oigan lo que les hablan;
los ojos dejo a los ciegos—*pa* que vean por donde andan;
la cabeza, a las hormigas—para que hagan su morada;
las orejas, a las mozas—*pa* colgar las arracadas;
el cuerpo dejo a los peces—y a los pescados del agua.

I

En Cádiz hay una niña
que Catalina se llama.
Todos los días de fiesta
su padre la regañaba
porque no quería hacer
lo que su padre mandaba;
mándanle hacer una rueda
de cuchillas y navajas;
ya la rueda estaba hecha,
Catalina arrodillada.
Bajó un ángel del cielo
con su corona y su espada.
—Sube, sube, Catalina
que el Rey del cielo te llama.
—¿Para qué me quiere él
que tan de prisa me llama?
—Para entregarte las llaves,
las llaves del reino del cielo.

Esta variante, que se contrae al episodio del martirio, puede relacionarse con una trova madrileña que inserta la *Biblioteca de Tradiciones Populares Españolas*: [1] ambas colocan a la santa en Cádiz (suposición que acaso se deba a la creencia vulgarizada en España, de que Santa Catalina de Alejandría había vivido en territorio español, profesando en la Universidad de Alcalá, donde había discutido con los doctores, venciendo hasta las objeciones del mismo demonio, que quiso confundirla); además, en ambas trovas, madrileña y habanera, el ángel emplea frases casi idénticas al dirigirse a la santa.

II

En Galicia hay una niña
que Catalina se llama.
Su padre es un perro moro,
su madre una renegada. [2]
Todos los días de fiesta
su padre la regañaba,
porque no quería hacer
lo que su madre mandaba.
Mándanle hacer una rueda
de cuchillos y navajas.

1 Tomo II, 1884. El *Folk-lore* de Madrid, pág. 63.
2 O "una generala".

Ya la rueda estaba hecha,
Catalina arrodillada. [1]
Bajó un ángel del cielo
con su corona y su palma.
—Sube, sube, Catalina,
que allá, en el cielo, te llaman.
—¿Para qué me querrán en el cielo
que tan de prisa me llaman?
—Para ajustarte las cuentas
de la semana pasada.—
Al subir Catalina
cayó un marinero al agua.
—¿Qué me das, marinerito,
por que te saque del agua?
—Te doy mis tres navíos
cargados de oro y de plata,
y a mi mujer que te sirva,
y a mis hijos por esclavos.
—Yo no quiero tus navíos,
ni tu oro ni tu plata,
ni tu mujer que me sirva,
ni tus hijos por esclavos;
quiero que cuando te mueras
me entregues a mí tu alma.
—El alma la entrego a Dios
y el cuerpo a la mar salada.

Esta última variante, mucho más conocida hoy en día que la anterior, contiene los dos elementos que forman el romance andaluz: el martirio de la Santa y el naufragio. Pero hay además en ella reminiscencias de otras trovas. Así, vemos que sus dos primeros versos son los mismos con que comienza la otra versión cubana transcripta (sustituyendo *Cádiz* por *Galicia*), siendo también iguales en ambas las palabras con que el ángel llama a la mártir.

Estos otros dos versos de la segunda de nuestras trovas:

Para ajustarte las cuentas
de la semana pasada,

recuerdan unos que figuran en los romances catalanes *Santa Catalina* y *El Marinero* (núms. 24 y 34 de Milá). [2]

Que te n'has de doná compte
de la teva vida santa,

1 O "y Catalina acostada".
2 *Ant.* cit., vol. 10, págs. 255 y 258.

que t'en vol fé doná comptes
de la tu vida pasada.

Por último, los cuatro versos con que termina la trova cubana se encuentran también en la asturiana de *El Marinero.* [1] Pero entre nosotros pocas veces se los recita, siendo suprimidos, o sustituídos por esta frase u otra análoga:

Sino que te cases conmigo
y vivamos felices. [2]

La vida de Cristo ha inspirado a la musa popular sencillos romances piadosos, a veces delicadísimos, que se recitan con fervor, y se terminan frecuentemente con jaculatorias. Aunque algunos de ellos tienen cierto lirismo, ciertas frases artísticas que delatan épocas literarias recientes, los más están saturados de un fresco e ingenuo candor primitivo.

A veces hasta en la factura de esos romances se pueden advertir señales de vieja procedencia. Así ocurre en uno que se cantaba entre nosotros hace años, y que está tan olvidado, que a pesar de nuestros esfuerzos no hemos podido encontrar de él más que un fragmento: sus dos primeros versos son los mismos con que comienza el romance del Cid relativo al entierro de Fernán d'Arias, muerto en el cerco de Zamora:

Por aquel postigo abierto
y que nunca fué cerrado,
por allí pasó la Virgen
vestidita de encarnado.
El vestido que llevaba
todito estaba manchado,
que lo manchó Jesucristo
con sangre de su costado.

La *señal bermeja* y el *pendón ensangrentado* del romance viejo, han sido sustituídos por la Virgen, vestida de rojo y manchada de sangre divina; y no sería raro—aunque sólo a guisa de hipótesis

1 Idem, íd. pág. 139.

2 No parece fuera de lugar incluir aquí la siguiente *alborada* de Santa Catalina, que hemos oído cantar a varias personas, sin que hayamos podido fijar la procedencia:

"Santa Catalina,—mañana es tu día,
subirás al cielo—con santa alegría,
y dirá San Pedro—al verte llegar:
—¿Quién es esa niña—que viene a llamar?
—Yo soy Catalina—y quisiera entrar.
—Entra, palomita,—en tu palomar."

aventuramos tal idea—que en el resto del romance—hoy perdido—aparezca un *Santo Entierro* en sustitución del monumento en que era conducido el cadáver del guerrero.

Otro romance relativo a la vida de Cristo, que se conserva en Asturias, la Montaña, Andalucía [1] y Castilla, [2] tiene también en Cuba una breve trova que dice así:

Caminemos, caminemos,
hasta llegar a Belén,
que en las puertas de Belén
hay un rico naranjel.
El guardador que las guarda
¡pobre ciego! no las ve.
—Ciego, dame una naranja
para el niño entretener.
—Escójala usted, señora,
escoja las que queréis.—
Cuantas más cogía la Virgen
más tenía el naranjel.
... ...
.....
—¿Quién es esta señora
que me ha hecho tanto bien?
—La madre de Jesucristo
que va derecho a Belén.

También se canta en Cuba el siguiente romance, que es transcripción bastante fiel de uno que se conserva en la Montaña y en Castilla.

Está la Virgen sentada
debajo de una palmera;
los cabellos son de oro,
la cinta de primavera.
Por allí pasó José,
diciendo de esta manera:
—¿Cómo no canta la blanca,
cómo no canta la bella?
—¿Cómo quieres que yo cante,
si estoy en tierras ajenas?
Un hijo que yo tenía,
más blanco que una azucena,
me lo están crucificando
en una cruz de madera.

1 Ant. cit., vol. X, págs. 142, 197 y 216.
2 *Romances populares de Castilla*. Recogidos por Narciso A. Cortés. Vallad. 1906, págs. 125 y siguientes.

Ya le ponen la corona,
ya le remachan los clavos,
ya le dan una lanzada
en su divino costado.
... ...

Alguna semejanza tiene con el anterior otro romance de nuestro *folk-lore* que dice:

A las puertas de Belén,
en la ciudad de Judea,
estaba la Virgen María
a la lumbre de una estrella.
—¿Qué haces ahí, Virgen pura,
en hábitos de doncella?
—Esperando a San José,
San Juan y la Magdalena.
Un hijo que yo tenía,
la muerte que se le espera.
Ha de ser crucificado
en una cruz de madera,
una corona de espinas
le pondrán en su cabeza.
Caminemos, caminemos
hasta llegar al Calvario,
que por pronto que lleguemos
ya lo habrán crucificado;
ya le clavaron los pies,
ya le clavaron las manos,
ya le dieron la lanzada
en su divino costado.
La sangre que derramare
caerá en un cáliz sagrado:
el hombre que la bebiere
será muy afortunado.
En esta vida será rey,
y en la otra, coronado. [1]

A nuestro juicio, el cambio de asonancia en esta composición, indica la mezcla de dos romances; el que aparece en segundo lugar debe ser fragmento de una de esas *pasiones* [2] que en algunos lugares de España se acostumbra cantar durante la Cuaresma. No

1 Cfr. con el rom. II de *La Virgen y San José* (*Rom. cast.* de Cortés, pág. 123).

2 Este nombre, y también el de *cánticos de pasión* dan a los romances relativos a la *pasión* de Cristo las mujeres españolas a quienes hemos interrogado sobre el particular. No obstante, en ninguno de los romanceros que hemos consultado aparece tal denominación aplicada a los romances. En algunos cancioneros se da ese nombre a canciones y coplas semejantes a las que se cantan en las Misiones.

hemos podido hallar entre nosotros ninguna *pasión* completa, sino sólo fragmentos muy breves. Recordamos, sí, haber oído cantar, hace años, una que comenzaba diciendo:

Por la calle de Amargura
va la Virgen preguntando,
que si han visto a Jesucristo,
a Jesucristo su amado,
que llevaba en la cabeza
una corona de espinas.
La sangre que derramaba
sobre las piedras caía...

Hasta aquí da nuestra memoria.

Estos otros fragmentos pertenecen a la misma clase de romances:

a) Se encontró una mujer
toda vestida de blanco,
le dice: —Buena mujer,
¿has visto a Jesús amado?
En el portal de Belén,
o en el Huerto se ha quedado...

b) Jueves Santo, al medio día,
Jesucristo caminaba,
con una cruz en sus hombros
de madera muy pesada...

Muchas *pasiones* en ese estilo debe conservar el romancero tradicional español. [1] Nosotros hemos podido recoger algunas de labios de inmigrantes españoles, entre ellas la que sigue, que, aunque no forma parte de nuestro *folk-lore,* prueba la existencia de dicha clase de romances en la Península:

Por el rastro de la sangre
que Cristo nos ha dejado,
camina la Virgen pura
en busca de su hijo amado.

1 En Italia existen también composiciones de esa clase, como lo prueba la siguiente *canzone* inserta en los *Canti Popolari toscani,* recogidos y anotados por Giovanni Giannini. Firenze 1902, pág. 408.

"—Dove vai, madre María,—sola, sola per questa vía?
—Vo cercando'l mi'figliolo:—é tre giorni che'un lo trovo.
—Lo trovai da piedi al monte—colle man legate e giunte:
Sulla spalla la croce avea—la portava e non la potea:
Sangue rosso lo versaba—la Madonna-l'asciugava.
L'asciugava con gran dolore...—Oggi é morto il Redentore!"

Encontróse al caballero
de ricas armas armado.
Le pregunta si había visto
a su hijo lindo amado.
—Sí le he visto, yo lo he visto,
y a lo menos, le he hablado.—
Las señas que le daría
eran de pedirle un paño
para limpiar el su rostro
que lo llevaba sudado,
de llevar la cruz a cuestas
desde la Iglesia al Calvario.
De judíos y judías
iba bien acompañado;
unos lo iban escupiendo,
y otros lo iban *esgarriando,*
el más chiquitico dellos
bofetadas le iba dando.
La virgen, des'q'esto oyó
'n el suelo se ha desmayado.
San Juan y la Magdalena
aprisa la han levantado.
—Aprisa, aprisa, señora,
para llegar al Calvario.
—Por aprisa que lleguemos
ya lo habrán crucificado.—
Ya le quitan las espinas,
ya le remachan los clavos,
ya levantan el madero
donde lo han crucificado.
—¡Ay mi hijo! ¡Ay mi hijo!,
¡Ay mi hijo bien amado!
¡Dejadme besar los pies,
pues que la boca no alcanzo!
Madres que criáis hijos,
ayudadme a llorarlo;
y las que no los tenéis,
no sabéis de tanto malo.

Una versión de la misma, procedente de Salas (cerca de Oviedo), y que figura en nuestra colección, comienza así:

Jesucristo se ha perdido,
su madre lo anda buscando,
y en el medio del camino
dos mujeres se ha encontrado.
Y a una dijo: —¿Viste por aquí
el Hijo de Dios (muy) amado?

—Sí, señora, bien lo vimos,
por aquí ha pasado,
con una cruz en los hombros
y una cadena arrastrando.
Las palabras que nos dijo
fueron *pa* pedir un paño
para limpiar su rostro, etc. [1]

Como quiera que en materia *folk-lórica* nada debe despreciarse, vamos a transcribir un fragmento muy imperfecto de romance, que, con el nombre de *La huerfanita,* cantan las niñas en corro:

Pobrecita huerfanita!
No tiene padre ni madre.
La echaremos a la calle
a llorar su desventura.
¡Desventurá, desventurá!
—Cuando yo tenía padres
Me decían la nenita,
y ahora que no los tengo,
"pobrecita huerfanita".
¡Desventurá, desventurá!
Cuando yo tenía padres
me vestían de oro y plata,
y ahora que no los tengo
me visten de pura lana...
¡Desventurá, desventurá!

Nos parece que alguno de sus versos recuerdan una parte del romance de *Ilenia* (Santa Irene) que se canta en la Montaña de León y en Burgos:

En casa del Rey mi padre
doña Ilenia me llamaban,
hora por tierras ajenas
Ilenia la desgraciada.

Fuera de estos romances, nuestra poesía tradicional hace mención de los santos en *lulabies,* nanas y cancioncillas usadas para arrullar y adormecer a los niños, las cuales se componen casi todas de invocaciones a los santos, como si las madres quisieran, antes de depositar la dulce carga en el lecho, alcanzar

1 Una trova de ese romance se canta en Burgos con el nombre de *La Magdalena.* (V. los *Romances populares de Castilla,* de Narciso A. Cortés, pág. 124.)

de los patronos de la infancia: la Virgen María, San Joaquín, Santa Ana, el Niño Jesús, el Angel Custodio, que durante la obscura y temerosa noche protejan con su influjo bienhechor el inocente sueño.

ROMANCES DE PERSONAJES HISTÓRICOS

A.—Romance de Alfonso XII.

El último romance castellano que ha llegado a nuestras playas, parece ser el que comienza:

—¿Dónde vas, Alfonso Doce,
dónde vas, triste de ti?

que es una refundición hecha en España—con motivo de la prematura y lamentada muerte de la reina doña Mercedes, primera esposa de Alfonso XII—de un romance muy viejo que, como veremos luego, había sido aplicado a otro caso verdaderamente trágico de desventura real.

Comencemos por incluir la versión del romance de Alfonso XII que se canta en Cuba, advirtiendo de paso, que es mucho más extensa que la que Menéndez Pelayo oyó a los niños de Madrid: [1]

—¿Dónde vas, Alfonso Doce,
dónde vas, triste de ti?
—Voy en busca de Mercedes
que ayer tarde la perdí.
—Si Mercedes ya se ha muerto,
muerta está que yo la vi.
cuatro duques la llevaban,
caballeros, ¡ay de mí.—
Al subir las escaleras

1 He aquí el romance que oyó cantar a los niños madrileños Menéndez Pelayo (*Antología* cit., vol. X, pág. 134.)

—¿Dónde vas, rey Alfonsito,—dónde vas, triste de ti?
—Voy en busca de Mercedes—que ayer tarde no la vi.
—Merceditas ya se ha muerto,—muerta está, que yo la ví.
Cuatro condes la llevaban—por las calles de Madrid.
Al Escorial la llevaban—y la enterraron allí,
en una caja forrada—de cristal y de marfil.
El paño que la cubría—era azul y carmesí,
con borlones de oro y plata—y claveles más de mil.
¡Ya murió la flor de Mayo!—¡Ya murió la flor de Abril!
¡Ya murió la que reinaba—en la corte de Madrid!

Alfonso se desmayó,
los soldados le dijeron:
—Alfonso, tened valor.—
Ya murió la flor de España,
ya murió la flor de lis,
ya murió la que reinaba
en el reino de Madrid.
Los zapatos que llevaba
eran de rico charol
que se los regaló Alfonso
el día que se casó.
El mantón que la cubría
era todo carmesí, [1]
que se lo regaló Alfonso
el día que le dió el sí.
La corona que llevaba
era de oro y de coral
con un letrero que dice
"Viva la Familia Real".
Los balcones del Palacio
no los quieren alumbrar
porque se ha muerto la reina
y luto quieren guardar. [2]
La primera hija que tenga
Mercedes le pondré yo.
para que cuando la llame
recuerde a la que murió.

También se cantan los últimos versos en esta forma:

La primera hija que tenga
ponle nombre como a mí,
para que nunca te olvides
de aquella que se murió.

Desde tiempos muy antiguos existía en España un romance

1 Variante de estos dos versos:
"Las peinetas que llevaba
eran de rico marfil."

2 Variantes de esos cuatro versos:

1.ª "Los faroles del palacio
no los quieren encender
porque se ha muerto Mercedes
y luto quieren tener.

2.ª "Las campanas de la iglesia
ya no quieren repicar,
porque Mercedes se ha muerto
y luto quieren guardar."

que tiene en el fondo el mismo patético argumento: "el romance de un caballero, cómo le traen nuevas de que su amiga era muerta", que figura con otros, en un pliego suelto gótico de la Biblioteca Nacional de Madrid, y que fué publicado por primera vez por Menéndez Pelayo. En dicho romance se leen estos versos que parecen contener el germen del romance de Alfonso XII:

—¿Dónde vas tú, desdichado,
dónde vas, triste de ti?
¡Oh persona desdichada,
en mal punto te conocí,
muerta es tu enamorada,
muerta es, que yo la vi,
las andas en que la llevan
de negro las vi cobrir,
los responsos que le dizen
yo los ayudé a dezir,
siete condes la llevaban,
caballeros más de mil. [1]

Que ésta fué la parte más popular del romance del *Palmero* está probado, a nuestro juicio, por la variante que de la misma existe, hecha, en nuestra opinión, por un versificador más hábil y acaso más moderno [2] y por las refundiciones artísticas que de ella se hicieron al emplearla en dos obras que llevaron a la escena la trágica muerte de doña Inés de Castro. Este último doloroso episodio, acaso el más popular de la historia lusitana, inspiró en España a varios autores dramáticos: Jerónimo Bermúdez escribió la *Nise Lastimosa* y la *Nise Laureada;* Mexía de la Cerda, la *Tragedia famosa de doña Inés de Castro,* y Vélez de Guevara, el conocido drama *Reinar después de morir.*

Como es sabido, los poetas dramáticos españoles introdujeron frecuentemente en sus obras, trozos o paráfrasis de romances populares, haciéndoselos recitar a algún personaje. No acudió a ese procedimiento Bermúdez, pues la *Nise Lastimosa* y la *Nise Laureada* tienen el corte y pretensiones de una tragedia clásica, siendo acaso las dos últimas partes de una trilogía que ha llegado a nosotros incompleta. En cambio, Mexía y Vélez, cuyos dramas son puramente españoles, sí acudieron al Romancero, emplean-

1 *Ant.* cit., vol. X, pág. 363.
2 *Ant.* cit. Vol. IX, pág. 220.

do cada uno de ellos dos variantes de romances viejos: del de *Isabel de Liar,* [1] que dice: *por los campos de Monvela,* y del romance del *Palmero,* de que nos venimos ocupando.

Permítasenos un aparte para decir que a nuestro juicio la semejanza entre los dos últimos dramas citados es tan notable, que forzosamente hay que suponer que uno de los dos autores conoció la obra del otro, inspirándose demasiado en ella; nosotros no haremos un paralelo, que nos llevaría demasiado lejos de nuestro tema, limitándonos a señalar que en cada uno de estos dos dramas figuran, aplicadas a la *misma situación* y en escenas *que se corresponden,* variantes de los dos romances que hemos citado.

Por cierto que Menéndez y Pelayo no menciona las trovas incluídas por Mexía de la Cerda en el capítulo que dedica a los romances conservados por medio del teatro en el apéndice II a la *Primavera y Flor de Romances,* [2] ni al estudiar en su *Tratado de los Romances Viejos,* los *Romances de casos fantásticos y maravillosos,* [3] limitándose a repetir allí lo que ya había dicho al comentar la versión andaluza de la *Aparición*: [4] "Luis Vélez de Guevara, en su comedia *Reinar después de morir,* sacó prodigioso efecto de estos mismos versos, haciéndolos cantar después de la muerte de doña Inés de Castro, si bien modificados y parafraseados al acomodarlos al argumento."

He aquí la trova incluída por Mexía:

—¿Dónde vas, el caballero,
dónde vas, triste de ti?
que ya tu querida esposa
muerta es, que yo la vi.
Las señas que ella tenía
bien te las sabré decir:

1 Con el nombre de Isabel de Liar han bautizado los romances españoles a Doña Inés de Castro. Esta es la paráfrasis del romance número 184 de la *Primavera* que incluye Mexía:

"Por los campos de Mondego—caballeros veo asomar;
En el talle muestran ser—más de guerra que de paz.
Hacia donde estoy se acercan.—Lanzas y adargas traen.
Yo conozco al uno de ellos,—conózcole por mi mal,
Don Rodrigo de Monvela,—a quien dicen del Marchal,
Primo hermano de la Reina—y mi enemigo mortal."

Vélez de Guevara emplea tan sólo estos seis versos:

"Por los campos del Mondego—caballeros vi asomar,
Y según he reparado,—se van acercando acá.
Armada gente le sigue.—Válgame Dios, ¿qué será?"

2 Vol. 9, pág. 259.

3 *Tratado de los rom. viejos.* II, pág. 533.

4 *Ant.* cit., vol. X, pág. 133.

los ojos son dos estrellas;
mejillas, nieve y carmín;
los dientes, menudo aljófar,
los labios, clavel de abril;
la garganta, de alabastro;
el pecho, blanco marfil;
la mortaja que la visten
es de un cendal muy sutil.
Las andas son de oro fino,
con reliquias de neblí;
la guirnalda es de azucenas,
de azahar y toronjil,
y el paño con que le cubren
es de tela carmesí, etc.

Como se ve, este romance está muy distante de los originarios, pues Mexía, siguiendo un procedimiento muy en boga en la época, se detiene y recrea en la enumeración de las señas, dadas aquí con gran lujo de expresión, y amplifica el romance con frases cultas de su invención, pudiendo afirmarse que en este caso están los versos siguientes:

Los dientes menudo aljófar,
con reliquias de neblí, etc.

y aun se diría que toda la composición, salvo los seis primeros versos y algunos otros que aun hoy conserva más o menos modificados la tradición oral, recibió la influencia de la lírica, al gusto de la época.

Vélez de Guevara, siempre más parco, incluye en su drama estos ocho versos:

¿Dónde vas, el caballero,
dónde vas, triste de ti?
que la tu querida esposa
muerta es que yo la vi.
Las señas que ella tenía
bien te las sabré decir:
su garganta es de alabastro,
y sus manos de marfil.

Fuera del teatro, la leyenda fué conservada en numerosas trovas, casi todas las cuales dan gran importancia a la aparición, escena que en el romance viejo está reducida a estos versos:

Al cabo de la sepultura
una triste voz oí.
—Vive, vive, enamorado,

vive, pues que yo morí;
Dios te dé ventura en armas,
y en amores así
que el cuerpo come la tierra
y el alma pena por ti.

Como muestra del giro que tomaron esas trovas tradicionales y populares, [1] vamos a incluir una variante andaluza, que tiene muchas semejanzas con el romance de Alfonso XII.

LA APARICIÓN

—Dónde ba usté, cabayero,
dónde ba usté por ahí.
—Boy en busca de mi esposa
que hace años que la bi.
—Su esposa de usté se ha muerto
y yo la vide enterrar;
las señales que yebaba,
yo se las puedo explicá:
la cara era de sera
y los dientes de marfí,
y er pañuelo que yebaba
era rico carmesí,
la yebaban cuatro duques
cabayeros más de mi.
—Haya muerto o no haya muerto,
a su casa m'he de ir.—
Ar subir las escaleras
una sombra bide ayí;

1 El romance de la *Aparición* existe en la actualidad en muchas provincias españolas (Andalucía, Asturias, Castilla, etc.). Nosotros hemos recogido de una joven inmigrante castellana, estos fragmentos que, aunque imperfectos, nos parece oportuno transcribir, por si algún interés tuvieren:

. . . . . .
—Y si tú eres mi esposita—¿cómo no me abrazas, di?
—Brazos con que te abrazaba,—vida, no los traigo aquí,
ya me los pidió la tierra—y a la tierra se los di.
—Y si tú eres mi esposita,—¿cómo no me besas, di?
—Labios con que te besaba,—vida, no los tengo aquí;
ya me los pidió la tierra—y a la tierra se los dí.
. . . . . .
. . . . . .
Si te llegas a casar,—cásate en Valladolid,
con la hija del zapatero—que se llama Beatriz
para cuando llames por ella—que te acuerdes tú de mí.
Si llegas a tener hijas—tenlas junto a ti.
para que no las engañen—como tú me engañaste a mí.
Adiós, adiós, mi esposo...
Allá abajo hay cuatro perros—esperando por mí.
El día de la mi muerte—¡qué desgracia fué *pa* mí!
por olvidárseme Dios—y acordárseme de ti.

mientras más me retiraba
más s'acercaba hacia mí.
—Siéntese usté, cabayero,
no te asustes tú de mí,
que soy tu querida esposa
que hace un año que morí.
Los brazos que te abrazaban
a la tierra se los dí:
la boca que te besaba
los gusanos dieron fin.
Cásate, buen cabayero,
cásate y no andes así;
la primer hija que tenga,
ponle Rosa como a mí
pa cuando a llamarla fueras
que te acuerdes tú de mi.

De los romances tradicionales de la *Aparición* es fácil pasar a las refundiciones hechas a propósito de la reina doña Mercedes. Varias debieron hacerse, ya que, como hemos visto, la nuestra difiere de la madrileña que copia Menéndez Pelayo. Además, los versos que en una variante nuestra dicen:

la primera hija que tengas
ponle nombre como a mí,

nos hacen suponer la existencia de alguna otra trova en la que la sombra de la real esposa se aparezca al soberano.

Es curioso advertir que nuestro romance de *Alfonso XII* tiene versos transcriptos casi al pie de la letra de dicha trova andaluza, como son, por ejemplo,

La llevaban cuatro duques...
caballeros más de mil...
Al subir las escaleras...

y los cinco primeros versos, que figuran también en otras versiones modernas españolas del mismo romance.

Por último, para terminar, señalemos la semejanza que tienen las curiosas frases con que nuestro romance describe el atavío de la finada: un rico mantón

que se lo regaló Alfonso
el día que le dió el sí,

y unos zapatos de charol

que se los regaló Alfonso
el día que se casó,

con aquella parte de un romance del Cid que describe en esta forma el traje de doña Ximena:

Un jubón de grana fina
la bella dama sacó
con fajas de terciopelo
picadas de dos en dos;
de lo mismo una basquiña
con la misma guarnición,
donas que le diera el rey
el día que se casó.
... ...
Lleva una cofia de papos
de riquísimo valor
que le dió la Infanta Urraca
el día que se veló.

B.—Romance del Caballero herido.

También colocamos en esta sección el que llamaremos provisionalmente *Romance del caballero herido,* no sólo porque contiene algunos detalles que por lo innecesarios y minuciosos hacen pensar que se ciñen a un suceso real, sino porque, después de un estudio detenido, nos parece descubrir en él, por las razones que luego expondremos, una narración bastante exacta de la trágica muerte de don Juan de Tassis, Conde de Villamediana.

Hemos encontrado en Cuba las tres versiones bastante completas que vamos a transcribir:

I

Una noche muy oscura,
tempestuosa, de agua y truenos,
se paseaba un caballero
con su coche y su cochero.
El vestido que llevaba
todito le relumbraba;
llevaba tres plumas blancas,
también dos plumas moradas.
Al doblar las cuatro esquinas

le dieron de puñaladas. [1]
Ya lo llevan, ya lo traen,
a la puerta de su casa:
—Abre la puerta, Polonia,
que vengo herido en el alma;
lo que siento, lo que siento,
que te dejo embarazada,
que si naciera varón,
será príncipe de España,
y que si naciera hembra,
fuera monja 'e Santa Clara.
Entiérrame en campo verde
donde pise mi ganado;
me pones a la cabeza
la silla de mi caballo
con un letrero que diga:
"Aquí ha muerto un desdichado; [2]
no ha muerto de calentura,
ni de dolor de costado,
que ha muerto de puñalada
que es un mal desesperado".

II

Una noche muy oscura
de relámpagos y truenos,
de su casa a su cochera
se paseaba un caballero.
El vestido que llevaba
todito le relumbraba,
tenía tres plumas puestas,
una blanca y dos moradas.
Al doblar las cuatro esquinas,
se encontró con la justicia.
La justicia que le dieron
fueron ocho puñaladas:
—Abre la puerta, Polonia,
que vengo herido del alma;
yo lo único que siento
es dejarte en ese estado;
si acaso tienes varón
ponlo príncipe de España,
y si tienes una hembra
ponla monja 'e Santa Clara.
Si acaso yo me muriera
no me entierren en sagrado,

1 Variante: "La justicia lo prendió".
2 Idem: "Un caballero".

entiérrenme en campo verde
donde pacen mis ganados.
Pónganme en cabos de seda
un letrero colorado
que diga con letras de oro:
"Aquí ha muerto un desgraciado:
no ha muerto de calentura
ni de dolor de costado,
que ha muerto por sus amores,
como un desesperado."

III

Una noche muy oscura,
de relámpagos y truenos,
de su puerta a la posada
se paseaba un caballero.
El vestido que llevaba
todito le relumbraba.
También llevaba tres plumas,
una blanca y dos rosadas.
Al doblar las cuatro esquinas,
la justicia lo esperaba;
la justicia que le dieron
fueron cuatro puñaladas.
—Cuando me entierres, María,
no me entierres en sabana,
entiérrame en campo santo
donde no paste ganado,
con una mano de fuera
y un anillo colocado
con un letrero que diga:
"Aquí ha muerto un desgraciado;
no ha muerto de calentura
ni de dolor de costado,
que ha muerto de mal de amores
que es un mal desesperado".

Bien conocido es, de todos los aficionados a las letras, el rendido y harto mal velado amor que por la Reina Isabel de Borbón, esposa de Felipe IV, sintió el famoso Conde de Villamediana, así como la misteriosa muerte de éste ocurrida en la tarde del 21 de Agosto de 1622, lo que hace innecesario recordar aquí los hechos. Hemos creído hallar, en los documentos que se conservan relativos al trágico suceso, datos suficientes para sustentar la hipótesis de que a él aluden los romances que acabamos de transcribir, siendo curioso que se hayan encontrado en Cuba trovas

bastante completas para que puedan servir de base a esta suposición.

Para mayor claridad iremos desmenuzando la leyenda y comparándola con los hechos históricos:

Una *noche* muy oscura
... ...
se paseaba un caballero
con su *coche* y su cochero. (trova I.)

Al narrar el asesinato de Villamediana, dice Quevedo en sus *Grandes Anales de Quince Días*: "Habiéndose *paseado* todo el día en su *coche* y viniendo al *anochecer*", etc. [1]

El vestido que llevaba
todito le relumbraba. (trovas 1.ª, 2.ª, y 3.ª)

Estos versos pudieran aludir a aquel traje todo cubierto de reales de plata, que tanto impresionó la imaginación popular, y con el cual concurrió el Conde a una fiesta de cañas, en la que sirvieron de excusa al atrevido mote que ostentó: "Mis amores son reales". [2]

al doblar las *cuatro esquinas.* (trovas 1.ª, 2.ª, y 3.ª)

Según un códice de la Biblioteca Nacional de Madrid, "mataron alevosamente al Conde de Villamediana en la calle Mayor... en la *encrucijada* de la calle de San Ginés y los Boteros". [3]

La justicia lo esperaba. (trovas 1.ª y 3.ª)

Se creyó desde el primer momento que el matador había sido un agente del Conde-Duque de Olivares o un ballestero del Rey por orden suya. [4] Así lo dieron a entender algunas de las muchas décimas con que comentaron el hecho los poetas de la Corte. Entre ellas están la que se atribuye a Góngora que termina diciendo:

El matador fué Bellido
y el impulso *soberano.*

y la que se cree arreglada por Lope sobre la anterior:

1 *El Conde de Villamediana,* por Emilio Cotarelo y Mori, Madrid, 1886, pág. 136.
2 Idem,, págs. 169, 186, 187.
3 Idem, pág. 140.
4 Idem, pág. 142.

Que el matador fué Bellido
siendo impulso *soberano.* [1]

Otras hacen alusión menos clara al Rey, a quien designan con la palabra *sol,* muy común entonces para indicar a la persona real. [2]

Le dieron de puñaladas... (trova 1.ª)
La justicia que le dieron
fueron ocho *puñaladas*... (trova 2.ª)
Fueron cuatro puñaladas... (trova 3.ª)

El Conde fué herido con arma blanca [3] y, según una décima de Lope de Vega, con un "tosco y fiero *puñal*". [4]

Ya lo *llevan,* ya lo traen
a la *puerta de su casa.* (trova 1.ª)

Quevedo, al relatar la escena que siguió al asesinato de Villamediana, dice: "y luego arrebatadamente fué llevado al *portal* de su *casa*". [5]

Lo que siento, lo que siento
que te dejo embarazada;
que si naciera varón,
será príncipe de España, etc. (trovas 1.ª y 2.ª)

Estos versos pudieran aludir a la Reina Isabel, pues aunque ningún indicio autoriza a suponer que ella correspondiera nunca a la fogosa pasión del Conde, la musa popular, maliciosa de suyo, creyó lo contrario.

Si acaso yo me muriera
no me entierres en sagrado.

Estas frases, que se tomaron probablemente de otro romance, debieron aplicarse al Conde, porque se murmuraba que no había muerto como cristiano: así Quevedo nos cuenta que el mismo día en que ocurrió su muerte, había hecho escarnio de un sacerdote que "venía a granjear prevención para su alma y recato para su vida", y luego al hablar de su muerte alude a que murió sin

1 Idem, págs. 151 y 152.
2 Idem, pág. 147.
3 Idem, pág. 141.
4 Idem, pág. 154.
5 Loc. cit.

recibir auxilios espirituales. [1] Además, un epitafio anónimo atribuído al mismo Quevedo comienza diciendo:

"En esta losa yace un mal cristiano." [2]

Aquí yace un desdichado
... ...
que ha muerto por sus amores
como un desesperado.

Estos versos parecen aludir a que el Conde de Villamediana fué muerto a causa de sus amores. Gonzalo de Céspedes y Meneses, historiador de Felipe IV, recoge dicha versión al decir que en el sentir de algunos el Conde había perdido la vida por "tiernos yerros amorosos". [3]

Pero hay además aquí una curiosa e importante coincidencia: una décima dedicada a la Reina, y atribuída al mismo Conde de Villamediana, [4] contiene estos versos:

Aquí yace un desdichado
que muere de no haber muerto.

frases que quizás por tenerse como suyas se aprovecharon en el romance que estudiamos.

La comparación que llevamos hecha entre el elemento histórico y el legendario, parece probar que la musa popular comentó con este romance, un suceso que había hecho escribir a casi todos los poetas madrileños. En algunos detalles el romance se aparta de la verdad histórica y amplifica los hechos a su manera: así por ejemplo, los documentos de la época dicen que el Conde, agredido violentamente, dijo muy poca cosa, o no dijo nada, antes de expirar; [5] mientras que en el romance se despide largamente de una mujer, y dispone con prolijidad su sepultura. Pero es natural que la musa del arroyo, inspirada en el sangriento suceso y en las circunstancias que lo rodearon, añadiera a la escena un remate novelesco de su invención. En cuanto a los nombres *Polonia* o *María,* que lleva la dama, y *Don Manuel,* que se da al caballero en

1 Loc. cit.
2 Obra cit., pág. 149.
3 Idem, pág. 139.
4 Otros dicen que el autor de la décima fué el doctor Salinas, pero para nuestra hipótesis, basta que haya sido atribuída a Villamediana.
5 Idem, pág. 135 y siguientes.

una versión andaluza recogida por Micrófilo en Guadalcanal, [1] creemos que deben ser elementos añadidos al romance.

Ahora bien; la musa popular, ¿creó un romance nuevo, o adaptó uno ya conocido a la muerte del Conde de Villamediana? En nuestra opinión *creó* una parte y *elaboró* otra con materiales viejos, elementos estos últimos que se pueden descubrir fácilmente en la segunda parte de la composición.

Así por ejemplo, la parte que se refiere a la sepultura está tomada de otros romances: el verso que dice

No me entierres en sagrado

debió aplicarse al Conde de Villamediana, por las razones ya dichas, pero tomándolo de un romance pastoril, semejante al que se conserva en Asturias con el nombre de *El mal de Amor,* [2] tema que por analogía de asunto influye en más de un concepto del que nos ocupa. La poca relación que hay entre la primera parte del romance, y la recomendación, digna de la Arcadia, que hace el moribundo, de que se le entierre en campo verde donde paste el ganado, hace patente esta mezcla. Y digamos de paso que un juglar creyente rectificó en una de nuestras trovas, un concepto que juzgó impío, haciéndole demandar una sepultura más de acuerdo con los principios cristianos.

Las disposiciones relativas a las señales que habían de colocarse en las tumbas de los caballeros, o en las de sus corceles, figuran también en otros trozos de literatura popular. Así, por ejemplo, las versiones del romance catalán titulado: *Don Joan y Don Ramón ò les 29 Llançades,* [3] el caballero recomienda a su madre que le haga colocar sobre la tumba, "una espasa atravessada", o "m'espasa y les altres armes". Una variante recogida en Menorca, dice:

El cavall l'enterrarán
en el pla de la batalla:
per senyal li posarèu
la *sella* ab totes les armes.
Y m'enterrarèu a mi
en el vas de Santa Clara:
per senyal hi posarèu
l'espasa desenbaynada, etc.

1 *Ant.* cit. Vol. X, pág. 186.
2 *Ant.* cit. Vol. X, pág. 134.
3 Romancero de Aguiló y Fuster, págs. 3 y siguientes.

En el romance portugués de *El Conde preso* (que ha sido puesto por Menéndez Pidal en relación con el de *El mal de Amor*), [1] se dice así:

De cabeceira me ponhan
a pelle do meu cavallo.

Los detalles de la espeluznante sepultura, que figuran en la tercera de nuestras trovas, provienen también del romance de *El mal de Amor,* como se prueba examinando diversas trovas de este tema:

Asturiana:

Dejen mi cabello fuera
bien peinado y bien rizado.

Colombiana:

Un brazo déjenme ajuera.

Portuguesa:

Deixaime um braço de fora.

Romance portugués de *El Conde Preso*:

Cabeça me deixem fóra.

Por último, los versos relativos al epitafio, a los cuales pueden darse en estos romances, según hemos dicho, una explicación histórica, y aun artística, tienen además su razón de ser en la tradición del Romancero español, pues es muy corriente incluir epitafios en los romances en que se habla de sepulturas. Así, por ejemplo, uno escrito por Bartolomé Santiago (relacionado por Menéndez Pidal con el tema del *mal de amor*), termina diciendo:

Ponerme has la sepultura
muy lejos de compañía
con un mote en ella puesto
que de esta manera diga:
"Aquí yace un desgraciado
que murió sin alegría.

En el romance de *Don Bernaldino* se describe así la sepultura de este exaltado amador:

... ...
Procuran de lo enterrar

1 *Ant.* cit. Vol. X, pág. 135.

en un rico monumento
todo hecho de cristal,
en torno del cual se puso
un letrero singular:
"Aquí está don Bernaldino
que murió por bien amar".

En el romance del *Conde Claros*:

El rey a los dos amantes
juntos los mandó enterrar,
en una rica sepultura
y de oro esmaltar
con un mote que decía:
"Ventura no dió lugar".

En una trova de *La bella mal maridada*:

En la huerta de los naranjos
viva entierres a mí,
en sepoltura de oro
y labrada de marfil;
y pongas encima un mote,
señor, que diga así:
"Aquí está la flor de flores,
por amores murió aquí", etc.

Resumiendo lo que hasta aquí hemos expuesto, y a riesgo de repetir lo que esbozamos hace poco, diremos que, a nuestro juicio, el romance que nos ocupa se compone de dos elementos: uno histórico (más que novelesco, aunque aprovecha lo que la historia tiene de novela) y otro pastoril en su mayor parte y derivado del tema poético *El Mal de Amor*. La mezcla de ambos temas debió tener lugar poco después del asesinato del Conde de Villamediana, cuando el suceso se recordaba en todos sus pormenores: lo que explica la fidelidad de la primera parte de la narración y la lógica de la contaminación.

C.—Romance de Mina.

Con menos oportunidad y poquísimo buen sentido, el mismo tema poético de *El Mal de Amor*, se ha puesto en relación, casi en nuestros días, con unos cantares relativos al General don Francisco Javier de Mina, célebre caudillo de la Independencia mexicana. Conocemos dos versiones disparatadas, en las que el nom-

bre de Mina ha sido sustituído por *Herminia,* o *la niña,* haciéndose luego las concordancias que son del caso. Una sola de ellas será suficiente como muestra:

Arriba, caballo blanco,
arriba por'l arenal.
—¿Qué es aquello que relumbra
por la orillita del mar?
—Serán los ojos de mi niña
que se viene a embarcar.
Eran las tres de la tarde, [1]
cuando mi niña se embarcó,
se despidió de su madre
con dolor de corazón. [2]
La niña dijo a su padre:
—Echame la bendición
que me voy para las Indias
con todo mi batallón.
Si acaso yo me muriese
no me entierren en sagrado,
entiérrenme en campo verde
donde pise mi ganado.
A la cabecera pónganme
una piedra colorada
que diga con letras de oro:
"Ahí murió una desgraciada.
No murió de calentura
ni de dolor de costado,
que murió de mal de amores,
que es un mal desesperado".

D.—Romancillo de la muerte de Prim.

El asesinato del general Prim, que tan hondamente conmovió al pueblo español, fué comentado en la Península en un romancillo eptasílabo, de asonancia varia, del que puede leerse una variante recogida por Giner Arivau, en la *Biblioteca de Tradiciones Populares Españolas.* [3] Dicha trova es procedente de Proaza, y—según afirma el citado *folk-lorista*—también la cantaban en Oviedo. Una persona procedente de la ciudad de Salas, cerca de

1 Los versos que recordamos como de la canción de *Mina,* van escritos con letra cursiva.

2 Variante:

Cuando Mina se embarcó—eran las tres de la tarde;
de nadie se despidió—nada más que de su madre.

3 Tomo VIII, Madrid, 1886. *Folk-lore de Proaza,* pág. 167.

esa capital, nos ha facilitado una breve trova [1] que se canta allí corrientemente; y según informes no comprobados, en algunos lugares de Castilla la Vieja, existen variantes de dicha canción. [2]

También entre nosotros se conoce el romancillo de Prim. Vamos a transcribir dos versiones de Matanzas, [3] donde parece que está más en boga que en la Habana.

I

Al pasar el palacio
le dijeron a Prim:
—Ande usted con cuidado
que lo quieren herir.
—Si me quieren herir
que me vengan a hablar
para darle la espada
a otro general.—
Por la calle del Turco [4]
ya mataron a Prim
sentadito en su coche
con la guardia civil.
Cuatro tiros le dieron
a boca de cañón.
—¿Quién sería el rebelde,
quién sería el traidor,
quién sería el rebelde
que a mi padre mató?
Aunque soy chiquitico
y me falta la edad,
la muerte de mi padre
yo la he de vengar.—
¡Cómo lloraba el niño,

1 Dice la trova de Salas:

En la calle del Turco—mataron a Prim
sentadito en el coche—con la guardia civil.
—¿Cuál sería el tirano,—cuál sería el traidor,
cuál sería el tirano—que a mi padre mató?
Aunque soy chiquitín—y no tengo la edad,
la muerte de mi padre—la tengo de vengar.

2 En el *Cancionero Salmantino* de Dámaso Ledesma, Madrid, 1907, pág. 51, figura esta copla relativa a Prim:

Cuatro balazos le dieron—al pobrecito de Prim,
cuatro balazos le dieron—en las calles de Madrid.

Acaso sean parte de un romance octosílabo sobre ese asunto.

3 Debemos estas dos variantes a la amabilidad de nuestro culto e inteligente amigo Sr. Santiago García Spring, Superintendente de Escuelas de Matanzas.

4 En la Habana se canta una versión muy semejante a ésta, que comprende este verso y los trece que siguen, con ligeras alteraciones; las más interesantes están en el primer verso, que dice: "En la calle del Príncipe", y en el final: "La muerte de mi padre,—madre, quiero vengar".

cómo lloraba ya,
cómo lloraba el niño
la muerte de su papá!

II

Al salir del palacio
le dijeron al rey:
—Salga usted con cuidado
que lo quieren herir.
—Si me quieren herir,
que me dejen hablar
sentadito en mi coche
con la guardia real.—
¡Cómo lloraba el niño,
cómo lloraba ya,
cómo lloraba el niño
la muerte de su papá!
—Aunque yo sea chiquitico
y no tenga la edad,
la muerte de mi padre
yo la he de vengar.
¿Quién sería el infame,
quién sería el traidor,
quién sería el hereje
que a mi padre mató?

Detalle muy curioso de esta trova es el transformar a Prim en rey, lo que tiene algunos precedentes respecto a personajes históricos, en canciones populares de diversos países.

La factura del romance de Prim es vulgar, prosaica y sin ningún mérito poético. No obstante, se descubren en ella algunos caracteres populares, como son, por ejemplo, la forma dialogada, el elemento dramático que lo inspira, y el importante papel que se concede al niño, cuyas palabras tienen cierta reminiscencia con las que, en el romance asturiano de *Gaiferos* (núm. 20 del *Romancero Tradicional* de Menéndez y Pelayo), emplea el pequeño héroe para anunciar que vengará a su padre, muerto alevosamente por el moro Galván:

... ...
Es la *muerte de mi padre*
que la *quiero dir vengar.*
... ...
Aunque soy niño chiquito
me sobra la habilidad.

Dadme el caballo y las armas,
que yo le diré a vengar.

***

Ya terminada nuestra tarea, precisa llegar a algunas conclusiones, aunque sea algo arriesgado generalizar sobre base tan reducida como la que nos ofrecen los pocos romances a que hemos circunscrito nuestro trabajo.

A juzgar por ellos, el romancero tradicional español tiene en Cuba una representación poco lucida. El fondo de los romances aquí conservados, es casi siempre pobre, y la forma, defectuosa con frecuencia, siendo difícil encontrar trovas completas, en las que no se interrumpa la asonancia con tiradas de versos sin rima de ninguna especie. Hay también tendencia a transformar la asonancia en consonancia y la rima alterna en versos pareados, todo lo cual parece probar una vez más que, como hemos dicho anteriormente, el oído cubano no percibe con facilidad la armonía del asonante.

Ninguna leyenda española ha producido en Cuba variante de color verdaderamente local, no descubriéndose en nuestras trovas, ni el sello de originalidad, ni los detalles pintorescos, ni el sabor poético y silvestre que caracteriza a los más de los romances tradicionales españoles. Toda trova encontrada aquí con alguna de esas condiciones, puede asegurarse que ha sido recientemente importada de España, pues el romance, como algunos de los frutos de aquellas regiones, ha degenerado al aclimatarse en el trópico.

En nuestras pesquisas hemos podido hallar algunas trovas que proceden de aldeas españolas perdidas en medio de ásperas sierras, y sin comunicación con los grandes centros urbanos. Acaso emprenderemos algún día la publicación de varias de esas trovas, porque entendemos que la América puede prestar un verdadero servicio a la Literatura, devolviendo al *país en que florece el romance* las reliquias que a ella traen los inmigrantes que de continuo arrojan en nuestras playas los henchidos trasatlánticos.

Y es preciso confesar que ese romancero trashumante tendrá más valor desde el punto de vista artístico que el que acabamos de ofrecer al *Folk-lore* hispano-americano.

LA DÉCIMA SERIE DE CONFERENCIAS

DISCURSO TERMINAL DEL DR. RODRÍGUEZ LENDIÁN

El día 2 del actual mes de Mayo terminó la décima serie de las conferencias que la Facultad de Letras y Ciencias viene anualmente celebrando desde el curso académico de 1903 a 1904; las que, muchas de ellas, buena parte de las mismas, han sido publicadas en la *Revista*. Las que han tenido lugar en este año son las siguientes:

1ª *Las direcciones de Escuelas;* por el Dr. Luis Padró, Profesor auxiliar de la Escuela de Pedagogía (Enero 10).

2ª *Cómo pueden enseñarse en las escuelas rurales las aplicaciones más importantes de la Química a la Agricultura;* por el Dr. Buenaventura Rueda, Profesor auxiliar de la Escuela de Agronomía (Enero 24).

3ª *El habla popular al través de la literatura cubana;* por el doctor Juan M. Dihigo, Profesor titular de Lingüística y de Filología (Febrero 7).

4ª *El indio de la Ciénaga de Zapata;* por el Dr. Luis Montané, Profesor titular de Antropología (Febrero 21).

5ª *Alfred Russel Wallace en la historia de la filosofía biológica;* por el Dr. Arístides Mestre, Profesor auxiliar de la Escuela de Ciencias (Marzo 7).

6ª *William James* y *la filosofía pragmática;* por el Dr. Sergio Cuevas Zequeira, Profesor auxiliar de la Escuela de Letras y Filosofía (Marzo 28).

7ª *Luis Vives como educador;* por el Dr. Alfredo M. Aguayo, Profesor titular de Psicología Pedagógica, Historia de la Pedagogía e Higiene Escolar (Abril 18).

Y 8ª *La formación de los terrenos calcáreos en la Isla de Cuba, desde los puntos de vista geográfico, geológico, agronómico, hidrográfico e higiénico;* por el Dr. Santiago de la Huerta, Profesor titular de Mineralogía y Cristalografía y de Geología (Mayo 2).

Concluída la conferencia del Dr. Huerta, con la que se daba término a esta última serie, el Dr. Evelio Rodríguez Lendián, Decano de la Facultad de Letras y Ciencias, pronunció el siguiente discurso, adecuado a las circunstancias del momento:

«Señoras y Señores:

«Con la presente conferencia del Dr. Santiago de la Huerta que acabáis de oir y que ha merecido vuestros aplausos, termina nuestra labor por este año, y cumplo gustoso el deber que como Decano de la Facultad de Letras y Ciencias tengo, al declarar cerrada la serie de conferencias correspondientes al presente curso, de consignar la satisfacción de nuestra Facultad por el éxito alcanzado, no sólo por la importancia de los asuntos que han servido de tema a los trabajos, sino también por la brillantez con que nuestros compañeros han desempeñado su difícil cometido luchando casi siempre con la dificultad del tecnicismo científico, dado nuestro empeño en prescindir de él lo más posible para que estas conferencias respondan a la finalidad que perseguimos, de hacer accesible a todos, aún a los no iniciados, los conocimientos que constituyen la materia de nuestras enseñanzas, despertando el interés por los mismos y facilitando—sobre todo —a los maestros de nuestras escuelas, la manera de ensanchar el círculo de sus estudios, estimulándolos a proseguir esa hermosa obra, que honra a Cuba, de preparar por una educación e instrucción bien dirigidas, a la generación que nos ha de suceder y de la cual depende lo que tanto nos preocupa, el porvenir de nuestra querida patria.

Las inició felizmente el Dr. Luis Padró, Profesor auxiliar de la Escuela de Pedagogía, disertando brillantemente sobre tema de tanto interés como «Las direcciones de escuelas» poniendo de relieve el caudal de sus conocimientos y su experiencia propia adquirida en la Escuela, de donde procede, al abogar por la creación, con caracteres propios, de la personalidad del Director; por que se definan claramente sus funciones, haciendo que sirva de nexo entre las autoridades escolares y los maestros; por la necesidad de su existencia en las poblaciones de grandes centros escolares; por que se dé individualidad a la escuela abandonando el actual sistema de aislamiento de cada maestro en su aula; y en fin, por que no se olvide que educar es difundir ideales y no se prescinda del corazón del niño, ya que la obra de la escuela necesita un equilibrio absoluto.

«Consumió el 2º turno, otro profesor que, como el Dr. Padró, ha ingresado recientemente en el claustro de nuestra Facultad, el Dr. Buenaventura Rueda, Auxiliar de la Escuela de Agronomía, quien con sencillez admirable desenvolvió este tema interesante «¿Cómo pueden enseñarse en las escuelas rurales las aplicaciones más importantes de la Química a la Agricultura? Tras un ligero preámbulo explicativo del por qué de haber elegido tal tema, esto es,

el demostrar cómo es posible, utilizando en la mayor parte de los casos objetos de uso doméstico y con un gasto insignificante de productos químicos, explicar en las escuelas rurales las nociones de química indispensables para que los alumnos puedan darse cuenta más tarde del por qué de las operaciones que realizaran ya en las mismas escuelas, ya cuando realicen como agricultores o como simples obreros las labores agrícolas, expuso nuestro distinguido compañero con gran dominio del asunto pero con notable sencillez y amenidad, cuanto tenía relación con su tema, acompañando su exposición con una serie de experiencias demostrativas de cuanto decía, llevando así a todos la convicción de la posibilidad de enseñar a los niños en las escuelas rurales esos principios rudimentarios de la Ciencia.

«Y tocó su turno al Dr. Juan Miguel Dihigo, nuestro insustituíble Secretario de la Facultad, quien nos deleitó disertando, como él sabe hacerlo, con elocuencia y erudición sorprendente, sobre un tema de gran interés para Cuba «El habla popular al través de la literatura cubana.» Esa conferencia admirable, que no era sino un pálido reflejo de su monumental trabajo presentado al Congreso de Orientalistas de Atenas, hizo ver a todos el profundo saber de nuestro profesor de Lingüística en esta Universidad, y con qué amor, con qué conciencia, con qué respeto a la verdad científica trata él cuanto estudia, llevado de su entusiasmo por la cultura cubana, haciendo trabajos de benedíctino, como ese que le obligaron a minuciosas exploraciones en el campo de la literatura cubana a fin de explicar por las leyes de la Ciencia del Lenguaje las transformaciones que experimentan los vocablos de una lengua al ser empleados por el vulgo.

«A ese admirable trabajo, que revelaba completo dominio del asunto y que bastaría al Dr. Dihigo, si él no tuviera bien ganada su reputación del primero entre los primeros que en Cuba se han dedicado a esos profundos estudios, para consagrarlo como una gloria de nuestra Universidad y del país, siguió el del Dr. Montané sobre el indio de la Ciénaga de Zapata. ¿Necesitaré yo deciros una sola palabra acerca de la interesante conferencia del entusiasta e infatigable Profesor de Antropología de nuestra Universidad, de tanta reputación entre nosotros como en el extranjero? ¿Queréis algo que pudiera tener más interés para nosotros que la historia de ese hallazgo extraordinario que, de ser confirmado, abrirá nuevos horizontes a la Antropología y a la Arqueología cubanas? Pues esa historia fué la que, con toda la fuerza de luz e intensidad de colorido, que da a sus

descripciones el distinguido compañero y con todo el lujo de detalles propios del que ha sido investigador incansable en el terreno mismo del descubrimiento, nos hizo aquí el Dr. Montané, revelando de paso sus grandes conocimientos en esa rama de la Ciencia que se da la mano con la historia, más propiamente con la prehistoria, de la que es considerada como una de sus ciencias auxiliares.

«Al Dr. Montané siguió el profesor que con tanto éxito desempeña en esta casa la Cátedra de Biología y cuya consagración a las Ciencias Naturales es de todos conocida, el Dr. Arístides Mestre. Alfredo Russel Wallace en la historia de la filosofía biológica, fué el tema por él escogido para rendir su labor, rindiendo al propio tiempo un homenaje de sentida admiración al sabio que, émulo del gran Darwin, con él comparte la gloria del descubrimiento de la selección natural, esa gran ley fundamental de la teoría transformista, que uno y otro hallaron al propio tiempo, sin saberlo, y mediante la cual se ha llegado a explicar la evolución de las especies orgánicas. El dominio que de estos asuntos tiene el Dr. Mestre, su entusiasmo por el estudio de las Ciencias Naturales, y la amenidad de su exposición clara y precisa al par que erudita, culminaron en el más completo éxito, del que todos conservamos el más halagüeño de los recuerdos, demostrando, al darle término, con la lectura de unos párrafos de su tesis doctoral escrita en 1887 en la que se refería a las ideas de Wallace, que hace cerca de 30 años ya se comprendía en Cuba la gran importancia del hombre ilustre cuya memoria inmortal se honraba en aquellos instantes.

«La conferencia siguiente estuvo a cargo del Dr. Cuevas Zequeira, quien eligió como tema: «William James y la Filosofía Pragmática.» Tratándose de profesor de tan acreditadas condiciones de expositor inimitable y de caudal de conocimientos extensos, decía *La Discusión* al referirse a su trabajo, era ya cosa esperada que su disertación deleitase a la concurrencia tan numerosa como exquisita que acudió a escucharle.

«Que yo puedo agregar sino asentir á este juicio tan exacto y con tanta justicia discernido, respecto del Dr. Cuevas, cuyo verbo elocuente conocéis, y cuyos conocimientos en la rama de las ciencias a que se ha dedicado, son cada día más sólidos y profundos. Nos habló de un filósofo eminente y de un sistema filosófico que en él tuvo su mantenedor más brillante, dibujando con maestría incomparable la figura del primero en medio del pueblo que lo produjo, y las tendencias del segundo ofreciendo la posibilidad de aunar la investiga-

ción de los hechos con las creencias consoladoras, la convivencia de la Ciencia con la fe.

«Luis Vives como educador», tal fué el asunto elegido por el Dr. Aguayo para su conferencia la que aún se halla presente en la memoria de todos. Decir, tratándose de ese tema, que el más franco de los éxitos coronó la labor del ilustre profesor, es cosa que verdaderamente huelga. El Dr. Aguayo, es un concienzudo conocedor de la Pedagogía, un infatigable obrero de esa ciencia, habiendo alcanzado ya, por sus propios merecimientos, la cima que sólo alcanzan los consagrados. Su conferencia brillante, sólida, profunda, fué un estudio sereno y concienzudo del gran Vives, considerado como educador, y una revelación para aquéllos que solo conocían al ilustre valenciano, como uno de los más eximios representantes de la filosofía de su tiempo.

Por último, el Dr. Huerta acaba de producirnos gran placer, al hablarnos de las formaciones calcáreas de Cuba desde los puntos de vista geológico, geográfico, agronómico, hidrográfico e higiénico. Su competencia indiscutible como Profesor de Geología de esta Universidad, se ha puesto de manifiesto en este día al tratar un asunto de tanto interés para nosotros, con lujo de conocimientos y observaciones nuevas y recientes, y su exposición, clara y metódica, ha puesto de relieve sus grandes condiciones de maestro.

«Tal es, señoras y señores, la labor rendida por nuestra Facultad en este año. ¿No es verdad que es grande y meritísima y más grande y meritísima cuanto que no encontramos calor y alientos, sino en un reducido número de personas fieles, de devotos, que acuden asíduamente a estas fiestas de la inteligencia?

«Tome nota la prensa de esta labor en conjunto, y de la importancia de los temas tratados, casi todos relativos a Cuba, a fin de que por ella, que tanto nos ha ayudado y alentado con su cooperación valiosa, se entere la masa de nuestra población indiferente a estos trabajos nuestros, de lo que hacemos, y se entere Cuba de que nosotros, modestos y desinteresados, tratamos de cumplir nuestro deber.

«Publique que hemos querido más, que hemos querido llevar nuestra labor a los talleres, y que causas agenas a nuestra voluntad lo han impedido; que hemos querido llevarla al interior de la isla para que nuestros profesores lleven también la luz de sus conocimientos a esas regiones de la misma, más en contacto con la Naturaleza y con los que explotan y utilizan sus grandes fuerzas, pero que tampoco ha sido esto posible por motivos agenos a nosotros; que en

años venideros continuaremos nuestra obra, e insistiremos, hasta lograrlo, en ir a los talleres de los trabajadores y a las principales ciudades del interior, para que sea completa la obra de propaganda y de vulgarización de nuestra enseñanza, que es uno de los fines de la extensión universitaria. Con esto y nuestra Revista, que ha dado la vuelta al Mundo, y de la que llevamos publicados ya diez y siete volúmenes, la Facultad de Letras y Ciencias cree cumplir su deber y prestar a la patria, desinteresadamente, un gran servicio.

«Para vosotros, los que habéis sido nuestros valiosos colaboradores, nuestro sincero reconocimiento.»

He dicho.

PSICOLOGÍA Y EDUCACIÓN DE LOS NIÑOS ANORMALES [1]

POR CARMEN GRAVE DE PERALTA

I. *Introducción.—Motivos que me mueven a elegir esta tesis. —Importancia de la educación de los anormales.*

Para ninguno de los miembros de la Escuela de Pedagogía, en el ambiente de cuyas cátedras se siente palpitar el espíritu del verdadero maestro—apóstol convencido de una doctrina inspirada en el más puro amor—, para ninguno de mis oyentes, repito, puede constituir un secreto la materia esencial de mi tesis, toda vez que ella versará sobre la fracción más desvalida de nuestros alumnos: los anormales.

Obra de amor es nuestro apostolado, ya lo hemos dicho, y a mí no se me alcanza cómo pueda existir un alma a tal extremo indiferente y fría, que no se sienta profundamente conmovida a la contemplación de esos rostros infantiles en los cuales, sonrientes a veces, plácidos, con una placidez dolorosamente muda, otras veces lánguidos, o inquietos, con una inquietud simiesca y torpe, descubre fácilmente la mirada amorosa, inquisitiva del educador experto, el sello inequívoco de una mentalidad atrasada y obscura, como en suspenso, por decirlo así, y de un espíritu rudimentario, degenerado y enfermizo.

Hace catorce años que abracé, con la fe del convencido, la causa del magisterio dentro de la escuela pública cubana, y no obstante haber experimentado durante ese lapso de tiempo variadas, infinitas, intensas emociones, ninguna ha logrado borrar, atenuar siquiera en mí, el recuerdo, la huella de una emoción más honda y dominadora: la que produjera en mi alma de maestra joven, allá en los comienzos de mi vida profesional, a modo de dolorosa iniciación, el mirar dulce pero incierto, indefinible de Clara, la primera subnormal que encontré en las aulas: extraña, variable criatura que fué durante mucho tiempo objeto de un solícito inte-

1 Tesis para el grado de Doctor en Pedagogía leída y sostenida el 15 de Diciembre de 1913. Se publica por especial recomendación del Tribunal.

rés no exento de curiosidad por parte mía, y de una afectuosa simpatía por parte de sus condiscípulas, sobre las cuales llegó a ejercer cierto especial influjo, debido—tal vez—, a las intermitencias de su pobre mente que unas veces permanecía cerrada, como insensible a toda influencia externa, y otras veces se exteriorizaba en conscientes manifestaciones de lucidez momentánea, en cuyos instantes parecía como si su espíritu fuese a entrar ya definitivamente en el cauce de los seres normales.

Prolijo, aunque no desprovisto de interés, resultaría para el pedagogo el relato de los temores, de las dudas que suscitara en mi espíritu de novel educadora el problema de la educación de mi pobre alumna, y ya que no debo de ningún modo detenerme a estudiar el proceso de una cuestión puramente personal, séame permitido deciros que la elección de mi tesis ha sido hecha bajo la influencia de aquella emoción remota, pero íntegra en mí todavía a despecho del tiempo, y sin la cual no hubiera tenido para mí ciertamente tantos encantos el estudio del muy complejo problema de la educación de los anormales.

Dentro del campo de la filosofía moral es axiomático el hecho de que la realización de cada uno de nuestros actos en la vida, no es otra cosa que la resultante cierta de influencias tal vez por mucho tiempo dormidas, aparentemente extinguidas en el plano de la subconciencia, pero en realidad prontas a despertar allí a la solicitud del primer reclamo.

Esto deja sentado el porqué de mi elección, aun en el supuesto de que se hubiera apagado en mi memoria el recuerdo de aquel primero y doloroso caso sometido a mi experiencia.

Confieso que mis conocimientos psicológicos de entonces, no me permitieron descubrir las causas de la desgracia de mi alumna Clara (nombre que parecía vincular, por doloroso contraste, la bella antítesis de su noche interior); pero cuando el estudio de la ciencia de la Paidología comenzó a revelarme los secretos de la psicología infantil y sus misterios, me pareció haber encontrado la solución del triste problema ante mí por tanto tiempo planteado, y no pudo, por tanto, tema alguno parecer a mis ojos más interesante que éste, ni ser estudiado por mí con más calor. Muévenme, además, a elegir esta tesis, múltiples consideraciones de orden ético; y un sentimiento de infinita caridad—mi amor piadoso a la niñez desvalida—me alienta y sostiene al comenzar la tarea, superior en verdad a mis fuerzas intelectuales, de desarro-

llarla ante vosotros, cuya autoridad en la materia es indiscutible; pero confío en que lo elevado del fin hará disculpable la deficiencia de los medios de que puedo valerme para ello; que es muy humilde el éxito a que aspiro, como humildes son mi personalidad y mis aspiraciones del momento.

Importantísimo, por otra parte, es todo cuanto se relaciona con la educación de los anormales; y en tal virtud vienen a sumarse en mi espíritu, a la ya citada influencia, otras no menos poderosas de carácter étnico, pedagógico y social; triple punto de vista desde el cual me propongo tratar el problema.

El fenómeno de selección natural, como medio de conservar la integridad de la especie, es común y casi invariable en la mayoría de los seres; el débil, el mal dotado será siempre perjudicial a la pureza de la raza, y como tal perecerá.

Mas, cuando del hombre se trata, los términos del problema varía. El rey de la Creación, dado su elevado nivel intelectual y moral respecto a los demás seres, no puede confundirse con el bruto, al tratar de poner a salvo la dignidad de su estirpe.

Regenerar al individuo como medio de regenerar el agregado; he ahí la misión del hombre civilizado ante el problema.

La educación de los anormales responde en parte a este fin, debiéndose establecer, desde luego, la conclusión de que el concepto que de ella tiene formada la paidología, no viene a ser otra cosa que el último peldaño de una escala, que, en sentido ascendente, ha ido recorriendo la especie humana ante el peligro de su decadencia.

Díganlo si no los esfuerzos que en pro de la depuración de la raza han realizado todos los hombres de todos los tiempos, desde el primitivo esparciata hasta los contemporáneos sucesores de Rousseau.

Lanzado del seno de la colectividad, que le observaba con espanto, en la edad antigua; objeto de burlas y escarnio durante los tiempos medioevales; poseído del diablo según Lutero, el excepcional y sus anomalías han sido siempre objeto de hondas reflexiones para la sociedad.

El problema había sido analizado bajo muy variados aspectos, en relación con los valores sociales dominantes; pero es preciso —dice el Dr. Padró—arribar a tiempos más cercanos, para consagrar la aparición de cambios radicales.

Los primeros estudios referentes al adiestramiento especial, co-

rresponden a la segunda mitad del siglo XVIII, con los trabajos del judío Perriere, presentados a la Academia de Ciencias de París en 1774: la implantación de una escuela para sordo-mudos por el Abate L'Épée y las tentativas de Henick en Alemania.

Iniciado el movimiento cultural, recogen la nueva idea Pestalozzi, Pinel, Itar, Seguin y otros, durante los siglos XVIII y XIX. Cristaliza al fin el proyecto de instituir escuelas especiales; se fundan éstas en la nación americana, y la acción regeneradora de la educación, queda asegurada.

"La obra de la escuela—dice el citado Dr. Padró a este respecto, se ha hecho más intensa al socializarse de modo más extensivo. Ha consistido primariamente el objetivo de la educación en la transmisión de valores intelectuales y morales de la raza, a las generaciones sucesivas. Actuaba el maestro sobre grupos homogéneos, suministrando nociones y máximas del código ético privativo de cada civilización. Enseñó a leer y despojó al niño de las anomalías de la cuna, adaptándole con más o menos violencia a su ambiente, pero en esa insigne labor, la educación consagró pretericiones absurdas de datos y fisonomías, que hoy se colocan en primer plano. Se olvidó de individualizar la labor educativa.

"Primordialmente abundó la creencia en la uniformidad, sin que un criterio de distinción iluminara el problema pedagógico.

"Después la situación ha cambiado en vista del tema *niño* con sus modalidades, su embrionaria naturaleza humana poliforme y varia. Se ha individualizado la enseñanza. Por los datos aportados en el aula y en el niño, se ha inferido la conclusión, de que las diferencias individuales requieren métodos didácticos adecuados.

"En este instante surgió el problema educativo de los anormales, de los retardados, de los asténicos: denominaciones varias con que la pesquisa científica connota a los alumnos del tipo anormal y cuya presencia en las aulas inflinge serios trastornos a la obra educativa."

A serias consideraciones pedagógicas se prestan las ideas enunciadas, cuando del adiestramiento especial se trata y de su importancia.

El espíritu infantil no está vaciado ciertamente en un molde uniforme, invariable; no es un tipo de unidad capaz de servir de término de comparación en todos los casos; tiene sus modalidades, y concebirlo de otra suerte, sería desconocer en mucho la

unidad niño con su naturaleza poliforme y varia. De aquí la imperiosa necesidad de la educación de los anormales; de aquí, la implantación de un sistema especial, que fundándose en la naturaleza del sujeto de la educación, aspire a establecer en cuanto sea dable, la uniformidad en el nivel moral e intelectual de nuestros alumnos; levantando, por medio de métodos e instituciones establecidas *ad hoc,* la personalidad humana.

Que el adiestramiento especial es un factor importantísimo de la sociología, tercero y último principio que sustento, quedará probado en seguida con el análisis de las doctrinas que sobre el fenómeno social preconiza el Dr. Varona en su obra de Filosofía Moral.

El filósofo cubano establece como caracteres fundamentales del citado fenómeno, el concurso y la transmisión por herencia.

Si el hecho social es la resultante de la cooperación de unidades que se transmiten por herencia sus adquisiciones y aptitudes, según el propio Dr. Varona, una escrupulosa tamización se impone, tratándose de dichas unidades; y si la educación de los anormales tiende a borrar estigmas, reintegrando al agregado el individuo en condiciones normales, probado está que sus fines responden a la obra de la regeneración social.

En resumen: hemos de admitir, *ipso facto,* la gran importancia que, bajo los tres aspectos indicados, tiene en la educación el adiestramiento especial.

II.—*Qué es un anormal.—Excepcionales y anormales.—Clasificación de estos últimos.—Los supernormales y los subnormales.—Los idiotas y los imbéciles.—Los torpes.*

El término retardo,—dice Holme en su obra *The Conservation of the Child*—sirve simplemente para determinar la relación que existe entre un individuo tipo normal, que se toma como término de comparación y el retardado, o sea aquel que no adelanta tanto como los demás muchachos colocados en igualdad de circunstancias; de lo cual se deduce, que para llegar a la concepción del ser anormal, es preciso concebir primero el normal, siquiera sea idealmente, dado que en realidad este tipo no existe según lo comprueban las observaciones hechas hasta el día.

De lo expuesto posteriormente por Holme, se infiere, que en la práctica podemos seguir al efecto un proceso analítico sintético,

en el que partiendo del análisis de diversos casos, y tomando de cada uno de ellos una impresión determinada, llegaremos por síntesis a obtener la norma de comparación buscada.

De esta suerte nos representaremos al niño tipo; operación que nos será tanto más fácil realizar, cuanto mayor número de casos aislados hayamos estudiado. Dado el sujeto ideal aludido, y estableciendo una relación de contraste, declararemos anormal, desde luego, a todo niño que difiera de él en cualquiera de sus tres caracteres, ya físicos, intelectuales o morales.

El problema de clasificar como anormal a un sujeto, es empresa muy ardua, dada la infinita variedad de detalles que pueden presentarse a la consideración del que observa. No obstante, se han ideado a este fin diversos sistemas de medición.

El propio autor Holmes ya citado, señala en primer término, el individual, o sea aquel en que se toma como norma la relación que existe entre la eficacia mental y física de un ser plena y armónicamente desarrollado, cuando se le compara con otro cuyos poderes aun están evolucionando, representados ambos tipos por el niño objeto de análisis.

Como se ve, la unidad de medida aquí aceptada es el completo desenvolvimiento del hombre; lo que resulta deficiente, partiendo de este enunciado, es anormal. Siguiendo este criterio, todos seríamos anormales, dado que es ilusoria la concepción del completo y armónico desarrollo no ya del hombre, sino de cualquier otro de los seres naturales.

Por otra parte, siguiendo este criterio, ¿quién puede asegurar que el idiota no sea un organismo que convenientemente adiestrado, hubiese podido alcanzar el plano de la normalidad? En este sistema se borran a mi juicio, hasta cierto punto, los límites que separan el ser normal del anormal.

Aun simplificando un tanto los términos del problema, prosigue Holmes, y atendiendo sólo al desenvolvimiento de las células corticales y surcos del cerebro, no hubiéramos adelantado mucho puesto que cuando del perfecto desenvolvimiento de los poderes mentales se trata, es preciso atender no sólo a los centros cerebrales, sino también a los órganos periféricos con lo cual queda probado una vez más la deficiencia del sistema.

Creen otros que la clasificación puede hacerse basándose en el juicio que la sociedad tiene formado respecto a la habilidad que el niño demuestra al realizar sus labores cotidianas, como vestirse,

comer, jugar, etc., cuya habilidad se mide en relación con la que demuestran los demás niños de su misma edad física. Reconoce Holmes en este sistema, denominado social, el inconveniente de que el juicio emitido por allegados y maestros suele ser apasionado. Además, en él solo puede asegurarse que el retardo probablemente existe; pero nunca determinar su intensidad.

El Dr. Trodglold hace notar las deficiencias de este sistema, y define la normalidad mental diciendo, que consiste en un grado de capacidad suficiente, que habilita a su poseedor para el cumplimiento de sus deberes como miembro de la sociedad en que ha nacido. El deficiente en este concepto, es para el autor citado un anormal.

Como se ve, el Dr. Trodglold hace depender la normalidad mental, y por antítesis su deficiencia, en gran parte, de las circunstancias sociales.

A poco que se analice, se comprenderá que la mentalidad de un ser que vive en el seno de una sociedad de naturaleza poco compleja, y por consiguiente, sin tener que vencer grandes dificultades al llenar su cometido como miembro de la colectividad, no puede aquilatarse en comparación de la eficiencia de otro que se mueva en un medio en donde la lucha por la vida sea mucho más difícil.

En mi concepto, la definición de Trodglold quedaría completa y muy aceptable añadiendo a las ideas expuestas, el complemento circunstancial siguiente: *cuando se le compara con seres de igual esfera social.*

Con objeto de medir exactamente la inteligencia, hizo Binet ensayos con cien niños normales, estableciendo un sistema de cuestonarios que constituyó al fin una escala por medio de la cual juzgó el psicólogo poder determinar con precisión el grado de atraso de cualquier alumno independientemente del medio social y de la preparación pedagógica que haya tenido.

El sistema de Binet descansa en los siguientes principios: las facultades intelectuales son independientes, no sólo de la instrucción, sino también de lo que pudiéramos llamar la facultad académica, esto es, el poder de asimilar los conocimientos.

Respondió la formación de esta escala, a la necesidad de establecer la diferencia entre niños normales y anormales.

Las pesquisas se basaron al principio exclusivamente en la aptitud para aprender. Todo niño que presentase el retardo de tres

años en sus estudios, sin que el mencionado retardo estuviera justificado por la falta de asistencia al aula, o cualquier otra circunstancia, debía ser declarado anormal. Pareció después razonable el admitir que la aptitud académica, no es el único dato en que debe fundarse el psicólogo al hacer sus observaciones, puesto que el tipo de atención en el niño, la docilidad de carácter, otras múltiples circunstancias, y sobre todo, el esfuerzo, contribuyen a falsear el resultado.

No obstante, es costumbre considerar como débil de la mente, siguiendo las doctrinas de Binet, y como tal anormal en este sentido, a todo niño que presente un retardo de tres años en sus estudios, o, por lo menos, de dos cuando el sujeto no pasa de nueve.

La edad mental, límite correspondiente a la debilidad, según las escuelas americanas, es de doce años. Estudios realizados al efecto, han probado que en un plano de mentalidad algo más alto, el sujeto es capaz de conducirse en sociedad.

En Francia el plano intelectual correspondiente a la normalidad es más bajo. En realidad, éste debe colocarse en la ya citada edad de doce años, puesto que a ese nivel y a veces más bajo de ese nivel, empiezan a encontrarse—dice Huey—inteligencias rudimentarias capaces de llenar las necesidades de la vida en el seno de una comunidad considerada en las primeras fases de la evolución social. Ascendiendo sucesivamente desde este plano los grados de mentalidad, se irán multiplicando tanto como se multipliquen las dificultades consiguientes a las exigencias de una civilización cada vez más adelantada. Los grados de normalidad fluctúan en el seno de toda población. Los profesionales e industriales representan el centro: de él irradian en escala descendente los diversos tipos que representan la reducción cada vez más acentuada de los poderes mentales. Los tres correspondientes a los doce años de edad mental pertenecen a los individuos destinados a servir en los últimos estratos de la sociedad.

Por otra parte, el tránsito del anormal a la normal no es violento, pues está probado que existen innumerables tipos de transición representados por la multitud de débiles mentales que pululan en la extensa zona de los psico-neurasténicos.

Las tablas inglesas demuestran que la anormalidad decrece a medida que gana en intensidad, de todo lo cual se infiere que la proporción de la eficiencia mental de todo pueblo está representada por una curva. Los grandes talentos y los idiotas profundos

ocupan los extremos inferiores de la curva representando ambos el máximum de anomalías puesto que tan anormal es el sujeto que presenta una subversión como una elevación de los tipos normales, dado el prefijo privativo *a* que modifica al vocablo normal cuyo valor etimológico conocemos.

Afirma Nyss que es casi imposible fijar el límite que separa los normales de los anormales en la serie humana que va de un extremo a otro de los dos puntos señalados como término inferior de la curva correspondiente a la eficiencia mental admitida por los ingleses, señala la confusión que reina entre los técnicos al definir el término *anormal,* y concluye exponiendo sus ideas respecto al significado que tiene para él dicho vocablo. Dice que son anormales aquellos niños que a causa de una anomalía física, moral o intelectual no pueden educarse del mismo modo que otros niños de su edad, y los divide en anormales de los sentidos: ciegos, sordos, etc. Anormales del movimiento: tullidos, enfermizos. Anormales del lenguaje: mudos, tartamudos, etc. Anormales de la inteligencia: idiotas, imbéciles, atrasados, etc.; asignando a estos últimos, los atrasados, el calificativo de anormales propiamente dicho.

Para Nyss, el verdadero anormal es el débil de la mente de Binet y Barr, atendiendo como este último, sólo al aspecto educacional.

De un artículo publicado por el Dr. Massip en la *Revista de Educación,* Febrero de 1911, se infieren conclusiones más precisas que las establecidas por Nyss, Binet y Barr. Ante todo, dice el Dr. Massip, hay que restringir el significado de la palabra anormal y tomarla en el sentido pedagógico. La anormalidad en el caso puede ser mental o física. El anormal físico: cojo, manco, tullido, espina dorsal desviada, ciego, etc., asiste a la escuela común, si no se lo impide una normalidad exagerada; o si al mismo tiempo no tiene anormalidades mentales, realizando muchas veces con provecho el trabajo escolar.

El anormal psíquico lo puede ser en tan alto grado que no se le envíe a la escuela y se le retenga en casa o en un sanatorio especial bajo el inmediato cuidado de un facultativo; constituyendo lo que puede llamarse un anormal médico; pero si las anomalías mentales no son graves y el niño puede ser enviado a la escuela sin peligro para su salud, tenemos el anormal pedagógico. (Dr. Massip, *Revista Educación,* Febrero de 1911.)

De lo expuesto aquí se deduce, que tan anormal es el deficiente físico como el mental, sólo que al referirnos a la educación hay que restringir el sentido del vocablo refiriéndose especialmente al sujeto que se considere susceptible de ser regenerado, en virtud de un adiestramiento especial.

No todos los autores abundan en la misma idea, surgiendo aquí la distinción establecida entre los términos *excepcionales* y *anormales* de que trataré en seguida.

El Dr. Padró, Catedrático de esta Escuela, hace notar la verdadera acepción concedida al término excepcional por los psicólogos modernos; la cual implica una subversión o elevación de los tipos normales en un sentido general; abarcando los anormales y supernormales y comprendiendo a la vez los deficientes asténicos, etc.

En mi concepto, y abundando en las ideas del Director del Instituto privado de Enseñanza especial de Bruselas, De Croly, los términos excepcional y anormal se confunden. El citado M. D. Croly, llama anormales a todos los niños que por una razón cualquiera se encuentren en estado de inferioridad, y no puedan adaptarse al medio social en que viven, clasificándolos de la manera siguiente:

Por deficiencia física: mancos, etc.

Por deficiencia de los órganos sensorios: ciegos, etc.

Por deficiencia intelectual: idiotas, etc.

Por deficiencia de las facultades afectivas: locos morales.

Anormales convulsivos: epilépticos, etc.

Deformados por el medio.

El calificativo de anormal asignado de manera especial a los débiles de la mente, por los que establecen la diferenciación entre anormales y excepcionales, viene a ser en mi concepto, simplemente una subdivisión de los anormales de De Croly; y yo no veo la necesidad de multiplicar en estos casos los términos, toda vez que hasta el valor etimológico de ambos vocablos, presentan una gran sinonimia; dada la definición que de ambos términos hace el diccionario de nuestra lengua: *excepcional,* lo que forma excepción, lo que se aparta de la regla. *Anormal,* lo irregular, lo que se sale de la regla. Sólo que para el pedagogo, constituye materia de mayor interés el estudio de los deficientes que presentan anomalías relacionadas con el problema educacional, y a éstos suelen referirse generalmente las monografías escritas al efecto.

En resumen: el concepto que del normal tienen formado los psicólogos modernos, es relativo, dado los distintos puntos de vista desde los cuales se ha ido estudiando la cuestión.

Para Holmes es un sujeto que difiere en uno o más caracteres de otro tipo de normalidad ideal que no existe; pero que el observador se representa mentalmente a fin de hacer posible la comparación. Para los individualistas, es el deficiente en el sentido del desarrollo completo y armónico del ser, es decir, el resultado de la comparación establecida entre lo que el sujeto es y lo que debía ser, realizada la completa evolución de todos sus poderes.

Para los que analizan el caso desde el punto de vista social, el anormal es un muchacho que no muestra en la realización de sus labores cotidianas la habilidad propia de los muchachos de su edad.

El Dr. Trolgold lo considera como un ser de eficiencia mental tan limitida, que no lo habilita para el cumplimiento de sus deberes en sociedad.

Binet y Baar, lo califican simplemente como un retardado mental. De Croly abunda en las ideas de la escuela socialista declarando que debe considerarse como anormal todo niño que por una razón cualquiera no pueda adaptarse al medio social en que vive.

A mi juicio, es ésta la verdadera acepción que debe concederse al vocablo sin que por ello olvidemos como punto de capital importancia el hecho reconocido de que para el pedagogo el verdadero anormal es el débil de la mente, el retardado, susceptible de ser sometido a un adiestramiento especial, toda vez que ésta es la fase educacional del problema.

En cuanto a diferenciación establecida por los psicólogos modernos entre los términos anormales y excepcionales no acabo de comprender por qué se concede a este último una acepción más amplia, más general que al primero. Tampoco me parece razonable considerar un término como subdivisión del otro, a menos que no se proceda a especificar la anormalidad considerada como la debilidad mental, y creo que en este caso será mejor el admitir ésta como una subdivisión de la anomalía tomada en un sentido general, con lo cual resultaría simplificada en mucho la clasificación.

Ya se elija el término *anormal* o *excepcional* para designar al ser que se aparta por cualquier motivo del tipo regular, me parece juicioso tomar cualquiera de los dos como base al establecer una

clasificación general, señalando después al anormal o excepcional de la mente, o retardado, como una subdivisión dentro de la clasificación general.

Y no es, en mi concepto asunto baladí éste, puesto que si—como declara Holmes—el ser colocado dentro de tal o cual clase afecta tanto al sujeto clasificado como al hombre anormal, la estimación que le impongan los accidentes de nacimiento o fortuna, cuando queremos clasificar, importa mucho el simplificar los términos, toda vez que la multiplicación de ellos suele complicar los casos despertando dudas en el espíritu del que estudia y haciendo mucho más difícil la asimilación del conocimiento.

Clasificación: los términos idiota, imbécil, débil de la mente, etc., han sido usados en distintos sentidos.

Existen infinidad de formas en cada uno de estos tipos y comprenden ellos tantos grados como los admitidos en los seres de inteligencia normal.

Hasta ahora, pueden hacerse tantos grupos entre los débiles de la mente como entre los cretinos mongoles, etc.

Todos estos tipos han sido legítimamente agrupados en clase, dentro de las cuales pueden colocarse los diversos casos de anomalías que a diario se presentan en la clínicas psicológicas; pero para llenar los fines que en la escuela persigue la paidología se impone una clasificación más seria respecto a los distintos grados de capacidad mental y sus caracteres.

Ciertamente que el problema de medir la inteligencia—dice Huey—ha sido considerado generalmente como empresa irrealizable; pero en la necesidad de acometerla los ingleses y franceses han pensado en establecer ciertos principios de clasificación y terminología respecto a la deficiencia mental, generoso empeño de feliz consecuencia para la psicología moderna.

En 1904, English Royal Comission, recomienda que bajo el término *Feeble minded* (débil de la mente) sean comprendidos todos los deficientes mentales que requieran ser colocados en instituciones especiales subdividiéndolos en tres grados según su desarrollo intelectual: idiota, imbécil y débiles de la mente propiamente dicho.

Los franceses, siguiendo el criterio del profesor Binet, su maestro más autorizado, admiten los mismos tres grados definiendo aun más los términos al establecer la medida del retardo intelectual

por medio de una escala basada en una serie de texto de la inteligencia.

Los textos y clasificación de Binet, fueron aceptados en América como el único medio de orientación, reinando como reinaba el caos en el campo de la ciencia paidológica, y se adoptaron en las escuelas prácticas de Vineland y de Lincoln para la medición de la inteligencia.

En Mayo de 1910, se reúnen en Lincoln las Asociaciones Americanas para el estudio de los débiles de la mente, y después de examinar los trabajos realizados por ambas instituciones, se establece oficialmente y a manera de ensayo, un sistema de clasificación americana, basado en los principios siguientes:

1.º—El término débil de la mente debía ser tomado en un sentido genérico incluyendo en él, a todos los deficientes mentales de cualquier grado, que resultasen incapaces de competir en igualdad de circunstancias con sus conciudadanos normales o de conducirse en sociedad con la prudencia debida.

2.º—Los débiles de la mente comprendían tres clases: los idiotas cuyo desenvolvimiento mental, nunca excedería al de un niño de dos años; los imbéciles de una mentalidad un poco superior a los idiotas; pero jamás igual a la de un muchacho de siete años, y los morones de mayor eficiencia mental aunque ocupando siempre un plano inferior con relación a la mentalidad de un sujeto de doce años.

Cada una de estas tres subdivisiones debían a su vez comprender tres grados: bajo, mediano y alto.

Binet usa el término débil de la mente, no para designar el grado de deficiencia mental definitiva, sino para expresar el grado de deficiencia capaz de aumentar con la edad, al extremo que, según su teoría, un imbécil puede llegar a ser un morón, esto es, puede alcanzar con el tiempo un plano superior de intelectualidad.

Por otra parte, sustenta Binet el criterio de que el retardo mental requerido para el ingreso de un niño en un aula especial, ha de ser en todo caso igual al correspondiente a tres años, o por lo menos al de dos cuando el sujeto no pasa de nueve. Jamás aplica los términos idiota, imbécil, o débil de la mente, tomando como base el retardo, a menos que éste no alcance el nivel requerido.

Para clasificar los ligeros grados de atraso correspondientes a menos años, emplea los términos retardados o instables, reci-

biendo este último nombre el sujeto en el caso de que a igual grado de retardo acompañe de manera prominente la característica de instabilidad.

He aquí la clasificación de Binet:

Retardo.	Correspondiente a 3 años o 2 cuando el sujeto no pasa de 9.	Débiles de la mente.	Idiotas.	Se refieren al grado de desarrollo mental, no a la deficiencia definitiva. Pueden pasar de un grado a otro.
			Imbéciles.	
			Débiles de la mente.	
	Correspondiente a menos de 3 años o a 2 cuando el sujeto no pasa de 9.		Retardados	Presenta como característica prominente la instabilidad.
			Instables.	

No obstante lo sustentado por Binet, los términos idiota, imbécil y débil de la mente o morón, siguen usándose en sentido definitivo y, por tanto, no es prudente emplearlos a discreción, por lo menos cuando el niño promete algún adelanto, y sobre todo si es muy joven, en cuyo caso debe ser tomado simplemente como retardado.

El término *débil de la mente* no debe emplearse sin reserva antes de que el sujeto haya cumplido 15 años, esto es, suponiendo que la clasificación se base simplemente en los datos de medición de la inteligencia, obtenido por medio de una escala determinada.

Ciertamente que el retardo de 3 años autoriza al clínico para el diagnóstico de una debilidad mental, pero resultan a veces casos de inhibición, en el desenvolvimiento intelectual, en virtud de cualquier elemento perturbador del proceso anormal, al extremo que, pasadas las crisis por que atraviesa, el muchacho no presenta huellas de debilidad.

Declara Huey haber encontrado durante el estudio de los diversos casos clínicos sometidos a su experiencia, multitud de sujetos, que sin presentar el atraso mental de 3 años requeridos por

Binet, para hacer el diagnóstico, han resultado verdaderos débiles mentales.

De todo lo cual, se infiere que los problemas referentes a la debilidad mental, son mucho más complicados que aquellos que se refieren a la inteligencia normal.

Su diagnóstico comprende dos fases, por lo cual no puede hacerse ajustándose sólo a la automática aplicación de una escala determinada.

Expuestos así a grandes rasgos los principios fundamentales, de clasificación establecidos por algunos psicólogos, hecho un ligero recorrido acerca del asunto que estudiamos, procederé a hacer el análisis de las distintas clasificaciones parciales conocidas para llegar al fin, si me es dable, a establecer un sistema general de clasificación, tomando de cada una de ellas lo que me pareciere más razonable.

En primer lugar habremos de estar conformes en admitir que todo sujeto que acude a la clínica, debe ser considerado *a priori* como un desviado del tipo normal, ya sea en sus caracteres morales y mentales, comprendiendo desde luego bajo este término a todo muchacho objeto de clasificación.

Como circunstancia primordial inmediata, pasa Holmes a determinar la desviación moral o mental, y establece así una división primaria.

Se basa luego en el hecho de si el caso clínico es o no curable y surge de este modo la formación del siguiente cuadro.

Desvíados.

Morales.	Curables.
	Incurables.
Mentales.	Curables.
	Incurables.

Ciertamente que, según lo sostenido por el Dr. Massip en un artículo publicado en la *Revista de Educación*, Junio del presente año, inspirado en lo que expone el propio Dr. Holmes, esta clasificación resulta por varios conceptos vulnerables, sobre todo en lo que se refiere a la naturaleza inmediata del diagnóstico, mas para llenar las necesidades de la práctica y salvando estas defi-

ciencias, en virtud de procedimientos adecuados, me parece muy aceptable.

El hecho de declarar curable o no a un sujeto—dice el propio Dr. Holmes al tratar de la desviación moral—, es cosa muy importante, pues del fallo clínico en este caso depende muchas veces el porvenir del desviado.

Materia es ésta, pues, de capital importancia y habremos de contar siempre con el celo y eficacia del clínico honrado.

La clasificación de curable de Holmes, la emplearemos particularmente para señalar una subdivisión de los desviados mentales, retardados o subnormales clasificados por el Dr. Grozzman, partiendo desde un punto de vista social.

El citado Dr. Grozzman, divide los subnormales curables en tres clases:

1.° Subnormales de poderes mentales incompletos o no desarrollados. Niños defectuosos por causas hereditarias o congénitas. Epilépticos, ciegos, sordos, mudos, deformados, etc. No pueden alcanzar nunca la norma perfecta de la naturaleza humana.

2.° Niños de desarrollo detenido o anormalidad adquirida o imperfecta, con dos subdivisiones.

A.—Clases patológicas: Niños nacidos normales aparentemente, pero detenido en el desarrollo, 1.°, por causas hereditarias; 2.°, por causas especiales, como accidentes, enfermedades, etc.

B.—Clases deprimidas: Niños a quienes angustiosas circunstancias sociales han impedido alcanzar la completa madurez física o mental.

3.° Niños de desarrollo atávico. De tipo primitivo, recuerdan las actividades y los instintos morales y sociales del salvaje, del bárbaro, del hombre incivilizado en general.

La clasificación de Grozzman, resulta en mi concepto bastante didáctica a la vez que se ajusta a los fines que persigue la paidología conducente a la investigación de factores fisiológicos, anatómicos, patológicos o de carácter hereditario que puedan modificar la naturaleza íntima del sujeto.

Estableciendo una distinción entre los términos vehemencia y amencia, el Dr. Trodgold declara como anormal y, por consiguiente incurables, a los débiles mentales (amencia en alto grado), a los imbéciles (amencia en grado medio) y a los idiotas (amencia en grado bajo).

Sostiene el citado Dr. Trodgold, que el término demencia, del

latín *mens,* mente, implica un desarrollo intelectual detenido, constituyendo una verdadera bancarrota de la vida psíquica. El demente es, pues, un fracasado intelectual, un capitalista declarado en quiebra que puede recordar su crédito en virtud de operaciones comerciales ulteriores. El amente es insolvente nato, jamás ha dispuesto de capital. El vocablo amencia, del latín *a, sin* y *mens,* mente, se usa para indicar que nunca ha habido desarrollo intelectual en el sujeto.

En resumen, y siguiendo el plan que desde un principio nos trazamos, podemos establecer ya un sistema general de clasificación por lo menos en lo que a la desviación mental se refiere.

Desvíados.

Morales. { Curables. / Incurables.

Mentales. { Retardado o Subnormales. { Curables. / Incurables.

Desvíados.

Morales. Mentales.

Morales.

Curables. Incurables.

Mentales.

Curables. Incurables. (Holmes.)

MENTALES CURABLES, SEGÚN GROZZMAN

1.° De poderes mentales incompletos o no desarrollados.

Niños defectuosos: Causas hereditarias y congénitas. Epilépticos, ciegos, sordo-mudos, deformados, etc.

2.° Niños de desarrollo detenido: Anormalidad adquirida o imperfección, con dos subdivisiones.

A.—Clases patológicas: Niños nacidos normales aparentemente, pero detenidos en su desarrollo. 1.° Por causas hereditarias. 2.° Por causas accidentales, enfermedades, etc.

B.—Clases deprimidas: Niños a quienes angustiosas circunstancias sociales han impedido alcanzar la completa madurez física o mental.

3.° Niños de desarrollo rudimentario o atávico: De tipo primitivo que recuerda las modalidades y los instintos morales y mentales del salvaje.

MENTALES INCURABLES, SEGÚN TRODGOLD

Amentes.

Alto grado: Debilitado mental.

Grado mediano: Imbecilidad.

Grado bajo: Idiotismo.

En cuanto a la desviación moral, o imbecilidad moral, según Holmes, puede ser congénita o cimentada, ignorándose hasta el día si corresponde invariablemente o no a ella una desviación mental.

Puede consistir la desviación ya en la ausencia del concepto de la moral en otro instinto social, o bien en la incapacidad en que está el sujeto de razonar, a fin de poder trazarse una línea de conducta determinada que le permita llenar sus deberes en sociedad.

El poder de razonar en este sentido—agrega el mismo autor—puede suplir al concepto ético.

El verdadero caso de imbecilidad moral, es incurable; el carácter del sujeto no puede reformarse, ni su conducta puede cambiar.

Holmes, de acuerdo con Trodgold, clasifica la imbecilidad moral latente y actual, presentando al imbécil como un sujeto en quien los medios de curación no surten efecto.

Otra clasificación parcial muy digna de análisis, es la que desde un punto de vista industrial y con arreglo a la escala de Binet, ha hecho el Dr. Goddard. Tiene alguna analogía con la del Dr. Trodgold, puesto que divide a los desviados mentales en idiotas, imbéciles y morones, subdividiendo cada uno de estos grupos en tres grados: bajo, mediano y alto.

Se funda principalmente en la labor que el muchacho puede

rendir en la escuela, y es de un reconocido valor pedagógico dado el caracter puramente práctico de la nueva escuela.

El Dr. Barr se funda al hacer la clásificación, en la fase educacional.

Sus divisiones tienden a señalar hasta qué límite puede ser educado el sujeto; circunstancia que la hace muy recomendable si se tiene en cuenta que el problema de la educación del alumno, es uno de los fines que persigue la paidología.

Los subnormales y los supernormales.—Análogas dudas a las ya indicadas respecto a la confusión que introduce en el estudio la diferenciación de los términos *excepcionales* y *anormales* cuando no se menciona la circunstancia de tomar estos últimos en el sentido pedagógico, presenta el uso indeterminado de los vocablos *anormales* y *subnormales,* al expresar una subversión del tipo normal preconcebido.

Estudiando el asunto desde un doble punto de vista etimológico y didáctico, habremos de llegar a la conclusión de que ambos tienen una acepción completamente distinta. El prefijo privativo *a,* colocado como tal ante la palabra normal, la modifica en sentido muy distinto que la partícula *sub* indicando subversión.

Es un anormal, según lo expuesto al definir el término en párrafo anterior, el sujeto que se aparta del tipo ideal de normalidad propuesto por Holmes; es decir, el ser que se sale de la regla, el que no es normal en consonancia de lo que indica la partícula *a* ya citada, y tanto puede ser un anormal el muchacho que presenta una depresión como una brillantez en sus poderes mentales, y especifico aquí la normalidad o anormalidad tomada en el sentido de la inteligencia, porque a ello sólo he de referirme en este caso, dado que será materia de especial empeño el estudio del anormal propiamente dicho, según lo establecido entre nosotros para mayor claridad en nuestras pesquisas.

Tomado el vocablo en su verdadera acepción, diremos que son anormales los niños que se atrasan en sus estudios, sin que haya falta de asistencia que lo justifique; según Binet, en una relación igual a tres años o a dos cuando el sujeto no pasa de nueve.

Son pues, subnormales en mayor o menor grado, los niños de poderes incompletos, y los de desarrollo detenido o atávico de Grozzman, los debilitados de la mente de Binet y Trodgold; los morones de Goddard, el idiota, el imbécil y el idioimbécil de Barr; y en resumen, todo sujeto que, según las escuelas de Vineland y

Lincoln, no haya alcanzado el nivel intelectual correspondiente a una mentalidad de doce años, en cuyo caso quedará en este sentido por debajo del plano asignado a sus conciudadanos normales.

No me propongo en este momento hablar extensamente de cada uno de los distintos tipos comprendidos en la escala de los subnormales; materia será ésta que habré de estudiar con detención y en capítulo aparte, al ocuparme de cada uno de ellos, y especialmente de los atrasados en la enseñanza, de los torpes o morones y de los débiles susceptibles de ser educados.

En cuanto a los idiotas, habremos de estudiar sus caracteres como individuos pertenecientes a la clase de que nos ocupamos, aunque es sabido que no ofrecen gran interés desde el punto de vista educacional, dada la circunstancia de que no pueden ser sometidos a un adiestramiento especial.

Los supernormales.—Sorprendente y por muchos conceptos consolador resulta a la consideración del que estudia, el movimiento iniciado en el campo de la Pedagogía, durante las dos últimas centurias en pro de la puericultura y sus múltiples problemas.

Roto en determinado momento histórico el férreo yugo que convirtiera al intelecto humano en copista autómata y servil; reñida para siempre la moderna escuela con el escolasticismo, comienzan a surgir en profusión brillante unos y otros métodos, conducentes todos al desarrollo completo y armónico del ser.

Corren los tiempos; horizontes más amplios se extienden en lontananza, y la creencia en la uniformidad de la labor educativa, claudica por su base.

Se especializa la enseñanza y preséntase al maestro el problema de educar a los anormales.

No debe ya el maestro actuar sobre un grupo homogéneo de alumnos determinados. Dada las observaciones hechas en el aula, se llega a la conclusión de que existen tipos individuales de mentalidad que requieren métodos y procedimientos especiales.

La mayoría de los alumnos, presentarán una inteligencia normal, pero hay a la vez un número no por pequeño menos digno de atención, cuya intelectualidad no alcanza al plano de sus compañeros en las aulas.

Se da la voz de alerta, es preciso nivelar en cuanto sea dable las unidades mentales, y comienza esta labor hermosa con los trabajos realizados por Pereire, L'Épée Hinicke, en la segunda mitad del siglo XVIII.

La obra del adiestramiento especial en lo que se refiere a la minoría que está por debajo del *avérage* general, quedó asegurada, mas un nuevo criterio de distinción viene a iluminar el problema de la educación diferencial.

Si existe una pequeña minoría de alumnos cuya eficiencia mental está por debajo del *avérage* indicado, existe otra aún más pequeña por encima del mismo: los supernormales.

Veamos lo que piensa a este respecto el sabio investigador Stern. "Por supuesto, dice, que el número de individuos que deben ser objeto de una pedagogía de supernormales es relativamente pequeño; pero la importancia de un problema educacional, no se mide por el número de individuos a quienes concierne.

Ahora bien: consideran muchos materia de importancia secundaria la creación de aulas para supernormales, en tanto que tengamos pendiente la resolución de problemas, según ellos, más trascendentales, tales como luchar con éxito contra la criminalidad infantil; el legislar a favor del trabajo de los niños, etc. Mas pienso yo con otros, que la obra de la escuela debe ser simultánea, atendiendo a todas las necesidades sociales.

¿Quién de nosotros no habrá tenido ocasión de recibir en las aulas a esos superniños de precocidad sorprendente, pero que presentan todos los signos de la miseria orgánica? En la actualidad tengo yo una alumna cuya edad mental, según la escala métrica de Binet, es de doce años cuando apenas acaba de cumplir nueve.

Teresa, que así se llama mi alumna privilegiada, resulta un *bibelot* en medio de sus compañeras, pero a pesar de no pertenecer a la clase más necesitada de las niñas que asisten al aula, su desarrollo físico actual es casi nulo, al extremo de parecer una niña de siete años.

En este caso, como en otro de brillantez intelectual, la fuerza física no acompaña al talento.

La energía no es una fuente inagotable, según la frase de Claparede, y casi nunca a esas grandes inteligencias, corresponde la resistencia vital, y la firmeza de voluntad necesaria para llegar al triunfo en las lides intelectuales.

Es un error, pues, creer que a los inteligentes por el hecho de serlos, puede dejárseles abandonados a sí mismos en la seguridad de que vencerán por sus propios esfuerzos.

Y acaso ¿nos está permitido tampoco atender exclusivamente a

un grupo determinado de nuestros alumnos en perjuicio del equilibrio social?

Si concedemos preferente atención a los mal dotados, ¿por qué echar en olvido a los que constituyen legítimas esperanzas de engrandecimiento para el pueblo y para la raza?

Afirma Stern que en nuestro loable empeño de educar a los subnormales olvidamos de desarrollar la inteligencia de los mejores para atender a los peores y que si no se inicia un proceso de equilibrio en este sentido, iremos reduciendo cada vez más, aunque insensiblemente, el nivel de la cultura en las sociedades humanas.

Y me pregunto yo: ¿por qué no depositar en terreno fértil la semilla que sólo tratamos de esparcir en suelo árido?

Por otra parte, si el problema de que tratamos reviste capital importancia en cualquiera que el medio sea en Cuba, resulta doblemente interesante.

Aquí, en donde a la feracidad de nuestros campos y la belleza de nuestro cielo, ha correspondido siempre la inspiración y el genio, característica étnica del cubano, no puede echarse en olvido la educación de los supernormales.

¿Quién puede asegurarnos que a la porción hermosa de nuestros artistas y pensadores conocidos no corresponda en igual proporción otra pléyade tal vez aun más nutrida representada por inteligencias brillantes aplazada por el medio, sofocada por angustiosas circunstancias sociales?

Desatender entre nosotros esta fase del problema educacional, equivaldría, en mi concepto, a dilapidar los bienes que el cielo nos ha donado.

Clasificación.—En rigor, no puede establecerse una clasificación científica de los anormales, y habremos de conformarnos sólo con apuntar algunas ideas sobre el caso.

Empecemos por decir qué concepto debemos tener del supernormal. No es éste el niño genial. Los verdadero genios—dice Stern— son tan escasos, que no podemos hacer una pedagogía especial para ellos, que por otra parte están menos dependientes que otros individuos de influencias educacionales específicas.

Son supernormales los niños que tienen una capacidad cuantitativa superior a la mayoría de los de su edad.

La línea divisoria entre los supernormales y los normales, no está bien definida, y sólo la investigación psicológica y una con-

cienzuda práctica pedagógica—dice el Dr. Massip—podrán determinarla. (*Revista de Educación,* Julio de 1911.)

Respecto a lo que pudiéramos llamar un ensayo de clasificación, diremos que de los anormales pueden hacerse dos grupos: *generales* y *especiales.*

Son supernormales generales los alumnos que poseen una mentalidad extraordinaria y armónicamente desarrollados, constituyendo los futuros hombres de talento, las glorias del porvenir.

Los supernormales específicos presentan dotes excepcionales para la música, el dibujo, la aritmética, etc. Sobresalientes muchas veces en las demás asignaturas correspondientes al curso de estudio.

Es estudiar las aptitudes individuales de los niños—dice Binet—es abordar uno de los problemas que nos interesan a todos a causa de su alcance práctico, no solamente para la enseñanza de la escuela, sino también para el porvenir de cada niño, porque la elección de una carrera no deberá hacerse sin que se examine antes cuáles son sus aptitudes. Si se adoptase esta precaución disminuiría ciertamente el número de los inútiles, de los descontentos; se aumentaría el rendimiento económico de todos poniendo a cada cual en su lugar, y ello constituiría probablemente uno de los medios más simples, más naturales; los mejores en cierto modo para resolver por lo menos en parte algunas de esas irritantes cuestiones sociales que inquietan a tantos espíritus, y que amenazan el porvenir de la sociedad actual.

Por lo que expone el concienzudo psicólogo autor de las ideas modernas sobre los niños, se comprende la importancia que tiene la creación de una pedagogía especial que a la vez que abarque todas las formas de la supernormalidad, comprenda las diferentes fases con sus respectivos programas.

El aspecto vocacional que va tomando cada vez de modo más intensivo la nueva escuela, responde sin duda a las necesidades expuestas por Binet, en su ya citado párrafo. Cuántas veces—dice el Dr. Valdés Rodríguez—hay ocultas en el alumno aptitudes que el maestro tal vez no ha descubierto y que puestas en actividad, podrán hacer del educando un hombre prominente en sociedad.

Asegura Binet que hasta el día bien poco se conoce respecto a las aptitudes individuales, y que sólo puede asegurarse que el problema existe.

La organización de la escuela en general, no puede adaptarse

a las necesidades de la educación de niños supernormales. Constituyen éstos un tipo de anormalidad; y como tales, necesitan educarse en aulas especiales.

Nuestro curso de estudios redactados en consonancia a la labor que puede realizar un alumno de inteligencia corriente, resultan deficientes para el supernormal, que no encontrando obstáculos que vencer en su camino, acaba por sentir el hastío perdiendo la afición al trabajo. En tales casos hay siempre un desperdicio de energías que, aprovechadas, darían muy buenos frutos.

La monotonía que ocasiona la labor rutinaria; el trabajo realizado sin esfuerzo y, por tanto, sin interés, acaba por convertir al alumno en perezoso, displicente y hasta en apariencia instable.

Sintiendo la necesidad de gastar las energías acumuladas, inventa travesuras, busca los medios de burlar la vigilancia del maestro, colocado muchas veces a sus ojos en un plano inferior; se hace indisciplinado revoltoso, y cuando se le condena a la inactividad empleando medios de severa disciplina, odia la escuela y huye del aula buscando fuera de ella los medios de dar una aplicación a sus aptitudes naturales.

En el ya citado artículo sobre los niños supernormales, publicado en Julio de 1911, se hace notar que la falta de asistencia depende muchas veces de las ya indicadas circunstancias; y yo, que vengo ejerciendo hace catorce años en escuelas públicas de este Distrito, he podido advertir lo que sigue.

Cuando un aula no está bien graduada, llegándose a enseñar en ella hasta dos y tres grados, el maestro, por mucho que se esfuerce, no puede triplicarse, por lo que generalmente se enamora del grupo que más adelanta, y el resto del aula queda un tanto abandonado, realizando trabajos que, por lo repetidos, llegan a ser muy fáciles. Los alumnos acaban por aburrirse y desertan, por más que el maestro trate de estimularlos y atraerlos con premios y halagos.

Dice Stern, refiriéndose a las oportunidades que en otros países se ofrecen a los niños inteligentes para salir adelante en sus empeños: "Instituciones, sociedades y benefactores están celosos de sus esfuerzos, por proporcionar una educación esencialmente artística a los jóvenes de talento que pueden descubrir. ¿Pero qué mera bagatela es ésta en comparación a lo que podría hacerse en realidad, y sobre todo, qué fortuito? En nuestras formas sociológicas de la caridad, hemos pasado afortunadamente de la fase

de la limosna aislada; pero en lo que se refiere a los supernormales, aún estamos en ella.'' Y si esto dice Stern, refiriéndose a países en donde por lo menos hay benefactores a quien preocupa algo la suerte de los supernormales, de los inteligentes, qué debemos añadir aquí en donde poco o nada se hace a este respecto?

Hora es ya de dedicar preferente atención a nuestros trascendentales problemas sociológicos, y a la escuela corresponde, a mi modo de ver, la misión de colocarse a la vanguardia en este movimiento de avance hacia el mejoramiento colectivo.

Pedagogía de los supernormales.—La Pedagogía de los supernormales aun está en mantillas. Mientras se multiplican los métodos y procedimientos relativos a las investigaciones y experimentos hechos sobre los normales y subnormales, nada hace respecto a los superniños. Los únicos datos recogidos en tan interesante campo de la ciencia pedagógica, consisten en algunas autobiografías de hombres célebres, cuyo valor psicológico podemos apreciar dada la naturaleza del método seguido al efecto.

La instrospección es elemento de bondad muy discutible y se impone un estudio sistemático dirigido no ya especialmente al desenvolvimiento intelectual sino también al análisis de los factores de cualquier orden que pueda introducir una modificación en el problema.

¿Por qué no crear una nueva rama de la psicología con el estudio de los supernormales? Los materiales que nos ofrece la Pedagogía, la Paidología y la Psicología Pedagógica, pueden servirnos de base.

La obra podría parecernos difícil; pero yo no veo el inconveniente de emplear en estos casos los mismos procedimientos seguidos en las investigaciones hechas sobre subnormales. Coleccionando trabajos, psicografías de supernormales típicos, unidos a los datos que por medio de *enquête* podría suministrarnos hombres célebres, obtendríamos un excelente bagaje de investigación, de positiva utilidad en este caso.

Las investigaciones científicas, dice el profesor de Breslao nos darán métodos para la medición de la inteligencia y del talento, que satisfarán todos los requisitos de la pedagogía de los supernormales. Los que actualmente estamos midiendo con ejecuciones cosas hechas que son el resultado de una variedad de factores condicionales, como son la práctica, la habilidad, la oportunidad para el estudio, etc. Lo que necesitamos probar es solamente uno de

esos factores como el grado típico y posibilidad de desenvolvimiento de una disposición innata.

De lo expuesto en el párrafo que precede se deduce la naturaleza del método que debemos seguir, esto es, en que debe basarse la investigación científica al tratar de establecer una clasificación de supernormales.

El secreto está en buscar un factor determinante de la vida psíquica del sujeto que pueda servirnos de norma para diagnosticar la posibilidad del desenvolvimiento de una disposición innata.

Mientras tanto, pienso con el ya citado autor del artículo publicado en Julio de 1911 (*Revista de Educación*), que puede utilizarse para la medición de la inteligencia de los supernormales la escala métrica de Binet y Simón; sólo que si para determinar la subnormalidad se establece una comparación entre el nivel intelectual del sujeto del experimento y el normal típico en sentido de subversión, en esto se podrá hacer a la inversa, y en lo que a las aptitudes se refiere.

Admitido un nuevo rango intelectual con la determinación de una nueva clase de individuos cuya eficiencia mental está por encima del *avérage* general, se impone la creación de clases, en donde se dé por especial adiestramiento a esos niños privilegiados, a cuyo fin dirigen sus esfuerzos los pedagogos del día en todos los países civilizados.

El sistema de enseñanza establecido en estas escuelas, no se apartará por completo del implantado en las escuelas ordinarias.

Ingresarán en ellas los supernormales comprendidos en el primer grupo que establecimos al tratar de hacer el ensayo de clasificación propuesto, en párrafo anterior; esto es, los supernormales, o sean los muchachos que poseen una inteligencia extraordinaria y armónicamente desarrollada; no los específicos, o sean aquellos que presentan una habilidad determinada.

(Continuará.)

BIBLIOGRAFIA

I. A textbook of General Embriology; by William E. Kellicot, 1913, New York.
II. Mendel's Principles of Heredity; by W. Bateson, 1913, Cambridge.
III. Heredity and Eugenics; by W. E. Castle, J. M. Coulter, Ch. B. Davenport, E. M. East, W. L. Tower, 1913, Chicago.
IV. Heredity in relations to Eugenics; by Charles B. Davenport, 1913, New York.
V. Problems of genetics; by W. Bateson, 1913, New Haven.

El libro de Kellicott, Profesor de Biología en el Goucher College, es un importante texto sobre Embriología general, donde con método excelente hace la exposición de los múltiples y complicados problemas que caen bajo el dominio de esa ciencia. Estúdianse, en los diferentes capítulos de la obra, estas cuestiones: 1. *Ontogeny;* 2. *The cell and cell division;* 3. *The germ cells and their formation;* 4. *Maduration;* 5. *Fertilization;* 6. *Cleavage;* 7. *The germ cells and the process of differentiation, heredity, and sex determination;* 8. *The blastula, gastrula and germ layers. Morphogenetic process.* Cada capítulo se completa con una relación bibliográfica moderna; y numerosas figuras facilitan el estudio de cuestiones difíciles de comprender por los que se inician en ese género de investigaciones, cuyo campo se ha extendido notablemente gracias a los extraordinarios adelantos alcanzados en estos últimos tiempos por la técnica microscópica.

El eminente Director de la John Innes Horticultural Institution, W. Bateson, de reputactón científica mundial, ha publicado recientemente la tercera edición de su notable trabajo *Mendel's Principles of Heredity*, que apareció por primera vez en 1909. En esta edición el autor considera los actuales progresos del análisis mendeliano, los que anota en breves apéndices para no quedarse rezagado en tan interesantes problemas como el de la herencia del sexo. Después de estudiar el descubrimiento de Mendel y los caracteres estructurales de plantas y animales, analiza en varios capítulos la herencia de los colores, la herencia y el sexo, etc., y examina también la herencia mendeliana en el hombre; terminando la primera parte de la obra

con la aplicación práctica de los principios mendelianos. La segunda parte comprende estos tres capítulos: 1. *Biographical Notice of Mendel;* 2. *Translation of the Paper on Hibridisation;* 3. *Translation of the Paper on Hieration.* Las láminas intercaladas en el texto son espléndidas y en la *Bibliography* pasan de trescientas las publicaciones que se indican. Bateson da idea de la mejor manera posible de los descubrimientos de Mendel y de las lucubraciones científicas realizadas posteriormente. Los primeros estudios de Gregorio Mendel, como es sabido, no tuvieron resonancia; la revista de la Sociedad de Historia Natural de Brün, donde los publicaron, era apenas conocida; pero se dió mérito al descubrimiento de las llamadas *ley del predominio* y *ley de la separación de los caracteres* cuando las primeras experiencias fueron repetidas más de treinta años después por Tschermak y de Vries; más tarde, los trabajos de Cuènot, Davenport y el mismo Bateson, entre otros, han ratificado el notable descubrimiento del sabio monje austríaco.

El libro *Heredity and Eugenics* lo componen una serie de conferencias—*lectures*—dadas en la Universidad de Chicago en el verano de 1911; conferencias en que se sintetizan los más recientes estudios relativos a la variación, herencia y evolución en las plantas y animales, y sobre el mejoramiento y bienestar humanos. He aquí cuáles fueron esas conferencias: *Recent developments in Heredity and Evolution; general introduction, y The physical basis of Heredity and Evolution from the Cytological standpoint:* por J. M. Coutler, Profesor Jefe del Departamento de Botánica de la Universidad de Chicago;—*The Method of Evolution*, y *Heredity and Sex:* por W. E. Castle, Profesor de Zoología de la Universidad de Harvard;—*Inheritance in the Higher Plants*, y *The application of Biological Principles to Plant breeding:* por E. Murray East, Profesor Auxiliar de Morfología vegetal experimental de la Universidad de Harvard;—*Recent advances and the present state of knowledge concerning the modification of the germinal constitution of organisms by experimental processes:* por W. Lawrence Tower, Profesor Asociado de Zoología de la Universidad de Chicago;—*The Inheritance of Physical and Mental traits of Man and their application to Eugenics*, y *The Geography of Man in Relation to Eugenics:* por Ch. B. Davenport, Director del Laboratorio de Biología de Cold Spring Harbor, Long Island, N. Y.

Nueve capítulos fundamentales contiene la obra *Heredity in relation to Eugenics* del sabio Profesor Davenport: 1. *Eugenics: its nature, importance and aims;* 2. *The method of eugenics;* 3. *The inheri-*

tance of family traits; 4. *The geographic distribution of inheritance traits;* 5. *Migrations and their eugenics significance;* 6. *The influence of the individual on the race;* 7. *The study of american families;* 8. *Eugenics and Euthenics;* y 9. *The organization of applied eugenics.* Y la lectura de este interesante libro hace ver el desarrollo adquirido de pocos años acá, bajo una orientación científicamente establecida, por las investigaciones que tienden a mejorar la condición humana, a resolver múltiples problemas de orden social a la luz de la ciencia biológica. El Profesor Davenport dedica sus esfuerzos en pro de ese género de estudios y sus trabajos son realmente superiores, siendo Secretario de la Sección Eugénica de la «American Breeder's Association»—hoy *The American Genetic Association.* En conexion con esa Sección se organizó en Octubre de 1910 el «Eugenics Record Office» en Cold Spring Harbor, Long Island, N. Y.; y allí espera realizar investigaciones que ilustren los problemas practicos, llevar a cabo una obra eficaz y provechosa en todos sentidos.

Es *Problems of genetics* de Bateson un libro escrito con la idea de examinar algunos de los hechos biológicos, a la luz de la genética: el problema de la especie y de la variedad, el fenómeno merístico, la mutación, variación y localidad, la esterilidad de los hibridos.... Han sido objeto esas cuestiones de una serie de conferencias que reunidas forman el quinto volumen de la «Silliman Memorial Lectures»; las cuales se dieron en la Universidad de Yale en 1907, demorándose su publicación por causas diversas. Hoy al leer dicho volumen se puede apreciar el alto espíritu científico que lo informa, así como el cúmulo de hechos que contiene, tan variados é interesantes, y la manera con que se discuten las doctrinas expuestas sometidas al control de rigurosa investigación experimental.

Las materias tratadas en las cinco obras a que me he referido en esta nota bibliográfica, guardan entre sí relaciones muy estrechas, una dependencia bien manifiesta: los fenómenos del desarrollo en sus distintos momentos, el problema de la trasmisión hereditaria, las variaciones individuales, el mejoramiento de los tipos orgánicos de ambos reinos, y las múltiples aplicaciones prácticas de numerosos principios biológicos... Desde Aristóteles hasta Hertwig la historia de las ciencias naturales ha trazado el desenvolvimiento de la Embriología, apreciándose la importancia de los factores externos e internos en procesos embriogénicos determinados, viéndose por otra parte y en cierto modo, como las viejas teorías de la preformación y de la epigenesis no son tan irreconciliables cual se creían; y, en

cuanto a la Genética—la «fisiología de la descendencia», conjunto de nociones relativas a la trasmisión de los caracteres—desde Lamarck a Blaringhen los estudios se han sucedido, produciendo viva luz sobre las densas oscuridades que aun rodean a la manera como las especies nacen y se transforman mediante el influjo, directo o indirecto, de los múltiples elementos que determinan su evolución.

Dr. A. Mestre,
Director Auxiliar de Biología, Zoología y Antropología.

MISCELANEA

El Centenario de Vesalio. En el mes de Agosto próximo venidero se inaugurará el monumento en la Isla Zante (Mar Jónico) al gran anatómico de Bruselas, Andrés Vesalio, con motivo del cuarto centenario de su nacimiento. Víctima de un naufragio, pereció sobre las rocas de esa isla y a su regreso de la Tierra Santa. En la Sorbonne, ante los amigos de la Universidad de París, el Dr. Tricot expuso ha poco la historia de la vida del notable fundador de la Anatomía humana. El monumento se erige bajo los auspicios del Gobierno belga.

Exploración del Mediterráneo Para examinar las proposiciones de la Conferencia internacional de exploración científica del Mediterráneo se ha nombrado la siguiente comisión: Presidente: M. Regnard, Director del Instituto Oceanográfico de París; Vocales: M. A. Berget, conferenciante de la Facultad de Ciencias de París; M. J. Charcot, explorador; M. Joubin, Lapícque A. Roule, profesores del Museo Nacional de Historia Natural; y M. Pruvot, profesor de la Facultad de Ciencias de París; siendo Secretario de dicha Comisión M. Gravier, auxiliar del mencionado Museo. Las exploraciones científicas del Mediterráneo han resultado bien fructíferas para la biología marítima.

Protección Internacional de la naturaleza. El ilustre zoólogo Eduardo Perrier ha presentado recientemente a la Academia de Ciencias de París una nota referente a la protección internacional de la naturaleza, manifestando que el Gobierno de Francia, por medio del Ministerio de las Colonias, ha nombrado una Comisión que proponga las medidas que deben tomarse para evitar en las costas tropicales francesas la destrucción de los cetáceos, señalando el hecho de la desaparición de gran número de especies terrestres a consecuencia de que el hombre actual, con los poderosos medios de que dispone, ha penetrado en regiones del globo consideradas como inaccesibles. Ante esta evidente amenaza de que perezcan tantos documentos de valor científico, tantos ornamentos de la superficie de nuestro planeta que no hay derecho a despoblarla de su fauna con perjuicio de las generaciones humanas venideras, por iniciativa de M. P. Sarrasin y el Gobierno helvético se ha constituído una Comisión internacional, que radicará en Bâle, llamada a resolver los problemas del caso, según sus necesidades.

La Memoria Anuario de la Universidad Acaba de imprimirse la *Memoria-Anuario* de la Universidad de la Habana, correspondiente a los cursos académicos de 1911 a 1912 y de 1912 a 1913, y que se publica por disposición reglamentaria. El libro contiene estos capítulos: Gobierno de la Universidad; Personal Administrativo y Subalterno; Personal Facultativo, con sus cuadros correspondientes; Nuevas leyes (derechos de matrículas, edad de ingreso universitario, creación

de nuevas cátedras, etc.); Organización de la enseñanza (Facultad de Letras y Ciencias; id. de Medicina y Farmacia; id. de Derecho); Disposiciones referentes al ingreso, estudios extranjeros, duración del curso, orden de las clases, exámenes, premios, grados y estudios privados; Disposiciones relativas a la validez e incorporación de títulos extranjeros; Plan de enseñanza (extensión de los cursos; profesorado; horas de clases; locales; textos); Resultados de la enseñanza y datos estadísticos correspondientes al curso de 1911 a 1912; id. id. al de 1912 a 1913; Títulos expedidos en los cursos de 1911 a 12 y 12 a 13; Datos diversos, &—La Memoria está ilustrada con varios grabados (Aula Magna y sus paneles alegóricos; sesión solemne en honor de los profesores de la Universidad de Harvard; alumnos que han obtenido el premio de la Beca de Viaje).

La *Memoria-Anuario* dá una idea bastante completa de la organización de la enseñanza en la Universidad de la Habana; pero se hace necesario la publicación de un guía mas breve que facilite todo lo más importante relativo a ese primer centro docente, a la manera como se viene realizando en otros análogos al nuestro y que podrían servirnos de modelo por su impresión y su redacción en forma adecuada.

Sociedad Cubana de Historia Natural. "Felipe Poey"

Debido a las gestiones que desde el año próximo pasado vienen gestionando los Dres. Carlos de la Torre y Arístides Mestre, Profesores de la Escuela de Ciencias de esta Universidad, se ha organizado recientemente la *Sociedad Cubana de Historia Natural "Felipe Poey"*, cuyo nombre lleva como tributo a la memoria del egregio fundador y maestro de las Ciencias Naturales en Cuba.

El fin principal de la Sociedad será el cultivo de la ciencia local, tendiendo, según se consigna en sus Estatutos, a estrechar los lazos de compañerismo entre los que persiguen en Cuba esos estudios, y así resulte más eficaz la labor científica personal; y comprende estas cinco secciones: 1ª Mineralogía y Geología; 2ª Botánica; 3ª Zoología y Paleontología, 4ª Antropología; y 5ª Agronomía. Tan pronto sea posible publicará su boletín, donde periódicamente aparecerán los trabajos de sus miembros; publicación que será canjeada con las similares del extranjero, El Reglamento de la Sociedad mencionada, consigna en el último de sus artículos que en caso de disolución sus fondos y propiedades se destinarán al «Museo Poey» de la Escuela de Ciencias de la Universidad de la Habana.

Aprobado el Reglamente por la Superioridad, fué electa para el año académico de 1914 a 1915, la siguiente Junta Directiva, Presidente: Dr. Carlos de la Torre, profesor titular de Zoología de la Universidad.—Vicepresidente: Dr. Luis Montané, profesor titular de Antropología de la Universidad.—Secretario: Dr. Arístides Mestre, profesor auxiliar de Biología y Conservador del Museo de Zoología (Museo Poey), de la Universidad.—Vicesecretario: Dr. Salvador de la Torre, Dr. en Ciencias Naturales y Director de Escuela Pública.—Tesorero: Dr. Mario Sánchez Roig, profesor de Historia Natural de la Granja Escuela Agrícola de la Habana.—*Sección de Mineralogía y Geología.*—Director: Dr. Santiago de la Huerta, profesor titular de Mineralogía de la Universidad. Secretario: Dr. Pedro Guerra, ayudante del Museo de Mineralogía de la Universidad.—*Sección de Botánica.*—Director: Dr. Manuel Gómez de la Maza, pro-

fesor titular de Botánica de la Universidad. Secretario: Dr. Jorge Horstmann, profesor auxiliar de Botánica de la Universidad.—*Sección de Zoología y Paleontología.*—Director: Dr. Felipe García Cañizares, profesor de Historia Natural del Instituto de Segunda Enseñanza de la Habana. Secretario: Dr. Pedro Valdés Ragués, Conservador del Museo de Historia Natural, id. id.—*Sección de Antropología.*—Director: Dr. Luis Montané, profesor titular de Antropología de la Universidad. Secretario: Dr. Juan M. Dihigo, profesor titular de Lingüística de la Universidad.—*Sección de Agronomía.*—Director: Dr. José Cadenas, profesor titular de Agronomía de la Universidad. Secretario: Dr. Buenaventura Rueda, profesor auxiliar de la Escuela de Agronomía.

Julio Cejador y Frauca. Acaba de ser nombrado, previa propuesta del tribunal respectivo, el Dr. Julio Cejador y Frauca, muy notable lingüísta y literato español, para la Cátedra de Lengua y Literatura Latinas de la Universidad Central de Madrid. Las oposiciones, que han sido muy reñidas, y en las que tuvo el Dr. Cejador por contrincante a un hijo del que fué filósofo muy insigne, Sr. Ulpiano González Serrano, ha sido una brillante oportunidad para poner bien de relieve su extensa y sólida cultura, conquistando merecida y espontáneamente los votos de personalidades tan ilustres que integraron el tribunal, como los Señores Francisco Rodríguez Marín, Director de la Biblioteca Nacional, Adolfo Bonilla, Profesor de Historia de la Filosofía de la Universidad Central y Manuel Soriano, Profesor de Lengua y Literatura Latinas de la Universidad de Barcelona.

La Redacción de la Revista, que sabe apreciar las sobresalientes cualidades del Dr. Cejador, siéntese complacida con su triunfo, que es el mejor testimonio de su saber, y con la propuesta del tribunal, que es la mejor demostración de su espíritu de justicia, y felicita a la Universidad Central por tan valiosa adquisición, porque ha de redundar, sin duda, en el mayor lustre de ella y muy especialmente de la Facultad a que pertenece la cátedra adjudicada.

Biología (1 curso)	Profesor Dr. Carlos de la Torre.
Zoología (1 curso)	
Zoografía (1 curso)	
Antropología general (1 curso)	,, Dr. Luis Montané.

CONFERENCIAS

Anatomía Comparada	Dr. Arístides Mestre (Aux.)
Histología y Embriología Zoológicas	
Genética	

Los profesores auxiliares de esta Escuela son: Dr. Arístides Mestre (Conservador del Museo Zoológico y Jefe de los trabajos prácticos del Laboratorio de Biología,); Dr. Pablo Miquel (Jefe del Gabinete de Astronomía); Dr. Nicasio Silverio (Jefe del Gabinete de Física), Dr. Gerardo Fernández Abreu (Jefe del Laboratorio de Química); y Dr. Jorge Hortsmann (Director del Jardín Botánico). Estos diversos servicios tienen sus respectivos ayudantes.—El «Museo Antropológico Montané» y el Laboratorio de Antropología tienen por Director al Profesor titular de la asignatura.

3 ESCUELA DE PEDAGOGIA

Psicología Pedagógica (1 curso)	Profesor Dr. Alfredo M. Aguayo.
Historia de la Pedagogía (1 curso)	
Higiene Escolar (1 curso)	
Metodología Pedagógica (2 cursos)	,, Dr. Manuel Valdés Rodríguez.
Dibujo lineal (1 curso)	,, Sr. Pedro Córdova.
Dibujo natural (1 curso)	

CONFERENCIAS

I. Crítica de la Educación Contemporánea...	Profesor Dr. Luis Padró. (Aux.)
La Pedagogía Experimental	
II. Lectura é interpretación de las obras de los grandes pedagogos contemporáneos	

Agrupada la carrera de Pedagogía en tres cursos, comprende también asignaturas que se estudian en otras Escuelas de la misma Facultad. El Director del Museo Pedagógico es el Profesor titular de Metodología.

4. ESCUELA DE INGENIEROS, ELECTRICISTAS Y ARQUITECTOS

Dibujo Topográfico estructural y arquitectónico. (2 cursos)	Profesor Sr. Eugenio Rayneri.
Estereotomía (1 curso)	
Geodesia y Topografía (1 curso)	,, Dr. Alejandro Ruiz Cadalso.
Agrimensura (1 curso)	
Materiales de Construcción (1 curso)	,, Sr. Aurelio Sandoval.
Resistencia de Materiales. Estática Gráfica (1 curso)	
Construcciones Civiles y Sanitarias (1 curso)	
Hidromecánica (1 curso)	,, Sr. Eduardo Gil[illegible]
Maquinaria (1 curso)	
Ingeniería de Caminos (3 cursos: puentes, ferrocarriles, calles y carreteras)	,, Dr. Luis de Arozarena.
Enseñanza especial de la Electricidad (3 cursos)	,, Sr. Ovidio Giberga.
Arquitectura é Higiene de los Edificios (1 curso)	,, Dr. Antonio Espinal.
Historia de la Arquitectura (1 curso)	
Contratos, Presupuestos y Legislación especial á la Ingeniería y Arquitectura (1 curso)	

Esta Escuela comprende las carreras de Ingeniero Civil, Ingeniero Electricista y Arquitecto; y son sus profesores Auxiliares: Dr. Andrés Castellá, Sr. A. Fernández de Castro (Jefe del Laboratorio y Taller Mecánicos); y Sr. Plácido Jordán (Jefe del Laboratorio y Taller Eléctricos); con sus correspondientes ayudantes. En dicha Escuela se estudia la carrera de *Maestro de Obras;* exigiéndose asignaturas que corresponden á otras Escuelas.

5. ESCUELA DE AGRONOMIA

Química Agrícola é Industrias Rurales (1 curso)	Profesor Dr. Francisco Henares.
Fabricación de azúcar (1 curso)	
Agronomía (1 curso)	,, Sr. José Cadenas.
Zootecnia (1 curso)	
Fitotecnia (1 curso)	
Economía Rural y Contabilidad Agrícola (1 curso)	,, Sr. José Comallonga.
Legislación Rural y formación de Proyectos (1 curso)	

El profesor auxiliar de esta Escuela es el Dr. Buenaventura Rueda (Jefe de los Museos y Laboratorios).

Para los grados de *Perito químico agrónomo* y de *Ingeniero agrónomo*, se exigen estudios que se cursan en otras Escuelas.

En la Secretaría de la Facultad, abierta al público todos los días hábiles de 1 á 5 de la tarde, se dan informes respecto á los detalles de la organización de sus diferentes Escuelas, distribución de los cursos en las carreras que se estudian, títulos, grados, disposiciones reglamentarias, incorporación de títulos extranjeros, etc.

AVISO

La Revista de la Facultad de Letras y Ciencias es bimestral.

Se solicita de las publicaciones literarias ó científicas que reciban la Revista, el canje correspondiente; y de los Centros de instrucción ó Corporaciones á quienes se la remitamos, el envío de los periódicos, catálogos, etc., que publiquen: de ellos daremos cuenta en nuestra sección bibliográfica.

Para todo lo concerniente á la Revista (administración, canje, remisión de obras, etc.) dirigirse al Sr. Secretario de la Facultad de Letras y Ciencias, Universidad de la Habana, República de Cuba.

Los autores son los únicos responsables de sus artículos; la Revista no se hace solidaria de las ideas sustentadas en los mismos.

NOTICE

The Revista de la Facultad de Letras y Ciencias, will be issued every other month.

We respectfully solicit the corresponding exchange, and ask the Centres of Instruction and Corporations receiving it, to kindly send periodicals, catalogues, etc., published by them. A detailed account of work thus received will be published in our bibliographical section.

Address all communications whether on business or otherwise, as also periodicals, printed matter, etc., to the Secretario de la Facultad de Letras y Ciencias, Universidad de la Habana, República de Cuba.

AVIS

La Revista de la Facultad de Letras y Ciencias parait tous les deux mois. On demande l'échange des publications littéraires et scientifiques: il en sera fait un compte rendu dans notre partie bibliographique.

Pour tout ce qui concerne la Revue au point de vue de l'administration, échanges, envoi d'ouvrages, etc., on est prié de s'addresser au Secretario de la Facultad de Letras y Ciencias, Universidad de la Habana, República de Cuba.

Les auteurs sont seuls responsables de leurs articles, et la Revue n'est engagée par l'opinion personelle d'aucun d'eux.

New York Botanical Garden Library
3 5185 00280 3607